



EUGENIO
GARIN
EL ■ RENACIMIENTO
ITALIANO

Ariel

R. 324003

73.168



Eugenio Garin

ADVERTENCIA

EL RENACIMIENTO
ITALIANO



F
1 Renacimiento - Italia
2 Humanismo 1ª ed

EDITORIAL ARIEL, S. A.
BARCELONA 86

26 JUL. 1986

Título original:
Il Rinascimento italiano

Traducción de
ANTONI VICENS

Diseño colección: Hans Romberg

1.ª edición: marzo 1986

© 1980: Nuova casa editrice L. Cappelli spa., Bologna

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 1986: Editorial Ariel, S. A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-344-1057-5

Depósito legal: B. 5.427 - 1986

Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

ADVERTENCIA

El volumen que aquí presentamos, sin modificación alguna, fue compilado en 1940 y publicado en italiano en setiembre de 1941. Se agotó en seguida y a pesar de ello nunca se hizo una segunda edición.*

Fue confeccionado para la colección «Documenti di Storia e di Pensiero Politico» que dirigía Gioacchino Volpe y apareció editado por el Istituto per gli Studi di Politica Internazionale (I.S.P.I.) de Milán, dirigido por Pierfranco Gaslini, quien, en el verano de 1941, tenía también a su cargo la «Biblioteca Storica» de Adolfo Omodeo.¹ En los «Documenti» de Volpe habían aparecido ya, entre otros, los volúmenes de A. C. Jemolo, de Luigi dal Pane, de Ettore Rota y de Franco Valsecchi, para mencionar sólo algunos nombres. Volpe se dirigió a mí para esta compilación, aun cuando por aquel entonces yo me había ocupado sobre todo en la historia de la Ilustración inglesa. Ciertamente es que antes de eso había publicado, además de un libro sobre Giovanni Pico della Mirandola, algunos ensayos y, en particular, un artículo sobre el tema de la «dignidad del hombre» durante los siglos XV y XVI, que había aparecido a finales de 1938.²

La proposición que me hizo Volpe me dejó algo perplejo; tanto es así, que el 29 de junio de 1940 tuvo que volver a pedírmelo, y lo hizo en los términos siguientes: «(...) saber con alguna precisión —me escribía—, y de viva voz de los contemporáneos,

* La presente edición es la primera edición en castellano. (N. del Ed.)

1. Acerca del I.S.P.I. y sobre las relaciones que existieron entre Omodeo y Gaslini, cf. *Carteggio Croce-Omodeo*, editado por Marcello Gigante, Nápoles, 1978, pp. 169 y ss.

2. «La dignitas hominis e la letteratura patristica», *La Rinascita*, I (1938), pp. 102-146. El volumen sobre Pico de la Mirandola, remitido al editor en 1934, a causa de diversos motivos, entre ellos las dificultades de 1935 como consecuencia de la guerra de Etiopía, apareció en 1937; Kristeller habló de ese libro en seguida (*Giornale Critico della Filosofia Italiana*, 19 [1938], pp. 374-378). También en 1938 lo tomó Cassirer como punto de partida para un amplio ensayo (cf. *Dall'Umanesimo all'Illuminismo*, La Nuova Italia, Florencia, 1967, pp. 42-116, y, en forma abreviada, *Journal of the History of Ideas*, III [1942], pp. 123-144, 319-346). Es en este marco interpretativo donde habrán de ser colocadas, para entender cuáles fueron sus propósitos y sus límites, las colecciones de textos que iba compilando por aquel entonces: la que aquí se reimprime y la otra, más propiamente filosófica, *Filosofi italiani del Quattrocento*, Le Monnier, Florencia, 1942, compuesta al mismo tiempo.

en qué consiste ese Renacimiento del que todos hablan, es un muy extendido deseo.» Frente a mis dudas sobre la posibilidad de documentarlo todo y nada a la vez —a causa del mismo carácter evanescente del término «Renacimiento», ese «del cual todo el mundo habla»—, el día 29 de agosto volvió a insistir respondiendo a una propuesta mía de centrar el tratamiento del tema en la historia del pensamiento político: «No solamente del pensamiento político, sino del Renacimiento en sus diferentes aspectos, excepto en los aspectos puramente literarios, de los cuales puede bastar una mención en la introducción o en alguna nota didáctica; y, por lo tanto, también de cualquier clase de documento, siempre que sea significativo para el nuevo modo de ver la vida.» Para el pensamiento político, por lo demás, pensaba en un pequeño volumen de Eugenio Anagnine, que se había ofrecido a compilar uno sobre el siglo XVI.³

En cualquier caso, hacia finales del año el libro estaba ya listo, si bien con unas graves limitaciones que no se le escapaban a su autor. Italia había entrado en la guerra, el acceso al precioso material de las bibliotecas, disperso, se había hecho cada vez más difícil y ciertas exploraciones de fuentes de archivos y de manuscritos habían llegado a hacerse imposibles. De ahí el uso exclusivo de material impreso en las ediciones que se podían encontrar, a menudo mediocres (en ocasiones, pésimas) y sin verificación adecuada. Y eso sin mencionar la más reciente literatura crítica no italiana, casi inalcanzable en aquellos momentos.⁴ Si a todo ello le añadimos los numerosísimos obstáculos prácticos de todo género, habrá que reconocer, por un lado, una notable dosis de temeridad en la persona que se enfrentó en tales condiciones con una labor semejante, mientras que, por otro lado, se podrá comprender que su autor fuese reacio a volver a poner el libro en circulación sin componerlo de nuevo enteramente. Hoy esa renuencia ha sido vencida, y no sólo por la amable insistencia de un osado editor, sino también por la convicción de que, a pesar de

3. Sobre Anagnine (*Evgenij Arkad'evič Anan'in*, San Petersburgo, 1888 - Venecia, 1965), amigo de Plejanov, que huyó de Rusia en 1905 y luego de nuevo en la época de la revolución de Octubre por sus posiciones mencheviques, vivió largamente en Italia, donde trabajó y publicó una gran parte de sus trabajos. Cf. A. Tamborra, *Esuli russi in Italia del 1905 al 1917*, Laterza, Bari, 1977, pp. 159-173 (contiene bibliografía). En 1937 publicó también un libro sobre Pico (cuya recensión publicó De Ruggiero en *La Critica*) a propósito del cual tuvo alguna fugaz relación con él en 1936. No obstante, habría que examinar alguna vez con cuidado ese interés renovado durante aquellos años, y no sólo en Italia, para con pensadores como Pico.

4. Con todo esto, incluso con tal distancia en el tiempo, la información recogida entonces parece ser bastante satisfactoria. Se utilizaba allí el material aparecido fuera de Italia hasta 1939, así como el prólogo de Mondolfo, *Origen y sentido del concepto de la cultura humanista*, de mayo de 1940. Tampoco puedo olvidar las conversaciones y los intercambios de libros con Delio Cantimori, en Roma y en Florencia.

los cuarenta años transcurridos este texto puede tener aún algún interés para documentar de qué manera se pudieron plantear ciertos problemas y con qué métodos fue posible afrontarlos en un momento dramático de la vida y de la cultura de nuestro país.

Recuerdo que, en aquella ocasión, Volpe vino a discutir algunos puntos del libro —entre ellos el relativo a los primeros ensayos de Baron utilizados en él—, y también que solicitó algunas indicaciones a Amintore Fanfani («algunas indicaciones por lo que se refiere al pensamiento o a la concepción de la vida económica, de la riqueza, etc.»). En conjunto, sin embargo, le pareció que el libro estaba bien logrado y lo hizo imprimir sin intervención de ninguna clase. «Para la historia de los tiempos cercanos a los nuestros —me escribió, en conclusión, en una larga carta, el día 22 de octubre de 1940—, me gusta recordar el concepto del Renacimiento que hace sólo treinta años tenían personas como Vittorio Rossi, y eso sin contar a la gran masa de los profesores de literatura italiana de la enseñanza media: como algo debido esencialmente al resurgimiento de los estudios sobre la antigüedad. Que hubieran cambiado la vida y los ánimos, y que esa misma modificación estuviese en la base del nuevo estudio, de la nueva y diferente valoración de los escritores antiguos por parte de los hombres de los siglos XIV y XV, era algo que a pocos les pasaba por la cabeza. De ahí cierto rumor que desató en 1903 [en realidad, en 1905] un pequeño escrito mío: “Bizantinismo e Rinascenza” (en *La Critica*), en el cual estudiaba el nuevo terreno *histórico* en que florecieron el Humanismo y el Renacimiento. Recuerdo también una larga conversación con Rossi, que estaba convencido, sí, *ma non tanto...*»⁵

Como ya he indicado, el libro tuvo fortuna y circuló incluso fuera de Italia. No fueron pocos los textos sobre los cuales llamó la atención y que fueron extraídos, entonces y después, de ahí mismo —de ediciones que en ocasiones eran malísimas—, para acabar dando lugar a obras del mayor respeto. En Italia, entre 1941 y 1942, encontramos ecos de la presente obra no sólo en los cursos de Carlo Morandi o en el ensayo de Federico Chabod pa-

5. La nota a la cual se refería Volpe (*La Critica*, III [1905], pp. 57-58), fechada en Pisa en junio de 1904, había sido compuesta «a propósito de un escrito de Karl Neumann, “Byzantinische Kultur und Renaissancekultur”» aparecido en la *Historische Zeitschrift* de 1903, pp. 215-232. Volpe volvió a publicarla más tarde en el volumen *Momenti di storia italiana*, Vallecchi, Florencia, 1952, pp. 137-165. Acerca de las influencias de Labriola sobre Volpe y de un proyecto de Labriola sobre el nexo entre la Italia moderna, el *Risorgimento* y el Renacimiento, cf. I. Cervelli, *Gioacchino Volpe*, Guida, Nápoles, 1977, p. 395. Labriola escribía: «¿En qué consiste verdaderamente ese *renacimiento* [*risorgimento*] de Italia (...)? En el caso especial de Italia habríamos de retroceder hasta el siglo XVI, cuando el desarrollo inicial de la época capitalista —que tenía aquí una sede principal— se apartó del Mediterráneo.»

ra *Problemi storici e orientamenti storiografici*, de Rota (Como, 1942), sino también en las páginas de Ranuccio Bianchi Bandinelli, que hubo de extraer datos de él, ya en 1950, para la conferencia inaugural de la Universidad de Cagliari sobre *La crisi dell'Umanesimo*.

En realidad —permítaseme insistir en ello—, el pequeño volumen, compuesto en el año 1940, al comienzo de *aquella* guerra, puede ser entendido sólo si lo volvemos a colocar en *aquel* clima y en *aquella* situación. La elección, y el subrayado, de muchos de aquellos textos no profundiza en las raíces, o no solamente profundiza en ellas según los puntos de vista que había que documentar historiográficamente: están acentuados a propósito unos valores que parecían correr a la sazón un riesgo mortal y sobre los cuales está fundada nuestra civilización. Quien no tenga en cuenta las condiciones de la Italia y de la Europa de aquellos años, no comprenderá el motivo de ciertas acentuaciones y ciertos énfasis, ni tampoco de ciertos «apasionamientos», en el trabajo historiográfico. Pero, si bien las pasiones del entorno pesaron mucho en aquel entonces sobre la visión del pasado, también es cierto que fueron útiles para que saliesen a la luz algunos elementos que habían caído en el olvido.

Por las razones expuestas, este libro ha sido reproducido ahora fielmente. Incluso la puesta al día de la bibliografía hubiera estado aquí desprovista de sentido. En algunas notas hacemos referencia a instrumentos generales, así como a obras de contenido general.⁶

El autor no cree tener que recordar que, casi sobre cada uno de los temas, sus puntos de vista son hoy muy diferentes de los que fueron, así como son diferentes sus modos de trabajar; pero reconoce que, incluso así, con todas esas graves limitaciones, que no se le escapan de ningún modo, lo que aquí presentamos fue su punto de partida.

E. G.

Florenia, 18 de octubre de 1979.

6. Para un panorama articulado, cf. M. Ciliberto, *Il Rinascimento. Storia di un dibattito*, La Nuova Italia, Florenia, 1975; C. Vasoli, *Umanesimo e Rinascimento*, Palumbo, Palermo, 1976² (edición puesta al día).

Entre las compilaciones antológicas de textos, cf., G. Ponte (dir.), *Il Quattrocento*, Zanichelli, Bologna, 1966 (en la colección dirigida por W. Binni); *Il Quattrocento e il Cinquecento*, Rizzoli, Milán, 1966, vols. II y III de la *Antologia della letteratura italiana*, dirigida por M. Vitale (es muy importante la compilación de *Prosatori volgari del Quattrocento*, a cargo de Claudio Varese, Ricciardi, Milán y Nápoles, 1955, simétrica de la antología de los *Prosatori latini* aparecida en la misma editorial en 1952 y a cargo del autor de la presente compilación).

INTRODUCCIÓN

La determinación de los caracteres que tuvo aquel período de relevancia universal al que llamamos Renacimiento, aun habiendo sido intentada una y otra vez, está muy lejos de haber llegado a ser objeto de un acuerdo pacífico. El mismo nombre con el cual se denomina, mientras que para unos significa un puro retorno, para otros indica cabalmente un nuevo nacimiento, una creación, una fundación. Por otra parte, la comprensión de esta época se ha visto perjudicada no poco por su vehemente contraposición con la Edad Media, casi como en términos de luz y tinieblas, casi como un resurgir después de un período de oscuridad y estancamiento, dominado por los «bárbaros» y en el cual permanecía en silencio cualquier tipo de vida espiritual.

En realidad, aquel nuevo florecimiento del arte y del pensamiento, aquel frondosísimo desarrollo de todas las actividades del espíritu, aquella concepción de la existencia concentrada íntegramente en el concepto de humanidad entendida como libertad, preocupada por lo interior, ahí donde el hombre se enaltece verdaderamente a sí mismo, aquel anhelo vehemente de una vida plena y santa en su libre explicación..., todos esos motivos típicos de la época del Renacimiento no surgieron de un solo trazo, desligados totalmente de las épocas que lo precedieron. La pretensión de transformar el Renacimiento en un repentino fogonazo de luz sólo sirvió para suscitar la justa reacción de los que se habían dedicado diligentemente a encontrar sus precedentes en los siglos anteriores.

Y, sin embargo, ni el movimiento humanista del siglo XII, ni el despertar cultural del siglo XIII, ni la introducción de la ciencia árabe y el influjo del aristotelismo, ni los contactos renovados con el Oriente, ni el aumento del número de ciudades, ni el desarrollo de los centros universitarios tienen todavía los caracteres de la visión de la vida que había de afirmarse y desarrollarse en Italia entre 1400 y 1600. Lo cual no implica ninguna desvalorización de esos fenómenos, grandísimos e importantísimos a pesar de todo; pues grandes fueron los pensadores del siglo XII, admirable la figura de Abelardo, exquisitamente «moderno» en

su fuerte apasionamiento el romance de Eloísa, poderoso el arte gótico, altísima la civilización urbana, sublime la poesía de Dante, atrevidísima la agudeza crítica del averroísmo latino, profunda la ciencia de los físicos parisinos y digna anticipadora la obra de Leonardo da Vinci.

No obstante, todo eso no era aún el siglo xv ni el siglo xvi, en los cuales, con todo, volvemos a encontrar casi potenciados y en síntesis aquellos brotes de novedad que sentimos ya aflorar en todos aquellos movimientos. También hay que tomar en consideración que el Renacimiento no es tampoco, como pretendió alguien, la antítesis y la reacción contra aquellos atrevimientos y aquellas conquistas; esto es, un movimiento puramente literario y nacional, más bien romano, que andaría cortejando el mito de la Roma imperial. Hemos de considerar también que ante nuestros ojos, que han llegado a ser expertos en aquilatar los acontecimientos, no pueden dejar de aparecer estos signos precursores casi como los gérmenes y el velado presentimiento de la civilización que en ellos está naciendo. Y así advertimos en Abelardo el nacimiento del espíritu crítico, en Eloísa la interioridad atormentada, en Federico II la figura del «tirano», en Dante el involuntario exaltador de la grandeza humana. Y es que no hay verdaderamente nada más extraño que considerar el siglo xv como un paréntesis reaccionario entre el siglo xiv y la Edad Moderna, casi desarraigado de la historia. Esta manera de ver las cosas sólo resulta explicable como reacción particularmente viva a la desgraciada concepción de un Renacimiento pagano, enteramente impío y racionalista, inmoral o amoral, patria utópica de unos superhombres situados más allá del bien y del mal. De todos modos, incluso esos gérmenes o esos signos precursores, lejos de constituir ya un «renacer» o varios «renaceres», si tienen el significado que tienen es por la existencia de un único Renacimiento que los sintetizó haciéndolos revivir.

En realidad, los impulsos de un resurgimiento espiritual que podemos encontrar a partir del siglo xii son consecuencia de la profunda alteración que se va operando en todas las estructuras del mundo medieval. Son casi síntomas del nacimiento de una civilización entera en el mundo occidental, el cual va liberándose lentamente de los embates de los pueblos bárbaros. Y los impulsos para una mutación como ésa son efectivamente, o al menos en parte, los mismos que volvemos a encontrar, potenciados, durante el siglo xv. De todos modos, sigue siendo diferente la manera de presentarse. Valga aquí una simple referencia a aquel movimiento del siglo xii por el cual, casi como por el verdadero Renacimiento, han sentido gran interés algunos recientes histo-

riadores y alrededor del cual se ha desarrollado una discusión particularmente amplia y exenta de motivos del orgullo nacional, pues ese movimiento se había manifestado en Francia con mayor vigor que en cualquier otra parte. No se puede negar la importancia de la cultura de Chartres, animadora y suscitadora de estudios clásicos y de intereses filológicos y literarios, y en la que no dejaron de aflorar elegantes versos latinos, exaltaciones del hombre y brotes platónicos semejantes a los que volveremos a encontrar tan difundidos entre los círculos cultos de la Florencia de los Médicis.

Pero, aparte del hecho de que aquí se trata sólo de vestigios, en el primer caso nos hallamos frente a un fenómeno limitado a unos ambientes restringidísimos y sin vastas resonancias, mientras que en el segundo se trata de un movimiento cultural de gran difusión que no solamente no madura, ni tampoco termina, en el ámbito de las escuelas, conventos o universidades, sino que vive y se afirma más allá de los círculos de iniciados y satura todas las actividades, que penetra en la política y se eleva hasta los tronos de los príncipes y hasta la silla de Pedro, que desciende a las plazas entre los poetas populares, las fiestas y las procesiones simbólicas, que inspira a los artistas y deja su impronta en las líneas arquitectónicas de los nuevos palacios y los templos de nueva factura.

Se trata, pues, de precedentes; no, todavía, del Renacimiento. Esto hemos de repetirlo, ya sea para aquellos que, fijándose en esos precedentes, yerran sobre el Renacimiento, ya para aquellos que pretenden hacer del movimiento de renovación un monstruo admirable sólo por haber nacido de padres desconocidos, extinguido sin haber procreado hijos vivos, con la excepción, eso sí, del espíritu reaccionario de la Contrarreforma.

Y, es verdad, el momento de floración del Renacimiento viene precedido por todos los movimientos que tienden a afirmar el sentido y el valor del espíritu humano, su dignidad y su libertad. Cada vez que, en una reminiscencia de los clásicos, el espíritu crítico empieza a romper una barrera, a afirmar los derechos del espíritu, a exaltar sus creaciones, a celebrar la santidad de la vida, encontramos un «renacer» que despunta. Renacer que, precisamente por haber sido un triunfo de la espiritualidad humana, tiende continuamente, como la civilización griega, a transfigurarse, desde el particular hecho histórico que era, en un fenómeno eterno, justificando así de algún modo los galanteos de los muchos renaceres recurrentes. Tanto más cuanto que, a diferencia del ideal griego, al cual tanto parece acercarse, éste se enriquece con toda la plenitud de la experiencia cristiana.

El Renacimiento tuvo un vivísimo sentido de la religiosidad; y se cierra el camino para su entendimiento quien quiera prescindir de esa inspiración que no sólo lo impregnó, sino que a veces lo transformó en una profundísima fe. El supuesto paganismo del Renacimiento, del cual se ha discurrido tan a menudo y con tanto desacuerdo, o bien se limitó a alguna esporádica manifestación literaria, o bien se redujo a una valorización de la vida, a una exaltación de la actividad humana, en contra de las tendencias ascéticas, que no es de ningún modo más pagana que cristiana. En el mundo antiguo no faltó la ascesis, y las críticas humanísticas al estoicismo son frecuentes y violentas. Tampoco está en contraste con el cristianismo, siendo inflamado todo él por el fuego de la caridad, con la afirmación de la santidad de la vida y del trabajo. Esos mismos brotes de herejía, ese ansia vehemente de una fe pura e interiorizada, esas polémicas contra la corrupción eclesiástica, lejos de mostrar una larvada indiferencia religiosa, lo que revelan es un interés religioso lleno de inquietud. Lo cual, por lo demás, no significa de ningún modo un espíritu de reacción y de rígida ortodoxia que anticiparía las disposiciones tridentinas. Si bien es lícito, e incluso necesario, hablar de religión profunda y de cristianismo, no lo es en cambio referirse con ello al catolicismo de la Contrarreforma. Tampoco vale apelar al constante e innegable amor por el cristianismo primitivo, por el pensamiento de los primeros siglos, por los padres de la Iglesia. Todo eso no significaba de ninguna manera una más rígida adhesión a las tradiciones o un puro y simple retorno al pasado. Tenía más bien un valor polémico, pues, si bien se volvía a Tertuliano y a Orígenes, o incluso a san Jerónimo y a san Agustín, ese retorno no se hacía ciertamente en estrecha conformidad con los dictámenes de la Iglesia oficial.

Se trata, como vemos, de una renovación que, más que ser simplemente religiosa, iba en pos de una más íntima y más sentida religión del espíritu, que asumía el tono inspirado de una lograda plenitud de los tiempos. Y esa regeneración, que consistía en la afirmación de una humanidad rica y plenamente desarrollada, halló en el mundo clásico un modelo casi ideal. De ahí proviene esa actitud que consiste en volver afanosamente a lo antiguo, actitud que marca con su sello los inicios del Renacimiento y permanece luego durante todo el período renacentista. Ese retorno, por el hecho de mostrarse con toda claridad, ha inducido a algunos historiadores a considerarlo como la misma esencia de la época, de modo que ésta consistiría, ni más ni menos, en un resurgir de lo antiguo como elemento implícito y dominante en cualquiera de sus manifestaciones. Hay que decir que los críticos

han sido inducidos a menudo a error por las actitudes mismas de ciertos protagonistas de la época, por figuras relevantes que, en el ámbito de su vida cotidiana, asumieron conscientemente los modelos griegos y romanos, como cuando Lorenzo el Magnífico pensaba en Pisistrato y cuando Ficino intentaba ingenuamente aparecer como un Platón redivivo, incluso con sus debilidades y características personales. Pero, evidentemente, eso no quiere decir que el poder de Cosme hubiese surgido por su imitación de Pericles o que el pensamiento de Ficino fuese un mero remedo del de Platón.

Lo antiguo, redescubierto —pues a ello conducían las afinidades espirituales y las analogías en los estados de ánimo—, fluía de nuevo plasmando por sí mismo la época, pero en un renacer y una regeneración que eran como una nueva creación. Los simples imitadores pedestres —y los hubo— aparecen, pues, como ramas secas en una planta floreciente.

De todos modos, precisamente por el particular entusiasmo con que se anduvo en busca de lo antiguo, el aspecto más aparente de la época fue ese resurgir del mundo clásico y su eficaz influencia en la nueva era. Ciertamente, el Renacimiento fue, ante todo, un gran movimiento cultural que remodeló los espíritus sin agotarse en un hecho puramente literario o gramatical. Si bien, en efecto, los humanistas hablan mucho de libros, de bibliotecas, de textos y de vocablos, hemos de tener en cuenta que las letras humanas no son exaltadas por sí mismas, sino por el hecho de ser formadoras en el hombre de su más digna humanidad. Ni siquiera la filología, que en cierto momento parece casi asumir una posición dominante, es sólo una indagación erudita y escolástica, pues en ella está la llave que abre al mundo del espíritu, la que ha de permitir, a través de la correcta evaluación de las expresiones, la conquista del pensamiento.

Las sutiles cuestiones medievales habían excavado un abismo entre la palabra y la cosa; se habían ido exasperando las discusiones y las investigaciones en torno a puras ficciones verbales, en torno a entidades separadas de la realidad originaria. Se trataba de volver a unir el espíritu con la letra en un logos concreto que fuese todavía, como lo había sido en su sentido original, pensamiento y palabra. Valla, precisamente, el filólogo Valla, renovó la dialéctica, la crítica histórica, y se enfrentó con las cuestiones jurídicas en su sistematización tradicional; su filología se desarrolló «sobre las bases del derecho y la teología, que impregnan los valores fundamentales de la vida de los hombres, las relaciones de hombre a hombre y las relaciones entre el hombre y Dios» (D. Cantimori, «Anabattismo e neoplatonismo nel secolo XVI in

Italia», en *Rendiconti R. Acc. dei Lincei*, Scienze Morali, serie VI, vol. XII, p. 39). En este sentido, todo el inicio del Renacimiento es filológico, porque los estudios humanísticos, a través de las letras humanas, quieren reconquistar la humanidad, la espiritualidad humana de la cual ellas son expresión. Porque esa reconquista enteramente cultural no sólo produjo la plaga del «erudito», como sucedió desgraciadamente, sino que además originó una evasión de la vida mundana hacia una república ideal donde la libertad del espíritu era indiscutida, aunque a la vez alí-corta y estéril, y, como se ha dicho, totalmente fantástica; porque, si bien el humanismo fue rico en caracteres míseros y voluntades flacas, no deja de ser cierto que aquella redescubierta humanidad fue propuesta como un ideal luminoso concretado en insuperables obras de arte, en conquistas eternas del pensamiento destinadas a educar y a penetrar en profundidad en el mundo moderno.

El Renacimiento, nacido con Cola di Rienzo y con Petrarca como un movimiento de insurrección nacional, como una lucha contra los «bárbaros», cultural a la vez que política, llegó a alcanzar muy pronto un significado universal que fue desvinculándolo de sus raíces italianas para hacer de él una meta eterna para la civilización europea, e incluso mundial, luego que la nueva visión del sentido de la vida y del hombre hubiese conquistado nuevas tierras y nuevas vías.

Choque doloroso entre los ideales y la realidad del cual fueron víctimas a sabiendas aquellos atrevidísimos investigadores y constructores de realidades imperecederas que vieron mal retribuida su *virtù** por las vicisitudes de aquella «fortuna» de la cual aseguraban que no podría doblegar jamás al hombre fuerte. Vuelven a la memoria las observaciones de Castiglione, quien, para hacer perfecto al cortesano, junto a las armas ponía en sus manos las letras. «Pero aquel que no siente el deleite de las letras no puede saber tampoco cuál es la grandeza de la gloria, tan largamente conservada por ellas, y sólo la mide con la edad de un hombre, o de dos, pues no tiene memoria más allá de eso; pero a ésta, que es breve, no puede estimarla tanto como lo haría con aquélla, que es casi perpetua, si no le estuviese vedado conocerla; y, por no estimarla tanto, es razonable creer que no se habrá de poner tanto en peligro para conseguirla como lo haría aquel que la conoce. No quisiera que algún adversario me adujese ahora

* Consideraremos en ocasiones el término *virtù* como intraducible. Es casi un compendio del ideal renacentista: «vencer a la fortuna» (cf. la nota de E. Garin al fragmento n.º 6 del cap. 4 y la introducción al cap. 7). Lo dejamos, pues, en italiano cuando resalta este sentido; pero, incluso cuando lo traducimos por «virtud», mantiene esta coloración.

efectos contrarios para refutar mi opinión, alegándome que los italianos, con su saber de letras, han mostrado poco valor en las armas desde hace algún tiempo; lo cual, desgraciadamente, es cierto... Pero mejor será dejar en silencio aquello que no se puede recordar sin dolor.»

Amargo drama, no muy diferente del de aquellos políticos que, anhelando un Estado libre y bien ordenado, no sabían luego concretar cómo podría establecerse. Es bien cierto que fue obra del pensamiento renovado aquel último golpe dado a los sueños imperiales y a las pretensiones pontificias; aquella crítica, llevada hasta el final, a las viejas instituciones y privilegios; aquella idea de una verdadera nobleza nacida no de la sangre, sino de la *virtù*, de la laboriosa conquista del hombre que le hace ser dueño de sí mismo. Y fue también mérito de aquel pensamiento la exaltación de la humanidad libre, la reivindicación de aquella humanidad necesaria para la plenitud de la vida terrenal. Sólo que, en la práctica, surgió el «tirano», cuya *virtù* no conocía límites; pues aquella libertad no era entendida aún, ni podía serlo, como consecuencia de la ley, cuando el «príncipe», para afirmarse y crear un Estado que fuese tal, para poder superar oposiciones y divergencias ideológicas, había tenido que recurrir tan a menudo a la arbitrariedad. Y el nuevo Estado logró ser, efectivamente, un Estado mundano y terrenal, libre de obstáculos y de vínculos con instituciones decadentes, despojado de privilegios; pero fue también obra singular del «tirano», quien, como gobernante, no se consideraba instrumento y expresión de una voluntad abstracta y universal, de una ley que hablara por su boca, de una ley santa y venerable que pondría freno a su voluntad personal, así como a las de los demás en cuanto individuos. El «tirano» quiso ser, y fue, como el artista que modela su obra a su gusto, sin ningún otro condicionante que su propio arte. Nacieron así, como decía Maquiavelo, los Césares, pero no los Escipiones; los «malvados», los ricos de «grandísima fortuna y *virtù*», «las cuales dos cosas pocos hombres pueden emparejar» (*Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, 1, 10).

Como hemos dicho, la política era concebida como un arte o, al menos, como una actividad premoral, como un libre juego de fuerzas. En realidad, la luz del Renacimiento surge toda ella de aquel impulso hacia un mundo de la cultura, hacia un reino espiritual en el cual el hombre no sea ya un lobo para el hombre, en cuyo seno los hombres, trabajando en común, den vida a verdaderas creaciones.

Si nos desprendemos, finalmente, de la exaltación de los «superhombres» libres de todo freno, de la figuración de los preten-

didos «paganismos», y si podemos ver el Renacimiento tal y como fue, como un «reencuentro de la naturaleza siempre nueva y viva del hombre íntegro que sabe lo que tiene de divino y no de puro animal», entonces estaremos en el camino de comprender su perenne conquista espiritual de la unidad armónica, de los valores espirituales, a la vez que se podrán explicar algunas facetas, algunas sombras de esa época, sin querer tampoco concentrar sólo en éstas los caracteres de todo el movimiento (G. Papini, «Pensieri sul Rinascimento», *La Rinascita*, 1938, p. 15). El Renacimiento no fue un espíritu titánico, ni una lucha encarnizada, sino que soñó con la paz de los humanos, con la concordante discordia de los espíritus creadores, con el *regnum hominis* en que el bien repartido es mayor que el bien entero, *plus dimidium toto*. Y precisamente por eso alcanzó un ideal humano que los pensadores, los artistas, los poetas de Italia mostraron a los hombres y que éstos van aún persiguiendo dolorosamente: la esencia ideal del hombre recobrada en una belleza que es también bondad, en un acercamiento a Dios por la trabajosa paz de una humanidad unida, en una conquista de sí mismo por el amor y en el rendirse voluntariamente ante esas imágenes vivientes de Dios que constituyen los demás hombres. *Haec illa Pax quam facit Deus in excelsis suis, quam angeli in terram descendentes annunciarunt hominibus bonae voluntatis, ut per eam ipsi homines ascendentes in caelum angeli fierent. Hanc pacem amicis, hanc nostro optemus saeculo, optemus unicuique domui quam ingredimur, optemus animae nostrae* (G. Pico, *Oratio de hominis dignitate*, en *Opera*, Basilea, 1572, fol. 318; cf. G. Manetti, *Oratio de pace*, en Felini Sandei, *De Regibus Siciliae*, Hanoviae, 1611, pp. 179 y ss.).¹

1. Aprovecho esta oportunidad para mostrar mi agradecimiento a G. Volpe, cuyas sugerencias me resultaron preciosas en numerosas ocasiones mientras estaba preparando la presente antología. En ella, por otra parte, no será difícil encontrar lagunas y parcialidades inevitables en cualquier tentativa de *documentar* un movimiento espiritual tan vasto y tan estrechamente vinculado con motivos literarios y artísticos. Pero de ninguna manera he pretendido ser aquí exhaustivo; mi intento ha sido sólo el de proporcionar, sobre todo, algunas referencias en relación con lo que fue el germinar del Renacimiento.

BIBLIOGRAFÍA

Naturalmente, no me propongo dar aquí siquiera una bibliografía esencial, sino sólo indicar algunas obras generales y algún escrito que he tenido presentes a la hora de confeccionar la presente compilación.

- J. Burckhardt, *La civiltà del Rinascimento in Italia*, trad. Valbusa, 3.^a ed. a cargo de G. Zippel, 2 vols., Florencia, 1927. [Hay trad. cast.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, 1968.]
- K. Burdach, *Rienzo und die geistige Wandlung seiner Zeit*, Berlín, 1913-1928.
- K. Burdach, *Riforma, Rinascimento, Umanesimo*, trad. Cantimori, Florencia, 1935.
- G. Calò, «Rinascimento storico e Umanesimo eterno», *Convivium*, 1939, pp. 246-264.
- D. Cantimori, «Sulla storia del concetto di Rinascimento», *Annali R. Scuola Normale Sup. Pisa*, 1932.
- E. Cassirer, *Individuo e Cosmo nella filosofia del Rinascimento*, trad. Federici, Florencia, 1935.
- E. Curcio, *Dal Rinascimento alla Controriforma*, Roma, 1934.
- A. Dempf, *Sacrum Imperium*, trad. Antoni, Messina, 1933.
- G. Dilthey, *L'analisi dell'uomo e l'intuizione della natura dal Rinascimento al secolo XVIII*, 2 vols., Venecia, 1927.
- F. Ercole, *Dal Comune al Principato*, Florencia, 1929.
- F. Ercole, *La politica di Machiavelli*, Roma, 1926.
- F. Fiorentino, *Il Risorgimento filosofico nel Quattrocento*, Nápoles, 1885.
- E. Gebhart, *Les origines de la Renaissance en Italie*, París, 1879.
- E. Geiger, *Rinascimento e Umanesimo in Italia e in Germania*, trad. Valbusa, Milán, 1891.
- G. Gentile, *La filosofia*, Milán [1915].
- G. Gentile, *Studi sul Rinascimento*, Florencia, 1926.
- G. Gentile, *Il pensiero italiano del Rinascimento*, Florencia, 1940.
- E. Gilson, *Héloïse et Abélard*, París, 1938.
- E. Gothein, *Il Rinascimento nell'Italia meridionale*, trad. Persico, Florencia, 1905.
- C. H. Haskins, *The Renaissance of twelfth Century*, Cambridge, 1927.
- H. Hauser y A. Renaudet, *Les débuts de l'Âge Moderne: La Renaissance et la Réforme*, París [1938].
- J. Huizinga, *Autunno del Medioevo*, trad. italiana, Florencia, 1940. [Hay trad. cast.: *El otoño de la Edad Media*, Madrid, 1978.]

- M. Korelin, *La primera época del Humanismo italiano*, Moscú, 1892 (en ruso).
- I. del Lungo, *Florentia - Uomini e cose del Quattrocento*, Florencia, 1897.
- P. A. Michel, *Un idéal humain au xv siècle. La pensée de L. B. Alberti*, París, 1930.
- F. Monnier, *Le Quattrocento*, 2 vols., París, 1901.
- E. Münz, *Precursori e propugnatori del Rinascimento*, trad. Mazzoni, Florencia, 1902.
- P. de Nolhac, *Pétrarque et l'Humanisme*, París, 1892.
- J. Nordström, *Le Moyen Âge et la Renaissance*, trad. francesa, París, 1933.
- F. Olgiati, *L'anima dell'Umanesimo e del Rinascimento*, Milán, 1925.
- G. Papini, «Pensieri sul Rinascimento», *La Rinascita*, 1938, pp. 5-19.
- L. Pastor, *Storia dei papi*, trad. Mercati, vols. I-III, Roma, 1925.
- V. Rossi, *Il Quattrocento*, Milán, 1938.
- G. de Ruggiero, *Rinascimento, Riforma e Controriforma*, 2 vols., Bari, 1930.
- R. Sabbadini, *Il metodo degli umanisti*, Florencia, 1922.
- G. Saitta, *Filosofia italiana e Umanesimo*, Venecia, 1927.
- P. E. Schramm, *Kaiser, Rom und Renovatio*, 2 vols., Leipzig, 1929.
- G. Toffanin, *Che cosa fu l'Umanesimo*, Florencia, 1928.
- G. Toffanin, *Storia dell'Umanesimo*, Nápoles, 1933.
- G. Volpe, *Il Medioevo*, Florencia [1926].
- G. Voigt, *Il risorgimento dell'antichità classica*, ed. Zippel, 3 vols., Florencia, 1897.
- E. Walser, *Gesammelte Studien zur Geistesgeschichte der Renaissance*, Basilea, 1932.
- V. Zabughin, *Storia del Rinascimento cristiano in Italia*, Milán, 1924.

I. EL ANUNCIO DE LA RENOVACIÓN

Si bien la nueva visión de la vida, que, surgida en Italia, estaba destinada a penetrar por toda la civilización europea sólo había de afirmarse durante el siglo XV, ya entre 1300 y 1400 encontramos signos nada despreciables de una mutación profunda cuyas raíces venían de muy lejos, pero que en aquel momento parecían multiplicarse a un ritmo acelerado. Se trataba de la idea de una *renovatio* que transmutase la cultura y la vida; que liberase al mundo del espíritu de los vínculos tradicionales de cualquier clase; que actuase en la vida social suprimiendo privilegios, escisiones y desigualdades; que se injertase en la vida política devolviendo a Italia aquella dignidad que le correspondía a juzgar por su pasado grandioso y por las fuerzas que en aquel presente estaban ya en acción. El ímpetu de las ciudades nuevamente florecientes permitía sentir nuevos títulos de nobleza a añadir a una historia ya olvidada por una memoria que había sido bien deficiente. Así, en Roma anhelaban el retorno de los Escipiones y de los Césares; en Florencia se pensaba en Catilina y en Julio César. Las disensiones cada vez más agudas, de las cuales sacaban provecho fuerzas extrañas a la «sacra Italia», así como el papado de Aviñón, sometido a intereses extranjeros, hacían que se fuese abriendo camino la idea de una vida política italiana opuesta al mismo tiempo a los «tiranos» interiores y a los «bárbaros», que seguían siendo una amenaza. En suma, una política que, actuando por la «libertad» y la «justicia», renovase la «paz» de Roma.

El antiguo Imperio parecía proporcionar el pretexto, los títulos y el derecho para esa renovación; la Iglesia antigua parecía proporcionar la evidencia de que sólo un proceso de degeneración había permitido que la religión universal de Cristo se transformase en un poder en manos de intereses particulares. La regeneración no tenía que renovar solamente la vida religiosa, tenía que recrear también la antigua potestad romanocrisiana, instrumento eficaz de una luz universal que, después de las «tinieblas» de los «bárbaros», habría difundido por todo el mundo, además,

la fuerza de la antigua sabiduría. Lo clásico constituía el impulso y la base del movimiento, diseñaba las líneas de un programa, alimentaba y concretaba las aspiraciones. Pero, bajo la nitidez de la lengua de Livio y de Cicerón, bajo el recuerdo de Escipión y de César, bajo los títulos consulares y tribunicios, lo que había no era sólo un sueño literario, sino una nueva fe, una nueva mentalidad que en la antigüedad buscaba el impulso, una bandera de batalla, con el fin de superar la antítesis medieval entre Iglesia e Imperio, entre güelfos y gibelinos, instaurando así una *libertà* italiana que fuese heredera a la vez de la tradición romana y de la tradición cristiana, que renovase los más augustos valores humanos, valores que la «barbarie» había subvertido o falseado. En esta nueva plenitud se hubiera concretado la *paz*, las herejías se hubieran superado y, por fin, los cristianos y los mahometanos se hubieran unido, según el sueño de Pío II, en la armonía concordante de todos los hombres. Todo esto, como se echa de ver, iba mucho más allá de las premisas reconocidas. Y tal vez fuera precisamente la magnitud de ese programa, su universalidad, lo que, desvinculándolo de la misma sociedad italiana en que había nacido, hizo de él no un sueño de retóricos, como sostienen algunos, sino una palabra nueva, un nuevo modo de hablar a los hombres que debía ser acogido por todos ellos y todos debían hacer suyo. Pero, sea como fuere, mientras esta nueva forma de civilización se convertía en universal, perdía esos puntos de partida esencialmente italianos que al principio había tenido y se iba desprendiendo, como una concepción nueva de la vida, de aquellos programas políticos determinados en que se había apoyado al comienzo.

La conexión entre los programas políticos y la nueva concepción de la vida, en cambio, es muy clara en alguien como Cola di Rienzo, mantenedor en cierto momento de las ideas que en la misma época acariciaba el portaestandarte del movimiento humanístico, Francesco Petrarca. Lo cierto es que Cola estaba totalmente atrapado en la situación de la Roma *caput mundi*, de la *universa sacra Italia*, oprimidas ambas y divididas por las tiranías feudales, por las luchas partisanas, por las arraigadas desigualdades disfrutadas por los *bárbaros*. Lo que quería era la libertad y la *renovatio*, en vista de que los tiempos estaban maduros, porque ya estaba a punto de nacer *magnus ab integro saeculorum ordo*. Éste era el sentido religioso, mesiánico incluso, de una nueva era, alimentado con la herencia de corrientes místicas, cuando la fe en el retorno de los valores de la *Ecclesia* primitiva convergía con la exaltación del espíritu clásico romano. Pero la fantasía de Cola no era insensata; cuando menos, no más de co-

mo lo habían de ser en general las ideas de los hombres del Renacimiento. Cola di Rienzo, escribe Burdach, nos aparece verdaderamente «como un heraldo y un anunciador de una nueva cultura que es tan nueva en su concepción del Estado, de la Iglesia, de la sociedad y del individuo, cuanto se aleja también, en su gusto literario y artístico, del mundo medieval. En su ardiente deseo, en parte a sabiendas y en parte oscuro, de una renovación radical y de nuevas formas de vida, quiere lo que originalmente se entendía por “Renacimiento”: no un movimiento externo, aparente, una imitación de la literatura y el arte antiguos, no una nueva vida basada en libros y objetos muertos, en estatuas y cosas parecidas, sino más bien una renovación moral y política que afectara al Estado, a la Iglesia y a la sociedad, una “regeneración” íntima, espiritual, del individuo, alimentada tanto por fuentes religiosas como por el mundo ideal de la antigüedad» (cf. P. Piur, *Cola di Rienzo*, trad. italiana de J. Chabod Rohr, Milán, 1934, p. 217).

Se trataba de un conocimiento nuevo basado en una reconstrucción ideal de lo antiguo y sostenido por las más vivas exigencias. No fue por casualidad por lo que Cola iniciara su famosa colección de epígrafes; la *Descriptio Urbis eiusque excellentiae*, cuyo propósito había de ser tomado de nuevo por uno de los más típicos representantes del Humanismo: Poggio Bracciolini (cf. E. Müntz, *Precursori e propugnatori del Rinascimento*, trad. italiana de G. Mazzoni, Florencia, 1902, p. 28). En la elocuencia de Tito Livio —*lacteo eloquencie fonte manantis Titi Livii*— encuentra el tono de sus ardorosas evocaciones; en la romanidad revivida por los escritores y en los monumentos encuentra una conquista perenne que impedirá que «Roma caiga en ruinas como lo hicieron Babilonia, Troya, Cartago y Jerusalén». La cultura medieval, «con sus rígidos dogmas eclesiásticos, con las sofisticaciones de su dialéctica, con los sistemas escolásticos tributarios de la autoridad de aquel *charlatán* llamado Aristóteles, con su gusto por las fábulas de Tristán y de Lancelot, tuvo ya su época. Los nuevos astros que la iluminan son Livio, Salustio, Séneca, Cicerón (Platón)...» (Piur, *op. cit.*, pp. 206-207). Y lo que estos autores le enseñan son los derechos de Roma y de Italia, contrarios a los del emperador y los príncipes electores; ellos le espolean a oponer la tradición latina a la de los «bárbaros». Se trata de la tradición romanocrisiana, que hace suya tanto la herencia de Atenas como la de Jerusalén. Y si alguien le reprocha sus «estudios paganos», le responderá que san Ambrosio, san Agustín, san Jerónimo y san Gregorio habían bebido de las fuentes clásicas; pone en conjunción a Livio y la Biblia. Una unión

análoga se realiza en Petrarca y se va a realizar en Coluccio Salutati y, luego, en los escritores del siglo xv, en los cuales se hace muy raro encontrar una comprensión de lo antiguo separada de una religiosidad profunda. El retorno a los clásicos fue también el retorno a una más rica conciencia cristiana.

Por eso precisamente, mientras Petrarca veía en Cola al realizador de sus ideas, Cola consideró a Petrarca como a un maestro; el «sueño» de la restauración se convertía así en un programa que se estaba realizando entonces. Y el tribuno, soberano y hombre culto a la vez, que sustentaba su política con su cultura, si bien exaltaba la grandeza republicana, también entendía la «libertad» que había que instaurar no como una libertad de facciones, sino como liberarse de los pequeños tiranos internos, como la liberación del pueblo y, a la vez, la igualación de los individuos. Pero él, el tribuno, se proclamaba único príncipe y señor, padre de sus súbditos y libre artífice del Estado: *consul orphanorum, viduarum et pauperum*, dotado de *libera potestas et auctoritas reformandi et conservandi statum pacificum Urbis et totius Romanae provinciae*. Y mientras él, dictador absoluto, soñaba con una coronación imperial itálica, Petrarca, abandonando los ideales republicanos, afirmaba que «la monarquía es el sistema más idóneo para recoger y volver a ajustar las fuerzas de Italia arruinadas por la larga devastación de las luchas intestinas» (*Familiar*, III, 7; cit. en Piur, *op. cit.*, p. 85).

Las ideas políticas de Petrarca no siempre eran coherentes, ni tampoco era él un pensador fuerte y profundo; pero su visión de una latinidad renovada había de contribuir poderosamente, incluso fuera del campo literario, a plasmar la mentalidad del hombre nuevo, a crear una conciencia nueva. Si bien el Renacimiento fue en gran parte un fenómeno cultural, no por ello se limitó a anhelar repúblicas ideales en el mundo de la fantasía. Junto a unos gramáticos destinados a convertirse en las máscaras cómicas de los diálogos de Bruno, hombres hubo que, empapados de la nueva concepción de lo real, la difundieron en la vida, la impusieron en las cortes y, cuando ellos mismos eran hombres políticos, se inspiraron para su actividad en esa misma concepción.

Pío II decía de Coluccio Salutati, secretario florentino, discípulo de Petrarca, que le daba a Gian Galeazzo Visconti más miedo que un ejército (cf. G. Volpe, *Il Medioevo*, Florencia [1926], p. 471); cierto es que en sus cartas, inflamadas, resonaba el ímpetu de una renovación *in fieri*. Ese impulso, si bien fue más evidente en el aspecto artístico y literario, no por ello fue menos eficaz para la transformación de todos los órdenes de la vida.

1. La magnificencia de Roma (carta de Petrarca a Giovanni Colonna)

En esta carta, del 15 de marzo de 1337, Petrarca notifica a Colonna la gran impresión que experimentó, no por encontrarse en la ciudad de los apóstoles, sino en la sede del Imperio. Éste es un tema que retornará de manera insistente durante todo el Renacimiento; ahí la *renovatio* se concreta como una restauración de la romanidad clásica.

A Giovanni Colonna, desde Roma.

(...) Pensabas que cuando estuviera en Roma habría de escribir algo grande. Quizá si que haya recogido material suficiente para hacerlo más adelante; por ahora no me he sentido con fuerzas para comenzar nada, por lo muy impresionado que estoy por el milagro de cosas tan grandes, por la magnitud de mi admiración. Sólo hay una cosa que no quiero dejar en silencio, y es que sucedió lo contrario de lo que creías. Solías desaconsejarme, ¿recuerdas?, que viniese, sobre todo por el temor a que, teniendo en cuenta el aspecto de las ruinas de la ciudad, que poco se correspondían con la fama y la opinión concebidas a partir de los libros, aquel entusiasmo que yo tenía viniese a enfriarse. Y yo mismo, aunque sentía un ardiente deseo, estaba de acuerdo en retardarlo por miedo a que, lo que yo había imaginado, la vista y la presencia no lo disminuyesen, pues esta visión y esta presencia resultan siempre dañosas para las cosas grandes. Pero en este caso, que hay que decir que es sorprendente, la vista en nada disminuyó, sino que incluso superó, lo que esperaba. Y Roma me apareció aún más grande, y las ruinas me parecieron aún mayores de lo que había creído. Ahora ya no me sorprende que el mundo hay estado bajo el dominio de esta ciudad; lo que me sorprende es que haya tardado tanto en estarlo. Adiós.

Desde Roma, en los *idus* de marzo, en el Capitolio.

[Petrarca, *Familiarum rerum*, II, 14; ed. Rossi, vol. 1, p. 103.]

2. De la *exhortatio ad transitum in Italiam ad Carolum quartum Romanorum regem*, de Petrarca

Este pasaje de la *exhortatio* muestra las incongruentes concepciones políticas de Petrarca, quien sólo soñaba en la *renovatio* de un Estado itálico en forma monárquica (*Famil.*, III, 7). Pero, junto a tales incertidumbres teóricas, comunes por lo demás a todo el siglo xv, sigue habiendo en estas palabras, que Roma pronunciaría, la viva conciencia de la antigua grandeza

que en todo momento sigue aún activa, que anima toda la obra del poeta y que debía convertirse en la eficaz levadura de todos y cada uno de los aspectos de la vida.

Un día pude mucho e hice mucho; fundé las leyes, dividí el año, volví a encontrar el arte de la guerra. Después de haber pasado quinientos años en Italia, durante los doscientos años siguientes —y hay testigos dignísimos que darán fe de ello— recorrí, entre guerras y victorias, Asia, África, Europa, todo el mundo en fin, consolidando las bases del Imperio naciente con grandes sudores, con mucha sangre, con mucha prudencia. Vi al primer heraldo de la libertad, Bruto, que por amor hacia mí mató a los hijos y murió luchando contra su soberbio enemigo. Miré estupefacto al hombre armado y a la indefensa muchacha, que nadaban. Vi el sagrado exilio de Camilo, la penosa milicia de Cursor, la cabeza salvaje de Curio, al cónsul venido del arado, al dictador campesino, la regia pobreza de Fabricio, la clara muerte de Publicola, la insólita sepultura de Curcio aún vivo, el glorioso cautiverio de Atilio, a los Decios muriendo por la gloriosa rendición, el duelo insigne de Corvino, a Torcuato bondadoso con el padre y duro con el hijo, la sangre de los Fabios vertida toda al mismo tiempo, a Porsena atónito, la noble diestra abrasante de Mucio. Soporté las llamas de los Senones, los elefantes de Pirro, las riquezas de Antíoco, la constancia de Mitridates, la locura de Sifaces, la dureza de los Ligures, las guerras samníticas, las incursiones de los cimbrios, las amenazas macedonias, las añagazas púnicas. Bañé, a la vez con la sangre de mis enemigos y con la de mis hijos, Carra, Egipto, Persia, Arabia, el Ponto, Armenia, Galacia, Capadocia, Tracia, las playas mauritanas, las arenas etiópicas. Ensangrenté las llanuras de Libia y de España, Aquas Sextias, el Ticino, el Trebia, el Trasimeno, Cannas y las Termópilas, famosas por los estragos persas; el Danubio y el Rin, el Indo y el Hidaspe, el Ródano y el Ebro, el Éufrates y el Tigris, el Ganges, el Nilo y el Hebro de Tracia, el Don y el Araxes; el Tauro y el Olimpo, el Cáucaso y el Atlante, el Jonio y el Egeo, los mares de los escitas y los Cárpatos, el Helesponto y el estrecho de Eubea, el Adriático y el Tirreno, y, finalmente, el Océano domesticado por mis naves. Y todo eso para que a tal serie de guerras le siguiese una paz eterna y se fundase el Imperio. No fallaron mis aspiraciones; satisfecha, vi el mundo a mis pies.

[Petrarca, *Familiarum rerum*, X, 1; ed. Rossi, vol. 11, pp. 281-282.]

3. Cola di Rienzo a Carlos IV (julio de 1350)

Éste es sólo un fragmento, pero muy significativo, de la carta dirigida por Cola di Rienzo desde Praga, durante el mes de julio de 1350, a Carlos IV. Podríamos considerar esta carta como su

apología. La cultura, que hace revivir en él lo antiguo, se traduce en una obra de reconstrucción: *nihil actum fore putavi, si, que legendo didiceram, non aggredere exercendo*, son palabras que justamente los modernos editores de las cartas han antepuesto como un lema. Inicialmente está la traza de lo que se decía y a lo cual dio crédito; y es que él sería hijo del emperador Enrique VII.

(...) Empecé a despreciar la vida plebeya y a cultivar el ánimo con las más elevadas ocupaciones que eran posibles, y con las cuales pudiese procurarme honor, elogios y gloria sobre los demás ciudadanos. De hecho, exceptuada la magistratura de la Cámara de Roma, que le correspondía al papa, quien de todos modos gobernaba por medio de un sustituto, dejando de lado cualquier otra ocupación, sólo atendí a la lectura de las gestas imperiales y de las memorias de los más grandes hombres de la antigüedad. Y, pareciéndome mi ánimo en cierto modo lleno de todo eso, consideré que nada se habría hecho si las cosas que había aprendido leyendo no hubiese intentado realizarlas. Sabiendo por eso mismo, por las crónicas de Roma, que durante quinientos años y más ningún ciudadano romano, por bajeza de ánimo, se había atrevido a defender al pueblo de los tiranos, y sintiendo asimismo lástima por los italianos, que estaban en la miseria, indefensos y oprimidos, decidí intentar la difícil empresa, que era noble, digna de alabanza y de permariecer en la memoria pero, con todo eso, peligrosísima. Y así, ora con palabras, ora con las armas, en Roma y ante la Curia, comencé con tanta intrepidez a defender francamente al pueblo adormecido y debilitado que, maravillándose vivamente el pueblo de la singular grandeza de ánimo y del nada acostumbrado desafío al peligro, volvió a recobrar el ya gastado vigor, de algún modo el aliento. Y de día en día fui llegando a ser terrible y sospechoso para los poderosos, y sobre todo querido por el pueblo.

[*Briefwechsel des Cola di Rienzo*, ed. Burdach y Piur, Berlin, 1912, pp. 203-204.]

4. La *renovatio Urbis* (Cola di Rienzo a los romanos, enero de 1343)

Cola di Rienzo, desde Aviñón, anuncia a los romanos la concesión, por parte del supremo pontífice, de un año jubilar en 1350. La carta es del 28-31 de enero de 1343 y en ella resuenan ya los Escipiones, los Césares y los Metelas, y anuncia a la vez la *renovatio Urbis* en una prosa escrita con el ritmo que tendría un himno y en la cual confluyen los sueños y las esperanzas de

la religiosidad medieval que se transfiguraba en el resurgente espíritu clásico. Pero la *renovatio* es ya el imperio de la paz, de la paz cristiana, destinada a extender a todos los hombres los valores universales de la Roma cristiana.

Al Senado y al pueblo romano.

¡Regocijense los montes que nos rodean, vístanse los cerros de gloria, florezcan de paz todas las llanuras y valles, germinen fecundos y sean llenos de eterna alegría! Levántese el pueblo romano de su larga postración, ascendiendo al trono de la majestad de antaño; quítese la lúgubre vestimenta de la viudedad, revístase con la púrpura nupcial, adorne su libre cabeza con una diadema, ciñase el cuello con collares, vuelva a tomar el cetro de la justicia; y, rodeado de todas las virtudes y regenerado por ellas, ofrézcase como un esposo engalanado para complacer a su esposa. Despierten sus sacerdotes y sus grandes, los ancianos y los jóvenes, las matronas, los niños juntamente con las niñas; y que todo el ejército romano, con gritos de salvación, admirado, hincadas las rodillas en el suelo, fijados los ojos en el cielo, levantadas las manos hacia las estrellas, con el ánimo alegre, con la mente piadosísima, dé gracias a Dios y cante gloria en los cielos.

Ahora, en efecto, que los cielos se han abierto y que, nacida de la gloria de Dios Padre, la luz de Cristo, difundiendo el esplendor del Espíritu Santo, a vosotros que vivís en las sombras tenebrosas de la muerte os ha preparado la gracia de una inesperada y admirable caridad; ahora que el clemente cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el santísimo romano pontífice, padre de la ciudad, esposo y señor, movido por los gritos, por los lamentos, por las luchas de su esposa, apiadándose de sus desgracias, calamidades y ruinas, abriendo graciosamente, por inspiración del Espíritu Santo, el seno de su clemencia a la renovación de la Urbe, a la gloria de su pueblo, a la alegría y la salvación de todo el mundo, os ha concedido a vosotros misericordia y gracia, y al mundo entero le promete redención y a las gentes remisión de los pecados...

¿Qué Escipión, qué César, qué Metela, o Marcelo, o Fabio —que, según los anales antiguos, sabemos que eran liberadores de la patria y dignos de eterna memoria, cuyas solemnes imágenes esculpidas en mármoles preciosos admiramos en el recuerdo y en la luz de la virtud—, quién de todos vosotros habría podido darle a la patria una gloria tan grande?

[*Briefwechsel des Cola di Rienzo*, ed. cit., pp. 4-7.]

5. Petrarca a Cola di Rienzo (*Famil. rer.*, VII, 1)

Cola di Rienzo es tribuno y Roma vuelve a ser *caput mundi*. Los bárbaros que huellan la tierra de Italia pronto estarán doma-

dos. El mito del poeta ha venido a reunirse con la actividad del hombre político; Petrarca anuncia el cambio de la renovación literaria en una renovación concreta de la vida.

¿Qué cosa mala ha hecho el pueblo inocente? ¿Qué la sagrada tierra de Italia? Ahora, cuando ya el polvo itálico es hollado por los pasos de los bárbaros; ahora, cuando nosotros, que en tiempos fuimos señores de todas las gentes, somos ahora, ¡ay!, presa de los vencedores, acaso como castigo por nuestros pecados, acaso porque nos esté atormentando, con el influjo del maligno, un astro adverso y maléfico, acaso porque —y esto es lo que yo creo—, íntegros pero unidos ahora a los malvados, seamos castigados por unas culpas que no son nuestras.

Pero que yo no tema por Italia, a la cual más bien habrán de temer los rebeldes, pues será fuerte el poder de los tribunales ahora restituido a la Urbe y puesto que Roma, nuestra cabeza, permanecerá íntegra.

[Petrarca, *Famil. rer.*, VII, 1; ed. Rossi, vol. II, p. 95.]

6. Exhortación de Petrarca a Cola di Rienzo (junio de 1347)

Desde Aviñón, en junio de 1347, Petrarca escribe a Cola di Rienzo y a los romanos una larga epístola *hortatoria* que celebra a la vez la *libertas* instaurada en el interior contra los tiranos feudales con la igualdad del pueblo y el inicio de la obra pacificadora de una Roma resurgida.

Te has abierto de manera admirable un camino hacia la inmortalidad. Debes perseverar, si quieres alcanzar tu objetivo; has de saber además que cuanto más luminoso haya sido el comienzo, tanto más oscuro será el fin. Para el que camina por caminos como éstos, muchos serán los peligros, muchas las incertidumbres, muchas las dificultades; pero la virtud halla su deleite en las asperezas, la paciencia en las dificultades. Iniciamos un trabajo penoso y glorioso; ¿para qué aspirar a un descanso indolente? Añadamos que muchas cosas se muestran difíciles a quien se enfrenta con ellas por vez primera, y que habrán de aparecer luego sencillísimas para quien proceda después de esa primera vez. Pero ¿por qué disertar sobre esto, cuando tanto debemos a los amigos, y más aún a nuestros padres, y todo a la patria? Por eso, si llega el caso de tener que enfrentarnos con las espadas desnudas a los pérfidos enemigos, tú te enfrentarás con ellos impertérrito, siguiendo el ejemplo de Bruto, que mató en el campo al hijo del rey soberbio, cayendo él mismo por los golpes recibidos; y así, a quien había expulsado de la Urbe, lo persiguió hasta el Tártaro. Pero tú, vencedor, permanece incólume mientras ellos perecen; y si acaso has de caer y dar la vida por la patria, mientras ellos se

precipitarán a los infiernos, tú irás al cielo, hacia el cual el valor y el amor que sientes por los tuyos te habrán abierto el camino, y aquí dejarás el rastro de una fama eterna. ¿Qué más se puede esperar? Rómulo fundó Roma. Bruto, que recuerdo a menudo, la liberó. Camilo recuperó Roma y la libertad. ¿En qué te diferencias tú de ellos, hombre egregio, si no es en que Rómulo circundó la ciudad naciente con un frágil surco, mientras que tú rodeas con solidísimos muros la ciudad más grande entre todas las que son y que han sido? Bruto reivindicó la libertad usurpada por uno solo, y tú la libertad usurpada por muchos tiranos. Camilo restauró la ciudad a partir de las recientes y aún humeantes ruinas, y tú, en cambio, de las antiguas y ya sin esperanza. ¡Salve, nuestro Camilo, nuestro Bruto, nuestro Rómulo, o con el nombre con que prefieras ser llamado! ¡Salve, padre de la libertad romana, de la paz romana, de la serenidad romana! A ti la edad presente te debe el poder morir en libertad, y la edad futura el nacer libre.

[*Briefwechsel des Cola di Rienzo*, ed. cit., pp. 74-75.]

7. Cola di Rienzo proclama el resurgimiento del Imperio Romano (1 de agosto del 1347)

Desde Roma, el primero de agosto de 1347, Cola di Rienzo proclama el resurgimiento del Imperio Romano, la *libertas* de todas las ciudades de la sagrada Italia.

Nos, soldado del Espíritu Santo, Niccolò Severo, y Clemente, liberador de la Urbe, defensor de Italia, amante del mundo y tribuno augusto, queriendo y deseando que el don del Espíritu Santo sea recogido y aumentado tanto en la Urbe como en Italia entera, y que la voluntad, benignidad y liberalidad de los antiguos príncipes romanos sean imitadas en el grado que Dios nos lo permita, hacemos saber a todo el mundo que, asumido por nos el tribunado, el pueblo romano, siguiendo el consejo unánime de todos los criterios, de los sabios y los abogados de la Urbe, reconoce tener aún aquella autoridad, potestad y jurisdicción que tuvo al comienzo y en el máximo florecer de la Urbe, cuando revocó para sí expresamente todos los privilegios establecidos en perjuicio de su derecho, de su autoridad, de su potestad y de su jurisdicción.

Nos, por tanto, en nombre de la autoridad, potestad y jurisdicción antiguas, en nombre de la plena potestad concedida por el pueblo romano en público parlamento y hace poco por nuestro señor el sumo pontífice, como resultado de sus públicas bulas apostólicas, para no parecer ni ingratos ni avaros con la gracia y el don concedidos por el Espíritu Santo, tanto al pueblo romano como a los susodichos pueblos de la sagrada Italia, y a los que no les permitimos que por negligencia los derechos y jurisdicciones del pueblo romano se deterioren más aún, con la autoridad y la gracia de Dios, del Espíritu Santo y del sagrado pueblo

romano, conforme a los modos, derechos y forma, y como mejor podemos y debemos, decretamos, declaramos y proclamamos que la santa ciudad de Roma sea cabeza del mundo y fundamento de la fe cristiana, y que todas las ciudades de Italia sean libres y queden restituidas a la defensa de una plena libertad, y consideramos que todos los pueblos de la sagrada Italia son libres. Y desde este momento hacemos, declaramos y proclamamos que todos los pueblos arriba mencionados, y los ciudadanos de las ciudades de Italia, sean ciudadanos de Roma y que gocen del privilegio de la libertad romana.

[*Briefwechsel des Cola di Rienzo*, ed. cit., pp. 101-103.]

8. Carta de los florentinos a los romanos (de Coluccio Salutati, 4 de enero de 1376)

Esta famosa carta fue enviada desde la república de Florencia a los romanos el 4 de enero de 1376, y la redactó Coluccio Salutati con un estilo que ya a Cipolla le recordaba el de Cola di Rienzo. El ambiente ideal es el mismo y se alimenta en el descontento suscitado en Italia por los «malvados pastores que —como decía santa Catalina— envenenan y corrompen el jardín de la Iglesia». El desgobierno de los papas de Aviñón agudiza el contraste entre italianos y franceses, y colabora a un despertar nacional contra todas las barbaries extranjeras. Los florentinos, desplegando una bandera roja en la cual se lee, escrito en letras de oro, «libertad», intentan reunir en un solo bloque a los descontentos y consiguen sublevar Bolonia, hasta que son condenados por Gregorio XI.

A LOS ROMANOS

Magníficos señores, hermanos nuestros queridísimos:

Dios benignísimo, que todo lo dispone, que con un orden desconocido por nosotros y con inmutable justicia administra las cosas de los mortales, conmovido por la pobre Italia, gimiente bajo el yugo de una abominable esclavitud, despertó el espíritu de los pueblos y excitó el ánimo de los oprimidos en contra de la tiranía pésima de los bárbaros. Y, como ahora veis, en todas partes y con igual ansia, Italia, finalmente despierta, grita por la libertad, pide la libertad con las armas y con su valor. Y a quien clama por un espléndido propósito como éste, por una causa tan digna, no podemos negarle nuestro apoyo. Que lo que pensamos os alegre, a vosotros, que sois casi los artífices y los padres de la libertad de todos, pues es sabido que es conveniente, para la majestad del pueblo romano y para la vuestra, un propósito como éste. Este amor

por la libertad, en efecto, estimuló ya un día al pueblo romano en contra de la tiranía del rey, en contra de la dominación de los decenviros, allí a causa de la ofensa hecha a Lucrecia, aquí por la condena de Virginia. Esta libertad impulsó a Horacio Cocles a enfrentarse solo, sobre el puente que estaba a punto de hundirse, con los enemigos. Fue ella la que llevó, sin esperanza de salvación, a Mucio ante Porsena, donde con el sacrificio de su mano dio al rey y a toda la posteridad un ejemplo maravilloso. Fue ella la que condujo a los Decios a morir entre las espadas de los enemigos; y, para resumir los ejemplos singulares que espléndidamente ilustran la historia de vuestra ciudad, fue ella sola la que obtuvo que el pueblo romano, señor de los acontecimientos y vencedor de las naciones, recorriera todo el mundo con sus victorias y lo bañase con su sangre. Por eso mismo, hermanos dilectísimos, pues todos estáis inflamados de manera natural por el amor a la libertad, sólo vosotros, casi por derecho hereditario, estáis obligados por el anhelo de la libertad. ¡Qué triste cosa era ver a la noble Italia, en cuyo derecho está el de regir a las demás naciones, sufrir una triste esclavitud! ¡Qué cosa ver a esa torpe barbarie ensañarse en el Lacio con feroz crueldad, haciendo estragos entre los latinos y saqueándolos! Por eso, sublevados, y, como ilustre cabeza que sois no sólo de Italia, sino un pueblo dominador de todo el mundo, arrojad esa abominación de las tierras italianas y protegéd a los que claman por la libertad; y si hay alguien a quien la pereza, o un yugo aún más fuerte y más duro, retiene, despertadlo. No permitáis que con ultraje os opriman cruelmente los galos, devoradores de vuestra Italia. No corrompan tampoco vuestra sinceridad las adulaciones de los curas, de los que sabemos que tanto en público como en privado os presionan y os incitan a sostener el Estado de la Iglesia, prometiéndos que el papa volverá a traer a Italia la sede pontificia, y os prometen también, con gran alarde de palabras, condiciones deseables para Roma con el advenimiento de la Curia. Todas esas cosas convergen y aspiran al fin a lo mismo: que vosotros, romanos, hagáis de tal modo que Italia sea esclava, oprimida y conculcada, y que estos galos dominen. Pero ¿os podrá alguien ofrecer una ventaja, proponer un premio que se pueda anteponer a la libertad de Italia? ¿Se puede conceder alguna cosa a la ligereza bárbara? ¿Se puede pensar algo seguro a propósito de gentes volubles? ¿Con cuántas esperanzas de una duradera permanencia volvió Urbano a traer a Roma la Curia? ¿Cuán aprisa, ya fuese por un defecto natural de ligereza o por la añoranza de su Francia, cambió un propósito tan firme? Añadid a esto que el sumo pontífice fue traído a Italia sólo por Perugia, y que ésta se preparaba para ser sede fija, sobresaliendo entre todas las ciudades de la Toscana. Y si había alguna ganancia que esperar con esa gente, si lo miráis bien, era a vosotros a quienes correspondía.

Ahora, en la dificultad, os ofrecen lo que no os habrían ofrecido. Por eso, hermanos carísimos, considerad sus acciones y no sus palabras; los llamaba a Italia, efectivamente, no vuestra utilidad, sino su deseo de dominio. No os dejéis engañar por la suavidad de las palabras; y, como os decimos, no dejéis que vuestra Italia, que vuestros progenitores pusieron a la cabeza del mundo pagando el precio de tanta sangre, sucumba

a la barbarie de extranjeros. Proclamad ahora o, mejor, en pública deliberación repetid la célebre frase de Catón: No queremos tanto ser hombres libres como vivir entre hombres libres.

Dado en Florencia el 4 de enero de 1376. Os ofrecemos nuestro bien común y toda nuestra fuerza militar, dispuesta a recibir vuestras órdenes por la gloria de vuestro nombre.

[En Pastor, *Storia dei Papi*, vol. I, Roma, 1925, pp. 715-716.]

9. Carta de los florentinos a los romanos (de Coluccio Salutati, 27 de mayo de 1380)

Es una vez más Coluccio quien escribe, y es interesante la carta, tanto por su estilo como por los recuerdos clásicos o por la idea de la liga que había de confederar a Italia con Roma a la cabeza. Pero, si se observa la conclusión y se la compara con las premisas, y sobre todo con los documentos precedentes, no se podrá dejar de tener la impresión de que, con la mayor claridad en las frases, no va aumentando el ardor por llevar a cabo un gran sueño. Renacen los particularismos. Florencia, ya tan celosa, frente a Cola di Rienzo, por sus prerrogativas, se encerró en sí misma. Si el nuevo movimiento cultural estaba ya entonces universalizándose, comenzaba también a desligarse de las iniciales preocupaciones nacionales.

Ilustrísimos señores:

Sabed que hemos recibido con alegría vuestra carta excelente, en la cual habláis de muchas cosas con delicadeza, dais consejos útiles y expresáis opiniones saludables. No ignoramos cuán grande haya sido una vez el valor de los padres comunes, la gloria en las armas, la preocupación por la defensa de Italia. Fue por eso por lo que se opusieron un día Rímmini y los galos senones; luego, aumentando cada más el poder de Roma, muy sabiamente fundaron las colonias nobles de Bolonia y de Parma, expulsando más allá del Po a los galos que habían incendiado Roma. Y allí, después de la conquista de Liguria, derrotados, como narra Floro, por Dolabella en Etruria, en el lago de Vadimonis fueron exterminados de tal modo que de aquel pueblo no quedó nadie para alardear de haber incendiado Roma. Con una fuerza semejante, bajo el consulado de Mario, derrotaron a los teutones en Aguas Sextias, a los cimbrios en el Véneto y a los tigurinos, sus aliados, en el Norigo. Con el mismo vigor emprendieron una segunda batalla contra Pirro, rey de Macedonia, orgulloso por su descendencia del fortísimo Aquiles, por su ejército de tesalios y macedonios, por los elefantes nunca vistos, vencedores en una primera guerra; y en una tercera lo vencieron hasta que,

despojado dos veces de sus campamentos, lo obligaron a huir hasta su Grecia. Son sin número estas glorias, que se leen en los escritos de los famosos padres, los nuestros y los vuestros; y vosotros, como toda Italia, tenéis la obligación absoluta de renovar el valor de los padres para la expulsión de los extranjeros que ocupan ferozmente la tierra Ausonia y la torturan con tristes guerras. Para referirme ahora a la conclusión de vuestra carta, y de dejando el resto, consideramos de sumo provecho y utilidad que no sólo la Toscana, sino que toda Italia se una a vosotros en una liga como los miembros están unidos a la cabeza. ¡Oh, cuán grande aparecería una Italia así dispuesta y ordenada! ¡Cuán temible sería por su poder! Creed bien que aquellos pocos bárbaros que, fuertes a causa de nuestra discordia, se ceban en la sangre itálica, que se adornan con las riquezas itálicas, no sólo huirían del Lacio, sino que temblarían ante el poder de Italia hasta en el corazón de sus propias tierras.

Desgraciadamente, egregios señores, no siempre, aunque así se quiera hacer, se pueden seguir los consejos sabios, útiles y admirables; demasiadas veces se persiguen motivos que nos empujan a abandonar los mejores caminos. Sabe Dios con cuánta alegría habremos querido compartir la gloria que ofrecéis y entrar en la alianza que buscáis: no obstante, muchos obstáculos hay que nos impiden hacer en el presente lo que de otro modo habríamos hecho de todo corazón. Nuestro estado está exhausto por el gran número de gravámenes y de gastos, está abatido por las guerras y las sublevaciones, de modo que a duras penas podemos defender nuestras propias fronteras, y menos aún emprender guerras ofensivas. La luz de vuestra excelencia nos considerará, pues, plenamente excusados, a nosotros, carne de vuestra carne, huesos de vuestros huesos, constreñidos por una extremada necesidad a rechazar lo que tan sinceramente nuestra mente y nuestra voluntad habrían aceptado.

Dado en Florencia el 27 de mayo de 1380.

[A. Wesselofski, *Il paradiso degli Alberti*, Bolonia, 1867, vol. I, 1ª parte, pp. 302-304.]

2. EL RESURGIMIENTO DEL MUNDO ANTIGUO

El impulso dado por Petrarca encontró un eco amplísimo durante el siglo XV; el nuevo espíritu vio por siempre más en el mundo antiguo el camino y la guía para su propio desarrollo. Los italianos buscaron en primer lugar en la latinidad sus títulos nobiliarios y allí encontraron luego las bases sobre las cuales edificar la nueva cultura. Si, por una parte, es un extraño error pensar que la nueva conciencia de la vida, que se fue afirmando durante el siglo XV, era casi como un eco de lo antiguo descubierto nuevamente, también sería erróneo dejar de reconocer que el lenguaje de los códices, de los monumentos, habló con fuerza para aquellas almas. No obstante, en un segundo tiempo, el estudio de la antigüedad pasó a ser ocupación de maestros de retórica y de gramática, y la minuciosidad filológica agotó los impulsos primitivos. A partir de ese momento, todo lo que aparecía como verdaderamente vital en ese retorno a los principios había pasado ya a animar la nueva época. Durante el siglo XV, el canciller, el literato, el hombre político y el docto pueden ser la misma persona, pero durante el siglo siguiente esos personajes se diferencian y, con frecuencia, el docto, convertido en mero erudito, se transforma en un pedante apartado de la vida, perdido en un árido estudio de las palabras.

Si queremos, pues, comprender aquella íntima fusión de cultura y de vida, aquel culto profundamente sentido del saber, entendido como animador de toda actividad, habremos de poner nuestra atención sobre todo en el siglo XV. Fue durante ese siglo cuando un pontífice podía enlazar plenamente los intereses políticos y culturales, cuando un príncipe trataba con idéntica gravedad una seria cuestión diplomática y la búsqueda de un objeto raro y precioso, cuando un erudito dejaba por un momento la lectura de Salustio para ir a apuñalar a un tirano. Lo clásico, redescubierto, se convertía en sangre y acción; hombres políticos y genios militares se conmovían ante César y Escipión, y, convertidos en nuevos mecenas, se rodeaban de historiadores y de poetas que hiciesen inmortales su nombre y su siglo, semejante al de Augusto.

Alfonso el Magnánimo, según nos narra Pandolfo Collenuccio, habiendo leído en el prefacio de una versión española del *De civitate Dei* que «el rey no instruido era un asno coronado», se puso —y ya no era un joven precisamente— a cultivar las letras con fervoroso amor. Pero era toda la vida lo que se iba moldeando y conformando según lo antiguo; Niccolò Niccoli bebía en copas antiguas y se rodeaba de objetos preciosísimos que por entonces habían sido hallados en excavaciones, mientras su mirada se ponía amorosamente en los códices que con paciencia y con afán había localizado y copiado. Ni eso era retórica o pose de erudito, ni él ni sus amigos vivían en museos. Los libros y los monumentos no eran cosas muertas, objetos de colección; eran maestros que los ayudaban a redescubrirse a sí mismos, a educarse, a plasmar tanto a ellos mismos como al mundo que los rodeaba. No eran piedras, maderos y papeles, como escribió Poggio Bracciolini a Niccoli, sino materiales con los cuales se podía construir el monumento de la propia persona.

No se trataba de burdas imitaciones, ni de copias estériles. A título de maestros veraces, poseedores de una antigua sabiduría, los sabios clásicos redescubrían vidas por largo tiempo olvidadas que, sin embargo, no había que recorrer de nuevo, sino que más bien había que proseguir más allá. Todo lo que se había conquistado y había madurado oscuramente durante siglos no se perdía, sino que se iluminaba y florecía. La letras humanas, la retórica de Quintiliano, la lengua de Cicerón, el pensamiento de Platón, no proporcionaban un contenido que hubiese que repetir, sino un crisol en el cual se había de formar el hombre pleno, libre, fuerte, capaz de vencer con la *virtú* al destino, como lo habían hecho los griegos y los romanos.

Pero si las líneas de los templos paganos daban una nueva gracia a las iglesias, eran iglesias cristianas y no templos lo que se edificaba; iglesias a las cuales el nuevo arte confería una serenidad armónica en que parecía expresarse perfectamente el humanismo como doctrina de la redención de todos los hombres.

Y la humanidad reconquistada después de tanta «barbarie», atónita, se reconoce admirablemente en la humanidad antigua. La espiritualidad, que se había ido formando afanosamente, halla con alegre sorpresa que su conquista era en parte una reconquista; que el camino hallado era un camino recobrado. Parecía casi, como decía Poggio, la liberación de un preso secular. Y fue tal el entusiasmo, que se perdió en ocasiones el sentido de la novedad de la propia victoria y se creyó que la causa de ésta era aquella sabiduría renacida, sin comprender que sólo una conciencia renovada en sí misma había hecho que se volviese a oír aque-

lla voz. No se vuelve a pisar un camino ya hollado; si acaso, maduran nuevas experiencias.

Los que han hablado de «paganismo»; los que han opuesto un renacimiento pagano, extraviado en la imitación de lo clásico, a un renacimiento cristiano; los que lo han reducido todo a un movimiento erudito de literatos, todos ellos han confundido aspectos secundarios, consecuencias, con aquella íntima transformación espiritual que es el verdadero renacer, la causa de aquellas manifestaciones que, aisladas en abstracto, son elevadas en ocasiones a expresiones típicas de la esencia del Renacimiento. En realidad, lo antiguo no aparece ajeno de la intuición cristiana; es sólo un motivo, una bandera de batalla contra la «barbarie». Batalla que Italia disputó para volver a hallarse a sí misma; que, incluso cuando opone el latín clásico a la lengua vulgar o al latín «bárbaro», no cree oponerse a las lenguas nacionales, sino más bien contraponer la verdadera lengua nacional a unas formas de corrupción o de la influencia extranjera. Batalla contra las pretensiones —que se habían revelado aún más absurdas en el período aviñonés— opuestas el vacilante Imperio, contra los últimos residuos feudales; batalla que, mientras tomaba fuerza en una tradición renovada, concluyó luego en realidad el esfuerzo de la obra medieval.

Precisamente por esto el movimiento de renovación no podía agotarse en una polémica negativa ni encerrarse en los límites de una antítesis entre la Italia romana y la barbarie; instaurada una nueva cultura universal, se hizo europea y superó todas la antítesis iniciales. Si, por una parte, Campano, en la diatriba contra la barbarie germánica, proclamaba incesantemente, al referirse a aquellos países, que le parecían de manera irremediable hostiles e incultos:

*Italia, Italia est: resonat mihi dulcis in ore;
Italia, Italia fixa mihi est in animo,*

por otra parte, las cartas de Ficino, irradiando la luz del Renacimiento florentino, se dirigían, como mensajes afectuosos, a las almas ansiosamente expectantes en Francia, en Alemania, en Polonia, en Hungría: *epistole quibus omnibus* —como escribirá Roberto Gaguin— *plerique nostratium scholasticorum ardent te facie nosse et intueri hominem a quo tam preclara doctrine monumenta prodierunt*. Ya Valla había visto el mundo latino, el mundo del habla latina, como una ideal ciudad de los sabios, hermanadora de todas las almas dignas.

Las viejas cartas y los viejos monumentos, observados con ojos nuevos y un corazón nuevo, no sólo habían sido estandartes de batalla contra la barbarie, sino que habían enseñado nuevas sutilezas críticas, un nuevo sentido histórico. El mismo espíritu que anima a Poggio a liberar a los augustos prisioneros del monasterio de San Gall es el que agudiza la viva filología de Valla contra los venerables documentos de la Iglesia y alrededor del texto de las Escrituras. Los historiadores, los estudiosos de la visión clásica del Estado, habían de ayudar a los príncipes a sentir la naturaleza mundana de éste y a afirmarla; los filósofos antiguos habían de ayudar a comprender la palabra eterna de Cristo y a entender, más allá de la miseria y de la corrupción de las instituciones, el mensaje humano, la celebración del infinito valor del hombre.

El movimiento humanista no fue un paréntesis retórico, estéril en sus polémicas filológicas, encerrado en la fallida erupción de un nacionalismo puramente verbal, separado del camino real del pensamiento y de la historia moderna. Si así fuese, sería una cosa bien pobre. Superada la antítesis entre antiguos y modernos, entre latinos y bárbaros; transformados los viejos materiales en edificios nuevos, la nueva filología en una nueva filosofía que hacía verdadero cualquier esfuerzo del pensamiento pasado, el Renacimiento renovó verdaderamente el milagro griego conquistando para el mundo una perenne verdad de vida.

1. Las ruinas de Roma (de *De varietate fortunae*, de Poggio Bracciolini)

La restauración de la grandeza perdida fue el comienzo de aquella apasionada búsqueda de cosas antiguas característica de los doctos y los señores, de los príncipes y los pontífices, que en el culto a los recuerdos y en su resurgimiento hallan un nuevo impulso para su actividad. Después de tantas ruinas, comienza la época de las reconstrucciones. Nicolás V soñará edificios de lujo y grandeza orientales que hagan olvidar las ruinas de la antigüedad. Bracciolini, uno de los más afortunados e incansables buscadores no sólo de códices, sino de antigüedades en general, logró evocar con raro ímpetu, en las páginas del *De varietate fortunae*, la desolación de las ruinas romanas.

Es cosa tristísima ésta, y digna de no poca maravilla: esta colina del Capitolio, otrora cabeza del Imperio romano y ciudadela del mundo an-

te la cual temblaban todos los reyes y príncipes, que tantos emperadores subieron en triunfo, que fue adornada con los dones y los despojos de tantos y tan poderosos pueblos, que fue floreciente y admirable para todo el mundo, está hasta tal punto desolada, arruinada y cambiada respecto de lo que fue su primitivo esplendor, que, mientras las vides trepan por los asientos de los senadores, se ha convertido en un depósito de desperdicios y de cosas inmundas. Mira al Palatino y acusa a la fortuna que de tal modo destruyó la casa de Nerón, reconstruida después del incendio de Roma con despojos de todo el mundo, adornada con los medios reunidos por todo el Imperio, que fue admirable para todos por los bosques, los lagos, los obeliscos, los pórticos, los colosos, los teatros de mármol de todos los colores, y de la cual no quedan más que sus inmensas ruinas. Acude a las otras colinas de Roma y las verás a todas desprovistas de edificios, llenas de escombros y de viñedos. El foro, lugar que entre todos los de Roma fue el más famoso por los juicios que se hacían en él, por las leyes que allí se dictaban, por las asambleas que en él celebraba el pueblo, y, en su vecindad, el Comicio, insigne porque en él se elegía a los magistrados, están ahora desiertos y escualidos por la malignidad de la fortuna; y uno de ellos es un albergue para puercos y bueyes, y en el otro se cultivan hortalizas.

[Poggio Bracciolini, *Historiae de varietate fortunae ex cod. ottoboniano*, Lutetiae Parisiorum, 1723, p. 21.]

2. Carta de fray Giocondo a Lorenzo de Médicis

Una vez más, lamentos sobre las ruinas; pero esta vez están vivas, actúan. El que escribe es fray Giocondo, artista exquisito y humanista insigne, editor de Vitrubio y de Plinio el Joven, comentador de César, arquitecto elegantísimo; escribe a Lorenzo, el cual, a los cuidados de la política, en aquella Florencia que parecía una nueva Atenas, unía el amor apasionado por una antigüedad que no volvía a morir en los museos, sino que vivía y daba aliento a todas las formas de la vida.

El antiguo aspecto de la ciudad de Roma, ¡oh óptimo Lorenzo!, ha cambiado hasta tal punto, y los nombres de los lugares han sido borrados de tal modo, que a duras penas se pueden comprender las cosas que se leen en los antiguos escritores. Entre los que se conservan, los investigadores más expertos de la antigüedad se encuentran sabiendo menos que los demás, pues los autores que nos han transmitido estas noticias son hasta tal punto discordantes y lacunares, que, si ellos mismos pudiesen renacer en una palingenesia varroniana, no se reconocerían en nada. Pero, aun si hubiesen permanecido intactos, no nos serían de ninguna utilidad, a no ser que viésemos al mismo tiempo las cosas que ellos vie-

ron. Son muchas, al contrario, las ruinas de la ciudad, y aumentan de día en día. Por ello resulta difícil sacar algo de los epígrafes y de los demás restos de Roma, sobre todo de aquellos que no permanecen fijos por la magnitud misma de la construcción. Pues, en efecto, lo que hoy está en el circo Flaminio lo encuentras mañana sobre la colina Tarpeya; y eso si no va rápidamente a acabar en un horno de cal o a formar parte de los cimientos de una casucha en el campo. Aquello que un día fuera colocado con todo amor en un lugar encumbrado, se ha convertido rápidamente en ruina, hecho pedazos, pisoteado y deteriorado sin ningún cuidado y por personas que no se interesan en absoluto por la antigüedad. A menudo espectáculos de esta clase azuzan a este mi pobre ingenio a ir en busca de los monumentos de la antigüedad para no ver extinguirse, casi en una destrucción final, los recuerdos de nuestros padres. Pero, pues no me bastan para cumplir tal empresa ni mis medios ni mi capacidad, me he vuelto hacia aquellas cosas que me parece que puedo llevar a cabo con ingenio, celo y vigilancia, sin medios y sin gastos; cosas que, por su belleza y por su bondad, pudieran despertar la atención de los príncipes. De esta clase es la vasta recolección de epígrafes que bajo tu auspicio podrán ser eternizados y transmitidos a la posteridad, incluso cuando los mármoles y tablas de bronce en los cuales están grabados sean quebrados, fundidos, destruidos. Recuerdo muchas cosas que yo mismo vi y que prefiero dejar para otro momento a propósito, para no arrancarte las lágrimas, a ti, tan amante de lo antiguo. Te contaré, sin embargo, lo que he oído a otros. De hecho, además de los circos, los teatros, los anfiteatros, los templos, los arcos, las columnas, los pórticos, las plazas, las casas de placer, los ninfeos, los baños, los capitolios, las grutas, los atrios, los santuarios, las casas, las casitas, los palacios, los cuarteles, los mataderos, los lagos, las islas, las bibliotecas, los graneros, los molinos, los puentes, las flores, los acueductos, los colosos, las naumaquias, los sepulcros, las pirámides, los obeliscos, las colinas, las llanuras, los muros, los puertos, los viveros, los caminos, las ciudades y los demás lugares y edificios de esta clase, algunos de los cuales fueron destruidos desde sus mismos fundamentos, de tal modo que no solamente no queda ya parte alguna, sino que ya no se conoce ni siquiera el lugar donde se levantaban; además de éstos, desdichadamente, no sin gran dolor, hemos visto destruir otros en nuestros tiempos. Hay quien afirma haber visto un gran montón de cal hecho sólo con fragmentos de epígrafes. No falta quien alardea de que todos los cimientos, y bastante grandes, de su propia casa han sido hechos con sólo fragmentos de estatuas. ¿Quién se contiene sin maldecir a esos profanadores de la venerable antigüedad? Que rompan las demás cosas, que las quemén, que las consuman, pero al menos respeten los epígrafes y las estatuas que, fabricadas con arte y dignidad, nos transmitieron nuestros padres. Y, en esos epígrafes, óptimo Lorenzo, ¡cuánta finura, concisión, elegancia, propiedad!

[En Fabroni, *Laurentii Medicis Magnifici vita*, Pisis, 1784, vol. II, pp. 279 y ss.]

3. Poggio Bracciolini anuncia a sus amigos florentinos el descubrimiento de los códices del monasterio de San Gall

Ésta es una de las cartas más bellas del bellissimo epistolario de Poggio; es un documento de primer orden que Muratori publicó y destacó acertadamente. Durante el concilio de Constanza, entre junio y julio de 1416, como llamado por la «voz de los antiguos padres que imploraban la liberación de su cárcel secular» (cf. Rossi, *Il Quattrocento*, Milán, 1938, p. 25), Poggio descubrió los preciosos códices del monasterio de San Gall y lo notificó a sus amigos florentinos. Es el mensaje de la antigüedad, a la vez que una incitación que durante siglos había permanecido muda para quien no supo entenderla y que entonces volvía a señalar el camino. Como dirá el mismo Poggio, no es papel, o piedra, o pieza de museo, sino un maestro eficaz y venerado.

La naturaleza, madre de todas las cosas, ha dado al género humano el intelecto y la razón, que constituyen óptimos guías para vivir bien y felizmente; tales son, que no se puede pensar en nada superior. Pero no sé si no son verdaderamente aún más excelentes, entre todos los bienes que nos ha concedido, la capacidad y el orden del decir, sin lo cual la misma razón y el intelecto nada podrían valer. De hecho, sólo por medio del discurso conseguimos expresar la virtud del ánimo, distinguiéndonos así de los demás animales. Hemos de estar, pues, sumamente agradecidos, ora a los inventores de las demás artes liberales, ora, y sobre todo, a los que, con sus investigaciones y con sus cuidados, nos transmitieron los preceptos del decir y una norma para expresarse con perfección. Lo hicieron, en efecto, de tal modo que, incluso en aquello en lo que los hombres sobrepujan a los demás seres animados, no fuésemos en cambio capaces de ir más allá de nuestros propios límites humanos. Y, habiendo sido muchos los autores latinos, como sabéis, que fueron eminentes en el arte de perfeccionar y de adornar el discurso, entre todos ilustre y excelente fue Marco Fabio Quintiliano, quien tan claramente y cumplidamente, y con suma diligencia, expuso las cualidades que necesariamente deben adornar a un orador perfecto; de modo que, siguiéndolo, no parece que falte cosa alguna, en mi opinión, para poder alcanzar una doctrina suprema o una singular elocuencia. Y, aunque sólo quedase su obra, aun cuando faltase el padre de la elocuencia, Cicerón, conseguiríamos con él una ciencia perfecta en el arte del decir. Pero él, entre nosotros los italianos, había sido tan destrozado, tan mutilado por culpa, creo, de los tiempos, que no se reconocía ya en él ningún aspecto ni aderezo humano (...) Y, en verdad, ¡por Hércules!, si no se le hubiese prestado ayuda, estaba ya para siempre cercano al día de la muerte. Pues no cabe la menor duda de que aquel hombre espléndido, esmerado, elegante, lleno de calidad, lleno de argucia, no hubiese podido soportar más aquella torpe cárcel, ni la desolación del lugar, ni la

crueledad de los carceleros. Estaba, en efecto, triste y sucio, como solían estarlo los condenados a muerte, con la barba escuálida y los cabellos llenos de polvo, de modo que con su mismo aspecto y con su vestimenta mostraba haber sido destinado a una injusta condena. Parecía tender las manos, implorar la fe de los quirites, que lo protegiesen de un juicio injusto; e, indignamente, aquel que una vez, con su auxilio, con su elocuencia, había salvado a tantos, sufría ahora por no hallar ni un solo defensor que se apiadase de su desventura, que se tomase el trabajo de ocuparse en su salvación, que impidiese que fuese arrastrado a un injusto suplicio. Pero, como dice nuestro Terencio, ¡qué inesperadamente ocurren a menudo las cosas que uno no se atrevía a esperar! Una casualidad, afortunada para él y sobre todo para nosotros, quiso que, mientras estaba ocioso en Constanza, me viniese el deseo de visitar el lugar donde había estado recluso.

Pues está junto a esa ciudad el monasterio de San Gall, a una distancia de unas veinte millas. Así que me dirigí allí para distraerme y a la vez para ver los libros, de los que se decía que los había en gran número. Allí, en medio de una gran masa de libros, que sería demasiado largo enumerar, he hallado a Quintiliano aún a salvo e incólume, aunque todo lleno de moho y de polvo. Aquellos libros, efectivamente, estaban en la biblioteca, y no como lo exigía su dignidad, sino como en una tristísima y oscura cárcel, en el fondo de una torre en la cual no se habría encarcelado ni siquiera a los condenados a muerte.

Encontré entre otros los tres primeros libros y la mitad del cuarto de las *Argonáuticas* de Cayo Valerio Flaco y los comentarios a ocho discursos de Cicerón de Quinto Asconio Pediano, hombre elocuentísimo, obra recordada por el propio Quintiliano. Estos libros los he copiado yo mismo, y a toda prisa, para mandárselos a Leonardo Bruni y a Niccolò Niccoli, los cuales, habiendo sabido que yo había descubierto ese tesoro, insistentemente me solicitaban por carta que les mandase lo más rápidamente posible a Quintiliano.

[Poggio Bracciolini, en *Rerum Ital. Scriptores*, XX, páginas 160-161.]

4. Del canto de Cristoforo Landino, por Poggio Bracciolini

Liberación de la barbarie, retorno a la luz tras prolongadas tinieblas: esto es lo que anuncian, después de tanto silencio, los códices nuevamente descubiertos. Sentimientos que con claridad, incluso con gran arte, expresa Cristoforo Landino en estos versos de su larga elegía en latín a Poggio.

Y, para sacar a la luz los monumentos de los antiguos, para no dejar que tristes lugares encerrasen tantos bienes, se atrevió a desplazarse has-

ta los pueblos bárbaros y a buscar las ciudades escondidas en las cimas de los montes Lingonios. Pero, gracias a él, vuelves íntegro a nosotros, al Lacio, ¡oh Quintiliano!, el más docto de los maestros de retórica; gracias a él, los divinos poemas de Silio vuelven a dejarse leer por sus italianos. Y, para que podamos conocer el cultivo de los diversos campos, nos trae la gran obra de Columela. Y te devuelve a ti, ¡oh Lucrecio!, a la patria y a los conciudadanos después de tanto tiempo. Pólux pudo arrancar de las tinieblas del Tártaro a su hermano, cambiándose por él; Eurídice siguió las melodías de su esposo, destinada a volver de nuevo a los negros abismos; Poggio, en cambio, saca de la oscura caligine a hombres tan grandes hasta el lugar donde habrá eternamente una clara luz. Una mano bárbara había sumido en la negra noche al maestro de retórica, al poeta, al filósofo, al docto agricultor; Poggio consiguió devolverles una segunda vida, liberándolos con arte admirable de un lugar infame.

[Christofori Landini, *Carmina omnia*, ed. A. Perosa, Florentiae, 1939, pp. 126-127.]

5. La biblioteca de Nicolás V (de la *Vita di Niccolò V*, por Giannozzo Manetti)

Surgen las bibliotecas, abiertas libremente para los estudiosos; rivalizan en su constitución los príncipes y los pontífices. Así, Nicolás V, el amigo de Vespasiano da Bisticci, «rey de los amantes de los libros de todo el mundo», que reunió en Roma, con su espléndida liberalidad, a Poggio, Valla, Manetti, Aurispa, Alberti, Decembrio, Tortelli; que quiso embellecer la ciudad con monumentos nuevos, que construyó las bases de una gran biblioteca sin reparar en gastos. Manetti, como Vespasiano da Bisticci, habla de cinco mil códices; Enea Silvio habla de tres mil; pero, aunque fuesen, como parece, poco más de mil, la colección fue ciertamente imponente y de una grandísima eficacia para la nueva cultura.

En aquel triste día de su muerte, que fue también el de la nuestra, ciertamente doloroso para nosotros y para todos los doctos, supimos que había recogido una tal cantidad de libros latinos y griegos sobre todas las ramas del conocimiento, que había reunido más de cinco mil códices de gramáticos, de poetas, de historiadores, de maestros de retórica y de oradores, de dialécticos, de cosmógrafos, de arquitectos, de matemáticos, de músicos, de astrólogos, de pintores y escultores, de teóricos de las artes de la guerra y la agricultura, y del derecho civil y canónico, de teólogos, así como de muchos comentadores y glosadores de los autores mencionados. Y, si alguno se asombra, su asombro se disolverá si

piensa en el cuidado que ponía en la realización de las cosas que había emprendido, en su liberalidad, en la autoridad de la que gozaba como señor de todos. ¡Cuántos amanuenses había pagado, en efecto, ya en Roma, ya en otras partes, para que transcribiesen los códices! ¡A cuántos doctos había mandado no sólo por Italia, sino hasta los más remotos lugares de Alemania y de Inglaterra, para que investigasen y buscasen! ¡Cuántos eruditos había mandado a Grecia antes y después de la conquista de Constantinopla, bien pagados y cargados con fuertes sumas para que adquiriesen y le trajesen los preciosos códices!

Con lo que imitó perfectamente a Ptolomeo Filadelfo, inclito rey de Egipto, del que había leído que, para constituir su biblioteca tan famosa, había obrado de esta guisa para obtener los libros; biblioteca de la que se narra que llegó a reunir —resulta increíble— cerca de nueve mil libros griegos. Por eso, desde casi todo el mundo, hasta el término de su mortal enfermedad, cada día le llegaban nuevos códices que habían sido recuperados. Con tan gran cantidad de libros griegos y latinos, que si hubiese vivido más habría aumentado de manera admirable día a día, había decidido construir una singular biblioteca en un lugar idóneo de su palacio, donde quería colocar en lugares convenientes y con designaciones propias todos los libros reunidos juntamente para pública utilidad de todos los prelados de la Iglesia romana y para el permanente y eterno ornamento del sagrado palacio, como supo que había hecho el citado Ptolomeo por medio de Aristeo, comisario del rey, hombre doctísimo y noble histórico de aquellos tiempos.

[Giannozzo Manetti, *Vita di Niccolò V*, en *Rerum Italicarum Scriptores*, III, 2, cc. 925-926.]

6. Lapo da Castiglionchio al cardenal Giordano Orsini

Entre los primeros y más famosos cultivadores de lo antiguo se cuenta ciertamente el cardenal Giordano Orsini, el cual, como cuenta Poggio (*Epist.*, XI, 41), había hecho pintar en su palacio las Sibilas, como profetisas paganas de Cristo. En su biblioteca de 254 códices rarísimos, que luego legó a la Iglesia de San Pedro, tenía Ptolomeo y un Plauto que había adquirido del Cusano. El elogio aquí reproducido, con el que Lapo de Castiglionchio le presentaba una versión de Plutarco, es justamente famoso, y es reseñado corrientemente como un documento típico de ese entusiasta amor por lo antiguo. Cf. Pastor, *Storia dei papi*, trad. Mercati, I, 248-249.

Al religiosísimo señor Giordano Orsini, cardenal de la Santa Romana Iglesia.

(...) Aquellos tesoros literarios, aquellos monumentos de doctrina, aquella riqueza de libros que nuestros antiguos escribieron y nos dejaron, se han ido destruyendo y dispersando. Para no recordarlos uno por uno, ¿dónde han ido a parar todos aquellos poetas trágicos, satíricos, líricos, elegíacos, que tu sola ciudad engendró? (...) Pero lo que me consuela en medio de tanta aflicción es que espero que Dios inmortal haya querido finalmente proveer a todas estas dificultades y sufrimientos nuestros, desde el momento en que, ¡oh padre clementísimo!, te has dedicado a nosotros, pues no me parece que hayas nacido por casualidad, sino por un preciso destino de esta época, para acudir en ayuda de los estudiosos en medio de sus dificultades, con tu estudio, con tus esfuerzos, con tus cuidados y, finalmente, con tus medios. Tú solo, después de tantos y tantos siglos, has intentado renovar la lengua latina decadente, enriquecerla, adornarla; y no sólo lo has intentado, sino que en gran parte ya lo has hecho. Tú, en efecto, para reunir libros, aun siendo de edad avanzada, has afrontado larguísimos y dificultísimos viajes hasta regiones lejanísimas, con grandes gastos, fatigas, peligros. Tú has salvado del olvido y del silencio a muchísimos sabios, volviendo a hallar las obras que antes permanecían en la ignorancia. En efecto, para no mencionar a los muchos ya conocidos cuya obras en gran número has vertido al latín, has devuelto a la luz a muchísimos de los que no sabíamos ni siquiera el nombre. Por este motivo, a juzgar por lo que me dicen, has reunido en tu ciudad tantos libros de todas partes del conocimiento, que bastaría para la lectura de muchas ciudades, que bastaría para el uso, sin fatiga, sin gasto, sin molestias, de todos aquellos que están ansiosos por aprender.

[En E. Mehus, *Vita Ambrosii Trasversarii*, Florencia, 1759, p. 597.]

7. Del prefacio a la *Italia illustrata*, de Flavio Biondo

El amor por lo antiguo no se limita a descubrir códices; lo que se quiere es, casi, hallar el vínculo que una el pasado con el presente. Los lugares deben ser elocuentes, las nuevas ciudades deben tener sus títulos de nobleza; los nuevos tiempos, al volver a adquirir la conciencia de la tradición, lo que adquieren es el sentido de su valor.

(...) Habiendo estado Roma sometida a varios pueblos (...) asimismo interrumpidos los estudios de las artes liberales, cesó sobre todo y desapareció la historia. Sucedió que, mientras los bárbaros todo lo arrollaban y nadie transmitía a la posteridad con los monumentos literarios los acontecimientos de la época, de aquellos mil años no sólo no conocemos sus acontecimientos, sino que ignoramos en gran parte dónde habían estado las regiones de Italia, las ciudades, los países, los lagos, los ríos, los montes cuyos nombres nos restituyen los antiguos escritores. Ade-

más de eso, cosa aún más extraña, de muchos países y ciudades poderosísimas que en el intervalo vemos que crecieron grandemente, ignoramos cuándo fueron fundados y ni sabemos quiénes fueron sus fundadores.

Por eso, y puesto que nuestra época, por la benevolencia de Dios, está en mejores condiciones, puesto que renacieron los estudios tanto de las demás artes como, sobre todo, de la elocuencia, y pues nuestros contemporáneos son presa del afán de conocer mejor la historia, he querido intentar, con el conocimiento que he tenido de los acontecimientos de Italia, dar noticia de los nombres de los lugares y los pueblos antiguos, dar autoridad a los nuevos, y a los desaparecidos, una vida en el recuerdo; y, finalmente, iluminar la oscuridad de las vicisitudes itálicas.

[Flavio Biondo, *In Italiam illustratam praefatio*, Basilea, 1531, página 293.]

8. La nobleza de la lengua latina (del prefacio a las *Elegantiae*, de Valla)

Pocas veces como en estas palabras elocuentísimas de Valla se expresó el valor universal de la renovación humanística. La resurgente cultura clásica, patrimonio de todos los hombres en tanto hombres, tiene la misma extensión que la lengua y la sabiduría latinas. Por encima de las diversas vicisitudes políticas y de la decadencia de los imperios, una conquista verdadera del espíritu sigue reuniendo en una verdadera ciudad de Dios a todos los hombres pensantes. Fue esta conciencia, viva en los artífices de la renovación, la que pudo desvincularlos de cualquier contingencia histórica, renovando el milagro griego de una cultura y una forma de vida que se imponen al mundo conquistándolo y dejando su impronta por toda la eternidad.

Aquellos (...) que por casi todo el Occidente, y en una no pequeña parte del septentrión y de África, hicieron que fuese famosa y casi reina la lengua romana, y que en todas aquellas tierras la dieron a los hombres como una semilla óptima para hacer una buena siembra, llevaron a cabo una labor ciertamente más bella y más ilustre que la de extender el propio Imperio. Pues aquellos que hacen crecer el Imperio suelen recibir muchos honores y ser llamados emperadores, pero los que aportaron beneficios a los hombres son celebrados no con alabanzas humanas, sino divinas. Ellos, en realidad, no piensan sólo en la grandeza y la gloria de la propia ciudad, sino también en la utilidad y la salvación de todos los hombres en general. Es por eso por lo que, si bien nuestros antepasados superaron a los demás en la guerra y en muchas empresas, en la difusión de su lengua se superaron a sí mismos y, casi dejado el Imperio

terrenal, fueron a reunirse en el cielo con la sociedad de los dioses. ¿O es que, mientras que Ceres por ser inventora del grano, Baco del vino y Minerva del aceite, y muchos otros por beneficios de esta clase, han sido colocados entre los dioses, acaso al hecho de haber distribuido a los pueblos la lengua latina, mies óptima y puramente divina, manjar no del cuerpo sino del alma, habrá de corresponderle menor mérito? La lengua latina, en efecto, fue quien educó a aquellas gentes y a todos los pueblos en las artes liberales; fue ella la que les enseñó sus óptimas leyes, la que preparó el ánimo para todas las sapiencias y la que, finalmente, hizo que no hubiese bárbaros. Por eso, ¿qué justo apreciador no habrá de preferir a los que se hicieron ilustres en el culto de las letras, antes que a los que llevaron a cabo horribles guerras? A éstos los llamaré, efectivamente, hombres regios, pero a aquéllos los llamaré justamente divinos, pues no sólo aumentaron, como lo hacen los hombres, el estado y la majestad del pueblo romano, sino que, como lo hacen los dioses, proveyeron también a la salvación del mundo (...).

Grande es, pues, el sacramento de la lengua latina, grande sin duda la divina potencia que ante los extranjeros, ante los bárbaros, ante los enemigos, pía y religiosamente es custodiada desde hace tantos siglos, de modo que nosotros los romanos debemos no dolernos, sino alegrarnos y gloriarnos también ante el mundo. Perdimos Roma, perdimos el reino, perdimos el dominio, y no por culpa nuestra, sino de los tiempos; y, sin embargo, con ese reino más espléndido aún reinamos en tantos lugares del mundo. Nuestra es Italia, nuestra es la Galia, nuestras son España, Alemania, Panonia, Dalmacia, Iliria y muchas otras naciones. Porque, allí donde domina la lengua italiana, allí está el Imperio Romano (...).

Pero, cuanto más tristes fueron los tiempos pasados, en los cuales no se encontró a ningún hombre culto, tanto más debemos complacernos por nuestros tiempos; pues confío en que, si nos esforzamos un poco más, pronto renovaremos, más que la ciudad, la lengua de Roma, y con ella todas las disciplinas. Por eso, por mi amor a la patria, incluso por mi amor a la humanidad, y por la magnitud de la cosa, me complazco en exhortar desde lo alto, por decirlo así, a todos los estudiosos de la lengua, y, como suele también decirse, tocar las trompetas: ¿hasta cuándo, ¡oh quirite!, soportarás que tu ciudad, no digo el domicilio del Imperio, sino la madre de las letras, sea presa de los galos? ¿Y que la latinidad esté oprimida por los bárbaros? ¿Hasta cuándo, con ojos indiferentes y casi crueles, contemplarás la profanación de todo? ¿Quizá hasta que no aparezcan ya ni los restos de los fundamentos? Hay alguno entre vosotros que escribe historias: esto significa vivir en Veyos. Hay otro que traduce del griego: esto es estar en Ardea. Otro compone oraciones, y otro poemas: esto es defender el Capitolio y la roca. Son empresas éstas egregias y dignas de no poca alabanza, pero así no se expulsa al enemigo, no se libera a la patria. Camilo: hemos de imitar a Camilo, que, como dice Virgilio, devuelve a la patria las insignias y así la renueva.

[L. Valla, *Elegantiae*, prefacio, ed. Parisiis, 1541, pp. 5-8.]

9. Retrato de Niccolò Niccoli (de las *Vite* de Vespasiano da Bisticci)

De Niccoli, que reunió una espléndida biblioteca con el dinero ofrecido liberalmente por los Médicis, sabemos que veneraba hasta tal punto a los antiguos, que los antepone incluso a los hombres más grandes de su tiempo. Pero nunca escribió nada, desalentado por aquella perfección. Su vida, calcada y embebida de lo antiguo, nos la describe así con ingenua eficacia el buen Vespasiano da Bisticci. Cf. G. Zippel, *Niccolò Niccoli*, Florencia, 1890.

Fue, ante todo, de bellísima presencia, alegre, de modo que siempre parecía que riese, y agradabilísimo en la conversación. Vestía siempre con paños rosados, largos hasta el suelo. Nunca tuvo mujer, a fin de que no le fuese un impedimento en sus estudios. Tenía en casa una asisiente que proveía a sus necesidades. Era aseadísimo, más que todos los hombres, tanto en la comida como en las demás cosas. Cuando estaba a la mesa, bebía en vasos antiguos bellísimos; y su mesa estaba llena de vasos de porcelana y otros vasos adornadísimos. Aquellos con los que bebía eran copas de cristal o de alguna piedra fina. Verlo a la mesa, tan antiguo él, era un gozo. Siempre quería que los manteles que tenía delante fuesen blanquísimos, y así todas las demás ropas. Alguno habrá que se maraville por tantos vasos como tenía, a lo cual hemos de responder que en aquellos tiempos no tenían las cosas de esa naturaleza tanta fama, ni eran tan estimadas, como lo fueron luego; y, siendo como era Niccolò conocido por todo el mundo, cuando alguien quería gratificarlo, le mandaba o bien estatuas de mármol, o bien vasos elaborados según los modelos de los antiguos, o esculturas, lápidas de mármol, pinturas hechas por maestros singulares y muchas cosas de mosaico en tablas. Tenía un bellísimo mapa universal en que estaban todos los lugares de la Tierra, y tenía Italia y España, todas en pintura. No había casa en Florencia más adornada que la suya o en la cual hubiese cosas más hermosas que las visibles en la suya, de modo que quien allí acudía tenía infinitas cosas dignas de contemplar en todos los órdenes.

[Vespasiano da Bisticci, *Vite*, Florencia, 1938, pp. 503-504.]

10. Elogio a los humanistas por Pío II

En este pasaje, justamente famosísimo, Enea Silvio Piccolomini, el futuro Pío II, sacó a la luz la eficacia política de la obra de los humanistas, tan a menudo colaboradores de los hombres de Estado y hombres de Estado ellos mismos.

Por muchas cosas es digna de alabanza la sabiduría de los florentinos, pero sobre todo por su costumbre de no prestar atención, en el momento de elegir a su canciller, a la sabiduría jurídica, como lo hacen en muchas ciudades, sino a la capacidad oratoria y a lo que llaman estudios de humanidades. Saben ciertamente que el arte de escribir bien y de hablar bien no lo enseñan Bartolo ni Inocencio, sino Tulio y Quintiliano. Hemos conocido en Florencia a tres hombres doctos en griego y en latín, e ilustres por sus obras, y ambos fueron cancilleres: Leonardo Bruni y Carlo Marsuppini, aretinos, y Poggio, ciudadano de la misma ciudad que, como secretario apostólico, había escrito cartas para tres pontífices romanos. Los había precedido Coluccio, el cual tenía tanta fuerza en el hablar, que a Galeazzo, señor de los milaneses y que hizo, por lo que recuerdan nuestros padres, la más dura guerra contra los florentinos, se le oyó decir a menudo que no le hacían tanto daño mil caballeros florentinos como un solo escrito de Coluccio.

[*Aenae Sylvi in Europam sui temporis*, cap. LIV, *Opera*, Basileae, 1571, fol. 454.]

11. Eficacia educativa de los antiguos (Poggio, *Epist.* I, XIII)

El estudio de los antiguos no debe ser sólo una pura indagación curiosa; debe convertirse en una norma y en una forma de vida, debe inspirar la formación del hombre nuevo. Lo proclama Poggio, el investigador incansable, dirigiéndose a Niccoli, el insaciable estudioso.

Yo, de todos modos, querido Niccolò, estoy un poco cansado de esta afanosa búsqueda de nuevos libros. Sería ya tiempo de que me despertases e hicieses lo posible para que me sirvieran de algo, para mi vida, aquellas costumbres sobre las cuales leemos cotidianamente. En realidad, recoger día tras día pedazos de madera, de piedra y argamasa podría parecer muy necio si no se edificase nada con todo eso. Pero ese edificio que hemos de construir para vivir bien es tan arduo, tan difícil, tan fatigoso, que a duras penas podrá ser completado, aun comenzándolo de jóvenes. Aunque por lo que a mí se refiere, tengo el propósito de hacerlo (...).

[Poggio Bracciolini, *Epistole*, I, XIII; ed. Tonelli, vol. 1., Florencia, 1832, p. 62.]

3. ANTIGUOS Y MODERNOS. ITALIANOS Y «BÁRBAROS»

«Hacia setecientos años que el estudio de la lengua griega se había extinguido en Italia cuando llegó Crisolora, hombre docto en todas las ramas del saber y lo hizo revivir. En aquel entonces yo me interesaba por la jurisprudencia. Habiendo cultivado ya otros estudios y sintiéndome inclinado de una manera especial hacia la dialéctica y la retórica, me parecía que habría cometido un gran error si hubiese abandonado mi profesión. Pero dije para mis adentros: si se te presenta la afortunada ocasión de poder admirar a Homero, a Platón y Demóstenes, junto a los demás poetas, filósofos y oradores de los cuales se han contado tantas maravillas; si puedes conversar con ellos y conocer sus admirables doctrinas, ¿puedes acaso dejarlas de lado? Hace setecientos años que en Italia no ha habido ningún maestro de lengua griega y, sin embargo, estamos convencidos de que todo el saber viene de Grecia. Hay maestros en derecho civil en todas las ciudades de Italia, pero, si este único maestro de griego se aleja, no encontrarás ninguno que esté en disposición de instruirte. Movidio por esta y otras razones, me hice discípulo de Crisolora con tal celo y fervor, que por la noche soñaba en lo que había aprendido durante el día.» Estas palabras, justamente famosas, son de Leonardo Bruni (cf. L. Geiger, *Rinascimento e Umanesimo in Italia e in Germania*, trad. Valbusa, Milán, 1891, pp. 122-123), quien, además de erudito, era secretario apostólico, canciller florentino y embajador. Después de setecientos años aparece a la luz del día un mundo nuevo, y la barbarie, que Bruni no deja de describir como aún viva en Alemania, ha sido disipada.

La contraposición entre una luz nueva que brota frente a las tinieblas medievales, la idea de una renovación total que modifica en sus bases toda forma de vida, de un movimiento cultural que repercute en una radical renovación de la sociedad humana, todo eso no fue hallado por cansinos historiadores, sino que nos llega como el eco mismo de la polémica que sostuvieron los innovadores contra los tradicionalistas. Ya Poggio exhortaba a Niccoli

a transformar en sangre nueva y en nueva vida el saber literario y libresco; y Bruni consideraba que era necesario que el hombre se formase en aquellos libros en los cuales se mantenía viva a la humanidad antigua. Así, Cola di Rienzo, en el siglo XIV, oponía los tenues fantasmas a los avatares de su tiempo. Al movimiento cultural nuevo, que pasaba a formar parte de la nueva vida, se le escapaba el profundo vínculo que lo unía con aquella misma época a la que combatía; ni siquiera se preocupaba de reintroducir los gérmenes del Renacimiento en la tierra en la cual se hundían sus propias raíces. En el pasado se veía sólo aquella oleada de barbarie que había soterrado la cultura clásica, la cultura que, con aquellos ideales humanos que ahora volvían a arder en los corazones, había construido un modelo que sería imperecedero.

De ahí surgió, creo, la polémica inextinguible contra las sombras del Medioevo, edad intermedia entre la luz antigua y la nueva aurora. De ahí la áspera invectiva contra los bárbaros, ya fuesen «galos» o «germanos», que robaron, sin comprenderlos, los tesoros de Roma. *Comparare libellos perfacile, naturam bonis artibus imbuere nequaquam potuerunt* (J. A. Campani, *Epist.*, IX, 45).

Esta polémica está implantada en la conciencia de la profunda renovación y no es necesario buscarla trabajosamente en algún escritor particularmente sagaz; aparece viva en cualquier texto que leamos. Son frecuentes, efectivamente, las disputas sobre el valor de los antiguos y de los modernos; son frecuentes también las desvalorizaciones del presente en relación con aquel fulgurante pasado, que ahora aparece transformado en un insuperable tipo ideal. No es solamente el menguado conocimiento del latín ciceroniano que hacía que Niccoli se arrojase contra Dante; era, aunque fuese oscuramente, el conocimiento de que, aun siendo grande, el poeta era la expresión de un mundo que iba desapareciendo. No se trata, pues, de una «mística retórica», sino de una lucha por una nueva concepción de la vida y contra otra ya vieja. Quien pretenda reducir la antítesis, por el hecho de que a menudo se mantuvo en el mundo de las letras, a una pura discusión literaria, haciendo del movimiento del siglo XV un puro humanismo gramatical o una reacción erudita frente a la audacia del nuevo pensamiento, deja que se le escape la originalidad que reúne en un solo grupo a Ficino, a Leonardo, a Maquiavelo, a Miguel Ángel. No es el sueño retórico de Ermolao Bárbaro lo que encarna las aspiraciones del Renacimiento, sino la universalidad de un Pico de la Mirándola, de un Lorenzo de Médicis, y, desgraciadamente, el tormento de un Savonarola, anhelante él también de una regeneración cultural, religiosa y política capaz

de dar paz, libertad y santidad a aquel mundo desgarrado y sufriente.

Pero, tanto en el que exalta como en el que niega, en todos ellos está la conciencia de la novedad, a la vez que el ansia de comprender su significado. Y aquí precisamente se observa algo así como una escisión entre dos corrientes: una de ellas, destinada a degenerar en la aridez de los gramáticos, encerrada totalmente en la adoración de lo antiguo; y la otra, que quisiera convertir todo lo eternamente vivo de aquel pasado en arma de batalla y en savia fecundadora del mundo futuro. Unos ven en la antigüedad un modelo sustraído al fluir de la historia, fijado de una vez por todas más allá del perenne transcurso del tiempo, fuera del ritmo de la vida. El mundo clásico, el latín clásico, la cultura clásica, son a partir de ese momento perfectos y completos, arquetipos que sólo debemos repetir: no se trata de creaciones, sino de una filología entendida como pura reconstrucción de textos; y de una arqueología vista como una mera colección de restos. Y de ahí que aparezcan cierta clase de pedantes, objeto de sátiras, que anhelan mundos quiméricos, libertades inmunes a las férreas necesidades de la historia; que sueñan en Bruto y en César, que pronuncian discursos presuntuosos, que a menudo ocultan mal, bajo invectivas, sus rencores por servicios mal compensados.

Pero esto no era Humanismo ni Renacimiento. Roma o Grecia no podían ser esquemas inmutables; la antigüedad no era un mito para maestros de retórica, sino una verdad de vida, una directriz que producía efectos. El cristianismo, la época intermedia, las Comunas, Dante, eran etapas innegables que el hombre iba cumpliendo en la conquista de su propia y eterna humanidad.

Y así lo entendieron, acaso sin saberlo, acaso con admirable lucidez, los artistas del Renacimiento; y la filología de Valla fue un arma implacable en la lucha contra las pretensiones pontificias; el platonismo de Ficino animó las aspiraciones a una renovación religiosa; la erudición de Pico abrió caminos a Galileo y a Kepler; las investigaciones sobre los templos romanos permitieron los milagros de Miguel Ángel y de Bruneleschi, que no eran en absoluto paganos ni copiaban simplemente los modelos antiguos; y, mientras, Livio, Tácito y los teóricos antiguos del Estado se transfiguraban en los *Discorsi* de Maquiavelo. Y fue a causa de la contraposición, nacida con el mismo Renacimiento, entre los eruditos, que convertían todo lo antiguo en mero objeto de museo y precisamente por ello no comprendían y despreciaban lo nuevo; de la lucha entre latín y lengua vulgar, entre pasado y presente, en las mentes que se referían a aquel pasado por

una exigencia profundamente madurada, pero que comprendían también su particular valor, como asomó la nueva visión del desarrollo de la historia y de su significado. Si bien en unos lo clásico ahogó en una vulgar imitación toda originalidad, en los otros la comprensión de lo antiguo, fecundada por la experiencia cristiana y por la madurez de una reflexión secular, generó la visión del reino del hombre como conquista, como creación acorde con el proceso del espíritu.

El humanismo de Chartres había hecho comprender a Juan de Salisbury que, por más pequeños que seamos en relación con los antiguos, somos como enanos sobre los hombros de gigantes; enanos que ven, por tanto, mejor que los gigantes. Mientras que para los eruditos lo antiguo era algo estático que se va arrastrando a sí mismo fuera del tiempo, y, fuera de la vida, a sus adoradores, para los artífices conscientes de la renovación fue una ayuda para comprender el ritmo creador del espíritu más allá de cualquier desgarradora, abstracta e inmutable trascendencia. En una carta de Ficino de 1458 encontramos ya, aunque no sea aún comprendida, y aunque sea usada para otro propósito, la expresión: *sapientiam esse temporis filiam*. Pero, precisamente por esa comprensión del pleno valor de la divinidad del hombre, debía afirmarse, en la confrontación entre lo antiguo y lo moderno, el sentido moderno de la historia.

1. De la *Vita del Petrarca*, de Leonardo Bruni

La sombra del Medievo de los bárbaros en contraste con la luz del Renacimiento: la conciencia de éste no podía estar más viva en las declaraciones de aquellos escritores que oponían violentamente los tiempos nuevos a los antiguos, aunque ello los condujera a desvalorizar y a no comprender el amplio movimiento que había estado ya vigente en el siglo XIII y durante la primera mitad del XIV.

(...) Así como la ciudad de Roma fue aniquilada por los emperadores, perversos tiranos, así los estudios y las letras latinas fueron objeto de semejante ruina y mengua, de modo que en el límite no se hallaba casi nadie que supiese con alguna gentileza letras latinas. Y llegaron de improviso a Italia los godos y los lombardos, naciones bárbaras y extranjeras, los cuales casi extinguieron de hecho todo conocimiento de las letras, como se ve en las actas notariales hechas y otorgadas en aquellos tiempos, pues nada podría ser cosa más grosera, ni más tosca y rústica. Recuperada desde hacía poco la libertad de los pueblos itálicos, habien-

do expulsado a los lombardos, que durante doscientos cuatro años habían tenido a Italia ocupada, las ciudades de Toscana y otras comenzaron a recobrar y a poner de nuevo en actividad los estudios y a pulir un poco el estilo tosco, y así, poco a poco, fueron recobrando vigor, pero muy débilmente y sin verdadero criterio de gentileza, procurando antes decirlo en rima vulgar que de otra manera. Y así, hasta el tiempo de Dante, pocos sabían de estilo literario, y esos pocos lo sabían bastante mal, como dijimos en la vida de Dante. Francesco Petrarca fue el primero, quien tuvo tanta gracia de ingenio que reconoció y volvió a sacar a la luz del día la antigua elegancia del estilo perdido y extinto. Y si bien él mismo no era perfecto, sí que gracias a él se vio y se abrió el camino para esa perfección. Él recobró las obras de Tulio, las gustó y las entendió, y así se adaptó luego cuanto pudo y supo a aquella elegantísima y perfectísima elocuencia. Ciertamente es que no hizo poco con sólo mostrar el camino a los que luego de él habían de proseguir.

[Leonardo Bruni, *Vita del Petrarca*, ed. G. C. Galletti, Florencia, 1847, p. 53.]

2. La conciencia de la renovación en las *Vite* de Vespasiano da Bisticci

He considerado varias veces yo mismo cuál ha sido el esplendor de los escritores, tanto antiguos como modernos, por haber expuesto los hechos de los hombres singulares; y de qué manera ha perecido la fama de muchos hombres dignos por no haber existido quien haya guardado para la memoria, en las letras, sus obras. Si en la época de Escipión el Africano no hubiesen existido Livio y Salustio y otros buenos escritores, la fama de un hombre tan grande habría perecido con él. Y no quedaría ningún recuerdo de Metelo, ni de Licurgo, ni de Catón, ni de Epaminondas, el tebano, ni de un infinito número de hombres que hubo entre los griegos y los latinos, si no hubiese habido escritores en las susodichas naciones que dieron a conocer públicamente sus obras, realizadas mil años antes o más, como si fueran contemporáneas. Pueden, pues, lamentarse los hombres singulares si en su tiempo no hay escritores que escriban sus hechos memorables.

(...) Desde el principio de la ciudad de Florencia hasta Dante, no hubo escritores; y son más de mil años. Siguió luego Petrarca, y luego Boccaccio, que escribieron; pero del origen de la ciudad no hacen mención alguna, por no tener noticia de él. Después de Dante hubo otros dos: el poeta Coluccio y, en teología, el maestro Luigi Marsigli, hombre cultísimo. También los hubo de manera semejante en otras facultades, como en astrología, geometría y aritmética. De éstos aún no se ha hecho ninguna mención particular de sus vidas, sino de manera universal por parte de algún escritor. En esa época florecieron hombres singularísimos en cada una de las demás facultades, pero sus vidas no fueron guarda-

das para la memoria de las letras, como lo fueron las de los antiguos, cuando había un infinito número de escritores. En nuestra época han florecido, en siete artes liberales, hombres excelentísimos, y no sólo en la lengua latina, sino en la hebrea y la griega, doctísimos y elocuentísimos, en nada inferiores a los de tiempos pasados. Si ahora nos dirigimos a la pintura, a la escultura, a la arquitectura, vemos que estas artes han existido en grado sumo, como se ve por las obras que sus autores han hecho. Y de éstos podríamos nombrar un número infinito a los que les ha faltado la fama por no haber existido quien haya escrito sobre ellos. Y si no ha existido no es porque no haya habido escritores, que los ha habido, elocuentísimos y doctísimos, pero no han querido tomarse todo ese trabajo por saber que no había quien lo saborease, ni quien lo estimase como merece.

[Vespasiano da Bisticci, *Vite*, Florencia, 1938, pp. 9-10.]

3. Inectivas de Campano contra los «bárbaros»

Pocos escritores como Campano opusieron tan violentamente a Italia con las tierras de los bárbaros, quienes se apoderaron de los libros, pero que nunca fueron capaces de entenderlos. Las palabras de Poggio sobre los *presidios* que encerraban a los nobles autores clásicos son pálidos indicios frente a la viva condena y a la continua invectiva de Campano (cf. Jo. B. Menkenius, *De J. A. Campani odio in Germanos*, en la ed. de Leipzig, 1707, de Campano), a quien, por lo demás, le corresponden expresiones nada diferentes de las de Bruni, de Pío II y de otros muchos. Sólo se llegó a tener una mayor comprensión cuando, al difundirse la cultura italiana, los sabios comenzaron a interesarse por ella o a poder alcanzar de algún modo el saber de nuestros escritores.

Se ha hallado en Alemania un código que, por lo demás, y por lo que se puede conjeturar, nació con nosotros en Italia. Cosa que ha sucedido no sólo a volúmenes sueltos, sino tal vez a bibliotecas enteras, que, por las continuas desgracias de nuestros padres, fueron sustraídas según la voluntad de los Césares victoriosos (...). Son contrarias las dotes del ingenio a la gran fortuna, y a los periodos de licencia extrema. Les fue facilísimo reunir libros, pero no consiguieron educar su naturaleza en las artes liberales. Pueblo rudo en el vivir, bárbaro, dedicado a la caza y a una guerra feroz, mucho más dispuesto a la rapiña que a una convivencia civil, no sólo no llegó a proponerse estudios de humanidades, sino que no fue ni siquiera capaz de alcanzarlos. Así me parece que, aun deseando ser considerados y aparecer grandes en las demás artes, no pudieron renunciar a ser llamados bárbaros (...). Y son bárbaros: están so-

metidos a su propia pereza, son castigados por su ferocidad, no están educados en la humanidad.

[J. A. Campani, *Epistolarum, lib. IX*, 45; Lipsiae, 1707, páginas 533-534.]

4. Campano en Alemania

Y ahora me han venido náuseas. Me dan asco no sólo las costumbres, sino también el nombre de Alemania. Aquí no hay nadie que se deleite los ojos, las manos, que satisfaga un sentido de humanidad. En realidad, ese gran cielo abierto, esas lisas llanuras, que a duras penas podrían tolerar el verano, se han convertido en algo horrendo al comienzo del otoño, y ya no podré soportarlas, tan delicado soy. Y el recuerdo de los míos aumenta la nostalgia, y comparo los placeres lejanos con la cotidiana sordidez presente (...).

Pero me preguntará qué hay en Alemania que sea digno de notarse. Sin duda muchas cosas, pero sobre todo el hecho de que aquí los muertos andan; y no creas que eso sucede por la bondad divina: sucede por costumbre. A mí, que los milagros de nuestro tiempo no sólo los odio, sino que me horrorizan, en toda mi vida no me había sentido peor. Pero tú observarás que es interesante que los muertos vivan, que es bello, pero aquí yo, que estoy vivo, preferiría morir. Huelen mal, en efecto, los que andan, y, si olieren mal por muertos, no caminarían. Pero mi suerte tiene dos caras: cuanta es la desgracia para la nariz, tanta es la felicidad para las orejas; los huelo a todos y no comprendo a nadie (...).

Deseamos ambos: tú, saber, y yo declararte qué estoy haciendo en Alemania, qué digo, en qué pienso. No hago nada, digo poco y en una sola cosa pienso: en Italia. Italia, dulce, resuena en mis labios. Italia, Italia, fijada en mi alma.

[Campani, *Epistolarum, lib. VI*, I y ss.; ed. cit., pp. 334 y ss.]

5. Críticas de Niccoli a los poetas en lengua vulgar (del *Dialogus ad Petrum Paulum Istrum*, de Bruni)

Pero, a los ojos de los más fanáticos admiradores de los antiguos, los «bárbaros» no lo son sólo los franceses y los alemanes, sino también ciertos italianos, incluso Dante y Petrarca. Entre aquellos que fijaron la antigüedad en un ideal estático, concluso en sí mismo, está en primer lugar Niccoli; mientras que Salutati, humanista, discípulo de Petrarca, defendió siempre la nueva era, tanto frente a los excesos de los negadores como ante los de aquellos para quienes todo se perdía en el pasado. En este pasaje y en el siguiente aparecen en contraste las dos posiciones extremas.

Verdaderamente, yo, Coluccio, no veo qué capacidad de disputar se pueda conseguir en tiempos tan tristes, con tal falta de libros. ¿Qué arte, qué doctrina pueden hallarse hoy, que no estén o fuera de lugar o completamente corrompidas? Toma en consideración la que quieras y mira en qué condiciones está ahora y cómo estuvo en otro tiempo. Las verás a todas reducidas a unas condiciones tales que no queda ya sino desesperarse por ello. Fíjate, por favor, en la filosofía, que se puede considerar la madre de todas las artes liberales y de cuya fuente se deriva toda nuestra cultura. La filosofía fue llevada un día desde Grecia a Italia, traída por Cicerón y fecundada por aquel áureo río de elocuencia. En sus libros estaba la esencia de la filosofía, y asimismo estaban expuestas las escuelas singulares de los filósofos (...) ¡Si pudiésemos tener aún aquellas obras y no hubiese sido tan grande la incuria de nuestros antepasados! Ellos nos transmitieron a Casiodoro y a Alcido, y otros sueños por el estilo, que nadie, ni medianamente erudito, sintió nunca la necesidad de leer; pero los libros de Cicerón, de los que decimos que nadie generó nunca nada más bello ni más suave en las musas de la lengua latina, esos libros, ellos permitieron que se destruyesen, y no sin una grandísima ignorancia (...). En efecto, si comenzamos por Dante, a quien tú no le antepones ni siquiera el mismo Virgilio, ¿no lo vemos a menudo cometer tales errores que parece ignorarlo todo? Él, que de manera clarísima demostró no saber qué podrían significar las famosas palabras de Virgilio: «¿A qué no constriñes el corazón de los mortales, execrable apetencia de oro?» (*Eneida*, 111, 56), palabras que no resultaron dudosas para nadie, ni aun de mediana cultura (...). Tampoco había tocado los libros de los antiguos, ni aun los que nos quedaron, libros de los cuales dependía casi totalmente su arte. En resumidas cuentas, aunque admitamos que tuviese todas las demás dotes, le faltó sin duda alguna la de la latinidad. ¿Y no nos avergonzará llamar poeta, e incluso anteponerlo a Virgilio, a quien no sabía ni el latín? No hace mucho estuve leyendo algunas de sus cartas, que parece que escribió con gran cuidado; de hecho, eran autógrafas y tenían su sello. Pero, ¡por Hércules!, no hay nadie que sea tan ignorante como para no sonrojarse por haberlas escrito tan mal. Por todo ello, Coluccio, apartaré de la lista de los hombres de letras a ese poeta tuyo, y lo contaré entre los sastres, los molineros y demás gente de esta suerte. Pues habló como si hubiese querido pertenecer a esta clase de hombres.

[Leonardo Bruni, *ad Petrum Istrum Dialogus*, 1, en Klette, *Beiträge zur Geschichte und Litteratur der Italienischen Gelehrtenrenaissance*, 11, Greifswald, 1889, pp. 48-49, 60-63.]

6. Defensa de Dante por Cino di Francesco Rinuccini

De los poetas dicen que son componedores de fábulas y desviadores de los jóvenes con sus encantos y dulzuras; y el pueblo, en la plaza, tiene una grandísima cuestión sobre quién sería el mayor poeta, si Homero o

Virgilio. Y luego, para hacer gala de ser de lo más letrado ante el vulgo, dicen que lo que tiene de ilustre y honorable el poeta Dante Alighieri es el haber sido un poeta de zapateros. No dicen que el hablar poético sea aquel que vuela por encima de los demás como el águila, cantando con arte maravilloso los hechos célebres de los hombres ignominiosos y poniendo así, para que vivamos mejor, todas las historias ante los ojos, haciendo intervenir alguna vez en sus poemas la sutil filosofía natural, otra vez la deleitante astronomía, otra la óptima filosofía moral, otra los santos mandamientos de las leyes, otra la verdadera y santa teología... El ilustre y eximio poeta Dante, de quien puede decirse, sin menoscabo para los poemas griegos y latinos, que ninguna invención fue más bella, más útil y más sutil que la suya, tratando como trataba todas las historias, tanto modernas como antiguas, tanto de los hechos buenos de los hombres como de los malos, para ejemplo nuestro, y con tan maravillosa gracia que más parece milagroso que humano, castiga de tal modo los pecados, y recompensa a los puros, y describe en lengua vulgar los hechos humanos, para poder ser más útil a sus conciudadanos de lo que sería si lo hiciese con gramática. Ya pueden tronar escarneciendo los maldicientes, puesto que aquella fuente de elocuencia que fue Dante era capaz de poner, con maravillosa brevedad y gracia en un ritmo vulgar, dos o tres comparaciones que Virgilio no pondría en veinte versos hexámetros (...). Creo que la razón está en que el ritmo en lengua vulgar es mucho más difícil y magistral que la versificación literaria. Incluso igualándolo con Virgilio, respondan con verdad: ¿No ha narrado Dante en su poema más historias antiguas que Virgilio? No se puede negar que sólo en su infierno hay más historias antiguas que en todo Virgilio.

[*Invettiva contro a certi caluniatori di Dante... composta pello iscientifico e ciercuspetto uomo Cino di Messer Francesco Rinuccini, in Wesselofsky, Il paradiso degli Alberti*, Bolonia, 1867, vol. 1, 2ª parte, pp. 310 y ss.]

7. Los antiguos y los modernos (del diálogo de Benedetto Accolti, *De praestantia virorum sui aevi*)

El vivo contraste de ideas, la rudeza de las disputas, abren el camino para entender mejor las relaciones entre antiguos y modernos, para evaluar mejor el pasado y sus relaciones con el presente. Benedetto Accolti, sucesor de Poggio Bracciolini en la cancellería, en este diálogo compuesto alrededor de 1460, reduce la pretendida excelencia de los antiguos al único hecho de que ellos contaron con mejores historiadores y con eruditos más numerosos y elocuentes. Es ésta la idea del literato dispensador de gloria que había de asumir una parte tan importante en la civilización del Renacimiento y que halla su correlato en el mecenazgo. Cf. V. Rossi, *op. cit.*, p. 43.

No hace mucho que, habiéndonos encontrado en un banquete varias personas junto a un amigo, después de la comida, discutiendo tranquilamente entre nosotros como suele hacerse en estas ocasiones, hacia el final algunos preguntaron si aquellos antiguos cuyo nombre es tan famoso por su capacidad y su pericia en las artes que son convenientes para los hombres libres fueron superiores a los hombres de nuestra época o también de la época anterior. Y, habiendo observado que no es conveniente conceder sin más la palma en cosas de este estilo a los siglos pasados, un joven que se hallaba entre los presentes, docto en las letras, y estimulado por mis palabras y dirigiéndose a mí, exclamó: «Comprendo que tú, vencido por una benevolencia hacia nuestro tiempo, y también por no aparecer como un excesivo admirador de los antiguos, no hayas querido expresar tu opinión sinceramente (...). ¿Puedes acaso tú comparar nuestros estados con las antiguas repúblicas? ¿Dónde están los Catones, los Lelios, los Escipiones, los Fabios, los Claudios, los Fabricios, los Arístides, los Solones, los Licurgos y el infinito número de los que son semejantes a éstos, que hicieron famosas a sus provincias y a sus ciudades? Como dije antes, las artes de los hombres son hoy aquellas de las que creen que los harán felices, y son tanto más apreciadas cuanto más largamente sean satisfechos sus deseos. Los que se dedican a la filosofía o a las demás artes liberales son escarnecidos; se considera que son plenamente felices los que abundan en medios de fortuna, pero vanos y sin valor los que se dedican a las letras: ricos en sabiduría, pero pobres en dinero. De aquí se deriva que son muy pocos los que vemos deleitarse con las buenas artes, excepción hecha para el derecho civil o canónico, y no por amor al saber, sino porque todo el mundo tiene necesidad de esas disciplinas según las cuales todo es regulado, y por consiguiente en ellas andan juntos el dinero y el honor. ¿Qué escuelas ves tú hoy de filósofos, de maestros de retórica, de poetas, que sean como lo fueron en otro tiempo? ¿Dónde están los doctísimos matemáticos? Y, si acaso llega hoy a haber alguna, cuando han resurgido un tanto los estudios literarios, también hemos de considerar que durante los siglos precedentes no las hubo en absoluto o fueron rarísimas (...).»

Y entonces yo le dije: «Cuando en Italia, expulsados los bárbaros, cesó también el dominio de los Césares venidos de Alemania, muchas ciudades comenzaron a proclamar libertad, a constituir poco a poco sus estados, y más aún se habrían consolidado si se lo hubiesen permitido las discordias civiles, cuyo origen estaba en el pontífice y príncipe de Roma (...). Algunas, de todos modos, aunque no quedaron indemnes de esa peste, con gran fuerza consiguieron sacudir su servidumbre y ensanchar sus confines. Y entre éstas brillaron con una gloria más fúlgida Florencia y Venecia. Y, para empezar a hablar de nosotros, ¿te parece acaso un pequeño signo de valor el haber ceñido con muros esta espléndida ciudad que no tiene parangón con ninguna otra en belleza; haberla adornado con innumerables iglesias y edificios religiosos, con construcciones públicas y privadas y con todos aquellos adornos que son convenientes para una ciudad grandísima, hasta haberla convertido en algo cuyas belleza y excelencia todos admiran? Esas cosas no se pudieron hacer sin grandes gastos a no ser con un gran amor de los ciudadanos, y ello es tanto

más digno de admiración cuanto que entonces Florencia no tenía dominio sobre ninguno de los países vecinos. ¿O acaso te parecen haber estado desprovistos de sabiduría y de amor por la patria aquellos ciudadanos que construyeron la ciudad con tan ilustres leyes y con unas costumbres tan honestas; y que con sus consejos, con su valor, con dispendios enormes con los cuales agotaban sus subsistencias, resistieron ante enemigos poderosísimos, venciendo a muchos de ellos, y que de un pequeño estado hicieron una grande y vasta república? Son los mismos que quisieron con el máximo ahínco que fuesen celebradas las ceremonias y los ritos del Dios supremo y de sus santos, y más magníficamente que en cualquier otro lugar. Son los mismos que se mostraron magníficos en los trabajos públicos y parcos en los privados. ¿Acaso crees que obras tan ilustres, tan inmortales, sean cosas de pocos o de perezosos? Lo que tienes que hacer es confesar que las empresas que he recordado fueron llevadas a cabo por muchos hombres llenos de sabiduría, de amor, de celo, de religión, de templanza, de grandeza de ánimo; tanto es así, que ahora tendrías de avergonzarte por haber dicho que en nuestros tiempos no ha habido ciudadanos ilustres amantes de la patria (...).

»¿Y quién podría hablar dignamente de la república de los venecianos? Los venecianos, una vez que se vieron libres, se mantuvieron del mismo modo y con las mismas leyes; en su ciudad permanecieron sin modificación las instituciones; tanto es así, que se la podría considerar una nueva Esparta. En Venecia es considerado superior no aquel que posee mayores riquezas, sino aquel que tiene mayor *virtù*. Si alguno de los que administran la cosa pública o de los que ejercen alguna magistratura comete el más pequeño error o incorrección, es castigado severísimamente y no halla gracia alguna para su culpa. Es considerado delito grave revelar las decisiones sobre cosas importantes, y el que lo hiciere es castigado con graves sanciones. Si asistes a su Consejo, te parece que estés ante el Senado romano. Son hombres graves, moderados, que van vestidos a la vez con esplendor y con severidad. Y, cuando en su Senado se toma cualquier decisión importante, entonces puedes oír con cuánta elegancia, con qué gravedad, con qué elocuencia expresan muchos su parecer. Y, si alguna vez alguno de los excelentes llega a la insolencia o comete alguna infracción a las leyes de la ciudad, de inmediato es reducido desde su posición de grande al estado más bajo, de modo que su ejemplo sirva para que los demás aprendan a no despreciar la ley o a no intentar llegar a ser más poderosos que lo conveniente. Sobre todas las cosas, en efecto aman a su república, y para hacerla grande se han esmerado siempre con gran esfuerzo de su parte. ¿Quién podría enumerar todas sus empresas por tierra y en la mar? Primero llegaron a ser poderosos en la mar; reunieron con frecuencia grandes flotas, combatieron felizmente contra sus enemigos y sometieron al dominio de su ciudad a muchas islas y algunas regiones. Luego, combatiendo en Italia contra sus vecinos, sometieron o convirtieron en tributarias a muchas ciudades. ¿Y negarías tú que entre ellos se han contado muchos hombres eminentes que la hicieron tan grande con sus obras? Yo mismo, como lo había prometido, podría nombrar a muchos si no temiera hacer un discurso demasiado largo.»

[Benedicti Accolti, *De praestantia virorum sui aevi dialogus*, ed. G. C. Galletti, Florencia, 1847, pp. 105 y ss.]

8. L. B. Alberti defiende la lengua vulgar (del proemio al libro III de *Della famiglia*)

Mientras que los adoradores de la antigüedad negaban la lengua vulgar, hija de la «barbarie», los mismos humanistas más profundos, que ven en la renovación algo más que un puro movimiento literario, salieron al campo en defensa de la lengua vulgar. No es ésta la ocasión para ponernos a hablar de Alberti y de su obra en favor de la lengua. Pero es vivísima esta defensa suya de la obra propia y de la propia visión del Renacimiento.

¿Y quién será el temerario que me moleste reprobando que yo no escriba de modo que él no me entienda? Más bien ciertamente me alabarán los prudentes si yo, escribiendo de modo que todos puedan entender, antes busco favorecer a muchos que hacer las cosas a gusto de unos pocos, pues ya saben cuán pocos son hoy los hombres de letras. Y aún me gustaría mucho más que, quien sabe censurar, en la misma medida supiese hacerse alabar por lo que dice. Confieso ciertamente que la antigua lengua latina es muy abundante y adornadísima; sin embargo, no veo por qué hay que tenerle tanto odio hoy a nuestra lengua toscana, de modo que cualquier cosa escrita en esa lengua, aun siendo óptima, no guste. Me parece bastante apreciable poder decir lo que quiero y de manera que sea entendido; mientras que esos censuradores, en la antigua lengua no saben sino callar, y en la moderna no saben sino censurar a los que no callan. Y mi opinión es ésta: quienes sean más doctos que yo, y muchos son los que quieren ser reputados como tales, en esta lengua común de hoy hallarán no menos ornamentos que en aquella otra que tanto prefieren y que tanto desean en los demás. Tampoco puedo yo tolerar que a muchos no les guste lo que usan y que alaben lo que ni entienden ni se ocupan de entender. Demasiados censuran a quien exige en los demás lo que aquéllos en sí mismos se niegan a aceptar. Y, aunque esté, como dicen, aquella antigua lengua llena de autoridad, sólo porque en ella escribieron muchos doctos, lo mismo sucederá con la nuestra si los hombres de letras la quieren limar y pulir con su estudio y vigilancia. Y, pues no rehúyo ser juzgado así, como lo he podido oír, por todos nuestros ciudadanos, dispóngase el que me reprueba, tanto como pueda, o bien a deponer la envidia, o bien a buscar una materia más útil en que ejercitar su elocuencia. Hagan uso de su habilidad, tanto como puedan, en otra cosa que en vituperar a alguien que no se corrompe en el ocio.

[Leon Battista Alberti, *I libri della famiglia*, libro III, proemio, ed. G. Mancini, Florencia, 1908, pp. 145-146.]

9. Roma pagana y Roma cristiana (de *Roma Instaurata*, de Flavio Biondo)

No sólo la lengua, no sólo el arte, sino toda la civilización cristiana se presenta como una continuación de la civilización clásica. El Renacimiento no es un mero retorno, es una creación nueva, consciente de los valores que se afirmaron después del ocaso del mundo clásico.

Pero (...) nosotros no somos de aquellos que vemos que desprecian el estado presente de Roma y lo consideran como de ningún valor, como si todo lo que de ella se puede recordar hubiese desaparecido con las legiones, con los cónsules y con los ornamentos del Capitolio y del Palatino. Vive, ciertamente vive aún, la gloria de la majestad de Roma, y, aun cuando se extienda en un espacio menor, se apoya ciertamente sobre una base más sólida. Roma tiene sobre los reinos y sobre las gentes un Imperio, y para defenderlo y aumentarlo no existen legiones, ni cohortes, ni caballería, ni manipulos, ni caballeros, ni infantería, ni levas de soldados, ni enrolados como voluntarios u obligados; no hay milicias de Roma y de Italia que sean conducidas contra el enemigo o que guarden los confines del Imperio. Para salvar a esta patria no se vierte sangre, no se hacen estragos. Pues, por haber sido establecida en Roma la sede, la roca y el domicilio de la religión por obra de Dios nuestro y de nuestro señor Jesús, emperador verdaderamente supremo, verdaderamente eterno; por haber sido celebrados en ella durante mil cuatrocientos años los triunfos de los mártires; por las reliquias de los santos dispersas en todas las iglesias, santuarios y capillas de Roma eterna y gloriosísima, ahora una gran parte del mundo venera el nombre romano con suave sometimiento, más de lo que en otro tiempo ese mismo nombre llegó a ser temido. Los príncipes del mundo veneran y adoran ahora el sumo pontífice como dictador perpetuo, sucesor no de César, sino del pescador Pedro, y vicario del emperador divino recordado más arriba. Después del pontífice, el mundo venera, como senado de la Roma actual, a los cardenales de la Iglesia (...). La ciudad de Roma tiene cosas ilustres, excel-sas, admirables, que no solamente no se hallan en ningún otro lugar del mundo, sino que no sería ni siquiera lícito desear transportar a otros lugares. Quien no haya visto la misma Roma, señora y reina de todo, no podrá admirar en ningún otro lugar cosa alguna. Es, en efecto, la sede de los apóstoles, y su tierra fue regada con la sangre santa de los mártires.

[Flavio Biondo, *Instaurate Romae*, lib. II, Basilea, 1531, p. 271.]

10. La conciencia del Renacimiento en Pío II (Ep. 119)

La clara conciencia de la renovación que tuvieron los hombres del Renacimiento resulta evidente leyendo los pasajes que si-



guen a continuación. Hombres como Alberti, como Pío II, como Ficino, como su discípulo Egidio da Viterbo, sienten la profunda mudanza y ven sus resultados. Es casi una plenitud de los tiempos, un ciclo, lo que aquí se cumple. En Ficino, y sobre todo en Egidio, hay un intenso despuntar religioso alimentado por ese ensanchamiento del mundo, por esas conquistas de nuevos caminos para el espíritu humano. Cf. F. Simone, «La coscienza della Rinascita negli Umanisti», en *La Rinascita*, 1939, pp. 838 y ss.; 1940, pp. 163 y ss.

La elocuencia y la pintura se aman entre sí. La pintura requiere ingenio y la elocuencia exige un ingenio nada vulgar, sino profundo y grandísimo. Es extraordinario observar de qué manera sucede que, allí donde florece la elocuencia, florece también la pintura, como nos lo enseñan los tiempos de Demóstenes y de Cicerón. Cuando perdió su esplendor el arte del decir, decayó también la pintura. Cuando aquella renació, ésta también alzó la cabeza. Vemos que durante doscientos años no hubo pinturas artísticas, y los escritos de esa misma época son desnudos, inhábiles y toscos. Después de Petrarca resurgieron las letras, después de Giotto volvieron a adquirir vigor las manos de los pintores, y ahora vemos a esas dos partes juntas en grado máximo.

[Aeneae Sylvii Pii Pontif., *Ep. CXIX, Opera*, Basilea, 1571, p. 646.]

11. Alabanzas a la imprenta por L. B. Alberti

Estando junto con Datho en los jardines del Belvedere del papa y ocupándonos, como solemos entre nosotros, con algunos razonamientos sobre las cosas que pertenecen al ejercicio de las letras, sucedió que estuvimos alabando en gran manera a aquel alemán que en nuestros días ha hecho un invento de tal manera que con algunas improntas de caracteres se estampan, de un original dado, en cien días, más de doscientos volúmenes enteros de libros, y solamente con el esfuerzo de tres hombres y no más. Y es que con una sola presión del tórculo aparece escrita una gran hoja, y de las más grandes, de una sola vez.

[L. B. Alberti, *De Cifra*, en *Opera inedita et pauca separatim impressa*, Florencia, 1890, p. 310. La traducción italiana, en L. B. Alberti, *La Cifra*, en *Opuscoli morali*, al cuidado de Cosimo Bartoli, Venecia, 1568, p. 200.]

12. El descubrimiento del Nuevo Mundo (Egidio da Viterbo a Julio II)

En Orvieto, restaurada por tu sabiduría, me transporto a aquel día de los cónsules, anuncio un acontecimiento de entre todos el mayor,

muestro la felicidad de la fe bajo tu pontificado, hago convocar al pueblo, salgo al púlpito y al gentío atónito con las palabras que encuentro, le muestro la grandeza de los beneficios reunidos bajo mi pontífice Julio; explico que aquello que durante cerca de seis mil años había permanecido escondido, aquello que estaba donde los antípodas, los hombres que viven bajo otro cielo, las islas ignotas, un mundo desconocido, la tierra, el océano del que se había dudado, todo había sido descubierto, conocido, explorado, y sólo en la época de mi príncipe. No hubo hasta ahora ningún príncipe para el cual se dejasen descubrir los lugares de desconocidas tierras. Eligieron precisamente a Julio, pontífice máximo, no sólo para descubrirse a su inteligencia, sino también para obedecer a su autoridad y a su imperio. He mostrado que Ptolomeo sólo había descrito la mitad del mundo, y que el pontífice Julio lo ha descubierto todo. De hecho, siendo como son las partes del universo trescientas sesenta, de las cuales ciento ochenta eran conocidas antes de Julio, y para conocer las cuales se esforzaron durante tantos siglos, ahora bajo Julio, descubridor del mundo, el mundo que antes estaba escondido aparece entero y reunido. Un día, el hijo del pagano, Julio, como lo atestigua el Evangelio, ordenó que fuese descrito el universo. Imprudente ciertamente, e ignorante, aquel que, siendo el primer Julio entonces emperador, habiendo leído los libros sibilinos y habiendo hallado que el universo habría obedecido a Julio, cuando se conocía sólo una parte del mundo, creyó que eso se refería al dictador, a quien se le aparecía sólo una mitad, y no al pontífice, a quien se le apareció todo. Ahora reina el segundo Julio, a quien no le permanece desconocida ninguna parte del universo. ¿Qué significa, beatísimo padre, este admirable decreto? Ciertamente, el Señor sólo quiere esto: del mismo modo que bajo la casa Julia, por designio divino, la Iglesia de Oriente conquistó los imperios de Occidente, así ahora, bajo la encina juliana, la Iglesia de Occidente de nuevo conquista los imperios del Oriente. Así gritan los ángeles de la Iglesia que se refugia en Italia: ¡Vuelve, vuelve, oh Sunamita, para que te contemplemos!

[Egidio da Viterbo a Julio II, el 18 de agosto de 1508, según G. Signorelli, *Il cardinale Egidio da Viterbo, agostiniano, umanista e riformatore*, Florencia, 1929, pp. 235-236.]

13. Marsilio Ficino, en alabanza a su tiempo

Alabanzas a nuestro siglo, que es de oro por sus áureos ingenios. Marsilio Ficino a Paolo di Middelburg, físico y astrónomo insigne.

Aquello que los poetas cantaron un día sobre las cuatro edades, de plomo, de hierro, de plata y de oro, nuestro Platón, en *La República*, lo refiere a las cuatro naturalezas de los hombres, diciendo que en la indole de unos está congénito el plomo, el hierro en la de otros, en otros la plata y en otros el oro. Y si, por tanto, hay una edad que hemos de llamar de oro, es sin duda la que produce en todas partes ingenios de

oro. Y, que nuestro siglo sea así, nadie lo dudará si toma en consideración los admirables ingenios que en él se han hallado. Este siglo, en efecto, como áureo, ha vuelto a traer a la luz las artes liberales ya casi desaparecidas, la gramática, la poesía, la oratoria, la pintura, la escultura, la arquitectura, la música y el antiguo sonido de la lira órfica. Y eso en Florencia.

Y, cosa que entre los antiguos era muy celebrada y en la actualidad había casi desaparecido, puso en conjunción la sabiduría con la elocuencia, la prudencia con el arte de la guerra. Y eso ha mostrado, casi como en Palas, en Federico, duque de Urbino, cuya virtud dio en herencia a su hijo y a su hermano. En ti, ¡oh mi Paolo!, parece haber llevado a la perfección a la astronomía; en Florencia ha vuelto a sacar a la luz del día a la sabiduría platónica; en Alemania, en nuestro tiempo, se han inventado los instrumentos para imprimir los libros (...).

[Ficino, *Epistole*, XI; *Opera*, Basilea, 1756, I, 944.]

4. LA NUEVA CONCEPCIÓN DE LA VIDA

Resulta imposible delinear brevemente la nueva visión de la vida y de la realidad que va apareciendo en el transcurso del siglo XV, por lo rica y compleja que se nos muestra. Los *studia humanitatis* se van afirmando como aquellos mediante los cuales el hombre celebra, formándola, su verdadera esencia humana (Leonardo Bruni, *Epist.*, lib. VI). Todas las actividades dirigen sus esfuerzos al hombre y a su carácter prevalente. En todos los campos, de maneras diferentes, se va adquiriendo el sentido del infinito potencial humano. Como escribía Burckhardt, en una célebre frase, «bastaría esta sola conquista para imponernos una obligación de eterno reconocimiento para con los hombres del Renacimiento». Rotos los vínculos extrínsecos, los vínculos superpuestos, el hombre se esforzaba en comprender todas las leyes, todas las disciplinas, como una necesidad que, haciéndose interior, se convierte en libertad.

El hombre, con su *virtù*, vence todos los obstáculos adversos y se hace señor de la *fortuna*. No es por casualidad por lo que Salutati había intentado restablecer la celebración de Hércules. El hombre, colocándose por encima de la naturaleza, la domina, vuelve a plasmar todas sus formas, esta vez siguiendo sus propias exigencias, e instaura sobre ella su reino, el *regnum hominis*, reino de su actividad, obra de su creación.

Reino terrenal, creación humana, trabajo humano; en la celebración de la nueva concreción se combate, en todos los planos, contra el ascetismo del Medioevo, contra la tendencia ascética del mundo antiguo; la vida monástica cristiana y la rigidez estoica son criticadas con idéntica vivacidad.

Y, para esta lucha terrenal, se busca una recompensa terrenal; la individualidad, que quiere afirmarse por cualquier medio, desea extenderse en el tiempo y el espacio, desea dilatarse y romper los límites que la suerte del hombre ha establecido. A la *virtù*, amasada de lucha y de fuerza, edificación que el hombre hace de sí mismo y por sí mismo, y de su mundo en el mundo, le corresponde, o debe corresponderle, la *gloria*. Sed de gloria que era

ya viva, aunque con muchas contradicciones, en Petrarca: «La gloria no abandona al hombre que se adiestra» (Petrarca, *Secretum*, trad. Orlandini, Florencia, 1904, p. 169; cf. G. Dilthey, *L'analisi dell'uomo e l'intuizione della natura*, trad. G. Sanna, Venecia, 1927, vol. I, p. 27). Pero se convirtió en deseo vehemente, tormentoso e insaciable.

Los señores buscan afanosamente a escritores que eternicen su nombre y su gesta, monumentos que los salven del inexorable fin. El sentido terrenal, renacido, parece casi conllevar una venganza, al exigir una continua búsqueda de la perennidad de lo mundano. Y por ello se afronta la muerte impávidamente; «inflexible es la muerte —exclama, entre los tormentos del postrer suplicio, uno de los homicidas de Galeazzo Maria Sforza—, pero perenne el recuerdo de la empresa». La ambición y el deseo de «perpetuar el nombre propio y el de sus antepasados» impulsa a los hombres a tremendas fechorías (Machiavelli, *Istorie fiorentine*, proemio; *Opere*, Florencia, 1939, p. 379). «No tenemos ahí —exclama Burckhardt— ni siquiera una deplorable exageración de la vanidad común, sino algo que es verdaderamente espantoso y diabólico, que no deja ninguna posibilidad a la reflexión y que obliga a recurrir a los medios más violentos sin preocuparse del resultado, por bueno o malo que sea» (*La civiltà del Rinascimento in Italia*, trad. Valbusa, Florencia, 1927³, vol. I, p. 179).

Una *virtù* totalmente humana y terrenal debía conducir casi fatalmente a tales excesos, unidos a esa primera e impetuosa afirmación del individuo. Pero, junto a las sombras, no faltaron algunas luces. Se desmoronaba la idea de una nobleza de derecho hereditario y, mientras iban tomando posesión de las ciudades los hijos del pueblo más humilde, los tratadistas *de nobilitate* demolían y anulaban la concepción de una nobleza de la sangre. De manera casi insensible, se iba difundiendo la idea de que la persona humana es siempre igualmente digna, igualmente santa; de que, lejos de ser natural, la esclavitud es monstruosa, y horribles la lucha y la persecución por divergencias de culto o de estirpe.

Vemos a Pontano, en *De obedientia*, «hacer profundas consideraciones sobre la libertad, la obediencia y los derechos de los hombres, consideraciones en las cuales el cosmopolitismo moderno se alza victorioso sobre las rígidas fórmulas aristotélicas, que proporcionaban de la manera más vulgar una justificación de la esclavitud» (cf. E. Gothein, *Il Rinascimento nell'Italia meridionale*, trad. it. P. Persico, Florencia, 1915, p. 127).

Vemos a Nicolás de Cusa hacer súplicas para que se eviten las luchas religiosas; vemos también augurarse la *pax fidei* y a Pío II invitar al sultán a volver a reunir Oriente y Occidente. La

conciencia reconquistada del valor y de la dignidad del hombre, cuando no desembocaba en violentas afirmaciones individualistas, cuando exaltaba no al héroe, sino a la *persona* redimida sin discriminaciones por el sacrificio del Dios-Hombre, inducía un espíritu de amplia comprensión al que vemos abrirse camino profundamente incluso en la atmósfera envenenada de las luchas religiosas. La idea de una unidad de los creyentes, más allá del disenso de los ritos, se implanta en una visión de la universalidad del valor del espíritu que alberga a los hombres y se traduce en una cálida simpatía humana. Entre las llamas de la hoguera de Jerónimo de Praga, Poggio Bracciolini no consigue ver a un herético, sino a un hombre santo y religioso que quizá se había equivocado, pues lo habían dicho prelados tan excelsos, pero cuya persona no podía dejar de despertar una dolorosa admiración. Entre las proposiciones condenadas por Pico de la Mirándola estaba la de que no se puede pecar en materia de fe, siempre y cuando no haya habido voluntad explícita, pues en los demás casos habrá un error que se eliminará en la discusión, pero de ninguna manera con el fuego de la tierra o del infierno.

La mirada de la nueva educación se dirige al valor de la persona humana consagrada, sin distinciones de sexo o de rango social, a aquel hombre verdaderamente divino que está en cualquier hombre. Y, porque hubo maestros nobilísimos que primero celebraron en sí mismos la santa dignidad de la persona, Vittorino da Feltre pudo imponer a Gonzaga de Mantua esta condición, recordada por su amigo Prendilacqua: «Acepto el puesto sólo con el pacto de que no me requeriréis nada que pueda ser de algún modo indigno de uno de nosotros; y yo seguiré proporcionándoos mis servicios mientras vuestra vida se imponga a mi respeto» (cit. en W. H. Woodward, *Vittorino da Feltre*, ed. al cuidado de R. Sabbadini, Florencia, 1923, p. 23). Verdaderamente ahí no sabemos si admirar más al letrado o al príncipe.

Sentido concreto de la vida que hacía comprender, junto con los más altos ideales morales, las actividades mundanas; que permitía ver la necesidad de la economía y que, contra la hipocresía de los falsos ascetas, reivindicaba lo útil y toda obra que pudiese destinarse a mejorar las condiciones de la existencia.

Y otro tanto interés se dedicaba al mejor conocimiento de la morada terrenal: se describía y se intentaba indagar todo cuanto la naturaleza nos muestra. La nueva ciencia, salida de las bibliotecas, donde, con todo, había aprendido la necesidad de la investigación empírica, bajaba con Leonardo a la vacía caverna del universo que había que explorar y descubría razones profundas que regulaban la transmutación de las fuerzas; rotos los vínculos

que aprisionaban la obra de Dios en lo finito, volvía a hallar, en la inmensa distensión de una potencia sin confines, el templo vivo del Señor, «estatua de Dios que Dios alaba y que a Dios se asemeja» (Campanella, *Poesie*, ed. Gentile, Florencia, 1939², página 29).

Libre ya, el espíritu humano celebra, en el mundo infinito y divino, la propia infinidad divina; y, a la audacia innovadora y creadora de una época —de nuestra época—, le sirven de digno epígrafe las palabras iniciales del *De Immenso*, de Bruno:

*Est mens, quae vegeto inspiravit pectora sensu,
Quamque juvat volucres humeris ingignere plumas,
Corque ad praescriptam celso rapere ordine metam:
Unde et Fortunam licet et contemnere mortem;
Arcanaeque patent portae, abruptae catenae,
Quas pauci excessere, quibus paucique soluti.
Secla, anni, menses, luces, numerosaque proles,
Temporis arma, quibus non durum est aes adamasque
Immunes volvere suo nos esse furore.
Intrepidus spacium immensum sic findere pennis
Exorior.*

(J. Bruni, *Opera latine conscripta*, vol. I, 1, p. 201.)

1. Alabanza al hombre por Giovanni Pico della Mirandola

Las palabras que siguen, y que podrían servir como lema para toda la época, pertenecen a la *Oratio de hominis dignitate* de Giovanni Pico della Mirandola, al que conocemos como Pico de la Mirándola. Son las mismas que él mismo se proponía pronunciar en Roma ante los doctos de Italia y de Europa allí congregados, a sus expensas, para discutir con él sobre novecientos argumentos en torno a todas las ramas de lo cognoscible. Alcanzado por la condena pontificia lanzada por Inocencio VIII, debió no obstante alejarse precipitadamente de Roma hacia finales de 1487.

Estableció finalmente el Óptimo Artífice que, a quien no le podía dar nada como propio, le fuese común todo aquello que había asignado de manera singular a los demás. Por eso acogió al hombre como obra de naturaleza indefinida y, poniéndolo en el corazón del mundo, le habló así:

«No te he dado, Adán, ni un puesto determinado, ni un aspecto tuyo propio, ni prerrogativa alguna para que el lugar, el aspecto, las prerrogativas que tú desees, todo eso precisamente, según tu deseo y tu consejo, lo obtengas y lo conserves. La naturaleza determinada de los demás está contenida en las leyes prescritas por mí. Tú, en cambio, te la determinarás, sin ninguna barrera que te constriña, según tu arbitrio, a cuya potestad te entregué. Te puse en medio del mundo para que desde ahí discernieras todo lo que está en él. No te hice ni celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, casi libre y soberano artífice, te plasmases y te esculpieses a ti mismo según la forma que hubieses elegido previamente. Podrás degenerar en las cosas inferiores, que son los animales; podrás regenerarte, según tu voluntad, en las cosas superiores, que son divinas.»

¡O suprema liberalidad de Dios Padre! ¡Oh suprema y admirable felicidad del hombre! A él se le ha concedido obtener lo que desea, ser lo que quiere. Los brutos, al nacer, llevan consigo, como dice Lucilio, del seno materno, todo lo que tendrán. Los espíritus superiores, ya desde el inicio o desde muy poco después, fueron lo que serán por los siglos de los siglos. En el hombre naciente, el padre coloca semillas de todas las especies y gérmenes de toda vida. Y, según como cada cual las cultive, crecerán y darán en él sus frutos.

[*Commentationes Joannis Pici Mirandulae*, Bononiae, 1496, s. n. de código.]

2. De la potencia del hombre, de T. Campanella

El motivo característico de la potencia y dignidad del hombre, centro y nudo del mundo, se expresa de manera admirable en este espléndido himno, un esbozo del cual lo constituye el capítulo 25 del libro segundo de *De sensu rerum*, del que damos algunos extractos que pueden servir de comentario a la poesía.

DE LA POTENCIA DEL HOMBRE

¡Gloria a aquel que todo lo sabe y todo lo puede
Oh arte mía, descendiente del Primer Fango,
haz algún signo sobre esa imagen bella que hombre se llama.
Hombre se llama quien del barro nació,
sin ingenio sucumbe, inerme, desnudo:
padrastró cruel se mostró el Primer Ente, de otros semejante.
De otros semejante, a los cuales, al nacer, les dio fuerza
bastante, industria, corteza, pelo y escamas.

Vencieron el hambre, saben correr, tienen garras y cuernos
 contra cualquier daño.
 Pero en cualquier daño el hombre cede y llora;
 de su saber llega la hora, demasiado tarda;
 pero tan vigoroso, que del bajo mundo parece un segundo dios.
 Y, dios segundo, milagro del primero,
 manda sobre lo bajo, y al cielo asciende
 sin alas, y refiere sus movimientos y medidas, y las naturalezas.
 Sabe las naturalezas de las estrellas y sus nombres,
 por qué aquella tiene cola y la otra no;
 quién se aflige o se salva, y también cuándo el eclipse llega hasta
 ellos;
 cuándo les llega al aire, al agua, al humo.
 El viento y el mar ha domado, y el globo terrenal
 con la arqueada madera circunda, vence y ve, comercia y depreda.
 Comercia y depreda; para él es poca una sola tierra.
 Truena, como Júpiter, en la guerra, un nacido inerme;
 lleva sus débiles miembros, debajo de él, el caballo audaz.
 El caballo audaz y el poderoso elefante;
 doblega ante él el león la rodilla;
 ya arrastró el carro del guerrero romano; ¡fiero atrevimiento!
 Todo fiero atrevimiento y toda astucia abate,
 y con ellos se adorna y combate, se arma y corre.
 Jardín, torre y gran ciudad compone, y leyes instaura.
 Y leyes instaura, como un dios. Él, astuto,
 le ha dado al cuero movimiento, y a los papeles
 el arte de hablar; y para que los tiempos distinga, le da al cobre
 lengua.
 Le da al cobre lengua, porque tiene alma divina.
 El simio y el oso tienen palma de la mano, pero no industria
 que al fuego ilustre maneja; sólo él llegó a volar tan alto.
 Voló tan alto y del planeta salió;
 con estos montes fundidos, golpea el hierro,
 enciende unas matas y se calienta y cuece alimento atroz;
 alimento atroz de animales que despedaza.
 Leche y agua no le bastan, ni todas las hierbas y simientes
 para él, sino que exprime las uvas y hace vino, licor divino.
 Licor divino que alegra los ánimos.
 Con sal y aceite perfecciona los manjares, y sana.
 Hace en su madriguera el día cuando es de noche: ¡oh leyes
 quebrantadas!
 ¡Oh leyes quebrantadas! Que un solo gusano sea
 rey, epílogo, armonía, fin de todas las cosas.
 Oh virtud escondida, de tu propia gloria le sacas copia.
 Y la imita si otro le da vida al muerto,
 pasa a otra cosa, y no queda absorto, el Eritreo;
 canta Eliseo el futuro; Elías emprende el vuelo hacia tu escuela;
 a tu escuela Pablo asciende, y halla
 con manifiesta prueba a Cristo a la derecha

de la Potestad maestra e inmensa. ¡Piensa, hombre, piensa!
 ¡Piensa, hombre, piensa!; alégrate y exalta
 la alta Prima Causa; obsérvala,
 para que te sirva toda otra criatura,
 con Ella te una una gentil y pura fe,
 y que tu canto por Ella vaya a mayor altura.

[T. Campanella, «Della possanza de l'uomo», en *Poesie*, ed. Gentile, Florencia, 1939², pp. 186-188.]

3. La naturaleza del hombre (de *De sensu rerum et magia*, de Campanella)

Pero vemos que el hombre no se detiene por debajo de la naturaleza de los elementos y del Sol y la Tierra, sino que entiende, desea y actúa muy por encima de ellos, sus propios altísimos efectos, de tal modo que no depende de aquéllos, sino de una causa mucho más alta, que se llama Dios.

De modo que, cuando el hombre discurre, piensa por encima del Sol, y luego más arriba, y luego fuera del cielo, y luego sobre más mundos, infinitamente, como discurren los epicúreos. Pues de alguna infinita causa es él efecto, y no del Sol y la Tierra, por encima de los cuales infinitamente se eleva. Dice Aristóteles que es vana imaginación pensar tan alto; y yo digo, con Trismegisto, que es bestialidad pensar tan bajo; y necesito que él me diga de dónde proviene esa infinidad. Si la respuesta es que de un mundo semejante, entonces se piensa en otro semejante, y luego en otro, y luego en infinitos; y yo juzgo que ese ir pasando de semejante a semejante, sin fin, es un acto de algo que participa del infinito (...).

Que los animales no tengan tan grande discurso, se ve porque de tal discurso ha nacido el conocimiento del Dios infinito, y a él se le hicieron sacrificios y templos y doctrinas sagradas, las cuales no se encuentran entre los animales. Y aunque algunos de ellos adoren a la Luna, como lo hacen los elefantes, y otros al Sol, como el gallo, y otros a otra cosa, sin embargo no han elevado su religión hasta el Dios infinito. Acaso hay que considerar que entre las abejas y los animales gregarios hay un conocimiento confuso de la divinidad, pues toda cosa ama al bien, y todos en confusión presienten el bien primero. Pero esta clara ciencia del infinito invisible sólo en el hombre es puesta de manifiesto por los sacrificios, mientras que la religión de los brutos sólo se dirige a las criaturas finitas visibles, que para ellos son manifiestamente superiores por los bienes temporales que de ellas reciben. En cambio, la del hombre se dirige hacia el infinito bien invisible, y a alcanzar los bienes eternos al tiempo que desprecia los bienes temporales.

Además de eso, ningún ente efectúa de manera ociosa sus mayores acciones, sino que todos las enderezan hacia su fin cierto por naturaleza; y el hombre tiene para sus nobilísimas operaciones la religión y la cien-

cia, las cuales más serían una penalidad para su vida corporal, que no útiles. De modo que es forzoso que le convenga otra vida y que su alma se comunice con la divinidad, de lo cual han dado fe tantos hombres sapientísimos e ignorantisímos, de toda condición, quienes, con la sangre derramada, con milagros, con testimonios, con fervor de espíritu y con certeza de aseveración, sin dudarlo y sin desear honores y bienes en la vida presente, han hecho saber al mundo que han hablado con los ángeles, con Dios, y que han visto que nos corresponde inestimable beatitud después de esta vida estimada por ellos. Ciertamente, la religión es natural para todos los hombres que, padeciendo adversidades o teniendo buena fortuna, de repente miran al cielo para pedir socorro o para dar gracias, y con este fin encontraron los sacrificios y las oraciones; pero otros actúan de otra manera, y esto proviene de la conveniencia, del país y de las maneras diferentes que hay de entender las cosas supremas, y a veces da algunos errores en el modo, pero no en la cosa, mientras cada cual cree estar adorando al verdadero Dios; y todo esto es signo de que el hombre tiene comunicación con los seres supremos.

Además de eso, no está en la naturaleza de las cosas pensar en lo que no conviene por naturaleza, sino que todas tienden a conservarse en la vida que les ha correspondido; pero el hombre no se contenta con la vida presente, sino que piensa en la hora, estudia el modo de conocerla y pasa todo tipo de afanes para llegar a ella. La naturaleza le habría dado una curiosidad demasiado vana al hombre si esta vida no le fuese útil después de la muerte; y la naturaleza no actúa en vano ni da deseos tan extraños a los demás animales, de modo que los peores entes estarían en mejores condiciones que los mejores.

De un modo semejante el afán del hombre es infinito, pues no le basta tener poder, ni una ciudad, ni un reino, ni un mundo; y Alejandro se dolía por no poder ir a sojuzgar los mundos de Demócrito; y ese deseo lo tenemos todos. De manera que eso es signo de que el infinito es objeto de nuestro natural apetito, y aun cuando el fuego arda sin fin, y aun cuando todas las demás cosas quisieran vivir sin fin, de donde parece que ese deseo nazca del fuego, tampoco el hombre se dirigiría por naturaleza hacia aquellos apetitos que no puede saciar; los brutos se contentan con un pastizal y con una hembra para generar y no van adquiriendo más de lo que les hace falta, aun cuando el ardor que ellos poseen sea más vigoroso que el nuestro, como lo es el del león y el del avestruz (...).

Además de esto, el hombre nace desnudo, inerte, con poca habilidad, llorando, sin saber mamar ni comer ni ayudarse; y todos los demás animales nacen vestidos con escamas, con plumas, con pelo, armados con dientes, con cuernos, con espinas, con uñas, con garras, con pico, y saben caminar en seguida y comer y valerse; y aun así el hombre, al cabo de poco tiempo, vence a todos los animales y se viste con sus pieles y come sus carnes, y los doma y cabalga en ellos, y hace uso de la fuerza de esos animales como si se tratase de la suya. Se viste de oro, de plata, de hierro, nada en el mar, vuela en el aire como Dédalo, corre por la tierra con sus pies y con los de los animales, y todo el mundo camina por el agua, venciendo las olas magníficas y los vientos fieros como se-

ñor del mar, y todos los metales doma y extiende y trabaja. Con los árboles hace naves, aposentos, asientos, cajas, fuego; come sus frutos y hace uso de sus hojas y de sus flores como diversión o como medicina. Hace uso de las piedras, de los montes, de los bosques, según su gusto, y parece ser el señor del mundo tanto como el de los animales.

Pues bien, ¿qué animal fuerte y astuto puede hacer lo que hace el hombre inerte, desnudo, débil y tímido, ni aun siquiera una mínima parte de todo eso? Me dirás que las abejas forman república como el hombre, que los elefantes tienen religión, que la araña hacen unas redes tan sutiles que el hombre no podría fabricarlas, que otros construyen nidos y que otros saben guerrear adecuadamente. Y yo te digo que, todas cuantas cosas hacen los demás animales, las hace también el hombre, y aún más, pues él instituye repúblicas, hace leyes y ciudades y templos, religiones a Dios y medicina mejor que los perros, que los ibis y que el hipopótamo. Y, mientras que cada uno de ellos tiene una sola cosa, él tiene mil, y todas buenas. Pues hace las redes para los pájaros como la araña, las celdas como las abejas, la milicia como las grullas y los peces, y de todos los animales toma ejemplo y mejora aún sus artes e industrias; y vence aun la fuerza del elefante, que lleva sobre sí una torre de hombres y él lo doma y lo manda; e igualmente al león; y mata y se come las ballenas.

¿Qué más se puede decir? Ningún animal, aunque tenga manos, como los simios o el oso, sabe apoderarse del fuego ni tocarlo ni cogerlo del suelo, arrancarlo de las piedras, encenderlo, ablandar con él los metales, mover los montes, cocer los alimentos y hacer truenos y rayos como Dios los hace en el aire, y así lo hace el hombre con la artillería, y aquella cosa maravillosa de hacer de noche día con las velas y todos esos accesorios de manera tan admirable, y así hace uso del fuego como de una cosa ruin en relación con él (...).

Pero la astronomía muestra al hombre celestial, pues mira hacia arriba y mide la magnitud de las estrellas, enumera los movimientos, y aquellos que no ve, los finge con epiciclos y con excéntricas, y echa unas cuentas tan ajustadas como si no sólo fuese el conocedor, sino el artífice del cielo; y en tal variedad de opiniones sobre el modelo y los principios de las cosas se muestra su divinidad, que por tantos caminos se dirige al conocimiento del Creador. Y, cosa magnífica, ha hallado cuándo se producen los eclipses de los astros y los predice muchos siglos antes de que se produzcan, así como las conjunciones y los aspectos de todas las estrellas, y sus naturalezas y sus nombres, y las de los cometas, y sus significados y sus influjos, lo que producen en la tierra, en el aire y en el agua, los tiempos de los solsticios y de los equinoccios, y sus mutaciones, y los apogeos y excentricidades que se consiguen en el crisol. Y, cuando Dios varía algo en el cielo, el hombre acude y anota sus anomalías e irregularidades, y siempre hace nuevas tablas e índices de cosas lejanísimas, y argumenta sobre la muerte y la vida no sólo del hombre, sino de los animales, de las repúblicas, de los reinos, e incluso del propio mundo que debe perecer por el fuego.

Todos los animales están dentro del vientre del mundo, y el hombre está en ellos, como gusanos dentro del vientre de un animal, pero sólo

los hombres advierten lo que es ese segundo gran animal, y sus principios, cursos, vida y muerte. De modo que el hombre no está sólo como un gusano, sino como admirador y lugarteniente de la primera causa, arquitecto de todas las cosas. Además de eso, el hombre se comunica con los ángeles, con los demonios y con el Señor Dios; y negarlo es insolencia, como si alguien negase que existe Roma por no haberla visto nunca, y como negar que en el mundo haya existido César o Alejandro porque no estuvo en su tiempo; y así, con tantos milagros y con la vida propia, lo creen todas las gentes, y es una gran falsedad la de Aristóteles, que niega a los ángeles y a los demonios.

[T. Campanella, *Del senso delle cose e della magia*, II, 25; ed. Bruers, Bari, pp. 119-125.]

4. Los *studia humanitatis* (de las *Epistole* de Bruni)

El sentido y la tarea de los *studia humanitatis*, de una formación humana desinteresada, el valor eterno de ciertos principios universales frente a lo transitorio de la norma y la costumbre, difícilmente podrían hallar una expresión más plena que en esta carta de Bruni, tan justificadamente famosa. Cf. R. Mondolfo, *Origen y sentido del concepto de la cultura humanista*, Córdoba (Argentina), 1940, p. 25.

Que sea doble tu estudio: dirigido, en primer lugar, a conseguir en las letras no el conocimiento común y vulgar, sino un saber diligente e íntimo en el cual quiero que te muestres excelente; en segundo lugar, a obtener la ciencia de aquellas cosas que se refieren a la vida y a las costumbres; estudios éstos que se llaman de humanidad porque perfeccionan y adornan al hombre. Que en esos estudios tu saber sea variado y múltiple, y sacado de todas partes, de modo que no dejes de lado nada que pueda parecer contribuir a la formación, a la dignidad, a la alabanza de la vida. Creo que te conviene leer aquellos autores, como Cicerón y similares, que te pueden ser de ayuda no sólo por su doctrina, sino también por la claridad de su discurso y por su habilidad literaria. Si quieres prestarme oído, de Aristóteles aprenderás los fundamentos de esas doctrinas, pero buscarás en Cicerón la elegancia y la abundancia del decir y todas las riquezas de los vocablos, y, por decirlo así, la destreza en el discursar de aquellos argumentos.

Quisiera en realidad que un hombre eminente tuviera un rico conocimiento, y también que supiese ilustrar y embellecer en el discurso las cosas que sabe. Pero nada de esto sabrá hacer quien no haya leído mucho, aprendido mucho, sacándolo de todas partes. De modo que no deberás ser adoctrinado solamente por los filósofos, por más fundamental que sea ese estudio, sino que también debes formarte con los poetas, con los

oradores, con los historiadores, de manera que tu discurso sea variado, rico y de ninguna manera rústico (...)

Si, como así lo espero, alcanzas ese grado de excelencia, ¿qué riquezas podrán compararse con los resultados de esos estudios? Por más que, en efecto, el estudio del derecho civil sea más provechoso en el comercio, ese estudio es superado, por su dignidad y aprovechamiento, por las letras. Las letras tienden en realidad a formar al hombre bueno, del que nada puede pensarse que sea más útil; el derecho civil, en cambio, no contribuye en nada a hacer bueno al hombre (...). Pues el hombre honesto respetará los legados y cumplirá la voluntad del testador aunque el testamento no haya tenido siete testigos, aunque disponga lo contrario el derecho civil. Además de eso, la bondad y la virtud son inmutables, mientras que el derecho varía según los lugares y según los tiempos, de tal suerte que con frecuencia lo que es legítimo en Florencia, en Ferrara es una falta.

[Leonardo Bruni, *Epist., lib. VI*, ed. Mehus, vol. II, Florencia, 1741, pp. 49-50.]

5. L. B. Alberti elogio a las letras

No solamente son una tarea para los letrados, sino una necesidad universal, el estudio de las letras y la formación humana. Ambos son esenciales para gobernar a los hombres; son «necesarios para el que rige y gobierna». Las palabras de Alberti nos ayudan a entender la actitud que en general se tiene, en el Renacimiento, respecto de los *studia humanitatis* y sus cultivadores.

Y vosotros, jóvenes, en lo que hacéis, ocupaos mucho en los estudios de las letras; sed perseverantes, complázcaos conocer las cosas pasadas y dignas de memoria, alégreos comprender los buenos y utilísimos recuerdos, gustad de alimentar el ingenio con sentencias elegantes, gústeos adornar vuestra alma con esplendidos hábitos, buscad en las costumbres civiles abundar en maravillosas gentilezas, aplicaos en conocer las cosas humanas y divinas, las cuales con toda razón les están encomendadas a las letras. No hay conjunción de voces y de cantos que sea tan suave y tan consonante que pueda llegar a igualarse con la galanura y la elegancia de un verso de Homero, de Virgilio o de cualquiera de los demás poetas [óptimos]. No hay lugar que sea tan deleitoso ni tan florido como amena y grata es la palabra de Demóstenes, o de Tulio, o de Livio, o de Jenofonte, o de los demás gratos y en todas sus partes perfectísimos oradores. No hay ninguna labor que sea tan productiva, si es que acaso hay que llamar labor, y no diversión y recreo del ánimo y del intelecto, a la de leer y volver a ver muchas buenas cosas, pues sales de ahí abundante en ejemplos, copioso en sentencias, rico de persuasiones, fuerte y lleno de argumentos y razones; te haces escuchar, y eres oído

de buena gana por los ciudadanos, que te miran, te elogian, te aman. No me voy a extender, pues sería muy largo detallar en qué medida las letras sean, no digo ya útiles, sino necesarias para quien rige y gobierna sobre las cosas; tampoco describo de qué manera son un ornamento para la república (...). Si hemos de considerar las cosas que convienen mucho con la gentileza, ya sea como ornamento de la vida de los hombres, ya sea como aquello que proporciona gran utilidad a las familias, cierto es que las letras son aquellas sin las cuales no se puede considerar que nadie tenga una vida feliz, y sin las cuales no se puede concebir que ninguna familia sea cabal y firme.

[L. Alberti, *I libri della famiglia*, I, ed. G. Mancini, Florencia, 1908, pp. 64-65.]

6. *Virtù* y fortuna en L. B. Alberti

Virtù y fortuna: he aquí los motivos que más a menudo vuelven en los escritores del Renacimiento. Pero la *virtù*, ese valor personal mediante el cual se afirma el hombre, construyéndose él mismo su camino, debe vencer y vence a la fortuna. Tuvieron *virtù* los romanos, y fue con su trabajo y no con la fortuna como dominaron su suerte; y fue *virtù* y no fortuna lo que hizo resurgir la civilización italiana e hizo de Lorenzo el Príncipe magnífico dentro y fuera de la patria. Y si, con todo, hay que conceder alguna cosa a la fortuna, como lo hace Guicciardini, ella es quien proporciona aquella situación de hecho sobre la cual el vigor personal se ejerce; y aun si esta situación escapa de nuestro obrar, si éste es fuerte y creador, dice Maquiavelo, es «virtuoso» incluso en la perfidia.

Veo que muchos inculpan muchas veces a la fortuna sin causa verdadera y percibo que muchos, habiendo fracasado por su estulticia en casos desgraciados, lo achacan a la fortuna, y se quejan por haber sido llevados y traídos por sus fluctuantes ondas, en las cuales ellos mismos, estultos, se precipitaron; y así muchos ineptos dicen que la causa de sus errores está en otra fuerza. Pero, si alguien aquí quiere investigar con diligencia qué hace excelentes y magníficas a las familias, y también qué las mantiene en un grado sublime de honor y felicidad, entonces ése verá claramente que los hombres son la causa, las más de las veces, de todo su bien y todo su mal. Ni tampoco, ciertamente, a ninguna cosa tanto imperio le atribuirá como para llegar a juzgar que, para conseguir renombre, dignidad y fama, no valga más la *virtù* que la fortuna. Es cierto: indáguese las repúblicas, piénsese en todos los principados del pasado, y se hallará que, para adquirir y multiplicar, para obtener y para conservar la majestad y al gloria ya conseguidas, en ningún caso valió

más la fortuna que las buenas y santas disciplinas del vivir. ¿Quién lo duda? Las leyes, los virtuosos principios, los prudentes consejos, los hechos fuertes y constantes, el amor a la patria, la fe, la diligencia, las prácticas castigadísimas o elogiadísimas de los ciudadanos, siempre pudieron, o bien sin fortuna ganar y adquirir la fama, o bien con fortuna extenderse mucho y alcanzar la gloria, y ellos mismos conseguir gran valor para la posteridad y la inmortalidad (...). ¿Y, de nuestra Italia, no es manifiesto esto mismo? Mientras entre nosotros fueron observadas las óptimas y santísimas vetustas disciplinas; mientras nosotros nos ejercitamos para llegar a ser semejantes a nuestros mayores y con *virtù* trabajamos para superar las alabanzas de los hombres del pasado; mientras los nuestros pusieron en cada una de sus obras industria y arte, y siempre consideraron que cada cosa suya estaba vinculada a la patria y se debía a ella, al bien del público, al emolumento y a la utilidad de todos los ciudadanos; mientras se expusieron las posesiones, la sangre, la vida, para mantener la autoridad, majestad y gloria del nombre latino, ¿se halló acaso algún pueblo, hubo acaso nación alguna bárbara y ferocísima que no temiese y obedeciese nuestros edictos y leyes? Aquel imperio admirable, sin fronteras, aquel dominio sobre todas las gentes conseguido con nuestros auspicios latinos, obtenido con nuestra industria, ampliado con nuestras armas latinas, ¿se dirá que fue acrecentado por la fortuna? A aquel que para nosotros reivindicó nuestra *virtù* ¿le confesaremos ser deudores de la fortuna? La prudencia y la moderación de Fabio, aquel hombre que, difiriendo y renunciando, restituyó la libertad latina que casi había caído; la justicia de Torcuato, que para observar la disciplina militar no perdonó a su hijo; la continencia de Cincinato, quien, satisfecho con su agricultura, estimó en más la honorabilidad que cualquier acumulación de oro; la severidad de Fabricio, la sobriedad de Catón, la firmeza de Horacio Cocles, la tolerancia de Mucio, la fe y religiosidad de Régulo, el afecto para con la patria de Curcio y las demás eximias y excelentes e increíbles *virtù*, las cuales fueron todas ellas celebradísimas e ilustrísimas entre los antiguos, y con las cuales, no menos que con el hierro y la fuerza de las batallas, nuestros óptimos antecesores italianos debelaron y sometieron a todas las gentes en cualesquiera regiones bárbaras, soberbias, contumaces y enemigas de la libertad, de la fama y del nombre latinos... ¿atribuiremos todo eso a la fortuna? ¿Juzgaremos a ésta como protectora de las costumbres, moderadora de las observancias de los usos de nuestra santísima patria? ¿Estableceremos en la temeridad de la fortuna el imperio, el cual nuestros mayores más con *virtù* que con fortuna edificaron? ¿Estimaremos sujeto a la volubilidad y a la voluntad de la fortuna aquello que los hombres con madurísimo consejo, con fortísimas y valentísimas obras dispusieron para sí? ¿Y cómo diremos nosotros que la fortuna, con su inconstancia y sus ambigüedades, tiene el poder de disolver y dispersar lo que queremos que esté más sometido a nuestro cuidado y a nuestra razón que a la temeridad de otro? ¿Cómo confesaremos que no es más nuestro que de la fortuna aquello que nosotros con solicitud y diligencia deliberaremos mantener y conservar? No pertenece el poder a la fortuna; no es tan fácil como algunos necios creen, vencer a aquel que no quiere ser vencido. La for-

tuna sólo tiene yugo para aquellos que se someten a ella (...). Así pues, podemos establecer que la fortuna es inválida y debilísima para arrebatarnos cualquiera de nuestras menores virtudes; debemos juzgar que la *virtù* es suficiente para alcanzar y ocupar todas las cosas sublimes, los grandísimos principados, las alabanzas supremas, la fama eterna y la gloria inmortal. Y convenimos en que no debemos dudar de que cualquier cosa, allí donde la busques y allí donde la ames, te resultará más fácil de tener y de obtener que la *virtù*. Aunque sólo tiene *virtù* quien la quiere.

[L. B. Alberti, *I libri della famiglia*, proemio, ed. G. Mancini, Florencia, 1908, pp. 2-6.]

7. De la dedicatoria de *De hominibus doctis*, de P. Cortese

Estoy acostumbrado, ¡oh magnífico Lorenzo!, a alabar los eminentes ingenios de nuestros contemporáneos, ya sea en las grandes empresas, ya sea, sobre todo, en esos estudios que volvieron a sacar a la luz desde las tinieblas. Ciertamente es que, al haberse liberado finalmente Italia de la larga opresión de los bárbaros, una muchedumbre increíble se ha dedicado al cultivo de todas las grandes artes. Y los príncipes de época contribuyeron tanto a tales estudios, que parecía que hubiesen tomado consigo el patrocinio de las disciplinas abandonadas. Así fueron tu abuelo y tu padre, hombres sapientísimos, los cuales, grandes en todas las virtudes, fueron muy superiores a los demás en el mérito de estimular a los ingenios. Luego tú, eminente campeón de esta gloria, no sólo ensalzas los estudios de los hombres de ingenio, sino que, aun en medio de preocupaciones más graves ocupas todo el tiempo que te queda en la elegancia de las artes liberales. Y, habiendo dado a una naturaleza excelente los instrumentos de las disciplinas más serias, y habiendo reunido la difícilísima compañía del poder y la sabiduría, es admirable decir en qué medida sobresales entre hombres excelentes. En efecto, habiéndose afianzado, mientras tú eras aún joven, la república, y habiéndola ordenado tú de tal modo que proveyera a la salvación de todos, y habiéndola arrancado de las llamas de la guerra civil y de otras gravísimas desgracias, y aun habiendo sido esto una prueba lo bastante segura de recta voluntad y un testimonio de tu clemencia, no era de todos modos aún lo bastante claro si te había llevado a buen puerto la *virtù* o la fortuna. Pero ahora, después de tantos años y tantas adversidades, y al haber no sólo salvado, sino también ampliado, el Estado, nadie duda de que en el gobernarlo has recurrido más a la *virtù* que a la fortuna.

[P. Cortesii, *De hominibus doctis dialogus*, dedicatoria a Lorenzo el Magnífico, ed. G. C. Galletti, Florencia, 1847, p. 221.]

8. *Virtù* y fortuna según Maquiavelo

Muchos han sostenido la opinión, y entre ellos Plutarco, gravísimo escritor, de que el pueblo romano, en la adquisición del Imperio, había sido más favorecido por la fortuna que por la *virtù*. Y, entre las demás razones que aduce para ello, dice que por confesión de aquel pueblo se demuestra que reconocieron haber obtenido por la fortuna todas sus victorias, pues habían edificado más templos a la Fortuna que a ningún otro Dios. Y parece que de esa misma opinión es Livio, porque muy pocas veces hace hablar a algún romano que se refiere a la *virtù*, sin añadirle la fortuna. Ésta es una cosa que yo no quiero reconocer en modo alguno, ni creo tampoco que se pueda sostener. Porque, si bien no se ha encontrado nunca ninguna república que haya hecho tantos progresos como Roma, es también sabido que no se ha encontrado nunca ninguna que haya sido ordenada para su prosperidad como lo fuera Roma. Porque la *virtù* de los ejércitos le hizo conquistar el Imperio, y el orden en la manera de proceder y su modo propio de hacerlo, hallado por su primer dador de las leyes, le hicieron mantener lo conquistado (...).

[N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca de Tito Livio*, II, 1; *Opere*, Florencia, 1929, p. 137.]

9. *Virtù* y fortuna según Guicciardini

Si alguien lo considera bien, no podrá negar que en las cosas humanas la fortuna tiene un grandísimo dominio, pues se ve que, en todo momento, ellas reciben grandísimos movimientos por accidentes fortuitos, y que no está en el dominio del hombre ni preverlos ni evitarlos; y, aunque la sagacidad y la diligencia de los hombres puedan moderar muchas cosas, con todo no bastan ellas solas, sino que necesita además la buena fortuna.

Aquellos también que, atribuyéndolo todo a la prudencia y a la *virtù*, excluyendo cuanto pueden el poder de la fortuna, tendrán al menos que confesar que importa bastante encontrarse o nacer en un tiempo en que las virtudes o cualidades por las cuales uno se estima a sí mismo sean consideradas valiosas. Así se puede poner como ejemplo el de Fabio Máximo, a quien el ser meditabundo le dio tanta reputación porque se halló en una clase de guerra en la cual la fogosidad era perniciosa, y la lentitud, útil; en otro tiempo hubiese podido ser lo contrario. Pero su fortuna consistió en esto, en que sus tiempos tuvieron necesidad de esa cualidad que estaba en él; pero quien pudiese variar su propia naturaleza según la condición de los tiempos, lo cual es difícilísimo y acaso imposible, estaría en esa misma medida menos dominado por la fortuna.

[F. Guicciardini, *Ricordi*, ed. Palmarocchi, Bari, 1933, pp. 290-291.]

10. *Virtù y nobleza (en el Trattato di nobiltà, de Buonaccorso da Montemagno)*

Son innumerables, durante el Renacimiento, los tratados, diálogos y discursos sobre la nobleza, con el fin de demostrar que lo que hace noble al hombre no es la herencia de la sangre, ni siquiera nada de esa suerte, sino sólo su obra, su actividad y su fuerza. Se ha dicho que en este caso no se disertaba sobre la nobleza, sino contra ella. La verdad es que a una nobleza con el carácter de privilegio, se le oponía una nobleza de la *virtù* como conquista del hombre que se edifica a sí mismo.

Manifiesto es (...) que la nobleza proviene sólo de la *virtù* del alma; y que la abundancia de las riquezas o la prodigalidad de la generación no pueden dar ni quitar la nobleza. La sede propia de la nobleza es el alma, la cual, la naturaleza, emperatriz de todas las cosas, da por igual a todos los mortales al nacer, y no por donación hereditaria de los antecesores, sino por don de gracia divina; y ella ha puesto a dicha alma como príncipe de la vida del hombre y como luz cierta de un claro espejo, de tal modo que, si le muestras imágenes bellas, ella te las devolverá más bellas aún, y, si se las muestras deformes, te parecerán más deformes aún. Y así, de este modo, el alma de los mortales es pura y libre, dispuesta a adquirir la cualidad de lo noble así como de lo innoble. En ese excelente don de la humanidad, ninguno puede inculpar a los dones de la naturaleza, pues ella da a todos esta alma en igual medida y no considera linaje, ni riqueza, ni potencia. No hay nadie que sea tan vil, tan pobre, ni que esté tan abandonado como para que desde el principio de su nacimiento no tenga un alma similar a la de los hijos de los reyes, o de los emperadores y que no pueda, con el esplendor de la *virtù*, adornarla con la gloria y la nobleza.

[Buonaccorso da Montemagno, il giovine, *Trattato di nobiltà, oraz. II*, en *Orazioni*, Nápoles, 1862, p 75.]

11. Los escritores donadores de gloria (de Poggio Bracciolini)

El hecho de mundanizar la vida hace que se busque en el mundo una prolongación temporal de aquélla; es decir, la gloria, recompensa de la *virtù* y eco terrenal de las grandes empresas. Pero esta gloria queda asegurada sólo por obra de los escritores, que impiden que los grandes hechos sean olvidados y garantizan la fama para aquellos a quienes celebran. Veremos ahora a los literatos mercadeando continuamente con los príncipes, ofreciéndoles la inmortalidad. Cf. V. Rossi, *Il Quattrocento*, Milán, 1938, pp. 42-43.

Los príncipes quedarían sumidos en un perenne olvido si los monumentos de los hombres doctos no les impidiesen perecer. Sólo éstos son los que hacen que el recuerdo de los grandes hombres no se extinga con el cuerpo. Con la luz de sus palabras, las empresas se iluminan; con sus escritos, la fama se acrecienta; con sus voces y su elogio, se celebra la gloria de los hombres excelentes.

Y en todo esto hay que condenar la perversidad de los señores, los cuales, obteniendo una segura inmortalidad gracias a los trabajos y desvelos de los doctos, aun así los estiman en tan poco, los desprecian hasta tal punto, que es maravilla si, con tanta vanagloria, por no decir necesidad, de los príncipes, aún queda alguno que se disponga a arrostrar el esfuerzo de escribir para eternizar sus empresas. Pero los sabios, sabiendo que los premios a la *virtù* están en ella misma, nada buscan fuera de sí mismos.

[Poggio Bracciolini, *Dialogus de infelicitate principum*, Parrhisiis, 1511, CIII (v).]

12. Una vez más, sobre la función de los literatos según Poggio

La idea de la capacidad de los escritores para glorificar impulsa a Poggio a decir que sólo Livio, Virgilio y Horacio hicieron grande a Roma, tal como la hicieron Homero, Herodoto y Tucídides a Grecia (cf. *Epist.*, V, 6). A la Edad Media no le faltaron grandes hombres, sino grandes escritores. En la época nueva, los nuevos Escipiones, Césares y Augustos vivirán sólo si existen nuevos Livios, Virgilio y Horacios.

Había gran cantidad de escritores que no dejaban que las empresas de su época pereziesen, sino que las celebraban y adornaban en sus escritos para que fuesen mayormente disfrutadas; así pues, conocemos mejor las empresas de los tiempos antiguos que las de nuestra época. Faltan ahora, en efecto, escritores que ilustren las empresas, las cuales, dejadas en las tinieblas, se deterioran, de modo que se olvidan incluso cosas dignísimas de ser transmitidas.

Con todo, algunos reyes y príncipes de nuestra época merecen que sean dejados en la sombra su nombre y su memoria, indignos de ser recordados a no ser por su infamia. ¿Cuántos son, en efecto, los que tienen consigo a un docto, a un hombre elocuente, o que quieran confiar algo de lo suyo a las letras? Se contentan generalmente con necios adulaadores o con quienes sólo buscan el lucro; a éstos se les abren las salas, y los oídos de los príncipes, mientras que el camino de la doctrina y la virtud permanece cerrado y no queda lugar para los doctos; no hay honores para ellos, ni premios para sus letras, ni hay favores. Tampoco nos ha de sorprender que sea tenido por vil quien no tiene luz alguna de *virtù*. Por eso, merecidamente, su fama es cubierta por la tierra al

mismo tiempo que el cuerpo, y para nada es encomendada a la posteridad por medio de escritos de los hombres de letras (...). De todos modos, debemos pensar, si no en su fama, si al menos en la nuestra; y creo que no conviene llevar a cabo lo que a ellos les plazca, sino lo que nosotros debemos hacer. Por eso exhorto, a todos aquellos que puedan, a tomar sobre sí la tarea de celebrar en sus escritos, cuando menos, la edad presente, en la cual no faltan acontecimientos dignos de ser transmitidos a la posteridad.

[Poggio, *Historia de varietate fortunae*, I, ed. cit., pp. 34-35.]

13. De la epístola de Lorenzo de Médicis a Federico de Aragón

Habla Lorenzo el Magnífico, pensando en Pisístrato y en la gloria que proviene de las letras, del renombre mundano. Perdida la fama, perdido el premio, desaparece el sentido de la *virtù*, y ésta deja de ser un objetivo. Se trata, pues, de un modo totalmente mundano de entender tanto la vida como la *virtù*.

Al ilustrísimo señor Federico de Aragón, hijo del rey de Nápoles.

Reflexionando algunas veces conmigo mismo, ilustrísimo señor mío Federico, acerca de cuál, entre las muchas e infinitas alabanzas de los tiempos antiguos, fue la más excelente, he juzgado que hay una que, ciertamente, por encima de todas las demás es gloriosísima y casi singular; que ninguna ilustre y virtuosa obra, ni hecha con las manos ni con el ingenio, se puede encontrar a la cual, en aquella primera época, se le aparejasen, tanto en público como en privado, tan grandísimos premios y nobilísimos honores. Pues si, tal como se dice, del mar Océano todos los ríos y fuentes tienen su principio, así de todos los famosos hechos y las maravillosas obras de los antiguos hombres se entiende que derivan de esa ilustre costumbre.

Es verdaderamente el honor lo que nutre todas y cada una de las artes, y no es otra cosa que la gloria lo que inflama las almas de los mortales para que hagan obras preclaras. Con esta intención se celebraron, pues, en Roma los magníficos triunfos, en Grecia los famosos juegos del monte Olimpo, y en ambas certámenes poéticos y oratorios. Sólo por eso fueron ordenados el carro y el arco triunfales, los trofeos de mármol, los teatros adornadísimos, las estatuas, las palmas, las coronas, las oraciones fúnebres; sólo por eso fueron ordenados un número infinito de otros admirabilísimos ornamentos. ¿Dónde habrían de tener origen, verdaderamente, los hermosos y nobles hechos, tanto del juicio como de la espada, y tantas otras admirables excelencias de los valerosos antiguos, quienes sin duda alguna, como bien dice nuestro Poeta toscano, no dejará nunca de tener fama

si el universo antes no se disuelve?

Eran, esos hombres admirables y verdaderamente divinos, así como sumamente deseosos de verdaderas e inmortales alabanzas, inflamados con un fogoso amor hacia ellas, las cuales podían volver inmortales los valiosos y esclarecidos hechos de los hombres excelentes, con la virtud del estro poético. Con ese gloriosísimo deseo estuvo inflamado el magno Alejandro cuando, en el Sigeo, llegó al nobilísimo sepulcro del famoso Aquiles y exclamó suspirando aquellas palabras siempre recordadas y verdaderamente dignas de él:

Oh afortunado, que tan preclaro clarín hallaste, y que de ti tan alto escribió.

No hay duda de que son palabras afortunadas; pues, si el divino poeta Homero no hubiese existido, una misma sepultura habría cubierto tanto la fama como el cuerpo de Aquiles. Tampoco ese poeta, excelentísimo por encima de todos los demás, habría alcanzado tanto honor y fama si no hubiese sido elevado desde la tierra hacia lo alto por un preclarísimo ateniense, casi de la muerte devuelto a tan larga vida. Pues, habiéndose dispersado la sagrada obra de este celebradísimo poeta después de su muerte por muchos y diversos lugares de Grecia hasta quedar casi desmembrada, Pisístrato, príncipe ateniense, hombre excelentísimo, por muchas virtudes del alma y del cuerpo, propuso valiosísimos premios para quien le trajese alguno de los versos homéricos; con suma diligencia y parsimonia, todo el cuerpo del santísimo poeta reunió, y, así como a aquél le dio una vida perpetua, adquirió para sí mismo gloria inmortal y clarísimo esplendor. Por lo cual bajo su estatua no fue inscrito ningún título, sino éste: el de haber sido autor de la recolección del glorioso poema homérico.

¡Oh hombres verdaderamente divinos, nacidos al mundo para la utilidad de los hombres!

Conocía este príncipe ilustre los demás hechos virtuosos, pues fueron muchos y admirables, pero aun así todos ellos eran inferiores a esa alabanza, por la cual obtuvo para sí y para otros vida y gloria. Tales eran pues aquellos primeros hombres en cuyos virtuosos hechos no solamente en nuestros tiempos no hay quien los imite, sino hechos que resultan hoy apenas increíbles. Pues, habiendo faltado ya totalmente los premios para los hechos virtuosos, a la vez con ellos toda luz benigna de virtud se ha apagado, y, no haciendo los hombres nada que sea digno de alabanza, además han despreciado totalmente a esos loadores consagrados. Y, si tal cosa se hubiese dado en los próximos pasados siglos, la consecuencia habría sido la dolorosa pérdida de tantos y tan admirables escritores griegos y latinos, con grandísimo daño para nosotros. Habría asimismo en ese azaroso naufragio muchos poetas venerables, quienes fueron los primeros en comenzar a cultivar el campo desierto de la lengua toscana, de tal guisa que en nuestros presentes siglos aparece toda revestida de florecillas y de hierba.

[Lorenzo de Médicis, *Opere*, ed. Simioni, Bari, 1913, vol. I, pp. 3 y ss.]

14. La actividad económica, en el *Libro della vita civile*, de Palmieri

El amor por lo concreto, que es una de las características del Renacimiento, se revela en la valoración de la actividad económica. El fragmento que sigue pertenece a la *Vita civile*, diálogo en lengua vulgar que Palmieri imagina en una ciudad de la comarca de Mugello (Toscana) en 1430, mientras en Florencia hace estragos la peste. Aunque a menudo se trata más que de una manifestación, de una paráfrasis de Quintiliano, Cicerón y Plutarco, «con todo, el espíritu de la nueva época se manifiesta (...) en el concepto que unifica vida moral con vida política, y que de este modo coordina para el fin social todos nuestros movimientos» (V. Rossi, *Il Quattrocento*, p. 136.)

No es ajeno a este principio significar que es una división vulgar y una costumbre apartada del verdadero camino, las que separan lo honesto de lo útil, y que la verdad aprobada por los ingenios eminentes y por la autoridad de los filósofos graves y severos de ningún modo concuerda con esta división, ni separa lo honesto de lo útil, sino que los reúne, y quiere que lo honesto sea también útil, y que lo útil sea honesto, pues no son de ningún modo susceptibles de ser divididos. Esta norma es ciertamente aprobada y verdadera (...). Los hombres de edad cabal (...) no deben despreciar la utilidad y las conveniencias propias, sino seguir las siempre honestamente; y, así, despreciar lo útil, cosa que justamente siempre puede conseguirse, merece reprobación, y de ningún modo conviene a quien es virtuoso. Las riquezas y las abundantes facultades son los instrumentos con los cuales los hombres valientes se ejercitan virtuosamente; y no destacan fácilmente aquellos a cuya virtud se contraponen un patrimonio pobre y disminuido. Las virtudes que requieren ayuda y sostén con bienes de fortuna son muchas, y sin estos bienes permanecen débiles y no llegan a ser perfectas.

La verdadera alabanza de cada una de las virtudes está en su misma actividad; y a la acción no se llega sin las facultades aptas para ella. Por esta razón, no puede ser liberal ni magnánimo quien nada tiene que gastar; no será nunca fuerte ni justo quien viva en la soledad; no será experimentado ni se ejercitará en cosas que importen y en gobiernos y hechos que pertenezcan a los más (...). De eso proviene que a los virtuosos les conviene buscar lo útil, a fin de que puedan vivir bien; si les sucede que lo consiguen, entonces úsenlo en las obras virtuosas; si no les sucediera, desprécienlo como cosa de la fortuna, y para adquirirlo no salgan del verdadero orden del justo vivir.

Sería vituperable quien, para ampliar la propia hacienda, perjudicase a los demás. Quien, no perjudicando a nadie, con buenas artes acrecienta su patrimonio, merece ser elogiado. Las utilidades son diversas y numerosas, pero, entre todas ellas, ninguna es mayor que las conferidas por hombres a los hombres.

Muchas son las cosas de las cuales se recibe utilidad y comodidad y que, si no hubiesen sido hechas con las artes e industrias de los hombres, no existirían, como cultivar, recoger los frutos maduros a sus debidos tiempos y convertirlos, conservarlos y disponerlos para el uso necesario de nuestra vida; cuidar de la salud y procurarla a los cuerpos enfermos; navegar y permutar las cosas de las que tenemos abundancia, consiguiendo así las que nos hacen falta; cosas, a su vez, que no tendríamos para nuestro uso si no hubiesen sido construidas por otros hombres de un modo semejante, pues, si no existiesen las varias artes de la actividad humana, nos faltarían muchas aptitudes útiles y en gran parte necesarias para la vida.

[Matteo Palmieri, *Libro della vita civile*, IV, Florencia, 1529, cc. 91 (r.) - 93 (r.).]

15. La avaricia, según Poggio Bracciolini (de *De avaritia*)

En el diálogo *De avaritia*, compuesto por Poggio entre 1428 y 1429, emerge, entre muchas otras prolijidades, el discurso de Antonio Loschi en defensa de la avaricia, mas no como estéril posesión, sino como fecunda acumulación de bienes: *avarus est qui aes avet*. No falta tampoco la punta de polémica contra la hipocresía frailesca, en nombre del nuevo sentido de la vida.

Deberás también (...) confesar que ese anhelo por las riquezas está por naturaleza insito en todos. Todos, en efecto, cualquiera que sea su edad, cualquiera que sea su condición, su grado de honor o su dignidad, están atrapados por el deseo del oro, y por tanto por la avaricia, y gozan del oro como de una cosa bien conocida y afín. Fíjate en los jóvenes, los adultos, los viejos, en los ricos y los pobres, en los reyes y los príncipes: todos del mismo modo se regocijan con el dinero y buscan las riquezas; y esto sólo porque así les formó la naturaleza, a fin de que sepan que con el dinero se pueden procurar todo aquello que alimenta y mejora nuestra vida. De modo que, a partir del momento en que, por disposición e impulso natural, todos siguen ese deseo, la avaricia deja de ser reprochable. Pero hubo hombres, me objetarás, que no fueron movidos por ningún anhelo. También los hubo que nacieron con cabeza de cerdo y, sin embargo, no por ello es menos natural nacer con cabeza humana. No se debe buscar lo que alguna vez hicieron la perversidad o la necesidad de las gentes incultas y groseras sino lo que es menester para la vida común, lo cual debemos seguir y conservar (...). Y ninguno hallará que no anhele algo más de lo necesario, nadie que no quiera abundancia grande. De modo que la avaricia es natural. Recorre, si no, toda la ciudad, la plaza, las casas, los templos, y, si hallas alguno que afirme no querer más de lo que le basta —la naturaleza, en realidad, se contenta con poco—, considera que has hallado el ave fénix. Y no me

opongas alguno de aquellos toscos, agrestes, hipócritas parásitos que van dando vueltas buscando su sustento, con pretexto de la religión, sin trabajo ni fatiga, predicando a los demás la pobreza y el desprecio de los bienes terrenales (...). No construiremos de ningún modo nuestras ciudades con esas larvas de hombres que en ocio completo se sustentan con nuestro trabajo, sino con aquellos dedicados a la conservación del género humano. Y si alguno de éstos olvidase hacer lo que estuviera más allá de su necesidad, nos veríamos obligados, para no hablar de lo demás, a cultivar cada uno nuestro campo. Ninguno, en efecto, sembraría más de lo que bastase para él y su familia. Mira, pues, qué confusión habría en todo si no quisiéramos tener más de lo que fuese necesario. Se perderían virtudes estimadísimas, como la misericordia y la caridad; nadie sería ya caritativo o generoso. ¿Qué podrían darse los hombres, uno a otro, si no les quedase nada para dar? ¿Cómo podría ser pródigo aquel que poseyese sólo lo necesario para sí mismo? Desaparecería de las ciudades toda magnificencia, se perderían toda belleza y todo ornamento, no se edificarían templos ni pórticos y todas las artes cesarían, y sobrevendría la subversión de nuestra vida y de los Estados, si cada uno se procurase sólo lo preciso (...). El dinero es necesario al Estado como unos nervios que lo sostienen; y, cuando son numerosos los avaros, deben ser considerados como la base y el fundamento de aquél. ¿Acaso, cuando la ciudad tenga necesidad de ayuda, habremos de recurrir a los pobres, a los mercenarios y a los despreciadores de las riquezas; o bien a los ricos, esto es, a los avaros, puesto que las riquezas difícilmente se pueden acumular sin avaricia? ¿De qué es mejor que esté llena la ciudad: de ricos, que con sus medios se ayudan a sí mismos y ayudan a los demás, o de pobres, que ni a ellos mismos ni a los demás pueden prestar ayuda?

[Poggio Bracciolini, *Historia deceptativa de avaritia*, *Opera*, Argentorati, 1511, fol. 7 (r.) - 9 (r.).]

16. El hombre de letras, ciudadano del mundo

Una vez más, Poggio; pero difícilmente en otro lugar se podrían leer unas expresiones tan características como las suyas sobre ese cosmopolitismo que acompaña al afán viajero de tantos humanistas. Poggio escribe aquí a Niccoli desde Londres.

En cualquier lugar de la tierra, si estás bien, eso te basta. Verdaderamente, si estuviese más cerca de vosotros, tendría mayores posibilidades de leer. Me falta esa alegría, la compañía de los amigos (...) y eso es lo que se me hace más desagradable. Lo demás me da lo mismo, pues la patria me conmueve poco. En realidad, siempre he considerado certísimo el dicho: la patria está allí donde estás bien.

[Poggio Bracciolini, *Epist.*, I, 8; ed. Tonelli, I, p. 39.]

17. Pontano, en contra de la esclavitud

Es algo natural que el sentido renacido de la dignidad del hombre hubiese de rechazar con horror la tesis aristotélica de la esclavitud. Y no solamente escritores como Pontano reaccionaron contra el comercio de esclavos blancos, sino que también intervinieron pontífices, sin que por ello llegase a desaparecer el fenómeno, en especial en la Italia meridional, donde siguió floreciente. Cf. E. Gothein, *Il Rinascimento nell'Italia meridionale*, pp. 127 ss.

Aun cuando la esclavitud repugne a la libertad natural, hay constancia, sin embargo, de que su inicio es antiquísimo, como así lo muestran las empresas guerreras tanto de los griegos como de los bárbaros (...). Entre los turcos y los africanos, con los cuales mantenemos guerras continuas por motivos religiosos —en realidad, dicen y piensan de Dios no sólo cosas diferentes, sino francamente contrarias—, no hay esclavos que no sean cristianos. Las leyes de Mahoma, en efecto, prohíben que sea considerado esclavo quien tenga la misma religión y el mismo culto. Entre nosotros son esclavos incluso cristianos (...).

Y una injuria tan grande a la humanidad es fruto del derecho de los hombres.

[Pontano, *De obedientia*, III; *Opera*, Venetiis, 1518, vol. I, c. 24 (r. y v.).]

18. Ideas de Leonardo da Vinci sobre la ciencia

Y ahora, en las vigorosas palabras de Leonardo, la nueva ciencia que, nacida en el fermento del Renacimiento, había de rehacer el mundo. Leonardo provenía de los círculos platónicos florentinos. ¿Quién no recordará, leyéndolo, el mito platónico, a pesar de la profunda diversidad de entendimientos?

Y, arrastrado por mi ansioso anhelo, deseoso de ver la gran cantidad de extrañas y variadas formas adoptadas por la laboriosa naturaleza, merodeando un tanto por debajo de los peñascos umbrosos, llegué a la entrada de una gran caverna, ante la cual me quedé estupefacto e ignorante de qué cosa fuese, con los flancos plegados en arco, quieta la mano fatigada sobre la rodilla, y con la derecha me hice sombra sobre las cejas juntas y giré muchas veces a un lado y otro para comprobar si dentro se podía ver alguna cosa, lo cual me lo impedía la gran oscuridad que había dentro. Y, estando así, de repente me sobrevinieron dos co-

sas: miedo y deseo; miedo por la cueva amenazante y oscura, y deseo de ver si allí dentro había algo milagroso.

Me parece que las ciencias son vanas y están llenas de errores, los cuales no han nacido de la experiencia, madre de todas las certezas, o no terminan en una experiencia evidente; o sea que su origen, o su mitad, o su final, no pasan por ninguno de los cinco sentidos. Y, si dudamos de la realidad de cada una de las cosas que pasan por los sentidos, cuánto más habremos de dudar de las que son rebeldes a ellos, como sucede con la esencia de Dios, y del alma, y de cosas similares, por las cuales hay siempre disputas y contiendas; y verdaderamente acontece que siempre, allí donde falta la razón, la suplen los gritos, lo que sucede con las cosas ciertas.

Se grita, pues, allí donde no hay ciencia verdadera, puesto que la verdad tiene un solo término, el cual siendo publicado, el litigio queda destruido eternamente; y, si ese litigio llega a resurgir, es ciencia confusa y falaz, y no certeza renacida. Pero las verdaderas ciencias son aquellas que la experiencia ha hecho penetrar por los sentidos, imponiendo silencio a la lengua de los litigantes; y no alimentan con sueños a sus investigadores, sino que proceden con verdaderas secuencias desde los primeros principios verdaderos y conocidos hasta la conclusión, como se de nota en las primeras matemáticas.

[Leonardo da Vinci, en *Leonardo omo sanza lettere*. al cuidado de G. Fumagalli, Florencia, pp. 35, 47-48, del código Arundel 263 y del código Urbinate 1.270.]

19. Ideas de Leonardo da Vinci sobre la esencia de la naturaleza

Poesía a la vez que ciencia, pero sobre todo una visión del universo como múltiple manifestación de una única fuerza infinita.

La fuerza no es sino una virtud espiritual, una potencia invisible creada e infundida por una violencia accidental de los cuerpos sensibles a los insensibles, dando a esos cuerpos algo semejante a la vida; la cual vida es de maravillosa actividad, pues constriñe y transmuta de lugar y de forma a todas las cosas creadas, corre con furia hacia su destrucción y se va diversificando por medio de las causas.

Lentitud la hace grande y muere por libertad.

Vive por violencia y muere por libertad.

Transmuta y constriñe todos los cuerpos a mutaciones de lugar y de forma.

Gran potencia le da deseo de muerte.

Expulsa con furia lo que se opone a su ruina.

Transmutadora de formas varias.

Siempre vive con malestar de quien la tiene.

Siempre se contrapone a los deseos naturales.

De pequeña, con lentitud se incrementa, y se convierte de una sola vez en una horrible y maravillosa potencia.

Y, constriñéndose a sí misma, constriñe toda cosa.

[Leonardo da Vinci, *op. cit.*, p. 58, según el código Atlántico.]

20. Erudición y conocimiento científico (de las *Lettere* de Campanella)

Ya ni libros ni bibliotecas; Campanella afronta la naturaleza y critica a Pico y su erudición. Pero de aquella erudición, de aquellos libros, de aquellas bibliotecas habían salido no sólo el saber científico de Campanella, sino incluso todo el mundo moderno.

Durante mi juventud no tuve maestros, sino sólo de gramática y, durante dos años, de lógica y física de Aristóteles, de la que renegué pronto, pues la consideraba como una sofística. Y estudié solo todas las ciencias por mí mismo, y escribí cosas nada vulgares; anduve por todas las sectas, antiguas y modernas, de filósofos, de médicos, de matemáticos, de legisladores y de otros sabios conocedores de las artes del hablar y de las artes del actuar y el conocer, sacras y profanas, de todas clases. Y, en mis tribulaciones, siempre aprendí más y seguí creyendo que era cierto que *patientia probat viri doctrinam* (...).

Aquí está pues lo que diferencia mi filosofar del de Pico: aprendo más anatomía de una hormiga o de una hierba —sin hablar de la del mundo, admirabilísima—, que de todos los libros que se han escrito desde el principio de los siglos hasta el presente, luego que aprendí a filosofar y a leer el libro de Dios. Según este ejemplar, corrijo los libros humanos, copiados mal y caprichosamente, y no según es, del universo, libro original.

[T. Campanella, *Lettere*, Bari, 1927, pp. 133-134.]

21. La religiosidad de Niccoli (de la *Vita*, por Vespasiano da Bisticci)

Se habla con frecuencia, y sobre todo se habló a menudo, de indiferencia religiosa durante el Renacimiento. De que la religiosidad de la época tenga aspectos particulares, no cabe la menor

duda; precisamente por ser íntima, y del espíritu, discute las formas positivas de la religión. Pero no por ello fue menos viva, y muchas veces, como en el caso de Niccoli, fanático de lo antiguo, permanecía indiscutida y sólida. Y, pues nos hemos referido ya a su amor sin límites por lo clásico, vamos a presentar aquí estos rasgos del piadoso amigo de Ambrogio Traversari.

Era Niccolò muy moral en sus sentencias, y siempre hablaba como cristiano bueno y fiel, diciendo: «Hay muchos incrédulos y rebeldes contra la religión cristiana que discuten la inmortalidad del alma como si hubiese que dudar de ella, que ya no sólo los fieles, sino tampoco los gentiles dudaron jamás de ella; y ésta es una gran desgracia para muchos que nunca han atendido a nada que no sea a gobernar cuerpos y quieren entender la inmortalidad del alma, que se les opone a su desenfundada voluntad. Querrían éstos ver a esa alma sentada en una silla y que estuviese bien cebada, de modo que la pudiesen ver.» Era muy apacible y odiaba mucho a los que no eran buenos cristianos, a los que dudaban de su religión, por la que sentía grandísimo afecto, pareciéndole de una extremada locura dudar de una cosa tan digna y aprobada por tantos hombres maravillosos como los que ha tenido nuestra religión (...).

Al conocer Niccolò que había llegado su fin, mandó llamar a fray Ambrogio degli Agnoli, junto con otros religiosos de su religión, hombres todos ellos dignísimos y de vida santísima, y quiso que nunca se separasen de él, hasta que llegó su fin (...).

Realizó en seguida una confesión diligentísima, y, pues no se podía levantar de la cama, mandó instalar en su habitación un altar y se hizo traer todas las cosas necesarias para decir misa. Una vez hecho esto, quiso que fray Ambrogio la dijese cada mañana. Acabada la misa, se hacía leer la epístola de San Pablo, al cual le tenía una grandísima devoción; y, mientras fray Ambrogio la leía, cuando llegaba a alguno de los infinitos pasajes dignos que había en ella, hacía que se parase, y entonces hacía alguna digna contemplación; y, según le oí decir a fray Paolo, ninguno de esos lugares los pasaba sin lágrimas; y me dijo que eran cosas admirables su fervor y su devoción. Todo esto procedía de su vida pasada, compuesta y adornada con buenas costumbres. Halló su conciencia muy limpia y purgada, y que no tenía que restituir cosas ni fama; y tampoco había querido nunca acudir a un magistrado si había que dar una sentencia en contra de alguien.

[Vespasiano da Bisticci, *Vite*, Florencia, 1938, pp. 499-500, 504-505.]

22. Nicolás de Cusa y la *pax fidei*

Típico fruto de la mentalidad del Renacimiento es la tendencia a superar las discusiones religiosas, a ir más allá de la corteza

del ritual, de las antítesis transitorias, para reunir en una única religión de la humanidad a todos los buenos espíritus. Podríamos citar a Ficino, que tiene frases muy semejantes a las que siguen; pero Nicolás de Cusa, cuya actividad concreta fue tan grande, asume con mayor ímpetu aún la *paz de la fe*.

Conviene ser muy tolerantes para con la debilidad de los hombres, excepto que esa tolerancia sea contraria a la salvación eterna. En efecto, pretender una plena conformidad en todas las cosas significa más bien perturbar la paz (...). Cuando no se pueda hallar un acuerdo, permítase a los pueblos celebrar ritos y ceremonias diversos, siempre y cuando queden a salvo la fe y la paz y quizá aumente incluso la devoción con cierta diversidad, con tal que cada pueblo busque la manera de hacer, con celo amoroso, que su propio rito sea más espléndido, a fin de vencer a los demás y para obtener un mérito mayor ante Dios y mayor alabanza del mundo.

Pues estas cosas fueron examinadas así por los sabios, y los que examinaron los ritos antiguos escribieron muchos libros, como autores eminentes que eran, en todas las lenguas. Lo hicieron, en latín, Marco Varro, y, en griego, Eusebio, que examinó la diversidad de las religiones; y otros muchos de cuyo estudio resulta que la diversidad reside ante todo en las ceremonias y no tanto en la veneración del único Dios, que siempre se encuentra, ya desde el inicio, presupuesto y venerado por todos los hombres cultos. Esto resulta a través de la confrontación de todos los libros sagrados y aunque la simplicidad popular, a causa del poder adverso del príncipe de las tinieblas, no tenga conciencia de lo que está haciendo. Se ha concluido pues, en el cielo de la razón y según la promesa, la concordia de las religiones; y ha sido ordenado por el Rey de Reyes que los sabios vuelvan e induzcan a los pueblos a la unidad del verdadero culto; y que, como ministros del espíritu, los guíen y los asistan; y que, con pleno poder sobre todos, se reúnan en Jerusalén, casi como centro común, y en nombre de todos admitan una sola fe, y en ella consoliden una eterna paz, a fin de que, en la paz, el Dios creador sea alabado por los siglos de los siglos.

[Cusano, *De pace fidei dialogus*, cap. XVIII; *Opera*, París, 1514, I, fol. CXXIII (r.).]

23. La oración de Traversari en pro de la unión de las iglesias griega y latina

Pax fidei, se ha dicho; pero esa paz no era sólo un sueño del filósofo cardenal de Cusa. Parecía hallar un primer logro en la unión de las iglesias griega y latina, aunque fuese inspirada por las preocupaciones provocadas por el acoso de los turcos. La

exultación por la concordia aparece vivamente en estas palabras de Traversari, que debían haber sido pronunciadas en la primera reunión de un concilio celebrado sobre el acuerdo.

«Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.» Conviene, en efecto, serenísimo emperador, piísimo príncipe, reverendísimo padre, y vosotros, hombres eminentes y religiosísimos padres, en esta vuestra reunión, tan alegre y tan solemne, entonar el himno de la exultación angélica, tanto según el corazón del pontífice romano que me manda como según nuestro sentimiento. ¿Acaso podría haber alguien que fuese tan duro y feroz como para no dar las gracias desde lo más profundo de su ánimo a Dios omnipotente, como para no entonar con todo su ánimo el salmo de David: «¡Qué espléndidas son tus obras, oh Señor!» [*Salmos*, 91, 6], y este otro: «¡He aquí cuán bueno y cuán bello es que los hermanos vivan juntos!» [*Salmos*, 117, 25].

Vemos y admiramos aquí con suprema alegría a los miembros del santísimo cuerpo místico, venidos de partes tan diferentes, reunirse en una unión de amor y de paz, correr al encuentro los unos de los otros, tendiéndose las manos suplicantes, para reunirse en una sola fe, en la gracia de la piedad y bajo la piedra angular de Cristo, para unirse en una perenne solidísima unión con el suave vínculo del amor. Vemos por doquier los votos comunes de paz y de tranquilidad, y admiramos los ofrecimientos gloriosos del mutuo afecto. Vemos a los deseadísimos hermanos nuestros, hasta ahora lejos de nosotros por los amplios espacios de la tierra y del mar, restituidos a nuestra vista, libres de toda sombra del mal, habiendo ahuyentado todas las nubes de la discordia, que aspiran con nosotros, con un celo igual y uniendo sus votos, al límpido fulgor de la verdad.

[Traversari, *Epistolae et Orationes*, Florencia, 1759, vol. II, cc. 1116-1162.]

24. De la carta de Pío II al sultán para que éste se convierta

De esta misma atmósfera está rodeada la exhortación de Pío II al sultán con el fin de que se convierta. Redactada al parecer a fines de 1461, tras la noticia de la caída de Sinope y de Trebisonda, la carta exhortatoria sólo quería, quizás, intimidar a los príncipes cristianos, como suponía Voigt. Pero también puede ser que el papa se hubiese visto impulsado por la exposición de la fe cristiana hecha por Gennadio por deseo del sultán. Sea como fuere, lo cierto es que la sentimos vinculada con aquel anhelo de concordia humana al que tendían los espíritus nuevos. Cf. Pastor, *Storia dei papi*, trad. italiana, Roma, 1925, vol. II, páginas 220 y ss.

Si hicieras tal cosa, no habría en el mundo un solo príncipe que te superase en gloria o que pudiese igualarte en potencia. Te llamaremos emperador de los griegos y del Oriente, y poseerás con derecho lo que ocupas por la fuerza y mantienes con ultraje. Todos los cristianos te venerarán y te llamarán árbitro de sus contiendas. Los oprimidos se refugiarán en ti, venidos de todas partes, como común defensor; todo el mundo te invocará y muchos se someterán a ti, de manera espontánea, seguirán tus leyes y te pagarán tributo. Podrás sofocar las tiranías que surjan, ayudar a los buenos, combatir a los malos, y, mientras procedas siguiendo el recto camino, no te obstaculizará la Iglesia de Roma. El amor que tendrá por ti la primera sede será igual al que tiene por los demás soberanos; más aún, tanto mayor cuanto tú mayor seas (...)

¡Oh, qué abundante paz habría! ¡Cuánta alegría en los cristianos! ¡Cómo exultaría la tierra entera! Volverían los tiempos de Augusto, se renovarían los siglos que los poetas llaman de oro; el leopardo conviviría con el cordero, y el ternero con el león; las espadas se transformarían en hoces, y todo el hierro serviría para construir arados y azadas. Serían cultivados los campos, serían arrancadas las espinas, la tierra resplandecería, se reconstruirían pueblos y ciudades, resurgirían las iglesias consagradas a Dios y que están ahora en ruinas, serían reconstruidos los monasterios caídos y resonarían en su interior santas alabanzas cantadas por los hombres religiosos que las poblarían. ¡Oh, cuánta felicidad te correspondería por haber reconducido todas las ovejas al redil del pastor eterno! ¡Cuánto te amarían, te venerarían, te exaltarían todos, autor de la paz y la salvación para todos!

[Pío II, *Epist. 396; Opera*, Basilea, 1571, fol. 874-875.]

25. La nueva educación y Vittorino da Feltre (de la *Vita* escrita por Vespasiano da Bisticci)

Pocas cosas nos quedan sobre la obra de Vittorino da Feltre, y no se cuenta entre los documentos más significativos la biografía que escribió Vespasiano da Bisticci. Pero, más que la descripción de su vida, es un retrato hecho por alguien que lo vio, lo conoció y lo admiró, y que, ingenuamente, recogió algunos de los rasgos de la vida de aquel apóstol de la nueva educación, dirigida toda ella, más allá de cualesquiera distracciones pasajeras, a formar al hombre en toda su plenitud y toda su dignidad.

Recibió Vittorino del señor [Francesco Gonzaga] una bonísima provisión para que enseñase a sus hijos. Tenían sus laudables virtudes fama universal en toda Italia, de modo que algunos señores y gentiles hombres venecianos pusieron a sus hijos bajo la disciplina de Vittorino no menos para aprender costumbres que para estudiar letras (...). Teniendo

Vittorino muchos escolares pobres, a los que cobijaba en su casa por el amor de Dios, él les enseñaba; y, entre los gastos que hacía por esos pobres escolares y las limosnas que daba, al llegar al final del año, con frecuencia, además de los trescientos florines que le daba el señor, había tomado otros tantos más (...). Su casa era un sagrario de costumbres, de hechos y palabras. A sus alumnos, les daba recreos honestos. A los hijos de los señores que tenía, a veces los hacía cabalgar o arrojar piedras, o la vara, o jugar a la pelota, o saltar, con el fin de hacer ágil su cuerpo.

Todos estos recreos se los concedía una vez dadas las lecciones, estudiadas y repetidas, que versaban sobre varias facultades según cuáles fuesen los oyentes así que eran introducidos.

Daba lecciones sobre las siete artes liberales y de griego varias horas al día. Se distribuía el tiempo de manera maravillosa y jamás dejaba perder ni una sola hora a sus alumnos, y éstos andaban solos, o con él, o en grupo, y volvían a las horas establecidas; y especialmente por la noche quería que cada cual estuviese en casa a una hora temprana. Hizo formarse en estos alumnos un admirable hábito para las virtudes (...). Estaba bajo su disciplina una hija del marqués de Mantua, una de las más bellas niñas que había de su edad, y que quiso aprender bajo la disciplina de Vittorino, por la cual llegó muy pronto a ser doctísima en letras y no menos en costumbres, en las que superó las propias del sexo femenino.

Éste era el ejercicio de Vittorino: el de dar un ejemplo admirable con su vida, exhortar y animar a cada uno por el camino de las buenas costumbres, mostrando que todas las cosas que hagamos en este mundo deben ser para este fin, el de vivir de tal modo que al final de nuestra vida podamos recoger los frutos de nuestras fatigas. No sólo estuvo contento con dar sólo por amor a Dios todo aquello que había ganado con su sudor y su fatiga, sino que consiguió que otros hiciesen lo mismo. A aquellos jóvenes pobres que estaban bajo su disciplina, no sólo los instruía por el amor a Dios, sino que él mismo subvenía a todas sus necesidades; y no sacaba provecho en absoluto, pues cada año, como he dicho más arriba, una vez gastado su salario, no era éste suficiente, y siempre era necesario, para proveer a sus necesidades, que él mendigase para ellos.

[Vespasiano da Bisticci, *Vite*, ed. cit, pp. 514-518.]

26. La nueva educación, según Rabelais

Es inútil presentar las líneas siguientes, de Rabelais. Son demasiado famosas y, a la vez, demasiado típicas de una mentalidad nueva y una nueva educación, para poder ser ignoradas.

Eran aún tiempos tenebrosos, afectados por la miseria y la calamidad de los godos, que habían llevado a la destrucción de toda la buena

literatura. Pero, gracias a la bondad divina, la dignidad ha sido devuelta en mi época a las letras, y en ellas veo tal mejoramiento, que en el presente creo que con harta dificultad sería yo admitido en la primera clase de los párvulos, yo que, en mi edad viril, era reputado, y no sin razón, como el más sabio de entonces (...).

Ahora han sido restablecidas todas las disciplinas y se han instaurado las lenguas: la griega, sin la cual es vergüenza que una persona se califique de sabio, la hebrea, la caldea, la latina. Y se usan elegantes y correctas muestras del arte de imprimir inventado en mi época por inspiración divina como, por contraste, lo ha sido la artillería por sugestión diabólica. Todo el mundo está lleno de gente sabia, de preceptores muy doctos, de bibliotecas amplísimas, y, por lo que sé, no hubo en tiempos de Platón, ni de Cicerón, ni de Papiniano, tantas facilidades para el estudio como las que vemos en la actualidad. Y a partir de ahora no se hallará en ningún cargo, ni en ninguna buena compañía, quien no haya sido bien adiestrado en la oficina de Minerva. Veo a los salteadores de caminos, los verdugos, los aventureros, los predicadores de mi época. ¿Qué voy pues a decir? Hasta las mujeres y las niñas han aspirado a ese ensalzamiento y a ese maná celestial de la buena cultura (...).

Por lo cual, hijo mío, te exhorto a que emplees tu juventud en sacar buen provecho de los estudios y de tus virtudes (...). Entiendo y quiero que aprendas las lenguas a la perfección. En primer lugar, la griega, como quiere Quintiliano; en segundo lugar, la latina; y luego, la hebrea, por las santas escrituras; y la caldea y la árabe de manera semejante; y que formes tu estilo, en lo que se refiere a la lengua griega, a imitación de Platón; en cuanto a la latina, a imitación de Cicerón. Que no haya historia que no tengas presente en la memoria, para lo cual te servirá de ayuda la cosmografía de aquellos que han escrito sobre ella.

De las artes liberales, geometría, aritmética y música, ya te hice tomar algún gusto cuando eras aún pequeño, cuando tenías cinco o seis años; prosigue pues con el resto, y de astronomía has de llegar a conocer todos los cánones. Deja de lado la astrología adivina y el arte de Lulio como abusos y vanidades. Del derecho civil, quiero que sepas de memoria los bellos textos, y que los cotejes con la filosofía.

Respecto de los hechos de la naturaleza, quiero que te dediques a ellos cuidadosamente: que no haya mar, ni río, ni fuente cuyos peces no conozcas; has de conocer también todos los pájaros del aire, todos los árboles, arbustos y frutos de los bosques, todas las hierbas de la tierra, todos los metales escondidos en el vientre de los abismos, las piedras preciosas de todo el Oriente y de los países del Sur, para que nada te sea desconocido.

Luego, revisa cuidadosamente los libros de los médicos griegos, árabes y latinos, sin despreciar a los talmudistas y los cabalistas; y, por medio de perfectas anatomías, adquiere un cabal conocimiento de ese otro mundo que es el hombre. Y, durante algunas horas del día, empieza a frecuentar las santas escrituras. Primero, en griego, el Nuevo Testamento y las Epístolas de los apóstoles; y luego, en hebreo, el Antiguo Testamento (...).

Pero, puesto que, según el sabio Salomón, la sabiduría no penetra

en un alma malvada, y que ciencia sin conciencia no es sino ruina del alma, te conviene servir, amar y temer a Dios, y poner en él todos tus pensamientos y todas tus esperanzas.

[Rabelais, *Pantagruel*, cap. VIII; *Oeuvres*, París, 1935, vol. I, páginas 164-166.]

5. EL MUNDO DE LOS HOMBRES

En el primer libro de las *Disputationes camaldulenses*, compuestas alrededor de 1473, Cristoforo Landino, reflejando discusiones reales, induce a Leon Battista Alberti y a Lorenzo de Médicis a disertar sobre la vida activa y la vida contemplativa, y sobre cuál de ellas debe ser preferida por el hombre. El problema planteado por Landino había sido debatido con frecuencia y largamente durante todo el primer periodo del Renacimiento; había sido, en cierta manera, uno de sus motivos dominantes, aun cuando había recibido siempre la misma respuesta: el hombre debe descender al vivo tumulto de los acontecimientos para medirse él mismo y a sus ideas. El retorno a la antigüedad no había sido una celebración renovada del *βίος θεωρητικός*, sino la exaltación de un saber no ajeno al ardor de la caridad. El ideal clásico renacería a través del descubrimiento del cristianismo. Leonardo Bruni, traductor de Aristóteles, exaltaba los bienes que se pudiesen difundir para el mayor número posible de hombres, que fuesen bienes humanos y que tuviesen como objetivo el perfeccionamiento de la sociedad de los hombres.

La renovación cultural quiere actuar en la conciencia de su tiempo, tiene objetivos concretos y mundanos, aun cuando permanece profundamente religiosa, y sigue creyendo en las verdades cristianas. Más aún, es precisamente el «realismo» cristiano el que, uniéndose a la visión clásica de la vida, la colorea con una profunda exigencia de cosas concretas. No hay de ningún modo un apartamiento en la pura contemplación, no se quiere tampoco construir una república ideal de doctores segregada del mundo. Aunque, si bien poco a poco algunos, al encontrarse con las dificultades de la existencia, se van encerrando en un mundo de sueños y desvanecen en la aridez gramatical el movimiento humanístico, las corrientes vitales del siglo XV permanecen fieles a aquella visión concreta y profundamente humana que había hecho volver los ojos hacia el espíritu clásico.

Se ha podido hablar, es cierto, de doctos que, «dispensados de todo interés por las contingencias políticas, sobre las cuales prevalece la violenta ambición de unos pocos, ordenan y anhe-

lan, en el mundo de la cultura, ideales tanto más extraños al control de la práctica cuanto más universales». Se delinearon islas culturales desconectadas, en realidad, de la corriente de los acontecimientos, «desarraigadas» del mundo, del pueblo (Toffanin, *Cosa fu l'umanesimo*, Florencia, 1929, pp. 29-31). Ahora bien, aparte del hecho de que así se explicaría mal la múltiple fecundidad de este renovarse de la civilización que penetra por todas partes y vuelve a plasmar todos los aspectos de la vida, podemos observar, en las figuras más significativas de esta época, tanto una actividad afanosa como el anhelo constante por una cultura que no esté separada de la participación activa en la vida civil.

Es Coluccio Salutati quien, en contra de Petrarca, elogia el matrimonio, fundamento de la vida civil. Marsilio Ficino, aunque gustaba de soñar en tranquilos refugios de doctores, halla palabras eficacísimas, en los esponsales de un amigo, para exaltar la vida conyugal y su compatibilidad con el quehacer cultural. Leonardo Bruni ensalza a Dante, a quien pone por delante de Petrarca, precisamente por ser buen ciudadano además de buen poeta.

Retorna de una manera frecuente la apelación a Sócrates, quien aprendió más filosofía moral en su vida conyugal que filosofía de la naturaleza con Arquelao.

Giannozzo Manetti, en la todavía inédita *Vita di Socrate*, insiste largamente sobre el civismo del filósofo que, para dar un mayor número de hijos a la patria, que los necesitaba, hizo uso rápidamente del permiso de casarse con dos mujeres (cf. Cod. laur. lat., plut. 63, c. 30).

Baron analizó sutilmente la *Vita civile* de Palmieri para perfilar ese ideal que se va reconstruyendo según los ejemplos de la antigüedad. La exaltación de Dante como perfecto tipo de ciudadano utiliza los mismos términos con que Cicerón había presentado a Escipión en la visión final de *De Republica*. En Campaldino se le aparece al poeta un amigo que, a semejanza del Er platónico, ha visto el más allá y vuelve para informarle sobre el honor que en los cielos tienen reservado todos los que en el Estado actuaron civilmente. Baron concluye con la hipótesis de «un origen popular de la leyenda» y añade que «ese origen prueba que una fuerte tendencia entre la gran masa del pueblo florentino debe haber apoyado el renacimiento de las ideas clásicas de Estado y de vida civil» (H. Baron, «Lo sfondo storico del Rinascimento fiorentino», *La Rinascita*, 1938, p. 70; cf., del mismo autor, «La Rinascita dell'etica statale romana nell'Umanesimo fiorentino de 400», *Civiltà Moderna*, 1935). Circulaban de mano en mano, con gran fortuna, no sólo Cicerón, cuya influencia ha sido ya bien

ilustrada, sino también Macrobio, tan apreciado por sus ideas neoplatónicas, amén de complicaciones que volvían a emprender la exaltación del hombre que combate y muere por la patria y así consigue la gloria terrenal y la exaltación en el otro mundo (cf., por ejemplo, algunas observaciones mías en *La Rinascita*, 1940, p. 225).

Exaltación de la vida civil y de los valores del Estado que hizo, de muchos de esos escritores, hombres políticos y mercaderes y que, en la crisis de la libertad italiana, impulsaría no sólo a matar, sino también a suicidarse. Si Boscoli no podía sacarse de la cabeza a Bruto, Filippo Strozzi, preparándose para el suicidio, ruega a Dios que le dé «al menos el mismo lugar en el cual están Catón de Útica y otros hombres virtuosos, semejantes a él, que tuvieron ese mismo fin». Y, si bien el asesinato del tirano halló no pocos teóricos, el suicidio tuvo uno muy ilustre en Guicciardini, todo él agitado por recuerdos de la Roma clásica.

Nesi, platónico del grupo ficiniano, fervido admirador de Marsilio Ficino y de Pico de la Mirándola, proclama la exigencia de que la virtud no es algo alejado del mundo, según el ideal estoico y el ascetismo en general, sino que se concrete en una obra fecunda. *Adesse igitur oportet corporis externaque bona, ne actiones virtutis, in quibus felicitas collocatur, illarum indigentia impediuntur. Ex quo colligitur, ut civilis felicitas sit omnium bonorum cumulata complectio* (G. Nesi, *De moribus dialogi quatuor*, Cod. laur. lat. plut. 77, c. 24, cit. en H. Baron, «Franciscan poverty and civic wealth in humanistic thought», *Speculum*, 1938, p. 62). Es la misma vida moral la que tiene necesidad de hacerse extrínseca, la que puede ejecutarse sólo como una obra laboriosa en el reino de los hombres.

Es la fecundidad de la acción, el trabajo humano, lo que construye y transforma esta escena terrenal. La exaltación del trabajo, útil y fecundo, contribuye a la vez a hacer comprender la función social del dinero, de la economía, en que se revela y se traduce en algo tangible uno de los aspectos del poder constructivo del trabajo. La riqueza, lejos de ser despreciada, es condenada sólo cuando es acumulada de manera estéril; pues si se hace circular, se convierte en instrumento de liberalidad y magnificencia, que figuran entre las dotes más constantemente loadas por los hombres nuevos: *nummis nocte dieque corpus eget, ut satyricus inquit, non sonantibus seriisque sentientiis*, exclama Decembrio.

En los Médicis, espléndidos señores que gastan sus fortunas embelleciendo ciudades y construyendo edificios, lo cual, según Alberti, confiere una excelente estimación a los hombres; en los

ricos creadores de bibliotecas; en los liberales protectores de los letrados y los artistas; en los magnates, artistas ellos mismos y cultivadores apasionados del saber, vemos a los hijos de los mercaderes que durante los siglos precedentes habían puesto las bases necesarias para un nuevo florecimiento de la civilización. Y habían sido también los anunciadores de los hombres nuevos, poderosas individualidades ellos mismos, cuando, más allá del recinto de las organizaciones artesanales, afrontaban riesgos y fundaban empresas que eran «columnas de la cristiandad». Sólo que sus fabulosas riquezas eran gastadas a un ritmo más rápido, pues las exigencias de una vida agitada, de una belleza más exquisita, inducen a prodigar los bienes acumulados. «Bellos vestidos, una bella casa, bellos amueblamientos, generosidad para con los amigos y con el pueblo, reputación de largueza entre los conciudadanos, voluntad de sobresalir de este modo allí donde no son posibles otros modos de sobresalir. Se emprende la construcción de palacios privados que creerías —observa con acento de disgusto cristiano un florentino del siglo XV, ante la alta mole de Jacopo Pitti— que han de servir de moradas eternas» (G. Volpe, *Il Medioevo*, p. 500). Con estas construcciones, tanto los artistas como sus señores quieren vincular un nombre que perdure en esa eternidad temporal a la que aspiran cada vez más intensamente. Pues, aunque no hay ni que hablar de paganismo o de absoluta mundanización, bien cierto es que, así como es exaltada la vida terrena, también se busca, casi con desesperación, perdurar en el mundo, en el recuerdo de los hombres, en la historia. En el monumento no se encarna sólo un sueño de arte, un amor a la belleza: es el vínculo tenaz con esta tierra tan rica y esplendorosa en que se desarrolla nuestra vida mortal; es un desafío lanzado a la suerte que nos arrebató del mundo que hemos creado.

Así, se escriben memorias, se redactan las historias que nos arrancarán del vacío inexorable del fin, que nos conservarán, a nosotros mismos y a nuestras cosas, para nuestros descendientes. Si bien se espera la gloria de los cielos, no es menos vivo por ello el deseo de que no muera nuestro nombre en la tierra. La historia, conservadora de glorias y de horrores, supremo tribunal del mundo, se convierte en el centro de interés. Gracias a ella se superan los límites concedidos al hombre por la naturaleza, las generaciones se enlazan las unas con las otras en una vida perenne, en un presente en el cual concurren todos los tiempos (cf. H. Baron, «Das Erwachen des historischen Denkens in Humanismus des Quattrocento», *Historische Zeitschrift*, 1932).

La atención prestada a este mundo quiere salvar todo cuanto está sometido aquí a un final inexorable. La historia es precisa-

mente esa inmortalidad terrenal, ese Dios mundano. Aun cuando las alabanzas de la historia nos parezcan algo retórico y a veces trivial; aun cuando sea pobre la reflexión sobre el sentido de la historia; aun así, la historia se escribe, se estudia, y se intuye su valor. Se va adquiriendo su sentido. Y la confrontación con lo antiguo tan admirado, unida a la conciencia de los logros del presente, lleva a descubrir la conquista perenne de los esfuerzos de los hombres; induce a intuir el significado de los afanes humanos, de la obra de creación, trabajosa y continua, del reino de los hombres. *Veritas filia temporis*.

1. Alabanzas a la vida activa (de las *Epistole* de Salutati)

En este pasaje y los que van a continuación, sacados de obras de Salutati, el valor de la vida activa aparece subrayado claramente. No es, ciertamente, que la vida contemplativa quede desvalorizada; lo que se acentúa es más bien la exigencia de integrarla en una plenitud que se desarrolle en la unidad social. *Sterilis est sapientia et nimis avara bonitas, que solummodo sibi prodest* (*Epist.* III, p. 184). «El anhelo por la vida activa, por la alegría que se obtiene en la laboriosidad, en el hacerse ciudadano en un Estado libre, deja rastros en todos los escritos de nuestro humanista, que de ese modo abre camino a la legión de los Bruní, los Vergerio, los Piccolomini, los Filelfo» (L. Borghi, «La dottrina morale di Coluccio Salutati», *Annali R. Scuola Norm. Sup. Pisa*, 1934, pp. 93-94).

Sé que muchos se han unido a Dios siguiendo caminos diferentes; unos eligen una vida apartada y solitaria, como lo leemos de los eremitas, de los anacoretas y los cenobitas; pero muchos llegaron a la gloria de Dios incluso llevando una vida activa y sociable. El exceso de riquezas no corrompió a Abraham, ni a su hijo Isaac, ni a su nieto Jacob; la dignidad no descarrió a Moisés o a Aarón, ni a su sucesor Josué, ni a otros muchos a los cuales el Antiguo y el Nuevo Testamento proclaman santos. En realidad, si bien la vida solitaria es tenida como más segura, no hay que considerarlo así; ocuparse honestamente de actividades honestas, si no es santo, al menos sí lo es más que estar ocioso en la soledad. En realidad, la santa rusticidad sólo aprovecha a uno mismo, como dice san Jerónimo; una santidad activa, en cambio, edifica a muchos, porque se muestra a muchos, y lleva consigo a muchos por el camino del cielo, porque así les llega el ejemplo. Es un mérito tan grande vivir santamente en el mundo, que el seno de Abraham es llamado el lugar y el receptáculo de los elegidos, donde el rico verá a Lázaro descansando en paz, cosa que no recuerdo haber leído nunca de ningún ocioso,

por más resplendente de santidad que sea. Por eso, no por cansancio, no por ser perseguido por la adversidad, hay que huir del mundo, sino que, si hay que dejarlo, ha de ser por amor. Tú, porque te tocó la mano del Señor, indignado con el mundo, anhelando una vida tranquila, pareces buscar una mudanza, pero esto es ser echado, no es irse. Quiero que la nueva manera de vivir te sea sugerida por el amor a Dios y no por el pesar de los hijos perdidos; no quiero que busques un refugio para tu dolor, que, desgarrado, te deshace en lágrimas. Comprendo, créeme, lo que te impulsa, aquello en que piensas, lo que anhelas. No me hables ya más, largamente, con grandes palabras, pues tú quieres huir de la molestia de los esfuerzos, quieres escapar de los peligros del mundo. Y, casi desengañado del matrimonio por haber perdido a todos tus hijos, piensas en la agricultura para resarcirte con los frutos anuales. Éstos son tus pensamientos. Tú dices: ¿Qué tregua, qué alivio hay en medio de las olas? ¿Quién puede estar seguro entre las oleadas? Como si cambiando de vida pudieras evitar todo esto. Te equivocas, Andrea: en toda clase de vida hay para nosotros algo que, quien lo haya experimentado, lo teme, y que, quien no lo haya probado, lo ignora. Cada cual, créeme, sufre su suerte; pero tú me acosas condenando mi consejo de no rechazar los honores, diciéndome: Me maravilla, ¡oh Coluccio mío!, que tú, un poeta, te conviertas en vulgar, cuando me dices que no debo renunciar a los honores que me son ofrecidos. Cuando, con estas palabras, me llamas poeta, perdono tu error, perdono por el amor del cual provienen, si no estás jugando conmigo. Pero no me llames vulgar por eso. Dijo Platón, y lo declara la misma filosofía, que los sabios deben ocuparse del Estado para que los malvados y los deshonestos no se apoderen del timón abandonado, con daño y ruina para los buenos. Yo creo firmemente que, en los cargos que has tenido, tú has sido no sólo animador, sino autor de muchos bienes, y que con tu prudencia has evitado muchos escándalos. Y eso lo pienso del cargo que me ha correspondido a mí también, pues, por don divino, me correspondió ocuparme de un Estado tan grande. Así he podido oponerme con frecuencia a las tentativas de los malvados y favorecer los más honestos deseos de los mejores ciudadanos. Sólo Dios sabe si lo he conseguido. Empero, esto sí puedo decirlo en voz alta: que, al menos con el ánimo, nunca he dejado de apoyar el bien y de auspiciar la desaparición del mal, y si acaso te ensoberbeces por tus cargos, la culpa es tuya y no de los cargos; y sobre todo desde el momento en que no mandas, sino que sirves; por ello debes aprender la humildad y profesar la obediencia. Éstas son cualidades que, aunque se dirijan a los hombres y no a Dios, tienen de todos modos una relación muy íntima con las verdaderas virtudes; ni son tampoco actos sin mérito, siempre y cuando los dirijas, tanto como puedas, a Dios. Cicerón alaba y celebra la agricultura, y, precisamente, es una ocupación honestísima aunque, por lo demás, se refiere exclusivamente a lo privado. Son mucho más divinas las cosas útiles a muchos. No querría que aceptases los honores, ni que los rechazases, por vanidad; quisiera que vivieses honestamente, que tuvieses ganancias inofensivas haciendo el bien a muchos y sin vivir sólo para ti, sino para la patria, para tus parientes y para tus amigos. Y no has de temer, si eres un justo donante,

que la hez de la tierra te engañe ni corrompa; pero no creas que, sin arrepentimiento, se puedan lavar los pecados con las limosnas. En efecto, lo que te he escrito más arriba —que no a todos les es dado expiar sus pecados con la penitencia, aunque a muchos se les ha concedido lavarlos con las limosnas—, todo eso no hay que entenderlo al pie de la letra, pues no expresé suficientemente lo que quería, sino lo que debía; por penitencia hay que entender sólo que es dar satisfacción por la obra hecha, lo cual a muchos no es posible, mientras que algunos se redimen con las limosnas, aunque siempre y cuando estén presentes el arrepentimiento del corazón y la confesión, que de esa enfermedad son la medicina necesaria.

[Salutati, *Epistolario*, ed. Novati, II, Roma, 1893, pp. 453-455.]

2. Vida activa y vida contemplativa (de las *Epistole* de Salutati)

El concepto desarrollado en el pasaje precedente, tratado también en otras ocasiones por Salutati, queda ampliamente esclarecido en esta conocida carta dirigida a Zambecari. En ella se muestra igualmente de qué manera Salutati —que Voigt oponía, considerándolo pagano, al cristianismo— acierta totalmente en el sentido humano concreto del «realismo cristiano», siendo enemigo solamente del ascetismo medieval y superando también, al menos en parte, aquella posición de enfrentamiento y casi contradicción que algunos han querido ver en ese autor. Cf. Martin, *C. Salutati und das humanistische Lebensideal*, Leipzig, 1916.

No creas, ¡oh mi peregrino!, que huir de la gente, evitar la vista de las cosas placenteras, encerrarse en un claustro o apartarse a un yermo constituya el camino de la perfección. Dentro de ti está lo que confiere a tu obra el título de la perfección, lo que acoge en el interior esas cosas que no te afectan, que ni siquiera pueden afectarte si tu mente y tu ánimo vuelven a sí, si no se buscan fuera de sí. Si el alma no acoge en sí misma esas exterioridades, la plaza, el foro, la curia, los lugares más llenos de gente de la ciudad serán para ti un retiro remotísimo, una perfecta soledad. Si, en cambio, bien en el recuerdo de cosas lejanas, bien en el encanto por las presentes, nuestra alma se vuelve hacia lo exterior, no veo de qué provecho habrá de ser vivir solitario. En efecto, es característico del alma pensar siempre en algo, sea algo aferrado a los sentidos, sea algo representado en la memoria, sea algo construido por la potencia del intelecto o imaginado por el ardor del deseo. Y dime, ¡oh peregrino! ¿quién crees que le ha sido más querido a Dios: Pablo, ermitaño e inactivo, o Abraham, afanoso? ¿No crees acaso que Jacob, con doce hijos, con tantos rebaños, con dos mujeres, con tantas riquezas, con tantos bienes como tenía ha sido mucho más querido por Dios que los dos Ma-

cabeos, Teófilo e Hilario? Créeme, peregrino, que sin comparación son muchos más los hombres dedicados a la vida activa que los ocupados sólo en cosas espirituales; y así son muchos más los salvados en la vida activa que los que lo son en la contemplativa. Y, si no quieres crearme a mí, pienso que si creerás a Agustín, quien, comentando el Salmo cincuenta y uno, dice: «Observad dos tipos de hombres: unos trabajan y los otros viven entre los que trabajan; unos piensan en la tierra y los otros en el cielo; unos dirigen su corazón al abismo y los otros hacen que se reúna con los ángeles; unos esperan en las cosas de la tierra, de las que este mundo goza, y los otros aspiran a las cosas celestiales, prometidas por un Dios de Verdad.» Pero estos dos tipos de hombres están mezclados; contemplo ahora al ciudadano de Jerusalén, al ciudadano del reino de los cielos que actúa en la tierra, que lleva la púrpura, que es magistrado, edil, procónsul, emperador; que rige el Estado terrenal pero tiene el corazón en el cielo si es cristiano fiel y pio, si es continente en las cosas presentes por la esperanza de aquellas otras entre las cuales aún no está. De esta clase fue aquella santa mujer, Esther, la cual, siendo como era la mujer del rey, se atrevió a interceder por sus conciudadanos y, rogando a su señor ante Dios, donde no es lícito mentir, dijo en su oración que los vestidos regios eran para ella como un paño menstrual, o, como resulta de nuestra traducción: «Tu conoces mi necesidad y que odio el signo de la soberbia y la gloria que luce sobre mi cabeza en los días de fasto; y que detesto como si fuese un paño menstrual.» Y, a estas palabras, en seguida el padre Agustín les añade: «No desconfiemos por ello de los ciudadanos del reino de los cielos cuando los veamos actuar en Babilonia y hacer obras terrenales en la república terrenal; ni, por otra parte, debemos congratularnos siempre con todos los que vemos hacer obras celestiales.» Y un poco más adelante añade: «Los primeros, en las cosas terrenales alzan su corazón al cielo, y, los segundos, en las palabras celestiales traen su corazón a la tierra.» Todo esto dice el padre Agustín para que no te complazcas en tu oratorio, para que no creas que así te acercas más al cielo, para que no me condenes si yo permanezco en el siglo y no te creas justificado porque tú huyes del mundo. No hay duda, en efecto, de que tú, huyendo del mundo, puedes caer desde el cielo a la tierra, mientras que yo, permaneciendo en el mundo, siempre podré alzar el corazón al cielo. Y si tú, a tu familia, a tus hijos, al prójimo, a los amigos, a tu Estado, que todo lo abarca, provees y sirves, y piensas en todo ello, no podrás dejar de alzar el corazón al cielo y de complacer a Dios. Y acaso así, ocupado en eso, le complazarás más, pues no pretenderás sosegarle en Dios solamente para ti, sino con Él, a quien tanto le agradan esas cosas, ya sean las necesarias para la familia, ya aquellas que son gratas a los amigos, o las que son saludables para el Estado; y así te unirás a Él y actuarás según el poder que te habrá dado. Ya sé, y no quiero disputar ahora sobre eso, que es más alta y más perfecta la vida de aquellos que contemplan el divino objeto que antes que nada y sobre todo debemos y somos llamados a amar. Es una vida más perfecta que la de cuantos están inmersos en la acción, pues unos contemplan y aman a Dios, mientras que los otros, aun amándolo, proveen y sirven a la criatura. Éstos, si son perfectos, lo ha-

cen por amor a Dios, pero otras veces, contaminados por el error o la maldad, sirven a la criatura por ella misma. Y será también más perfecta la contemplación, de duración tan inacabada que, como dice la Verdad, María eligió la parte mejor, la que no le podía ser quitada; en efecto, el amor continuará desde la vida presente hacia el futuro, puesto que, tal y como aquí piensa en lo eterno, allá se unirá y gozará de lo eterno. Será más sublime, por la altura de los pensamientos, más suave, por la dulzura de la paz y la meditación, y más completa, por tener necesidad de menos: será más divina, porque considera más las cosas divinas que las humanas, e incluso más noble, por ser ejercida por el intelecto, que es la parte más noble del alma y, entre todos los seres animados, sólo a nosotros conviene; será, finalmente, más digna de amor, y tal vez, como dice Agustín, habrá que buscarla por amor a lo verdadero. No obstante, también la vida activa, de la que huyes, debe ser practicada, ya por ejercitar la virtud, ya por la necesidad de amor. En realidad, como dijo Aristóteles, es mejor filosofar que enriquecerse, pero el filosofar no ha de ser elegido por aquel que esté falto de lo necesario para ello. Es mejor la vida contemplativa, pero no siempre, ni para todos, ha de ser preferida. Es inferior la vida activa, y, aun así, en muchos casos ha de ser preferida. Dependiendo aquella, en efecto, de la voluntad, y ésta de la necesidad, aunque no estando de tal manera vinculada al ser como para no procurar ni considerar el bien, ¿crees tú que ese camino y esa vida no dan acceso al cielo? Acaso también por ser la beatitud eterna acto y no hábito, y estar constituida por el amar, el ver y el gozar, y terminando en ella todo proceso discursivo, tanto de la especulación como de la contemplación, puesto que allí veremos lo que es tal como es; y, teniendo esto en cuenta, no estará fuera de lugar decir que, tal y como la vida contemplativa precede en acto a la vida activa, puesto que la produce y la genera, así igualmente, cuando hayamos salido de este mundo, la seguirá. Jacob, en efecto, no pudo tener a Raquel sino después de haber merecido el matrimonio con Lía y haberla poseído por siete años. Al decir Lía, entendemos la vida activa; y, al decir Raquel, la contemplativa. Y así, del mismo modo que en esta vida Lía precede a Raquel, luego permanece Raquel en aquella eternidad de la vida. De todos modos, es siempre con visión incierta, porque en este mundo piensa en las cosas temporales aun teniendo la vista puesta en Dios, y, cuando llega la gracia de la beatitud, no alcanza el fin del objeto beatífico. Pero, aun en esto, no falta un misterio, pues Raquel murió primero y Lía, después, junto con Isaac y Rebeca; Lía, por tanto, fue sepultada después de Raquel; esto es, la vida activa después de la contemplativa. ¿Y dónde? Ciertamente, con Isaac y Rebeca. ¿Y qué es Isaac, sino, como dicen los comentaristas, risa y alegría? ¿Y qué es Rebeca, sino mucha sabiduría, mucha paciencia, y la que mucho recibió? Y esto se dice para que de tal interpretación del Génesis resulte claro que Lía fue sepultada con risa y alegría, con mucha sabiduría, que se deriva de la acción, y mucha paciencia, que es significativa de la continuidad de la obra y el trabajo, y también con aquellas cosas que en gran número recibió, lo cual es símbolo de la vida santa en Rebeca y en Isaac. Y, sin embargo, aunque nosotros en la expresión y el razonamiento distinguimos esas

cosas, ellas permanecen mezcladas; y, así, tampoco quien esté inmerso en las cosas terrenales de tal modo que lo haga todo por el Señor estará totalmente falto de vida contemplativa; y, viceversa, el contemplativo, si con todo vive como hombre, no puede dejar de lado totalmente las cosas del mundo. En efecto, si el primero tiene como objetivo de todas sus acciones a Dios, ¿cómo puede no haber contemplado a Dios y no contemplarlo siempre, de acto en acto? Y, teniendo el segundo que vivir según la necesidad natural y por amor a Dios hacer el bien a su prójimo, una cosa por naturaleza y la otra por el orden divino, ¿puede acaso permanecer siempre así, absorto en la contemplación, sin pensar en las necesidades de la vida ni ocuparse en la salvación del prójimo? ¿Estará hasta tal punto perdido en la contemplación, tan absorto en Dios, que no se conmueva por las calamidades del prójimo ni se aflija por la muerte de su cónyuge, que no se estremezca por la ruina de la patria? Quien fuese así verdaderamente, y se mostrase así en la vida social, no debería considerarse hombre, sino tronco, o leño inútil, o peñasco pedregoso, o roca durísima; ni podría ser imitador de Cristo, mediador entre Dios y los hombres, lo que constituye el ápice de la perfección. Él, en efecto, se conmovió ante Lázaro y lloró largamente por Jerusalén, ofreciéndonos en esto, como en las demás cosas, un ejemplo que imitar.

Y, para concluir de una vez, digamos que es mejor, más divina y más sublime la contemplación, pero siempre tiene que permanecer firme en aquel ápice especulativo (...). Y dime, te lo ruego, ¿de qué se trata en el juicio supremo, sino de las obras de misericordia, de si han sido descuidadas o incumplidas? Aquel que, efectivamente, haya vestido al desnudo, dado de comer a los hambrientos, dado de beber a los sedientos, enterrado a los muertos, liberado a los cautivos, visitado a los enfermos y hospedado a los caminantes, oír aquella dulcísima llamada: «Venid, benditos de mi Padre, gozaos en el reino preparado para vosotros desde el comienzo del mundo.» Si estás firme en Cristo, no pienses en la soledad.

[Salutati, *Epistolario*, vol. III, 1896, pp. 303-307.]

3. Alabanza al matrimonio (de las *Epistole* de Salutati)

En contra del mismo Petrarca, Salutati defiende el matrimonio de manera harto vivaz. Escritos de este género los hallamos a lo largo de todo el siglo xv, y no sólo, como observa Rossi, por un deseo de confortarse, en la familia, de las desilusiones políticas, sino sobre todo por un sentido más pleno y más humano de la vida. Y si los tratados de Barbaro, *De re uxoria* (1416), y de Campano, *De dignitate matrimonii*, tienen una entonación retórica, mayor vivacidad encontramos en Guiniforte Barzizza. Pero es interesante la carta que incluimos seguidamente, de Marsilio Ficino, donde el filósofo platónico, de vida austeramente sa-

cerdotal, dedica un convincente himno a las alegrías de la familia y a la capacidad de compaginarlas con los estudios.

Es necesario confesar que, si no se quiere anular lo que en nosotros la naturaleza ha producido, todos los hermanos estamos naturalmente obligados a procrear. Por eso precisamente, a los hombres y a las mujeres estériles apenas los consideramos como tales, sino casi como si estuviesen mutilados; no hay duda de que ese defecto es uno de los mayores de la naturaleza. Así las cosas, y para entrar en lo particular, aunque pronto volveremos a lo universal, en el caso de que no exista nada más alto, ni más grande, ni más divino que nuestra propia naturaleza, según la cual estamos hechos por la participación y los indicios de la razón, del intelecto y la voluntad, debemos elevarnos más hacia lo alto por la condición de nuestra eternidad, para gozar, en la luz de su semblante, de aquella infinita luz; y, aunque eso no existiese, cualquiera que en una esterilidad voluntaria evitase el deber de la generación, sería injurioso para sí y para los suyos, maligno para con el género humano e ingratisimo para con la naturaleza. Injurioso para consigo mismo, porque, sin la multiplicación de la prole, no se prepararía un sostén y un alivio para la amenazante vejez, débil y misera. Mientras que las demás criaturas sensitivas son inducidas a la generación por un instinto natural, el hombre está impulsado no sólo por un movimiento natural, sino también por la razón, que se le muestra evidéntísima, de que no debe abandonarse a sí mismo en medio de infinitos peligros, de las enfermedades y, al final, de la vejez, sino que debe proveer para su casa y su familia, las cuales, dependiendo de la vida de un solo hombre, sin la fecundación de prole perecerían a la muerte de su señor. Pero sería también injurioso en relación con sus antecesores, pues no sólo, en lo que en su mano estuviera, abandonaría a los parientes, sino que dejaría que se extinguiesen el nombre y la fama de toda su estirpe. Y sería también injurioso para con la patria, a la cual no le dejaría un defensor tras de sí o en su mismo puesto. Y sería maligno para con el género humano, pues, nacido hombre y viendo que la humanidad sin duda se extinguiría si se perdiese la continua sucesión, descuidaría, por lo que en su mano estuviera, lo que es más digno y más noble de toda criatura corpórea. Y, por fin, igualmente se mostraría ingrato en relación con la naturaleza, madre santísima que da al hombre el ser, impidiendo que ella, que está en el principio del movimiento, pueda propagar a los hombres por medio del hombre (...).

Que esto es ley divina, se ve con sólo una razón. Si, en efecto, todos los hombres se abstuviesen de procrear y se consagrasen a la castidad, ya sea por la continencia del viudo, o por pureza virginal, o por la casta abstinencia conyugal, ¿no resultaría acaso que todo el género humano y todas las religiones no durarían ni una sola generación, y que luego en seguida desaparecerían por falta de procreación? ¿Qué triste espectáculo sería ver aumentar la soledad del mundo, disminuir las familias, vaciarse los campos y los pueblos, desaparecer las ciudades, disiparse los reinos, llenarse todo de maleza y ruinas! Profundamente horrible es

pensar cuál sería entonces el aspecto de las cosas que sólo la humanidad hace gratas con el cultivo de los campos y la multitud de los habitantes.

Siendo pues el matrimonio un bien de esta clase, ¿quién, no siendo un necio, puede atravesarse a condenarlo o a prohibirlo a los hombres? ¿Quién se mofará del que se case dos veces sucesivamente, cuando está escrito que la mujer cuyo marido descansa en la tumba, libre del compromiso matrimonial, puede unirse con quien quiera en nombre del Señor? No comprendo por qué hay quienes lanzan calumnias contra el matrimonio, lo critican, lo escarnecen y lo condenan. ¡El matrimonio, que es un mandamiento divino, un sacramento de la Iglesia, el legítimo principio del género humano, el vínculo de la sociedad humana! La unión del hombre y la mujer es el primer vínculo y el primer nudo de la especie humana; por eso, a propósito de los cónyuges, leemos en las Escrituras: «Serán dos en una sola carne.» Y, puesto que de esa unidad el artifice es Dios, el mandato evangélico dice así: «Aquello que Dios ha unido, no lo separe el hombre.»

[Salutati, *Epistolario*, op. cit., 1893, vol. II, pp. 368-371.]

4. Elogio al matrimonio, por Marsilio Ficino

En esta carta, que extraemos de sus *Epistolae*, Ficino hace un elogio a la vida matrimonial. La traducción italiana es de Felice Figliucci, Venecia, 1549, I, cc. 275-277.

ELOGIO AL MATRIMONIO

De Marsilio Ficino al poeta Marco Antonio Pelotto, dilectísimo amigo.

No puedo evitar, ¡oh Pelotto mío!, elogiar y aprobar grandemente que hayas aplicado tu ánimo al matrimonio. Así el hombre, divino, con cierta sucesión, mantiene perpetua la especie humana; y, agradecido, a la naturaleza devuelve lo que le había prestado, y muchas veces con abundancia; y, como si de un feliz y verdadero escultor se tratase, su viva imagen esculpe en los hijos. Además de esto, sola o principalmente, de esta manera consigue tener una querida compañía en la vida y una fiel custodia para sus cosas. Y además crea una república doméstica, en el gobierno de la cual pone todas las fuerzas de la prudencia y de todas las demás virtudes. Dispone así también una grandísima ayuda para su vejez, con la cual la atravesará bastante más seguro, sea en el regazo de su querida mujer, sea en los brazos de sus hijos o nietos, o bien entre las caricias y los cuidados de sus parientes. Finalmente, en la mujer y en la familia halla unas veces un suave consuelo y aligeramiento de sus fatigas, y a veces un gran ejercitamiento para la filosofía moral. Por esto confesaba Sócrates haber aprendido bastante más filosofía moral de su mujer y sus hijos, que filosofía natural de Anaxágoras o Arquelao.

¿Quién hay que no sepa que, cuando el hombre fue creado, nada le fue ordenado por Dios en primer lugar, sino el matrimonio? El cual está entre los sacramentos de la Iglesia y por cada generación es celebrado magníficamente. Siempre los poderosos lo han honrado, y los sabios no lo han despreciado. Pues vieron que para hacer todas las cosas era útil, y que por él las letras no quedaban impedidas de ningún modo, siempre que se viviera con templanza, y el tiempo se consumiera moderadamente. Nuestro Platón, aunque en su juventud despreció en cierto modo el matrimonio, al final, en su vejez, conmovido por la penitencia, se sacrificó a la diosa Naturaleza a fin de liberarse, junto al vulgo, del error de despreciar el matrimonio y de la esterilidad. En sus leyes ordenó que quien no hubiese tomado mujer fuese alejado de todos los dones y honores públicos, y que debía ser gravado con mayores impuestos públicos que los demás ciudadanos. Mercurio Trismegisto dice que esa clase de hombres deben ser juzgados como infelices por una ley humana, y por la divina como árboles estériles y secos. No obstante, parece que hay dos clases de hombres que deben ser liberados de esa ley: por una parte, aquellos que por alguna debilidad de la naturaleza no son aptos para tal cosa, y, por la otra, aquellos que se hayan consagrado y entregado exclusivamente a Minerva como a su mujer. A aquéllos, los excusa la propia naturaleza; a éstos, quizás los acusaría la casta Minerva si diesen en perseguir a Venus. Pero tú, querido Pelotto, si acaso hubieses despreciado el matrimonio, bien cierto es que habrías desacreditado a la naturaleza, que te parió robusto y bello; y si se diese el caso de que Minerva, a la cual ya durante algún tiempo has servido, intentase encausarte diciendo que con la musas mezclabas a Venus, enseguida serías defendido por Apolo y por Mercurio, y éstos dirían que Pelotto ha dedicado a las musas más y mejores versos después de sus bodas, que los que hacía antes. Finalmente, indicarían que se mirase a las estrellas, donde Febo, conductor de las musas, y Mercurio, compañero de las mismas, tienen en medio de ellos a Venus, madre del amor y de la música, y, por decirlo así, casi con los mismos pasos que ella caminan, y jamás se apartan demasiado de ella.

Pero dejemos por ahora las estrellas y volvamos a los hombres. Y me parece ver, ¡oh Marco Antonio!, que en el futuro yo declamaría muy a menudo así, entre nuestros amigos, a favor de tomar mujer: El hombre, como dicen los filósofos, o él solo, o más que ningún otro, es un animal al que gusta estar en compañía; y por esta razón al hombre le ha sido dada por la naturaleza la potencia de hablar y de ordenar leyes, de modo que si alguno vive solo pueda conocer, o bien que es un hombre mayor y más digno, o bien —lo cual es más cierto— que lo es menos; y se da el caso de que son más raros que el ave fénix los que, entre los hombres, exceden en las potencias humanas. Así pues, hace mayor uso que los demás, del oficio humano, quien se rodea de una continua e indisoluble compañía doméstica en cuyo comercio, que se esfuerza en conservar, aprende el gobierno de la pública generación humana. Pues, así como la ciudad está hecha de muchas casas, el conocimiento y el gobierno de la república está ordenado y compuesto por la disciplina del cuidado familiar. No sabrá dirigir la ciudad quien no haya aprendido a

gobernar su casa. No amaré a la patria quien considere que poco le pertenecen los males y los bienes de ella. Quizá no buscará la manera de adquirir graves y santas costumbres quien, estando solo, no deba dar a su familia el ejemplo de tales costumbres. A causa del ocio y de cierta licencia, quien no se ocupe en las cosas familiares y sus cuidados se irá volviendo cada vez más negligente y peor. Quien no pruebe el verdadero e indisoluble amor a la mujer y los hijos, nunca sabrá amar verdadera y establemente. No aprenderá nunca a sufrir y a vencer soportando fatigas fuera de casa aquel que no haya tenido en la suya a un maestro de la paciencia. No aprenderá a tener misericordia de los hombres quien no haya oído nunca los lamentos de su mujer y su hijo. Pues la mente que no ignora los males aprende pronto a socorrer a los necesitados. Y, aún más, lo que es peor: quien no debe cuidar de los suyos, ni de la salud de los mismos, no tiene que recurrir a menudo a Dios y desprecia las leyes humanas en su mayor parte, así como a los hombres y al culto divino. Finalmente, le será muy difícil despojarse de la condición de hombre y de humano sin vestirse con el legítimo manto del matrimonio. Porque si vosotros, los hombres, queréis ser amigos e hijos legítimos de Dios, debéis acrecentar el número de los hombres y, a semejanza de Dios, crear, alimentar, regir y gobernar a hijos parecidos a vosotros. Recordad también que en el gobierno diligentísimo de vuestros bienes familiares aprenderéis el gobierno de la república terrenal, conseguiréis dignidad y, finalmente, os haréis dignos de los dones de la república celestial.

[Marsilio Ficino, *Epistolae*, IV, *Opera*, ed. Basilea, 1565, páginas 778-779.]

5. Dante, ideal de vida (de la *Vita* de Bruni)

Boccaccio había criticado en Dante al filósofo que, sin tener en cuenta qué daño le hacen a la vida contemplativa las mujeres, perdió su paz casándose. En cambio, Bruni, tras las huellas de Salutati y en defensa de la vida civil, exalta en el Poeta precisamente a aquel que supo fundir la vida del pensamiento con la actividad del soldado, con la del ciudadano y con la del padre de familia. Exaltación que muy pronto será corriente, enriqueciéndose con la autoridad de dos de las figuras más veneradas: Sócrates y Cicerón, cf. Baron, *Lo sfondo storico del Rinascimento fiorentino*, pp. 65-67.

No sólo se entregó a la literatura, sino también a los estudios liberales, no dejando de lado nada de lo apto para hacer al hombre excelente; ni tampoco por todo eso se reclusó en el ocio, ni se privó de la vida del siglo, sino que vivía y conversaba con los demás jóvenes de su edad. Era

educado, sagaz y valiente en todos los ejercicios juveniles. Y, en aquella batalla memorable y grandísima que hubo en Campaldino, él, joven y estimado, se halló en el ejército combatiendo vigorosamente y a caballo en primera línea, donde causó gravísimo peligro, pues el primer combate se sostuvo entre las líneas ecuestres (...). Después de esa batalla volvió Dante a su casa, a los estudios a que se había dedicado antes, y nada absolutamente de ellos se reflejó en sus conversaciones civiles en la ciudad. Era cosa milagrosa que, estudiando continuamente como lo hacía, a nadie le habría parecido que lo hiciese, y eso fue por su manera de ser jovial y por su conversación, propia de jóvenes. En lo cual me alegra poder corregir el error de muchas personas ignorantes que creen que sólo puede ser estudiante quien se esconde en la soledad y el ocio; y yo no he visto a ninguno de esos que sufren escondidos y apartados de la conversación de los hombres, que supiese ni tres letras. El ingenio alto y grande no tiene ninguna necesidad de ese sufrimiento, pues es verdadera conclusión, y certísima, que lo que no se aprende pronto no se aprende nunca. De modo que apartarse y extrañarse de la conversación es lo que hacen los que no son aptos para aprender nada, por su bajo ingenio.

Y no sólo conversó Dante cortésmente con los hombres, sino que además tomó mujer en su juventud. Fue una mujer muy gentil, de la familia de los Donati, llamada por su nombre Mona Gemma, con la cual tuvo varios hijos (...). En cuanto a esto, Boccaccio no tiene paciencia y dice que las mujeres son contrarias a los estudios, y no se acuerda de que Sócrates, el mayor filósofo que jamás hubo, tuvo mujer e hijos, y cargos en la república de su ciudad; y tampoco se acuerda de que Aristóteles, de quien no se puede decir que haya nadie más grande en sabiduría y doctrina, tuvo dos mujeres en momentos diferentes, así como muchos hijos y muchas riquezas. Y Marco Tulio, y Catón, y Séneca, y Varrón, latinos y filósofos excelentes, todos ellos tuvieron mujer, hijos y cargos, y gobierno en la república. De modo que me habrá de perdonar Boccaccio, pero sus juicios son muy frívolos en este punto, y están muy distantes de la verdadera opinión. El hombre es un animal civil, según están de acuerdo todos los filósofos; y la primera conjunción, de la cual, multiplicándose, nace la ciudad, es la de marido y mujer, y no hay cosa que pueda ser perfecta donde no esté ésta, y sólo ese amor es natural, legítimo y permitido.

[Leonardo Bruni, *Vita di Dante*, ed. Galletti, en Philippi Villani, *Libro de Civ. Florentiae Famosis Civibus*, Florentiae, 1847, pp. 45-46.]

6. La vida civil, según Matteo Palmieri

El ideal de la vida civil, totalmente iluminado por reminiscencias clásicas, había inspirado las oraciones de Stefano Porcari, ampliamente aprovechadas por Matteo Palmieri en su libro, que por lo demás resulta bastante significativo, *De la vida civil*. En

gobernar su casa. No amará a la patria quien considere que poco le pertenecen los males y los bienes de ella. Quizá no buscará la manera de adquirir graves y santas costumbres quien, estando solo, no deba dar a su familia el ejemplo de tales costumbres. A causa del ocio y de cierta licencia, quien no se ocupe en las cosas familiares y sus cuidados se irá volviendo cada vez más negligente y peor. Quien no pruebe el verdadero e indisoluble amor a la mujer y los hijos, nunca sabrá amar verdadera y establemente. No aprenderá nunca a sufrir y a vencer soportando fatigas fuera de casa aquel que no haya tenido en la suya a un maestro de la paciencia. No aprenderá a tener misericordia de los hombres quien no haya oído nunca los lamentos de su mujer y su hijo. Pues la mente que no ignora los males aprende pronto a socorrer a los necesitados. Y, aún más, lo que es peor: quien no debe cuidar de los suyos, ni de la salud de los mismos, no tiene que recurrir a menudo a Dios y desprecia las leyes humanas en su mayor parte, así como a los hombres y al culto divino. Finalmente, le será muy difícil despojarse de la condición de hombre y de humano sin vestirse con el legítimo manto del matrimonio. Porque si vosotros, los hombres, queréis ser amigos e hijos legítimos de Dios, debéis acrecentar el número de los hombres y, a semejanza de Dios, crear, alimentar, regir y gobernar a hijos parecidos a vosotros. Recordad también que en el gobierno diligentísimo de vuestros bienes familiares aprenderéis el gobierno de la república terrenal, conseguiréis dignidad y, finalmente, os haréis dignos de los dones de la república celestial.

[Marsilio Ficino, *Epistolae*, IV, *Opera*, ed. Basilea, 1565, páginas 778-779.]

5. Dante, ideal de vida (de la *Vita* de Bruni)

Boccaccio había criticado en Dante al filósofo que, sin tener en cuenta qué daño le hacen a la vida contemplativa las mujeres, perdió su paz casándose. En cambio, Bruni, tras las huellas de Salutati y en defensa de la vida civil, exalta en el Poeta precisamente a aquel que supo fundir la vida del pensamiento con la actividad del soldado, con la del ciudadano y con la del padre de familia. Exaltación que muy pronto será corriente, enriqueciéndose con la autoridad de dos de las figuras más veneradas: Sócrates y Cicerón, cf. Baron, *Lo sfondo storico del Rinascimento fiorentino*, pp. 65-67.

No sólo se entregó a la literatura, sino también a los estudios liberales, no dejando de lado nada de lo apto para hacer al hombre excelente; ni tampoco por todo eso se recluyó en el ocio, ni se privó de la vida del siglo, sino que vivía y conversaba con los demás jóvenes de su edad. Era

educado, sagaz y valiente en todos los ejercicios juveniles. Y, en aquella batalla memorable y grandísima que hubo en Campaldino, él, joven y estimado, se halló en el ejército combatiendo vigorosamente y a caballo en primera línea, donde causó gravísimo peligro, pues el primer combate se sostuvo entre las líneas ecuestres (...). Después de esa batalla volvió Dante a su casa, a los estudios a que se había dedicado antes, y nada absolutamente de ellos se reflejó en sus conversaciones civiles en la ciudad. Era cosa milagrosa que, estudiando continuamente como lo hacía, a nadie le habría parecido que lo hiciese, y eso fue por su manera de ser jovial y por su conversación, propia de jóvenes. En lo cual me alegra poder corregir el error de muchas personas ignorantes que creen que sólo puede ser estudiante quien se esconde en la soledad y el ocio; y yo no he visto a ninguno de esos que sufren escondidos y apartados de la conversación de los hombres, que supiese ni tres letras. El ingenio alto y grande no tiene ninguna necesidad de ese sufrimiento, pues es verdadera conclusión, y certísima, que lo que no se aprende pronto no se aprende nunca. De modo que apartarse y extrañarse de la conversación es lo que hacen los que no son aptos para aprender nada, por su bajo ingenio.

Y no sólo conversó Dante cortésmente con los hombres, sino que además tomó mujer en su juventud. Fue una mujer muy gentil, de la familia de los Donati, llamada por su nombre Mona Gemma, con la cual tuvo varios hijos (...). En cuanto a esto, Boccaccio no tiene paciencia y dice que las mujeres son contrarias a los estudios, y no se acuerda de que Sócrates, el mayor filósofo que jamás hubo, tuvo mujer e hijos, y cargos en la república de su ciudad; y tampoco se acuerda de que Aristóteles, de quien no se puede decir que haya nadie más grande en sabiduría y doctrina, tuvo dos mujeres en momentos diferentes, así como muchos hijos y muchas riquezas. Y Marco Tulio, y Catón, y Séneca, y Varrón, latinos y filósofos excelentes, todos ellos tuvieron mujer, hijos y cargos, y gobierno en la república. De modo que me habrá de perdonar Boccaccio, pero sus juicios son muy frívolos en este punto, y están muy distantes de la verdadera opinión. El hombre es un animal civil, según están de acuerdo todos los filósofos; y la primera conjunción, de la cual, multiplicándose, nace la ciudad, es la de marido y mujer, y no hay cosa que pueda ser perfecta donde no esté ésta, y sólo ese amor es natural, legítimo y permitido.

[Leonardo Bruni, *Vita di Dante*, ed. Galletti, en Philippi Villani, *Libro de Civ. Florentiae Famosis Civibus*, Florentiae, 1847, pp. 45-46.]

6. La vida civil, según Matteo Palmieri

El ideal de la vida civil, totalmente iluminado por reminiscencias clásicas, había inspirado las oraciones de Stefano Porcari, ampliamente aprovechadas por Matteo Palmieri en su libro, que por lo demás resulta bastante significativo, *De la vida civil*. En

él, el concepto del valor de la vida vivida y entregada por la patria halla una sistemática exposición y da un elocuente apoyo a aquel sentido cívico que animaba a los florentinos del siglo XV y que se expresa continuamente no sólo en tratados, sino en especial en las biografías y las historias.

Quien (...) pone toda su diligencia y cuidado en las cosas honestas y dignas de ser conocidas, y de las cuales se sigue alguna comodidad pública o privada, ciertamente es digno de ser alabado. Quienes pierden el tiempo en artes oscurísimas, difíciles y sin doctrina de bien vivir, son dignos de vituperación universal, pues no les trae ningún fruto saber probar a un hombre que no existe, o que es un asno, o que tiene cuernos; pero demostrarle que ha nacido para la virtud y cómo ésta se practica, sería fructífero y bien común para muchos. Se considera que Alejandro el Magno de Macedonia fue digno remunerador de todas las obras humanas. Ante tal emperador fue llevado un hábil maestro de cerbatana, el cual, con tan ingeniosa industria dirigía los tiros de garbanzos que hacía con ella, que desde muy lejos conseguía ensartar en una punta de una aguja un cuartillo de ellos sin fallar ni una sola vez. Alejandro le vio hacer la prueba muchas veces y luego elogió esa industria como cosa admirable. Se reconfortaba el maestro esperando el premio singular que se acostumbraba dar a los ingenios excelentes. Alejandro le hizo entregar como premio diez sacos de garbanzos (...).

Muchas y diversas cosas en la vida se encuentran (...) hechas por la naturaleza agradables y deseables para los hombres, pero no hay ninguna otra caridad que nos enlace más de como lo hace el amor a la patria y a los hijos. Esto se conoce de manera bastante fácil, pues todos nuestros demás bienes y todos nuestros otros deleites deseados se acaban con la vida, y, aun así, desearíamos y querriamos que durasen y fuesen afortunadísimos y abundantes de gloria verdadera aun después de nuestra muerte.

De dónde proviene esta capacidad, no puedo decirlo, pero ciertamente se conoce que en nuestras almas hay un deseo, casi premonitorio de los siglos futuros, que nos constriñe a desear nuestra perpetua gloria, el estado felicísimo de nuestra patria y la continua salud para aquellos que nazcan de nosotros (...).

Por eso se puede afirmar de todas las obras humanas que ninguna puede ser más preeminente, ni mayor, ni más digna, que la que se ejercita para aumento y salud de la patria y para el óptimo estado de alguna república bien ordenada, para la conservación de la cual son aptos los hombres virtuosos.

Llenas están las historias griegas, latinas y bárbaras de memorables ejemplos que demuestran cuán virilmente los ciudadanos nobles despreciaban todas las comodidades particulares por la salud de la república; por cuyas obras son ennoblecidos con una gloria suprema y, por su eterna fama, son inmortales en el mundo.

Los Fabios, los Torcuatos, los Decios, los Marcelos, los Horacios, los Porcios Catones y aquellos singulares esplendores de los Cornelios Escipiones y de otras muchas familias romanas que con ánimo generoso y con grande fuerza no tenían ninguna otra cosa en el alma sino la salud y el aumento de la república, por la cual multiplicaban sus fatigas, afanes, estrecheces y peligros, sufrían muchísimas veces heridas y muertes cruelísimas y estaban tan calurosamente animados por el acrecentamiento y la salud de la república, que en los ejércitos superaban perseverantemente cualquier penuria y cualquier fatiga, y con el trato frecuente, ya desde pequeños, se acostumbraban a ellas.

[Matteo Palmieri, *Libro della vita civile*, ed. Florencia, 1529, cc. 42 (v.)-43 (r.), 62 (r.), 75(v.)-76 (r.).]

7. Dante, maestro de la vida, según Palmieri

El mito platónico de Er, en el libro X de la *República*, y, sobre todo, el ciceroniano *Somnium Scipionis* inspiraron esta conclusión del tratado de Palmieri, del cual damos el comienzo y el final. En el puesto de Escipión está Dante, que incluso Filelfo elogiaba como a un Escipión, o Decio, o Metelo florentino, librador de la república.

Que del cielo provienen y al cielo vuelven todos los justos gobernadores de las repúblicas, eso es algo que en todos los siglos del mundo ha sido aprobado por ingenios supremos. Platón, al final de su casi divina *República*, a las almas despojadas de los cuerpos de los ciudadanos óptimos, les destina un lugar entre los cuerpos celestiales, con los cuales eternamente se vive bienaventurado. Nuestro Tulio, de manera semejante, en la conclusión de su libro *De República* demuestra, con el caso de Escipión, que en el cielo está determinado un lugar para las almas de los mantenedores de las repúblicas.

Escipión el Mayor, después de su muerte, se apareció a Escipión el Menor animándole a que actuase dignamente por la república, para que su final fuese el de llegar a ese lugar felicísimo donde le mostró, contento, que estaban gozando sus antepasados y muchos otros ciudadanos que no habían buscado nada más que el crecimiento de la república.

Y recordando esas cosas, me viene a la memoria un caso que oí decir que le había acontecido a Dante, nuestro poeta, después de aquella singular victoria que tuvieron los florentinos en Campaldino (...). Ocupado en el rastreo de los cuerpos, Dante estuvo buscando el de su querido compañero, el cual, por las heridas que había recibido, había sido despojado de la vida mortal; al fin, al llegar al lugar donde yacía el cuerpo, súbitamente aquél, que estaba herido y lacerado —ya fuese por haber resucitado, ya por no estar muerto, pues esto es incierto para mí, aunque sí sé ciertísimamente, por la fama, lo que sucedió—, frente a Dante

se alzó en pie como si estuviese vivo. Dante, que había perdido la esperanza, al ver cómo se alzaba, lleno de maravilla, tembló todo él y durante un buen rato perdió el habla, hasta que dirigiéndosele el herido, éste le dijo: «Sosiega el ánimo y deja que se vaya cualquier sospecha, pues no sin razón he sido mandado por una luz del universo, por especial gracia, sólo para narrarte lo que entre las dos vidas, durante estos tres días, he visto (...). No hay ninguna cosa que Dios acepte mejor que el amor a la justicia, así como la clemencia y la piedad, cosas que, si bien para cada cual son grandes, para la patria son grandísimas y por encima de todas las demás. Para quienes las conserven está abierto ampliamente el camino hacia el cielo, a aquellos sempiternos lugares que desde aquí ves (...). Allí vi a las almas de todos los ciudadanos que en el mundo gobernaron con justicia sus repúblicas, entre los cuales conocí a Fabricio, a Curio, a Fabio, a Escipión y a Metelo, y a muchos otros que, por la salvación de la patria, se pospusieron a sí mismos y sus cosas (...). Ninguna obra puede ser entre los hombres más excelente que la de proveer a la salud de la patria, conservar las ciudades y mantener la unión y la concordia de las multitudes bien avenidas (...).»

[Matteo Palmieri, *Libro della vita civile*, IV, Florencia, 1529, cc. 120 (r.)-125 (v.).]

8. De la oración fúnebre por Matteo Palmieri, de Alamanno Rinuccini

Un ideal de vida civil lo había constituido, en la obra de Palmieri, la fusión de las vidas activa y contemplativa; y al mismo objetivo apuntaba, además de su libro, su vida, que aparecía con tal aspecto ante sus ciudadanos. Ejemplos semejantes se podrían referir de otros muchos, y en parte serán citados en los retratos, reunidos más abajo, de hombres del Renacimiento, especialmente de florentinos.

Matteo Palmieri, apenas se lo permitió la edad, dirigiendo el ánimo a los estudios liberales, fue excelente en aquel género de vida que pudiese darle a él alabanza y a la patria gloria y utilidad. Los filósofos enseñan que, del mismo modo que existen dos especies de felicidad, hay también dos clases de vida, una de las cuales se desarrolla en los actos de la vida civil, mientras que la otra, lejos de toda acción, está totalmente dedicada a conseguir el supremo conocimiento de la realidad. Aquel hombre, sumamente sabio, eligió, de los dos caminos, uno intermedio, y pronto hizo surgir entre sus conciudadanos grandes esperanzas sobre su fortuna y su *virtù* (...).

Primeramente, por no haberle dejado los suyos un patrimonio lo bastante importante y al comprender cuánto contribuyen las riquezas a

vivir dignamente entre los hombres, con su diligencia y de manera honrada acrecentó hasta tal punto sus bienes, que no sólo eran suficientes para los gastos necesarios, sino también para aumentar el decoro, la gloria, la dignidad. De lo cual son testimonio las espléndidas construcciones en la ciudad y en el campo, así como la grandeza de las que dedicó al culto divino, mientras que él, en todas las demás cosas, vivía frugal y modestamente.

Y, aun así, en medio de los cuidados de su patrimonio y de las preocupaciones por sus asuntos, nunca dejó de lado su antiguo amor para con las letras, sino que, dividiendo su tiempo con diligencia, hizo las cosas de tal modo que no sólo extraía del estudio el placer y ornato mediante la lectura, sino que favorecía también a los demás escribiendo él mismo.

[Alamanni Rinuccini, *Oratio in funere M. Palmerii*, 15 de abril de 1475, en F. Fossi, *Monumenta ad Alamanni Rinuccini vitam...*, Florentiae, 1791, p. 123.]

9. El suicidio por amor a la libertad, según Guicciardini

El amor a la patria, a la libertad y a la gloria, el sentido terrenal de la vida, se sumarán, en las crisis de la libertad, para impulsar a una imitación de Bruto y de Catón. Elocuentísimo y lleno de significado es este escrito de Guicciardini, dedicado a justificar el suicidio en tal caso.

Se lee que, en los tiempos antiguos, muchos hombres considerados grandes y generosos se dieron la muerte espontáneamente no sólo para proporcionar algún gran beneficio a la patria, como lo hicieron los Decios, caso del que no corresponde hablar porque es diferente del tema propuesto, sino, para seguir con nuestros propios términos, sin utilidad alguna para la cosa pública, sólo para huir de la servidumbre y por no querer vivir en una patria que no fuese libre. De éstos, el primero fue, entre los romanos, Marco Catón, hombre de singular virtud y constancia, el cual, habiendo siempre con gran ánimo estimado en poco el juicio de la multitud, las repulsas y otras infamias civiles, y habiéndose ganado por utilidad de la ciudad muchas enemistades, para no vivir en la patria sierva en beneficio de otros, se dio la muerte en Útica. Le sigue Marco Bruto, su sobrino, hombre eruditísimo en los estudios de filosofía y que tenía tal prudencia y gravedad, que era llamado ornamento de la juventud romana. Éste, incluso teniendo después de César el primer grado de la ciudad, no pudiendo por generosidad de ánimo soportar que su patria fuese sierva, encabezó la conjura contra él; y luego, al haber vuelto a caer el pueblo en la servidumbre por la liga entre Marco Antonio y Octavio, emprendió el combate contra los tiranos en los campos de Filipos; y, habiendo sido derrotado (aun cuando no le faltaba la manera de po-

der huir, ni alguna esperanza de poder reunir nuevos ejércitos o, al menos, salvarse en alguna de las muchas partes de Oriente que no estaban bajo el Imperio Romano, sin que tampoco careciese de la posibilidad de reconciliarse quizás, bajo condiciones tolerables, con sus amigos, máxime por la amistad que tenía con Antonio), no por ello dejó de preferir quitarse la vida antes que, viviendo en la servidumbre y viendo a la patria sierva, confiar en un incierto futuro.

Éstos, siendo como eran hombres prudentísimos, no hay que creer que no conociesen cuál era un mal mayor, si la esclavitud o la muerte; tampoco hay que creer que, habiendo hecho durante toda su vida demostraciones de ánimo grandísimo, tomasen el partido de darse la muerte por miedo, tanto más cuanto que la muerte es por propia naturaleza tan terrible y tan contraria al deseo natural de todos los hombres, los cuales unánimemente desean la vida, de modo que no parece creíble que quien no tiene miedo a la muerte pueda tener miedo de otra cosa. No hay que decir, pues, de ningún modo que unos hombres tan excelentes y tan generosos se diesen la muerte por miedo a los males que veían que les estaban destinados en vida, ni tampoco porque les faltase el coraje para soportarlos, sino que más parece que los movían cierta grandeza y generosidad de ánimo, las cuales, estando como estaban acostumbrados a vivir libres y con honor, los impulsaban de manera tan vehemente, que desdaban vivir en la esclavitud y faltándoles aquella gloria y libertad en la cual habían nacido y habían sido alimentados. La vida, en sí, es algo deseado, y así se desea huir cuanto se pueda de la privación de ella; no obstante, por no ser perpetua y por la necesidad que tiene cada cual de morir, ha de ser preferida la vida breve con honor que la larga en la ignominia; y quien está acostumbrado a vivir gloriosamente dependiendo sólo de sí mismo, debe huir de cualquier manera que pueda y por cualquier camino, de la pérdida de su gloria, y le debe parecer contrario a la razón humillarse e inclinarse ante los demás. Tampoco ese apetito debe nacer del miedo a no poder soportar los males que están en aquello de lo que se huye, sino de no querer manchar la gloria y la generosidad con las que hasta entonces se vivió.

No les faltaban a Catón, a Bruto y a otros muchos como ellos ingenio ni facultades para saber vivir en la esclavitud; no les faltaban tampoco arte ni industria para poder humillarse ante los tiranos; tampoco temían, si llegaban a quedar sometidos a ellos, que los molestasen o atormentasen como para precaverse contra ello; y tampoco eran tan inexpertos en las cosas humanas, máxime habiendo visto como vieron en sus tiempos tantas y tan frecuentes mutaciones en su república, como para no darse cuenta de que podía suceder que esos males no durasen perpetuamente, y de que, si seguían viviendo, quizá pudiesen conocer el día en que volviesen a la patria en libertad. Pero, al considerar que no estaba en poder de ninguno de ellos el conservar la vida para siempre, pero que sí podían conservar el honor y la gloria, y pareciéndoles que era para ellos un grandísimo vituperio obedecer, servir y estar sometidos, por la iniquidad de la fortuna, a aquellos que, según la ley natural y civil, eran sus parejas, quisieron conservar para sí la gloria quitándose la vida. No es que les faltase ánimo para sostener la servidumbre, sino que

estimaron más mantener para ellos la gloria y el honor que la vida por poco tiempo.

Podríase acaso discutir aquí si su juicio no estuvo errado al considerar que era vituperio o ignominia la obediencia, sin culpa suya, a la necesidad de la fortuna; pero, si suponemos que habría representado para ellos un vituperio vivir así, no se puede, a mi entender, poner en duda que su ánimo era suficiente, sino que creo que hay que atribuir a su gran nobleza el que estimasen más su gloria, su reputación, que la vida, pues ésta es temporal, mientras que aquélla es perpetua. La reputación posee una virtud propia, y la vida es una regla de la naturaleza. Y si tenemos en cuenta que la muerte es el mayor mal y el más terrible, tanto más habremos de elogiar y admirar su grandeza y su resolución, pues para conservar su gloria no la temieron. Tampoco hemos de tomar en consideración que hubieran debido esperar que alguna vez la libertad sería recobrada, pues esto no quitaba que, habiendo vivido una vez en la esclavitud y habiendo estado sometidos a un tirano, su gloria quedaría ya mancillada. La gloria no se habría recuperado al mismo tiempo que la libertad al poner al descubierto su bajeza de ánimo por haber soportado ser obedientes al tirano, haber vivido sometidos a él.

[F. Guicciardini, *Se lo amazzarsi da se medesimo per non perdere la libertà o per non vedere la patria in servitù procede da grandezza d'animo o da viltà, e se è laudabile o no*, en *Scritti politici e ricordi*, ed. Palmarocchi, Bari, 1933, pp. 235-237.]

10. Pontano alaba el trabajo (de *De fortitudine*)

Salutati, en el alba del Renacimiento, había escrito su *De hercule eiusque laboribus*. Ese mismo mito de Hércules inspiró obras de arte, pues de algún modo traducía la exaltación de la actividad humana. El himno al trabajo que reconstruye al mundo es un motivo que volverá a aparecer entre los pensadores del Renacimiento, expresando el nuevo sentido de un reino del hombre hecho por la mano del hombre.

No son condenables los trabajos, puesto que nacemos para trabajar y no podemos conseguir la virtud y la felicidad si no es laboriosamente. No hay ninguna arte ni disciplina, incluso entre las menos complejas, que pueda ser obtenida sin esfuerzo o conservada largamente sin un continuo y frecuente ejercicio. En efecto, el ejercicio genera un hábito del cual es difícil despojarse, pero que es también muy difícil obtener, puesto que hay que sofocar los apetitos naturales y desarrollar una costumbre allí donde la naturaleza misma en cierto modo lo rechaza y se rebela. Cicerón define el trabajo como una función del alma o del cuerpo en alguna obra o tarea muy pesadas. Por este motivo, si el hábito se procu-

ra con mucho y continuo trabajo, y no se perfecciona sino con gran dificultad; si es duro y áspero oponerse a la naturaleza, mientras que, por otra parte, llamamos obras del trabajo a las que son perfectas; si, finalmente, la virtud, mediante la cual nos acercamos a la felicidad humana, no se puede conquistar sin gran trabajo y labor, tanto del cuerpo como del alma, ¿quién podría poner en duda que los trabajos no sólo no hay que despreciarlos, sino que son además sumamente útiles y necesarios?

Y si acaso hubiese alguien que estuviese en un ocio físico y espiritual tan grande que no tuviese nada en qué pensar, que no tuviese que dar ni siquiera un paso, ¿qué podría haber más miserable que un hombre de esa clase? No sería digno ni de ser llamado hombre. Por eso, sin duda alguna, alabamos a grandes voces a aquellos que con grandes peligros conquistaron valerosamente gloria y victoria, mucho más que a aquellos que vencieron con la ayuda de la fortuna o por la pereza de los enemigos. Y nos son más queridas las cosas cuya obtención nos ha causado mayores sufrimientos, que aquellas que la casualidad o la suerte nos han regalado. Lo cual demuestra la utilidad y la necesidad de los trabajos, sin los cuales no se obtienen las virtudes; y revela a la vez que son sumamente agradables y placenteros cuando alcanzan el objetivo, que es rico en purísimo goce.

[Pontano, *De fortitudine*, I, *Opera*, vol. I, Florentia, 1520, c. 6 (r. y v.).]

11. De Agenoria, de Pandolfo Collenuccio

El infeliz Pandolfo Collenuccio, natural de Pesara, que en 1504 había de caer víctima del señor de su ciudad natal, poeta convincente e historiador, unió una actividad de hombre político con una obra de literato. Sus diálogos morales en lengua vulgar, en los cuales se hace visible la influencia de Luciano, expresan frecuentemente y con gran eficacia las ideas de su tiempo. Así, por ejemplo, en el mito que sigue, son exaltados de manera agradable el trabajo y la vida civil.

Mientras tanto, el Trabajo, que no podía sufrir el celibato, siendo como era un dios activo, con la ayuda de Minerva se había casado con una mujer de antigua nobleza y de valor, honesta, prudente y fuerte, y a la cual no le faltaba ninguno de aquellos méritos que los sabios suelen buscar en los esposos: la belleza, el vigor, la estirpe, la laboriosidad. Se llamaba Agenoria y seguía con incansable diligencia a su marido allí donde éste fuese. Su padre, el Hábito, la había educado liberalmente, y, cuando iba a dejarlo, la exhortó «a que amase a su marido, el Trabajo, y se mantuviese totalmente alejada de la compañía de algunas mujeres, apartando de sí sobre todo a la Ignorancia, madre de todos los males, que tienden sobre todo a conseguir que se ignoren las cosas nece-

sarias. En realidad, hay cosas que es mejor ignorar; que buscase por ello, de manera prudente, hacer las cosas de modo que, mientras echara a la Ignorancia, no llegase a saber más de lo necesario ni menos de lo conveniente. Pero que a la Indolencia, a la Pereza, a la Haraganería, a la Negligencia, a la Pigricia, a la Incuria, a la Inercia, no se dignase dirigirles ni una sola mirada. Y que, para no pasar ociosamente el tiempo, no aprendiese cosas vanas, ni se perdiese en vacuidades, sino que hiciese siempre algo y tuviese siempre en la mente que es imposible que, quien no actúa, actúe bien, y que, como dice un autor romano, los hombres aprenden a actuar mal no haciendo nada. Que fuese ante todo diligente, amase la sobriedad y conservase la fe; que con todo cuidado conservase a las compañeras que le habían sido dadas. Los hechos querían que, obedeciendo las admoniciones paternas, generase una bellísima prole: generaría, en efecto, siete hijas que no habría hombre en el mundo que no hubiese deseado. Y esto se lo había concedido a su marido, el Trabajo, Júpiter, padre supremo de todas las cosas».

Agénoria, educada con estos y otros similares preceptos, obedeciéndolos constantemente, se había casado con el Trabajo. Pallas le había dado por compañeras mujeres nobilísimas, educadas liberalmente junto a ella, instruidas prudente y juiciosamente: en primer lugar, Politia, la más ilustre de todas, pues a todas les podía mostrar lo que hay que hacer y lo que es necesario; y luego Opi, Aracne, Larunda, Dori, Bellona, Panacea. Nunca las abandonó Agénoria, ni ellas abandonaron nunca a Agénoria. Siempre, en efecto, la seguían en casa y fuera de ella; e incluso cuando, de día o de noche, los cónyuges se retiraban a descansar, ellas hacían guardia ante su puerta. Y cuando Politia elegía un lugar para fundar en él una ciudad, ellas procuraban siempre mieses, animales, vestidos, casas, mercaderías, defensa, salvación; hacían provisiones y recogían todas las cosas necesarias. De tal modo, viviendo una vida bienaventurada, sin que faltase nada de todo lo que parecía ser útil a los mortales (pues las supersticiones egipcias y los portentos griegos no habían invadido todavía sus ciudades), entre la alegría de los pueblos, Agénoria dio a luz a siete hijas, todas ellas de divina belleza y admirable majestad. Al ser preguntada sobre los nombres, el Numen respondió: «Dadles a las hijas nombres que comiencen con aquella vocal latina que no se pueda escribir en griego con un solo signo.» Y los gramáticos comprendieron que ese signo había de ser la V. Y a la primera que vio la luz la llamaron Vita, y a las seis siguientes, por orden, Valentia, Virtute, Victoria, Vbertate, Veritate y Voluptate.

[Pandolfo Collenuccio, *Agénoria*, en *Operette morali*, ed. Saviotti, Bari, 1929, pp. 15-17.]

12. Del Filotimo, de Pandolfo Collenuccio

Una vez más, Collenuccio, con su exaltación de la actividad humana, de la vida civil, de la virtud, la cual por sí sola procura verdadero honor.

Es rara cosa que en un sujeto estén juntas la *virtù* y la riqueza. Éstas concuerdan tan mal, que cuando una crece, la otra disminuye. Así, debes saber que hay dos especies y dos maneras de *virtù*. Algunas se llaman intelectivas, como el arte, la prudencia, el intelecto y la sabiduría. A cualquier hombre que posea alguna de éstas de manera excelente, se le podrá llamar verdaderamente digno de todo honor. Gracias a éstas, los artífices sublimes, los filósofos estudiosos, los gobernadores prudentes de las ciudades, los hombres doctos, sabios y contemplativos siempre han sido honrados. A la *virtù* de la otra especie se las llama morales, y éstas, allí donde están de manera relevante, hacen que sus poseedores sean dignos de todo honor. Gracias a éstas, los hombres fuertes, los mansos, los moderados, los justos, los veraces, los magníficos y otros semejantes, y sobre todo los magníficos y los liberales, reciben honor. Y si aquellos que están dotados con tales virtudes, una por una, son merecedores de reverencia y alabanza, ¿cuánta crees que no habrán de esperar aquellos que han formado un círculo sagrado con todas juntas y han reunido en sus cuerpos las virtudes morales y las intelectivas en proporción semejante, como lo ha hecho aquel príncipe que lleva mi nombre y del cual estaba hablando más arriba? Los que así hacen son juzgados como dignísimos merecedores no ya de honores humanos, sino de un culto sagrado y una veneración eterna y verdadera. Los otros, que anhelan la vanidad y la frivolidad de las birretas sin hacer ningún acopio de esas virtudes que hemos recordado, deben despojarse de ese vicio peligroso. Los sabios los llaman filotimos, pero, al igual que Filotimo, deben apartarse tanto como sea posible del consorcio de las acciones públicas. Y es que no hay nada más inicuo o indigno que aquel que quiere estar siempre en lugar preferente en las bodas, las exequias y los sacrificios, y que, en cambio, en la defensa de la patria, las batallas, las disputas y los juicios, en la eternidad de las obras y, en suma, en las acciones viriles, quiere no sólo ser el postrero, sino que, además, opinando perversamente, estima de gran sagacidad y notoriedad despreciar las ciencias y las buenas artes, y a la vez utiliza todo su estudio y toda su industria, sórdidamente, para acumular bienes, no como patricio civil, sino casi como vil administrador rural. Con el fin de significar esto mismo, la sapientísima república romana, al construir los templos del honor y la *virtù*, sus sagrados dioses, los dispusieron de modo que no se podía entrar en el templo dedicado al Honor sin pasar antes por el erigido a la *Virtù*.

[Pandolfo Collenuccio, *Filotimo*, en *Operette morali*, ed. Saviotti, Bari, 1929, pp. 83-84.]

13. Giordano Bruno y el mito de la edad de oro (de la *Expulsión de la bestia triunfante*)

Casi como un epígrafe y una conclusión del himno al trabajo humano, este impresionante pasaje de Giordano Bruno comprendía todo lo que la nueva conciencia había adquirido. Las manos

del hombre edifican el reino del hombre en el trabajo y la lucha. No se trata de una mítica edad de oro, sino de la perenne conquista en el continuo trabajo: expresión admirable de este concepto de la vida como un fatigoso avance por un camino infinito.

Los dioses habían dado al hombre el intelecto y las manos y lo habían hecho semejante a ellos dándole facultades por encima de los demás animales. Ello consiste no solamente en poder actuar según la naturaleza y conforme a lo establecido, sino además en poderlo hacer fuera de las leyes de aquélla. De este modo forma o puede formar otras naturalezas, otros cursos, otros órdenes; con su ingenio y haciendo uso de la libertad —sin la cual no habría tal semejanza—, puede llegar a considerarse dios de la tierra. Y esa libertad, ciertamente, si llega a ser ociosa, será malograda y vana, del mismo modo que un ojo que no ve y una mano que no aprende son vanos a su vez. Es por esto que la providencia ha determinado que se ocupe con las manos en las acciones y con el intelecto en las contemplaciones, de modo que no contemple sin acción ni actúe sin contemplación. Hay que decir que, en la edad de oro, los hombres, según Ocio, no eran más virtuosos de lo que son los animales en el presente, e incluso eran más estúpidos que muchos de éstos. Y, habiendo nacido las dificultades y aparecido las necesidades entre los hombres por la emulación de los actos divinos y la adaptación de los afectos espirituales, los ingenios se han aguzado, se han inventado las industrias y se han descubierto las artes. Siempre, de día en día, a causa de la indigencia, la profundidad del intelecto humano promueve nuevas y maravillosas invenciones. Así, siempre cada vez más, alejándose de su ser bestial por las ocupaciones que le solicitan y le urgen, se va aproximando altamente al ser divino. No debes extrañarte por las injusticias y maldades que crecen a la vez que las industrias, pues, si los bueyes y los simios tuviesen tanta *virtù* e ingenio como los hombres, tendrían las mismas aprensiones, los mismos afectos y los mismos vicios. Así, entre los hombres, los que tienen algo de cerdo, de asno o de buey están ciertamente menos tristes, y tampoco están afectados por tantos vicios criminales; pero no por ello son más virtuosos, a no ser por la misma razón por la cual los animales, al no participar de otros tantos vicios, vienen a ser más virtuosos que ellos. Pero no elogiamos de ningún modo la virtud de la cerda porque se deja montar por un solo cerdo y una sola vez al año. Si lo hacemos en una mujer, pues ella no sólo es requerida por la naturaleza, por la necesidad de la generación, sino también por su propio discurrir y muchas veces por la consecución del placer, y además porque ella es el fin de sus actos. Además de eso, no alabamos demasiado, sino muy poco, por su continencia, a una mujer o a un cerdo, cuando por estupidez y dureza de complexión sucede que raramente y con poca fuerza son solicitados por su concupiscencia; y lo mismo sucede con aquel que es frío por maleficio o aquel otro por ser decrepito. La continencia debe ser considerada de otra manera: que es verdaderamente continencia y verdaderamente virtud en una complexión más gentil, me-

jor alimentada, más ingeniosa, más perspicaz y con mayor conocimiento. Pero, por la generalidad de las razones, apenas es virtud en Alemania, es bastante virtud en Francia, es más virtud en Italia y es virtud ventajosa en Libia. Y hay un lugar donde, si lo consideras más profundamente, no se echa a faltar que Sócrates revelase algún defecto suyo, sino que se alaba tanto más por su continencia cuando aprobó el juicio del fisonomista sobre su inclinación natural hacia el sucio amor de los muchachos. Si pues, Ocio, consideras lo que hay que considerar sobre esto, hallarás que por todo ello, en tu edad de oro, los hombres eran virtuosos porque no eran tan viciosos, igual como sucede en el presente. Sucede que hay una gran diferencia entre el no ser vicioso y el ser virtuoso. No es tan fácil que uno se siga del otro, considerando que no hay las mismas virtudes allí donde no hay los mismos estudios, los mismos ingenios, inclinaciones y complexiones. Pero, según una comparación que establecen locos e ingenios caballunos, parece que los bárbaros y los salvajes están mejor que nosotros, dioses, y ello porque no se les pueden achacar aquellos mismos vicios. Por esto los animales, que son mucho menos eminentes que ellos en aquellos vicios, serán mucho mejores. Así pues, a vosotros, Ocio y Sueño, con vuestra edad dorada, bien os convendrá no ser nunca vicios de ninguna manera; pero jamás se podrá decir de ningún modo que seáis virtudes. Así pues, cuando tú, Sueño, no seas Sueño, y tú Ocio, seas Negocio, entonces seréis enumerados entre las virtudes y exaltados como tales.

[Giordano Bruno, *Spaccio de la bestia trionfante*, III, *Opere italiane*, ed. Gentile, II, Bari, 1927², pp. 152-154.]

14. Del uso de la riqueza (de *Della famiglia*, de Alberti)

Los grandes mercaderes de la época comunal habían llevado a cabo, conscientemente, obras admirables y conquistas gigantes. Cuando leemos sus orgullosas afirmaciones o la exaltación de los cronistas, cuando, en las ciudades que edificaron, admiramos las imponentes moles que con su dinero hicieron surgir, comprendemos hasta qué punto aquellas riquezas contribuyeron a imprimir a toda la vida un carácter nuevo. Se ha dicho justamente que aquellos grandes industriales, aquellos grandes capitalistas, fueron el primer anuncio de los nuevos hombres que surgían; de sus filas salieron los que habían de ser con frecuencia los más típicos exponentes de los nuevos tiempos. Basta pensar en los Médicis. Sólo que al dinero, durante el siglo XV, se le reconoce valor sobre todo en la medida en que circula, en que permite adquirir bienes, ser liberal, generoso, magnánimo. Leon Battista Alberti, que trató ampliamente sobre temas económicos, vuelve con frecuencia, unas veces, sobre el significado de la riqueza y, otras veces, sobre el modo de hacer uso de ella.

GIANNOZZO. (...) ¿De qué sirve ganar si no se hace economía con ello? El hombre pasa fatigas ganando para tener con qué cubrir sus necesidades. Cuando está sano, trabaja para conseguir bienes para cuando esté enfermo, como lo hace en verano la hormiga para el invierno. Lo que se quiere es pues usar las cosas para las necesidades, y, cuando no se necesiten, guardarlas. Y es así: toda la economía está no tanto en guardar las cosas, sino en usarlas cuando se tiene necesidad de ellas. ¿Entiendes?

LIONARDO. Sí, ciertamente, y no usarlas para las necesidades sería avaricia y algo reprochable.

GIANNOZZO. Sí, y también daño.

LIONARDO. ¿Daño?

GIANNOZZO. Sí, y grande. ¿No te has fijado en esas mujercillas viudas? Recogen manzanas y otras frutas, las encierran y guardan; ni siquiera las tocarían si no fuese porque se estropean. De modo que siempre se comen las más podridas. Y al final llega un momento en que todas están estropeadas y averiadas. Y, si haces cuentas, verás que echan por la ventana tres cuartillos, y podrás decir que las han guardado para tirarlas. ¿No era mucho mejor, vieja necia, echar aquellas pocas primero y coger las buenas para tu mesa o darlas? Esto no se llama guardar, sino echar.

LIONARDO. Y al menos hubieran sido de utilidad para alguien, o quizá luego les habrían devuelto el favor.

GIANNOZZO. También. Y sucedió que comenzó a llover una gotita en la viga. El avaro esperó hasta el día siguiente y luego, al otro día, volvió a llover. El avaro no quería hacer gastos. De nuevo volvió a llover, hasta que al final la viga, corroída por la lluvia y reblandecida, se rompió. Y, aquello que costaba una moneda, ahora cuesta diez.

LIONARDO. Así pasa a menudo.

GIANNOZZO. ¿Y ves cómo les resulta un daño este no gastar y no saber hacer uso de las cosas cuando hay necesidad de ello? (...) y es que la economía está en el usar y guardar las cosas (...).

[L. B. Alberti, *I libri della famiglia*, III, ed. Mancini, Florencia, 1908, p. 156.]

15. Los peligros de la miseria (de los escritos latinos de Alberti)

Por todo eso quisiera que comprendieses que nosotros, en lo que se refiere a la gracia y la dignidad, deseáramos ser considerados no como avaros, sino como ricos, pues el nombre mismo de la pobreza ha de ser aborrecido. En efecto, no sé por qué, pero la miseria está acompañada por la reputación de ligereza, de desfachatez, de insolencia, de maldad y de todas las infamias. Si se comete un robo, en seguida se piensa que lo ha cometido un pobre empujado por la necesidad. Si un pobre pierde algo por imprudencia, se considera que ha sucedido por maldad. Si jura, nadie lo escucha; y, cuando ha jurado, no se da crédito a lo que dice.

No tiene amigos, se lo aparta del comercio y de la familiaridad de los conciudadanos. En fin, lleva una existencia gravosa por lo que se refiere a toda clase de sospechas y dificultades.

Además de eso, la miseria trae consigo lo siguiente, y es que el pobre no tiene nunca capacidad suficiente para conseguir para sí ni aun la menor autoridad o dignidad. El pobre se va triste, melancólico, sospechoso, abyecto, escarnecido; y, más aún, es en la pobreza donde la vida trae consigo sufrimiento, deshonor, ignominia. ¿Quién hay que no tenga valor para maltratar, dañar, injuriar al pobre? Y él, abatido, humilde, dolorido, paciente, soporta todas las insolencias y respeta como si fuesen sus patronos a todos los ricos; no hace nada según su voluntad propia, sino que ríe, habla, calla, llora según la indicación y el arbitrio de los demás. ¿Qué más? Creo que todos los dioses y todos los hombres son enemigos de la pobreza. En cambio, aquel que es considerado rico actúa con seguridad, pide con dignidad; tiene autoridad, gracia; muchos le saludan; posee clientes, amigos que le hacen favores, que lo alaban, que le dan alegrías. Por eso es mejor ser considerado avaro que pobre. Bien cierto es que los pródigos odian la avaricia, pero odian más aún la pobreza; los que son pocos reprueban la avaricia y, no obstante, acaso la alaben bajo la especie de la sobriedad. Y muchos hombres eminentes hallarán que no estarán nunca de acuerdo con aquellos filósofos que, como Platón, alaban la pobreza.

El avaro, en efecto, es reprobado por sus adversarios, pero de manera muy moderada. En realidad, el maldiciente no zahiere nunca sin consecuencias a un hombre armado de oro. ¿Quién, en realidad, será tan osado como para no temer, más que a la misma avaricia, a un hombre rico, aunque avaro, cuando sea menospreciado? En efecto, fácilmente se hallará que el avaro se hace pródigo para perjudicar a aquel que lo golpea. Y el miedo hace enmudecer al más audaz. E, incluso admitiendo que haya alguien que se atreva a injuriar al avaro pensando más en los demás que en sí mismo, todos pueden ofender al pobre. El avaro oír las palabras y el pobre soportará los golpes.

[L. B. Alberti, *Opera inedita et pauca separatim impressa*, ed. Mancini, Florencia, 1890, pp. 169-170.]

16. Ideas de san Bernardino sobre la riqueza

En este fragmento de san Bernardino y en los pasajes siguientes de Dominici¹ se observa, incluso en pensadores de la corriente tradicional y entre reminiscencias clásicas evidentes, un espíritu nuevo y la idea de la necesidad del trabajo, de la organización de la vida civil. La limosna no debe ser ciega; debe, si aca-

1. Estos pasajes, así como los de los párrafos números 17 a 20, se deban a las amables sugerencias del profesor Amintore Fanfani.

so, promover la actividad. La educación debe tomar en cuenta las exigencias del ritmo productivo.

¿Cuántas cosas tenéis hoy muertas en vuestra casa? ¿Cuántos son los que, aun teniendo suficiente de todo, aún compran más? Mejor sería para ti que ese dinero lo invirtieses en mercaderías para tu tienda, en lugar de tenerlo muerto, como haces (...). Cuando me fijo en vuestros hijos, ¡cuánto oro, cuánta plata, cuántas perlas, cuántos bordados les hacéis llevar! Todas esas cosas las tenéis muertas, y con ellas podríais llenar vuestras tiendas y vuestros almacenes con mercaderías, y así hacer que sea buena la ciudad y buenos vosotros mismos.

[San Bernardino, *Le prediche volgari*, XXXVII, ed. Luciano Banchi, vol. III, Siena, 1888, p. 204.]

17. La limosna, según Giovanni Dominici

Y puesto que ha sido dicho: «Dale a cada cual lo que te pide», haz uso discreto de esta sentencia. Piensa primero en cómo puedes hacerlo, quién pide y lo que pide. Si tienes mucho, da con largueza; si tienes poco, da poco; si no te alcanza, no se te obliga a dar (...). Si el que pide lo necesita y no lo gasta mal ni puede ganarlo, abre tu mano. Pero, si es fuerte y sano, y de tal condición que, si quiere, puede hallar la manera de ganarlo en la ciudad o en el pueblo, después de que una o dos veces le hayas dado limosna, despídalo con benevolencia, para que trabaje y viva de su sudor (...). Muchos se convierten en holgazanes por la facilidad con que les dan limosna y luego son jugadores, maldicientes y codiciosos.

[Giovanni Dominici, *Regola del governo di cura familiare*, ed. D. Salvi, III, Florencia, 1860, p. 123.]

18. La educación profesional, según G. Dominici

Y, puesto que tus hijos, especialmente si son varones, son miembros de la república, conviene que los eduques en la utilidad de ésta. La república, como sabes, necesita a muchos hombres, como son regidores, defensores y artesanos (...). Se requieren en la comunidad universal oficios diferentes, como son labradores, leñadores, albañiles, talladores, pintores, sastres, caldereros, tejedores, laneros, cambistas, sederos, mercaderes y otras mil diferentes maestranzas. Sean examinadas las inclinaciones de los niños y, siguiéndolas, se llegará a algún provecho. Si se hace lo contrario, lo único que se obtendrá es un fruto inútil. Pero la naturaleza ayuda al arte, y un arte aprendido en contra de la naturaleza no se aprende bien. Quien tenga disposiciones para ser lanero, no será buen

barbero, y el que tenga inclinación para la talla o la pintura, no será asiduo en sus estudios. Quien sea boticario por naturaleza, mal aprenderá a herrar caballos o a ser albardero. El que sea apto para carnicero, será un triste alfiletero o un peor sastre. El señor providente da del todo a cada uno su oficio propio, como bien lo sabe quien se refiere no sólo a la salud de cada uno, sino al bien del cuerpo místico. En él, a semejanza del cuerpo natural, como dice san Pablo, no todos los miembros pueden ser ojos, ni todos oreja, ni todos boca, ni todos mano. Y, si quisiera hacer la boca el oficio del ojo, y el ojo el de la boca, muy poco adecuado para la vida sería. De este modo, cada cual tiene en el cuerpo místico su grado propio, y si no ocupase uno el del otro, dejando para ello lo propio, las tierras estarían bien cultivadas, las transacciones se harían con justicia y las artes estarían ordenadas. Así gozaría la república de paz y gran abundancia, y sería feliz en todos sus actos. Haz tú pues lo que puedas para ti y alrededor de ti y de los tuyos, y a quien haga lo contrario se lo compadecerá. Haciéndolo así, no sólo será provechoso para la comunidad, sino para ellos mismos, los cuales, sometidos a la fortuna, podrán llegar al estado de la pobreza. Conociendo algún arte o algún oficio, vivirán de lo suyo y no estarán obligados, como les sucede a muchos, a mendigar o a quitar lo de los demás, a colocarse de criados o a hacer lo que no conviene (...).

[Giovanni Dominici, *Regola del governo di cura familiare*, ed. D. Salvi, III, Florencia, 1860, pp. 182-183.]

19. Consejos prácticos de L. B. Alberti

Estos consejos prácticos de Leon Battista Alberti están inspirados en el pleno sentido de la realidad de la vida económica. A ellos resultaría muy fácil unirles otros muchos, extraídos de cartas y de memorias, en las cuales se refleja la consciente experiencia de aquellos geniales mercaderes.

GIANNOZZO. Quizás haría trabajar la lana o la seda, o cosas parecidas, que son ejercicios de menor trabajo y molestia mucho menor. Gustosamente me dedicaría a esos ejercicios, para los cuales utilizaría muchas manos, para que así el dinero se repartiese entre más personas y para que se produjese una utilidad para muchos pobres.

LIONARDO. Esto sería actuar con grandísima piedad y para muchos sería de utilidad.

GIANNOZZO. ¿Qué duda cabe? Máxime haciéndolo como querría que se hiciese; a saber, yo tendría artesanos y aprendices, y yo solo me ocuparía en procurar y en ordenar que cada uno hiciese su deber. Así, les ordenaría: «Sed, con cualquiera que venga, honestos, justos y amistosos, con los extraños no menos que con los amigos; sed veraces con todos y claros, y cuidaos mucho de que por vuestra dureza o malicia ha-

ya alguien que se vaya de nuestra tienda engañado o descontento. Pues, hijos míos, a mí me parece que se pierde más de lo que se gana cuando, aun teniendo más monedas, se pierde gracia y benevolencia. Un vendedor benevolente siempre tendrá muchos compradores, de modo que más vale fama y amor entre los ciudadanos, que una grandísima riqueza, sea cual fuere.» También les mandaría que nunca vendiesen nada por un precio excesivamente cargado. Y, si quedasen acreedores o deudores de alguien, siempre les recordaría que fuesen con todos claros y limpios, que no fuesen soberbios, ni maldicientes, ni litigiosos, y, sobre todo, que en los registros escritos fuesen diligentísimos. De este modo esperaría que Dios me diese prosperidad y que la concurrencia a mi tienda fuese aumentando mucho, y poder difundir entre los ciudadanos un buen nombre. Todo eso no puede ser juzgado con ligereza. Y, con el favor de Dios y con la gracia de los hombres, de día en día haría que las ganancias fuesen cada vez mayores (...).

GIANNOZZO. Demostraba que se pertenecía al oficio del mercader, o de cualquier oficio en el cual haya que tratar con muchas personas, el escribirlo siempre todo, todas las cosas, todos los contratos, todas las cosas que entran y salen de la tienda, y así repararlo siempre todo, de modo que casi siempre había de tener la pluma en la mano. A mí, este precepto me parece muy útil; pues, si lo retrasas todo de hoy a mañana, a las cosas que tienes entre las manos les va pasando su tiempo, luego se van olvidando y así el administrador tiene argumentos y oportunidades para volverse, o bien vicioso, o bien negligente como su patrón. No hay que dudar, Lionardo mío, de que es mucho peor tener un mal encargado que no tener ninguno. La diligencia del amo puede hacer que un administrador no muy bueno sea mejor, pero la negligencia del que debería tener cuidado principal de las cosas suele provocar siempre que, alguno que era bueno, empeore.

LIONARDO. ¡Cuán cierto es esto! Un administrador malo te engaña y te roba con ingenio maligno por más solícito que seas. Y más aún te perjudicará si ve que tú mismo, para tus cosas, eres negligente. Todo esto bien lo probaron con frecuencia los nuestros, y muy a menudo han tenido a quien, por su vicio más que por nuestra negligencia, nos ha resultado perjudicial. Pero poco se puede obtener de los viciosos sin perjuicio.

GIANNOZZO. Por mi parte, cuando traigo a la memoria los perjuicios y las pérdidas de muchos mercaderes, y cuando veo que cinco de cada seis infortunios han ocurrido por alguna falta de quien gobierna las cosas, me parece que verdaderamente puedo entonces afirmar que no hay nada que haga tan bueno al administrador como la diligencia del amo. Y tampoco hay ninguna que haga tan pésimo al administrador como la negligencia del amo. La pereza que consiste en dejar y no repasar las cosas propias lo suficiente, hijos míos, perjudica demasiado. Y será necio quien no sepa hablar de sus propios hechos si no es por boca de otro. También se requiere ser solícito, despierto, diligente, y repasar a menudo todas y cada una de nuestras cosas, pues de este modo no se puede perder nunca nada, y, si acaso se pierde, se puede encontrar antes. Añadamos a eso que siendo negligente se amontonan los asuntos de

tal modo que no te basta el día para desenredarlos, ni entonces puedes trabajar cuanto sería necesario. Así resulta que aquello que, si lo hubieras hecho a su tiempo, lo habrías hecho bien y con diligencia, ahora, teniendo que hacerlo cuando es necesario y con prisas, te resulta imposible, o bien hacerlo cumplidamente, o bien, de todas cuantas cosas hay que hacer, hacer alguna de ellas bien o, al menos, como lo habrías hecho si lo hubieses hecho a su debido tiempo. De modo pues que yo sería siempre diligente en todas las cosas y, por lo que a ésta se refiere y por lo que me correspondiera, sería muy solícito. Primero sería diligente para elegir buenos encargados y luego para no dejarlos empeorar, vigilando a menudo y recorriendo todas las cosas mías. Y, para que los míos tuviesen razones para ser mejores, los honraria, los trataría bien con largueza, y estudiaría la manera de hacer que me amasen y de que amasen asimismo mis cosas.

[Leon Battista Alberti, *I libri della famiglia*, III, ed. Mancini, Florencia, 1908, pp. 190-193.]

20. De *Monito ai Guinigi*, de Giovanni Sercambi

Giovanni Sercambi, natural de Lucca, inhábil narrador de cuentos pero interesante cronista, se muestra como un hábil hombre práctico en el *Monito ai Guinigi*, obra de la cual está extraído este interesante fragmento de sabor proteccionista.

Según mi parecer, el dispendio es muy grande. Si queremos hallar la manera de no llevar a la pobreza a todos, bueno será que se disponga de este poco dinero que hay, considerando cuán poco da la seda, el arte que llenaba a Lucca de dinero: o, al menos, que lo poco que nosotros podemos hacer no lo hagan otros. Y con esto quiero decir que sería bueno que alguna cantidad de los vinos de fuera no entrasen en Lucca ni en el condado, a no ser pagando una gabela grande y desmesurada. Si alguien quiere verlo con sutileza, se dará cuenta de que los vinos forasteros sacan de las bolsas de Lucca más de trece mil florines al año. En cambio, los nuestros los tiramos y no se despachan a ningún precio. Así se gastan las haciendas y los hombres se van volviendo pobres y tristes. Así pues, será útil proveerse de este vino tanto como se pueda y hacer pagar una gabela para los otros vinos.

[G. Sercambi, *Le croniche*, ed. Bongi, Roma, III, 1892, páginas 405-406.]

21. Del *De Magnificentia*, de Pontano

No faltan tratados teóricos sobre la liberalidad, ideal que es propuesto a los señores, estimados éstos en la medida en que no atesoran bienes, sino que los ponen en circulación rodeándose con aquel esplendor que fue una de las características típicas de la época.

Todos lo que dicen que la magnificencia es fruto del dinero, ¡oh Gabriele Altilio!, en mi opinión y de acuerdo con la realidad, piensan y dicen cosas justas, como lo demuestran los monumentos públicos y, sobre todo, los puertos, las construcciones que avanzan hacia el mar, los augustos templos de los inmortales y los demás edificios de este género, con los cuales se provee a la utilidad no menos de lo que se provee al bien público. Tú has viajado conmigo por gran parte de Italia. Has visto los puertos edificados por nuestros padres en playas tempestuosas; has atravesado ríos por puentes solidísimos y larguísimos; has atravesado aquellos que otrora fueron grandes pantanos, saneados luego por los antiguos; has admirado baños en el interior de comodísimos y suntuosísimos pabellones; y no has podido evitar maravillarte viendo que los lugares más imprevistos habían sido hechos transitables, que incluso los montes habían sido honrados con carreteras, con gran trabajo, con habilidad aún mayor y con grandes gastos. ¿Qué puede haber más cómodo que todo eso, más útil para la vida humana? Justamente, pues, y según esta evidencia, se puede sostener que la magnificencia es el fruto de las riquezas; aquella magnificencia que contribuye ampliamente a la comodidad y al bienestar común, tanto de los ciudadanos como de los extranjeros, y no sin un placer honestísimo. Y también, cuando fui a Roma en tu compañía a visitar al pontífice Inocencio VII (...) aquellos acueductos tan grandes, aquellos teatros tan vastos, la belleza y, casi diría, la majestad de las innumerables construcciones tanto públicas como privadas, tú mismo las observaste con gran agudeza, y tanto nos hace juzgar que la magnitud de los edificios podría de algún modo rivalizar con la magnitud del Imperio.

[Pontano, *De Magnificentia*, Prologus ad Gabrielem Altiliu, Opera, Florentiae, 1520, vol. I, c. 115(v.).]

22. Observaciones económicas de Agostino Nifo

Agostino Nifo, filósofo peripatético, hombre de actividad vastísima y no siempre ordenada y coherente, se ocupó en varias ocasiones de cuestiones de economía, reflejando frecuentemente ideas y motivos de su tiempo y no sin cierta tendencia a una sistematización orgánica.

La verdadera libertad implica la riqueza. Si, en efecto, la recta razón demuestra que se deben poseer riquezas y nosotros las poseemos según sus dictámenes y no sin el impulso de la pasión, podremos disfrutar de la verdadera libertad incluso en medio de ellas. La razón, en verdad, nos enseña que se deben tener riquezas no por afán de poseerlas, sino por el deseo de distribuirlas. Y se distribuyen rectamente cuando hacemos uso de ellas con liberalidad y magnificencia, por los honores y para el culto divino, para procurarnos los medios con los cuales vivir virtuosamente. La razón, además, nos advierte que hemos de subordinar las riquezas, que son bienes exteriores, a los bienes del alma; la razón nos muestra que no se deben amar por sí mismas, sino como medios para obtener lo que debe ser amado por sí mismo. Puede pues un hombre rico tener una vida verdaderamente libre.

[A. Nifo, *De vera vivendi libertate* en *Opuscula*, I, Venetiis, 1535, c. 14.]

23. La circulación del dinero, según Bernardo Davanzati

Con este escrito de Davanzati nos hallamos ya frente a una experiencia vasta e iluminada por una aguda reflexión. Son interesantes, por lo demás, su exposición orgánica, su visión, sus consideraciones, que recogen en cierto modo todo cuanto había sido observado e intuido precedentemente.

Considerando pues cuánto poder y cuánta fuerza tiene el oro en las cosas humanas, y viendo que Sócrates, dejando el cuidado de las cosas divinas y de las naturales, nos enseñaba que la moralidad y la práctica son cosas propias de nosotros, no me ha parecido que fuese materia despreciable ni que estuviese fuera de propósito; y tampoco estimo que no haya sido conveniente haber elegido razonar junto con vosotros, humanísimos académicos florentinos, con método breve, florentinamente, sobre el oro, la plata y las monedas. Pues una gran impetuosidad, aunque amiga y gentil, me trae hoy aquí (...).

Este cuerpo nuestro mortal, al tener que ser el estuche del alma inmortal y divina, fue hecho, como correspondía al servicio de tan gran mujer, de complexión nobilísima, delicado, tierno y amable, desnudo y desarmado ante las ofensas de las estaciones y de las fieras. Y por esto está necesitado de muchas cosas que ninguno podría obtener por sí mismo. De modo que vivimos en las ciudades para ayudarnos los unos a los otros de maneras diversas y con nuestros diversos oficios, grados y ejercicios. Pero, puesto que ningún hombre nace apto para todos los ejercicios, sino que cada uno tiene uno solo: puesto que ningún clima produce todos los frutos que hay en la Tierra, pues el sol y las estrellas llegan a ella con ángulos y aspectos diferentes en los diferentes lugares,

de ahí proviene que un hombre trabaja y se fatiga no sólo para sí mismo, sino también para los demás, y los demás para él; y por eso una y otra ciudad, uno y otro reino, llevan fuera lo que les sobra y se proporcionan lo que necesitan. De este modo, todos los bienes de la naturaleza y del arte son puestos en común y gozados gracias al comercio humano. Éste consistió al comienzo en el trueque de cosas por cosas, como sucede aún en nuestros días entre las gentes que no tienen cultura civil. La necesidad, que hace encontrar modos nuevos, enseñó primero a elegir un lugar donde muchos, desde muchos lugares, trayendo sus cosas, se arreglaban con mayor agilidad; y éste fue el origen de los mercados y las ferias. Abrió los ojos esta comodidad a otra comodidad mayor; y, pues, se había elegido un lugar, también podía elegirse una cosa y hacerla valer por todas las demás, de modo que cualquier otra pudiese ser dada y recibida por una cantidad de ella, casi como una mediadora o fuente del valor universal de las cosas, o como una idea y sustancia aparte (...).

Fue el dinero un hallazgo óptimo, un instrumento para proporcionar bienes infinitos. Si alguien hace mal uso del dinero, no aquello en que se ha empleado, sino aquel que hizo mal uso de él, es condenado y corregido. Autores graves y solemnes dicen que el dinero es el nervio de la guerra y de la república, pero a mí me parece que debería ser considerado, más adecuadamente, como nuestra segunda sangre. Pues, así como la sangre, que es el jugo y la sustancia nutriente del cuerpo natural, corriendo por las gruesas venas, enseguida riega toda la carne y ésta se la bebe como lo hace la árida tierra con la deseada lluvia, y así se rehace y restaura, del mismo modo por la sangre el cuerpo, por el calor natural, se seca y evapora. Asimismo, el dinero, que es el jugo y la sustancia óptima de la tierra, como decimos, corriendo de las grandes bolsas a las pequeñas por entre toda la gente, corre como la sangre y es gastado y circula continuamente por las cosas que la vida consume y gracias a las cuales vuelve a las grandes bolsas. Circulando así, el dinero mantiene en vida al cuerpo civil de la república.

[Bernardo Davanzati, *Lezione delle monete, Le opere*, Florencia, 1853, vol. II, pp. 438-441, 448-449.]

24. La historia, según L. Valla

Consecuencia natural del sentido concreto de la vida, de la valoración de la actividad humana, fue el interés hacia la historia. Aunque sólo sea por el socorrido estribillo de la *historia magistra vitae*, aun siendo sólo por el anhelo de conseguir por su medio una inmortalidad terrenal, la historia es cultivada y amada como consciente custodia de los trabajos y las obras humanas. Los ejemplos y los textos podrían multiplicarse, pero en todos aparecen el mismo motivo, los mismos intereses.

En la medida en que puedo juzgarlo, muestran mayor gravedad, mayor prudencia, mayor sapiencia civil los historiadores en sus discursos, que como lo hacen los filósofos en sus máximas. Y, a decir verdad, de la historia se deriva un gran conocimiento de las cosas de la naturaleza, que luego otros redujeron a preceptos, y una gran doctrina de las costumbres y de todos los demás géneros de la sabiduría. Y ya que hemos mostrado el carácter de antecesores que los historiadores poseen en relación con los filósofos, y si acaso ahora queremos hacer mención de los religiosos, diremos que incluso Moisés, el más antiguo y más sabio de los escritores, incluso los evangelistas, de los cuales ninguno fue más sabio, no deben ser llamados sino historiadores.

Y para volver en contra de los gentiles sus propios documentos, apoyamos nuestro argumento con el testimonio de Quintiliano, quien dice: No sólo conviene conocer y volver a pensar siempre en las cosas contenidas en tales disciplinas, sino, más aún, en las empresas y los dichos eminentes que nos han llegado de la antigüedad. Cosas que, ciertamente, en ningún otro lugar hallaremos en mayor número y calidad que en los monumentos de nuestra ciudad. ¿Quién mejor que Fabricio, o Curio, o Régulo, o Decio, o Mucio u otros innumerables, podría enseñarnos la fortaleza, la fidelidad, la justicia, la continencia, la frugalidad, el desprecio del dolor y de la muerte? En la misma medida en que los griegos son excelentes en las máximas, los romanos lo son en aquello que aún tiene más valor: en los ejemplos. ¿Dónde están los que especulan sobre la utilidad de la historia, que hemos demostrado que es superior a la de la filosofía, y ello con la razón y la autoridad?

[L. Valla, *Historiarum Ferdinandi Regis Aragoniae libri tres*, Neapoli, 1509, s.n. de p.]

25. La historia, según Poliziano

Con justicia llama Cicerón a la historia testimonio de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, voz de la antigüedad. Contra todo asalto de la fortuna, ella es para nosotros como un baluarte y como un arma salida del taller de Vulcano. En lo referente al conocimiento, lo es de tal modo que nos parece que hayamos vivido incluso en las épocas precedentes. Y es un gran mérito de la historia el de exaltar con alabanzas a los buenos y mortificar con su reprobación a los malvados; ella sola es fidelísima custodia de los tiempos, que casi como un grato recambio la conservan. Algunos filósofos, cierto es, niegan que se deba buscar la gloria y sostienen que la virtud actúa mejor desentendiéndose de ella, como si no fuese necesaria; así, sostienen que la virtud es un premio a sí misma y es buscada por sí misma independientemente de cualesquiera halagos exteriores. Pero cuando ellos escriben esto, ponen sobre sus libros su propio nombre.

La historia nos hace partícipes de la felicidad y, sin daño alguno, es útil para el hombre y por encima de todo persigue la verdad, por decirlo

así, con las naves y con los caballos. Por todo esto, en una palabra, no hay ninguna facultad o disciplina que proporcione tanta utilidad como la historia. En efecto, a la vez que imprime una marca indeleble sobre los malvados, a la vez que da a los buenos una gloria eterna, a los unos los mantiene alejados del mal con el temor a la infamia y a los otros los exhorta al bien con la esperanza del elogio; pues, en gran parte, la historia justamente referirá las obras, las vicisitudes, los dichos más destacados de los hombres excelentes.

[Poliziano, *Praefatio in Svetonium, Opera*, Lugduni, 1528, vol. II, pp. 392-399.]

26. Del prefacio de Platina a las *Vidas de los pontífices*

En este prefacio de Platina a las *Vite dei pontefici* hay aún algo más que un interés por la historia, que ya hemos subrayado, y el concepto de que la elocuencia debe ilustrar cualquier argumentación. Hay el sentido nuevo, laico, con que se trata una materia tan delicada como ésta y con el cual debe uno abordar un tema tan grave. En las palabras de Varchi, en el fragmento 27, aparece subrayado, junto a la importancia de la historia, el trabajo del historiador, que hay que anteponer a cualquier otro esfuerzo.

No hay nadie que ponga en duda, beatísimo padre, que en la vida hay muchas cosas útiles, muchas cosas cómodas para el género humano. Mucho han escrito los filósofos, mucho han hallado e inventado los astrónomos, para formar la mente de los hombres. Gran cosa fue, sin duda alguna, indagar los secretos de la naturaleza, salir al cielo para buscar allí, para nosotros, la ciencia y el arte de las cosas que Dios, padre de todo, había puesto lejos de los ojos de los mortales; de modo que, viendo nosotros con admiración tan gran belleza, tan perfecto orden eterno, justamente alabásemos la majestad del numen. Tampoco puede negarse que de tal género de filosofía haya provenido una tan grande utilidad para los hombres que hacen uso de su ingenio, cuando, movidos por la belleza de la divinidad, desprecian las cosas terrenales e intentan vivir en la tierra una vida celestial. Pero, como dice el poeta, no a todos se les concede todo. Hacía falta, pues, hallar un camino que abriese a todos el acceso a la felicidad, para que no pareciese que sólo se había provisto a los filósofos. Y ésa es ciertamente la conciencia de las empresas pasadas que recoge la historia a fin de que, reuniendo los hechos eminentes no de una sola, sino de todas las épocas, y teniendo como maestra de nuestra vida a la misma antigüedad, incluso como ciudadanos privados, nos hagamos dignos de cierto imperio. Además de ese conocimiento, los ánimos de los hombres son hasta tal punto azuzados por

la historia hacia la prudencia, la fortaleza y la modestia, hacia todas las virtudes, que no consideran nada más bello que la gloria ni más detestable que la infamia. Pues si los antiguos, entre los cuales la virtud fue grandemente estimada, querían que fuesen veneradas las estatuas de sus mayores colocadas en el foro, ante los templos y en otros lugares públicos, y ello para utilidad de los hombres, ¿no debemos nosotros tanto más grandemente estimar a la historia, la cual, no siendo muda como las estatuas ni vana como las pinturas, nos revela las verdaderas imágenes de los hombres eminentes con los que podríamos hablar, a los que podríamos interrogar e imitar como si se tratase de seres vivos?

Además, la lectura de la historia es provechosa en grado sumo para la elocuencia, para el humanismo, para la práctica de cualquier género de actividad; y es tan útil, que incluso aquellos que no intervinieron efectivamente en las empresas, cuando las narran con donaire y elegancia, nos parecen saber más y comprender mejor que los demás hombres.

Tú, por tanto, príncipe de los filósofos y los teólogos, pontífice máximo, movido por el bien de los hombres y queriendo a la vez proveer a la dignidad de la Iglesia, no has ordenado en vano que yo escriba las empresas de los pontífices, no sea que por negligencia de los escritores haya de perecer el recuerdo de las gestas de aquellos que, con sudor y sangre, nos legaron con ellas, tan grande y tan bello, este Estado cristiano. De este modo nuestros descendientes podrán tener luego una incitación a la vida buena y santa, aprendiendo en la lectura qué cosas conviene imitar y de qué otras deben apartarse.

Sé bien, con todo, que algunos dirían que he asumido inútilmente esta empresa, habiendo sido ya realizada por otros. Ciertamente, podemos leer a muchos, pero ellos, siempre con la excepción de Dámaso, no muestran ningún refinamiento en el discurso, ningún donaire ni elegancia, y no porque, como alardean, huyan ex profeso de toda ornamentación, casi como si las cosas sagradas no debiesen ser escritas en un estilo elegante, sino por su ignorancia e impericia en las letras. A ellos bastará oponerles la cultura de Agustín, de Jerónimo, de León, de Cipriano, de Lactancio, quienes, siguiendo en esto la autoridad de Cicerón, pensaron que no hay nada tan rudo y tan abrupto, que el discurso no pueda convertirlo en espléndido.

[Platina, *Proemium in vitas Pontificum ad Sixtum III, Opera*, Colonia, 1529, fol. a (r.)]

27. La importancia de la historia y la dignidad de lo histórico (de la dedicatoria de la *Storia fiorentina*, de Varchi)

Pero, entre todas las maneras que tienen de escribir los que lo hacen, los cuales han proporcionado goces a la vida humana, unas veces con doctrina y juicio y otras con ingenio y elocuencia, me parece que son los historiadores los que no sólo hay que alabar por los trabajos y las vigili-
as que tienen, sino que hay que anteponerlos además a todos los

demás. Que los filósofos —por no decir nada de los demás escritores, a los que hay que colocar junto o por debajo de éstos—, con su prudencia y su sabiduría, muestran muy bien, y enseñan sutilmente y con verdad, además de un número infinito de otras cosas, cómo deben ser los principios óptimos, cómo deben ser las repúblicas bien ordenadas, cómo deben ser los buenos ciudadanos y, en suma, qué es lo que se debe seguir y de qué hay que huir durante toda la vida, cosas todas ellas provechosas, gozosas, honestas y, finalmente, todas laudables y honorables por sí mismas, eso nadie lo niega. Pero los filósofos pueden ser así en público por accidente, al mismo tiempo que en privado son hombres de males grandísimos y causa de daños infinitos. De modo que siempre, en todos los tiempos y todos los países, ha habido una grandísima diferencia entre aquello que los hombres hacen y lo que deberían hacer; y, así, sólo los escritores de historias demuestran de manera abierta y con utilidad inefable no tanto cómo deberíamos vivir todos en general, sino cómo vive en especial cada uno. Ni qué decir tiene que, tanto en las cosas buenas y laudables como en las perjudiciales y malas, más pueden impulsar al bien o al mal los ejemplos particulares que las palabras o las enseñanzas universales. Es así que, para todo sexo y edad y en todo tiempo y lugar, es algo conveniente leer a los historiadores. Ésta es cosa que no parece que suceda, en cambio, con los filósofos y otros autores. Además de eso, no hay nadie que no conozca y confiese que, quien no ha aprendido ningún arte ni ninguna ciencia, no puede decir ordinariamente con verdad que la sepa; y que aprender según el modo ordinario una sola de las ciencias o las artes, sea la que fuere, requiere no menos trabajo que tiempo, ni menos industria que gasto. Y más aún podrá costar aprender tantos hechos de tantos pueblos, tantas mutaciones de los reinos, tantos cambios de fortuna, tal movilidad de las cosas, variedad de tiempos, diversidad de costumbres y diferencia de ingenios; y, para reducir todas esas cosas a una, de qué modo se puede vivir dignamente y cómo se debe morir con honor. Sin embargo, todas estas cosas, con otras muchísimas no menos llenas de provecho que de gozo, se pueden todas ellas, en un tiempo reducidísimo y con ínfima fatiga, sin casi gasto o industria y por quien quiera, aprender en la historia solamente. La historia es verdaderamente el testimonio de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de la memoria, la maestra de la vida y, finalmente, un limpiísimo espejo en que se reflejan clarísimamente todas las acciones y las vidas de todas las gentes. Pero ¿es que hay algo que pueda, no digo ya existir, sino siquiera ser pensado, más maravilloso o más útil que constatar que, cuanto por imposibilidad de la naturaleza nos fue arrebatado y negado, esto es, el poder caminar en pocas horas por todo el mundo y conocer todas las cosas que en él se hacen y dicen, y hallarse, por decirlo así, presente al mismo tiempo en diversos lugares muy distantes uno de otro, y, en suma, vivir un número casi infinito de vidas y ser viejísimo ya durante los años de juventud, todo ello nos ha sido concedido y compensado benignamente por la lectura de las historias? Por lo cual, si bien merecen tanta gloria, o una gloria distinta, quienes hacen las cosas que son dignas de ser escritas y encomendadas a la memoria de las letras como quienes las escriben y conservan para la posteridad, no por ello actuar

dignamente e igualar las obras con las palabras no ha de ser tan laudable y glorioso como es también difícil y penoso. Pues, si no otra cosa, es certísimo que, si sucediera que aquellos que hacen cosas grandes y se fatigan para que los demás puedan descansar no tuviesen quien escribiese sus acciones y proezas, y no digo ya quien las ilustrase y esclareciese, quedarían sus trabajos como vanos y poco menos que perdidos, y ellos yacerían para siempre en la sombra y sin llegar a ser nunca motivo de goce o de ayuda para sí y para los demás. De aquí nace, pienso, aquella exclamación, tan noble y tan celebrada luego por todos, que hizo Alejandro el Grande cuando estaba junto a la sepultura de Aquiles; al recordar cuánto y cómo había cantado Homero sobre él, dijo, suspirando con generosa ambición:

Oh afortunado, que tan preclaro clarín
hallaste, y que de ti tan alto escribió.

[Varchi, *Storia fiorentina*, dedicatoria a Cosme Médicis, ed. Milanesi, I, Florencia, 1858, pp. 34-35.]

28. Alabanzas de la historia que hace Gianmichele Bruto

Gianmichele Bruto, veneciano que, desde Italia, viajó largamente por Francia, España y Polonia, es el autor de una historia florentina, impresa en Lyon en 1562, que abarca hasta 1492 y muestra un tono violentamente antimédiceo. Junto a otros muchos escritos, dejó también un tratado sobre la historia no muy profundo pero en absoluto desprovisto de pasajes convincentes. Es de notar, en particular, su elocuente exaltación de la función educativa de los estudios históricos.

Es, en efecto, la historia el verdadero guía de la vida, imagen de la verdad, testimonio de los tiempos; ella es quien desvela ante los ojos de todos, como un sol naciente expulsando las tinieblas, los actos gloriosos y los vergonzosos de los grandes, mostrando aquello que, envuelto en el silencio, huye de la conciencia de los hombres. Así, como lo hubiese hecho un juez, son marcados con la infamia los malvados y los criminales de toda condición, y son odiados hasta por nosotros, que llegamos después de tantos siglos; y de la misma forma son honrados los justos. No hay nadie, en efecto, que tenga tan firme el respeto por la verdad histórica, si antes no ha tenido respeto de sí mismo. La luz de la historia se difunde, a lo ancho y a lo largo, sobre todos, de tal modo que nadie puede, ni aun queriendo, esconder sus culpas y sus delitos (...).

No nos educa el filósofo que languidece inactivo, sino Escipión armado; y no en las escuelas de Atenas, sino en los campamentos de España; y nos educa, por encima de todo, no con discursos, sino enseñándo-

nos con la acción y el ejemplo lo que un hombre grande debe hacer desde la cumbre del poder. Vale la pena considerar lo que nos enseña. Te parecerá extraña no de la boca de Escipión, hombre de armas, sino del pecho de un filósofo, la afirmación de que la causa primera y fundamental del bien actuar debe provenir de nosotros mismos.

Pero la historia no sólo provee a la posteridad con una infinita cantidad de ejemplos con los cuales parece casi enseñar a los hombres el camino hacia una vida virtuosa, pues es provechosa incluso para los presentes. Éstos, en efecto, si alguna vez realizan alguna cosa digna de alabanza, obtienen un premio magnífico con el testimonio del historiador, sobre todo si es elocuente y eficaz. Gozan los hombres, más que de cualquier otra cosa, de la esperanza en la inmortalidad, y piensan que viven siempre y del modo más honorable cuando viven en la boca de todos, ilustres por la gloria de sus empresas y por la alabanza de su virtud. Y, del mismo modo que los buenos, ardiendo por la esperanza de la gloria, realizan muchos actos honorables y útiles a la patria, así aquellos que por naturaleza son malvados quedan disuadidos, por miedo al castigo, de la mala acción, pensando que, incluso si en el presente quedaran impunes, no faltarían quienes, apoyándose en su capacidad para escribir, requerirían con sus escritos una expiación de los malvados por los actos realizados con injusticia e infamia.

¡Cuán grande es quien escribe la historia, erigido en juez de casi todo el mundo! Pues, como único juez, piadoso e incorruptible, distribuye los premios y los castigos por las acciones de los hombres.

[Joh. Michaelis Bruti, *De historiae laudibus*, Colon. Brandenb., 1698, pp. 703-704, 731, 743-744.]

29. «Veritas filia temporis» (de la *Cena delle Ceneri*, de Giordano Bruno)

Veritas filia temporis: la intuición de que el espíritu se hace a sí mismo, en la presente etapa de su conquista, fue el sello de la nueva visión de la humanidad. Con la confrontación entre los antiguos y los modernos, con el interés apasionado por los avatares de los hombres, el concepto de espiritualización va esclareciéndose poco a poco. Y lo hallaremos lúcidamente expresado en Bacon y en Galileo. Pero es Bruno quien, con su estilo tan eficaz, lo precisa claramente en todo su profundo valor. Cf. G. Gentile, *Giordano Bruno e il pensiero del Rinascimento*, Florencia, 1920, pp. 89 y ss.

PRUDENCIO. Sea como allí se quiera, yo no pienso alejarme del parecer de los Antiguos, pues, como dice el sabio, en la antigüedad está la sabiduría [Job, XII, 12].

TEÓFILO. Y yo añado que en los muchos años está la prudencia. Si entendiérais bien lo que decís, veríais que de vuestro fundamento se infiere lo contrario de lo que pensáis. Quiero decir que somos más viejos y tenemos una edad mayor que la de nuestros predecesores. Me refiero a ciertos juicios como los que estamos examinando. No pudo ser de ningún modo tan maduro el juicio de Eudoxo, quien vivió muy poco tiempo después de la astronomía renaciente, como el de Calipo, que vivió aún treinta años desde la muerte de Alejandro el Magno; y, como sumó muchos años, pudo añadir más y más observaciones. Hiparco, por la misma razón, debía saber más que Calipo, pues fue testigo de la mutación que no se produjo hasta ciento noventa y seis años después de la muerte de Alejandro. Menelao, geómetra romano, es lógico que entendiese más de eso que Hiparco, pues vio la evolución producida a los cuatrocientos sesenta y dos años de la muerte de Alejandro. Y más aún debía ver Arzaquel mil doscientos años después de aquél. Y más vio Copérnico mil ochocientos cuarenta y nueve años después de la misma fecha. Pero, que aquellos que vinieron después no hayan sido más sagaces que los que vinieron antes y que la multitud de los que existen en nuestro tiempo, eso tiene aún más gracia; y si sucede, en cambio, que aquéllos no vivieron, ni éstos viven, durante los años de los otros. Y, lo que es peor, aquéllos y éstos, durante su propio tiempo, vivieron muertos.

[Giordano Bruno, *La Cena de le Ceneri*, I, *Opere italiane*, ed. Gentile, vol. I, Bari, 1925, pp. 32-33.]

6. EL CULTO A LA BELLEZA

Es posible que la estética del Renacimiento sea pobre y falta de originalidad, sobre todo si vamos a buscarla en los tratados de escuela. No es, sin embargo, éste el lugar para discutir el juicio que, quizá con excesiva severidad, se acostumbra a emitir sobre esa estética. Lo que sí es innegable es el culto a la belleza que constantemente se mantuvo a lo largo del siglo, insaciable admirador de ella. Lo bello se presenta como el signo de la realidad absoluta, como el sello impreso de Dios en lo real.

Armonía interior de las cosas, símbolo de un espíritu que actúa en la intimidad del ser, signo visible de la bondad, la belleza fue una nueva deidad a la que se le dedicaban devotos sacrificios.

Fue en el reino del arte donde el hombre nuevo buscó la suprema liberación; y en lo bello se vio la más perfecta expresión del poder espiritual. Armonía y medida, número y orden, constituyen la raíz de cualquier expresión artística; son encarnación de lo universal, viva transfiguración de la idea, y constituyen el nacimiento de un mundo en el cual el hombre se muestra capaz de una creación sublime. En la obra que sale perfecta de sus manos, el artista ve transmitida una potencia creadora que parece elevarlo a la condición de Dios. Más aún, parece elevarlo más allá de Dios, en la medida en que la obra de arte prevalece sobre la naturaleza.

Signo del espíritu por el hecho de ser una medida musical, la belleza revela en las cosas la divinidad que las ha creado y que las anima. Recogida en sí misma y sublimada en el arte, es a la vez la plegaria más alta que el hombre eleva a Dios y la prueba de su divina dignidad. Celebración del espíritu como libre creatividad, el arte fue la expresión más alta de una época que quiso ser toda ella un himno al espíritu.

Y al arte, como celebración de la espiritualidad reconquistada, le corresponde la exaltación del amor, el cual, a través de las cosas terrenales, busca, insaciado e insaciable, aquella absoluta belleza de la cual en el mundo no se puede hallar ningún vestigio. El pensamiento platónico, que alimenta todo el vasto desarrollo del tema del amor, enaltece la infinita aspiración humana a una

posesión situada más allá de cualquier meta. El amor llega a ser la tendencia incoercible en el esfuerzo, en el proceso de edificación espiritual, que es común tanto a nosotros como a las cosas.

Alma de la naturaleza, presencia en ella de Dios, esencia del hombre que aspira al infinito, el amor envuelve en una exaltación común a todo lo real, que en el círculo del amor celebra su interior divinidad, su infinitud, sus perennes bodas con Dios.

En el ideal clásico de la bondad y la belleza, ardiente todo él del amor que da al alma las alas con las que puede elevarse hacia Dios, encuentra el culto más vivo del Renacimiento. Este culto se alimenta y vivifica en una inspiración platónica que pone en un mismo plano a un Ficino y a un Leonardo, y que reúne en una misma celebración a poetas, artistas y filósofos.

1. Que la belleza es cosa espiritual (de Marsilio Ficino)

Como teórico supremo de la concepción platónica, Ficino exalta la naturaleza espiritual de lo bello, luz divina que se refleja en el mundo de los fenómenos como sello de un Dios encarnado, de un universal que vive en lo individual. El platonismo estético no repite, pues, la condena de *La República*, sino el mito sublime del *Fedro* y la intuición de Plotino.

QUE LA BELLEZA ES COSA ESPIRITUAL

(...) La naturaleza de la belleza no puede ser corporal. Pues, si fuese cuerpo, no convendría con las virtudes del alma, que son incorpóreas. Y está tan lejos de ser cuerpo, que no solamente no puede ser corpórea aquella que está en la virtud del alma, sino que tampoco lo es la que reside en los cuerpos y en las voces. Pues, aunque llamemos bellos algunos cuerpos, no es por su materia por lo que son bellos. Pues a veces un mismo cuerpo de hombre hoy es bello y mañana, por algún acontecimiento, es feo, como si fuesen dos cosas distintas el ser cuerpo y el ser bello. Y tampoco son bellos los cuerpos por su cantidad, pues algunas veces algunos cuerpos grandes y otros pequeños aparecen hermosos. Y, si algunas veces son feos los grandes y hermosos los pequeños, por el contrario otras veces son feos los pequeños y agradabilísimos los grandes. Y también con frecuencia sucede que hay una belleza semejante en los cuerpos grandes y en los pequeños. Pues si, manteniéndose a menudo la misma cantidad, la belleza se cambia por alguna razón, y si, cambiada la cantidad, a la vez se muda la belleza, y si frecuentemente hay gracia similar en los cuerpos grandes y en los pequeños, ciertamente esas dos cosas, belleza y cantidad, deben ser diferentes en todo. Además de

esto, si la hermosura de algún cuerpo residiese en el tamaño del cuerpo como corporal, tampoco le gustaría a quien lo mirase, pues al alma le complace la especie de alguna persona no en tanto que reside en la materia exterior, sino en tanto que el alma recibe la imagen de aquella a través del sentido del ver. Y esa imagen, tanto en la vista como en el alma, no puede ser corporal, pues no son éstas, ni el alma ni la vista, corpóreas. ¿De qué modo si no, siendo como es la pupila del ojo tan pequeña, podría hacerse cargo de tanto espacio del cielo, si lo hiciese de un modo corporal? De ninguno. Pero el espíritu recibe en un solo punto toda la amplitud del cuerpo de un modo espiritual y como imagen incorpórea. Al alma sólo le complace aquella especie que aprehende por sí misma. Y ésta, aunque sea semejanza de un cuerpo extrínseco, no por ello deja de ser en el alma algo incorpóreo. De modo que es la especie incorpórea la que gusta, y aquello que gusta es grato, y aquello que es grato es bello. De aquí se concluye que el amor se refiere a cosa incorpórea. Y la belleza es más cierta semejanza espiritual de la cosa, que una especie corporal (...). El amor no se sacia por ningún aspecto o tacto de cuerpo. De modo que no busca ninguna naturaleza de cuerpo, sino más bien la belleza. De donde se concluye que la belleza no puede ser cosa corporal. Por todas esas cosas se ve que, los que están inflamados de amor, tienen sed de belleza; si quieren apagar la sed ardentísima con la bebida de este licor, es preciso que busquen el dulcísimo humor de la belleza, más que buscar en el río de la materia y en los arroyuelos de la cantidad, figura y colores (...).

Pero, a fin de que nuestro discurso no se exceda de su propósito, vamos a concluir brevemente (...) que la belleza es cierta gracia vivaz y espiritual. Y esta gracia se infunde por el rayo divino, primero en los ángeles, luego en las almas de los hombres, después de ellos en las figuras y voces incorpóreas, y esa gracia mueve y deleita nuestra alma por medio de la razón, de la vista y del oído, y en el deleitar arrebatada, y en el arrebatar inflama con ardiente amor.

[Marsilio Ficino, *Sopra lo amore*, ed. Rensi, Lanciano, 1914, páginas 65-74.]

2. Sobre la naturaleza de Amor, según B. Castiglione

Al amor le está dedicado el cuarto libro de *El Cortesano* y en todo él palpita la idea de la espiritualidad de la belleza, la idea de una fusión de lo bello y lo bueno, de la función cósmica de la belleza. La intuición estética de la realidad, que es uno de los aspectos característicos del Renacimiento, se expresa aquí de un modo que, si bien no es especulativamente original, sí es acertadísimo desde el punto de vista literario. [Nota del trad.: Damos aquí la versión de Juan Boscán.]

Yo, ciertamente, no querría que con decir mal de la hermosura, la cual es una cosa sagrada y divina, hubiese alguno de vosotros que, como profano y sacrilego, incurriese en la ira de Dios (...) digo que de Dios nace la hermosura, y es como un círculo del cual la bondad es el centro. Por eso, como no puede ser círculo sin centro, así tampoco puede ser hermosura sin bondad; y con esto acaece pocas veces que una ruin alma esté en un hermoso cuerpo, y de aquí viene que la hermosura que se ve de fuera es la verdadera señal de la bondad que queda dentro; y en el cuerpo de cada uno es impresa, en los unos más y en los otros menos, una cierta gracia, casi como un carácter o sello del alma, por el cual es conocida por de fuera, como los árboles que con la hermosura de la flor señalan la bondad de la fruta. Esto mismo acontece en los cuerpos; y así, los que entienden de fisonomía, muchas veces en la compostura de los rostros y en el gesto conocen costumbres e inclinaciones, y alguna vez los pensamientos, y, lo que es más de maravillar, hasta en las bestias se comprende en el aspecto la calidad del ánimo, el cual en el cuerpo se declara todo lo posible. Considerad cuán claramente en el rostro del león, del caballo y del águila se conocen la ira, la ferocidad y la soberbia; en los corderos y en las palomas, una pura y simple inocencia; en las zorras y lobos, una astucia maliciosa, y por aquí casi en todos los otros animales.

Así que los feos comúnmente son malos, y los hermosos buenos; y puede muy bien decir que la hermosura es la cara del bien: graciosa, alegre, agradable y aparejada a que todos la deseen; y la fealdad, la cara del mal: oscura, pesada, desabrida y triste. Y si queréis discurrir por todas las cosas y bien considerarlas, hallaréis que siempre las que son buenas y provechosas alcanzan este don de hermosura. Mirad este gran edificio y fábrica del mundo, el cual por el bien y conservación de todas las criaturas ha sido criado y fabricado por la mano de Dios; veréis el cielo redondo, ornado y ennoblecido de tantas divinas lumbres; la tierra rodeada de los elementos con su mismo peso sostenida; el sol, que, haciendo su curso, extiende y derrama su luz por todo, y en el invierno desciende hacia el más bajo sino y después, poco a poco, vuelve a subir hacia el otro punto; veréis también la luna, que de él toma su luz proporcionada según la distancia de cómo se le allega o se le aleja, y los otros cinco planetas que diferentemente hacen el mismo curso. Todas estas cosas en sí tienen tanta fuerza por el ayuntamiento y atadura de un orden compuesto así necesariamente, que, mudándole un solo punto, no podrían compadecerse y caería el mundo quedando hecho mil pedazos; alcanzan asimismo tanta hermosura y gracia, que no puede el entendimiento humano imaginar cosa más hermosa. Considerad tras esto la figura del hombre, el cual se puede llamar pequeño mundo: hallaréis en él todas las partes de su cuerpo ser compuestas necesariamente por arte y no acaso, y después toda la forma junta ser hermosísima, de tal manera que con dificultad se podría juzgar cuál es mayor, o el provecho o la gracia que al rostro humano y a todo el cuerpo dan los miembros, como son los ojos, la nariz, la boca, las orejas, los brazos, los pechos, y así las otras partes. Lo mismo se puede decir de todos los otros animales: veis las plumas en las aves, las hojas y ramas en los árboles, mirad

que estas cosas les son dadas por conservación de su ser, y juntamente con esto tienen en sí una frescura y lindeza grandes. Dejemos la natura y vengamos al arte. ¿Qué cosa hay tan necesaria en las naves y galeras como lo son la proa, los lados, la antena, el mástil, las velas, el gobernalle, los remos, las áncoras y todos los otros aparejos? Y todas estas cosas ya veis cómo parecen tan bien a la vista, que quien las mira halla que así se hicieron por ornamento como por provecho. Sostienen las columnas y los arcos y las bóvedas a los altos templos y palacios, mas por eso no son estas cosas menos vistosas y soberbias a los ojos de quien las ve, que provechosas a los edificios. Cuando primero comenzaron los hombres a edificar, pusieron en los templos y casas, en lo más alto de en medio, aquellas cubiertas así combadas como ahora se ven; y no era entonces la intención de ellos hacer esto porque tuviesen más gracia los edificios, sino porque, estando así los tejados, en pendiente, corriesen mejor las aguas; todavía vino mezclada tanto con este provecho la hermosura, que, si debajo de aquel cielo donde nunca llueve ni graniza se edificase ahora un templo, no parecería que sin aquella combadura pudiese tener ninguna majestad ni hermosura.

También vemos que, para alabar cualquier cosa, ningún término tenemos mejor que llamarla hermosa; y así, cuando queremos alabar las cosas del mundo, decimos hermoso cielo, hermosa tierra, hermoso mar, hermosos ríos, hermosas provincias, hermosos montes, árboles, jardines, hermosas ciudades, hermosos templos y casas y ejércitos. A toda cosa, en fin, da grandísimo ornamento esta alta y divina hermosura, y puede muy bien decir que lo bueno y lo hermoso en alguna manera son una misma cosa, en especial en los cuerpos humanos, de la hermosura de los cuales la más cercana causa pienso yo que sea la hermosura del alma, la cual, como participante de aquella verdadera hermosura divina, hace resplandeciente y hermoso todo lo que toca, especialmente si aquel cuerpo donde ella mora no es de tan baja materia que ella no pueda imprimirle su calidad. Así que la hermosura es el verdadero trofeo e insignia de la victoria del alma cuando ésta, con la virtud divina, señorea a la natura material y con su luz vence las tinieblas del cuerpo (...).

Pues luego, si las hermosuras que a cada paso con estos nuestros flacos y cargados ojos en los corruptibles cuerpos (las cuales no son sino sueños y sombras de aquella otra verdadera hermosura) nos parecen tan hermosas que muchas veces nos abrasan el alma y nos hacen arder con tanto deleite en mitad del fuego, que ninguna bienaventuranza pensamos poderse igualar con la que alguna vez sentimos por sólo un buen mirar que nos haga la mujer que amamos, ¿cuán alta maravilla, cuán bienaventurado transportamiento os parece que sea aquel que ocupa las almas puestas en la pura contemplación de la hermosura divina? ¿Cuán dulce llama, cuán suave abrasamiento debe ser el que nace de la fuente de la suprema y verdadera hermosura, la cual es principio de toda otra hermosura y nunca crece ni mengua, siempre hermosa, y por sí misma tanto en una parte cuanto en otra simplicísima, solamente a sí semejante y no participante de ninguna otra, mas de tal manera hermosa, que todas las otras cosas hermosas son hermosas porque de ella toman la hermosura? Ésta es aquella hermosura indistinta de la suma bondad que

con su luz llama y atrae a sí todas las cosas, y no solamente a las intelectuales da el entendimiento, a las racionales la razón, a las sensuales el sentido y el apetito común de vivir, mas aun a las plantas y a las piedras comunica, como un vestigio o señal de sí misma, el movimiento y aquel instinto natural de las propiedades de ellas. Así que tanto es mayor y más bienaventurado este amor que los otros, cuanto la causa que les mueve es más excelente, y por eso, como el fuego material apura al oro, así este santísimo fuego destruye en las almas y consume lo que en ellas es mortal, y vivifica y hace hermosa aquella parte celestial que en ellas por la sensualidad primero estaba muerta y enterrada. Ésta es aquella gran hoguera en la cual (según escriben los poetas) se echó Hércules y quedó abrasado en la alta cumbre de la montaña llamada Oeta, por donde, después de muerto, fue tenido por divino e inmortal; ésta es aquella ardiente zarza de Moisés, las lenguas repartidas de fuego, el inflamado carro de Elías, el cual multiplica la gracia y bienaventuranza en las almas de aquellos que son merecedores de verle cuando, partiendo de esta terrenal baja, se van volando para el cielo. Enderecemos, pues, todos los pensamientos y fuerzas de nuestra alma a esta luz santísima que nos muestra el camino que nos lleva derecho al cielo y, tras ella, despojándonos de aquellas aficiones de que andábamos vestidos al tiempo que descendíamos, rehagámonos ahora por aquella escalera que tiene en el más bajo grado la sombra de la hermosura sensual, y subamos por ella adelante a aquel aposento alto donde mora la celestial, dulce y verdadera hermosura que en los secretos retraimientos de Dios está escondida, a fin de que los mundanales ojos no puedan verla, y allí hallaremos el término bienaventurado de nuestros deseos, el verdadero reposo en las fatigas, el cierto remedio en las adversidades, la medicina saludable en las dolencias y el seguro puerto en las bravas fortunas del peligroso mar de esta miserable vida.

¿Cuál lengua mortal, pues, ¡oh AMOR santísimo!, se hallará que bastante sea a loarte cuanto tú mereces? Tú, hermosísimo, bonitísimo, sapientísimo, de la unión de la hermosura y bondad y sapiencia divinas procedes, y en ella estás, y a ella por ella como en círculo vuelves. Tú, suavísima atadura del mundo, medianero entre las cosas del cielo y las de la tierra, con un manso y dulce temple inclinas las virtudes de arriba al gobierno de las de aquí abajo, y, volviendo las almas y entendimientos de los mortales a su principio, con él los juntas. Tú pones paz y concordia en los elementos, mueves la naturaleza a producir y convidas a la sucesión de la vida lo que nace. Tú las cosas apartadas vuelves en uno, a las imperfectas das la perfección, a las diferentes la semejanza, a las enemigas la amistad, a la tierra los frutos, al mar la bonanza y al cielo la luz que da la vida. Tú eres padre de los verdaderos placeres, de las gracias, de la paz, de la benignidad y bien querer, enemigo de la grosera y salvaje bravura, de la flojedad y desaprovechamiento. Eres, en fin, principio y cabo de todo bien, y porque tu deleite es morar en los lindos cuerpos y lindas almas, y desde allí alguna vez te muestras un poco a los ojos y a los entendimientos de aquellos que merecen verte, pienso que ahora aquí, entre nosotros, debe estar tu morada. Por eso ten por bien, Señor, oír nuestros ruegos; éntrate tú mismo en nuestros cora-

zones, y con el resplandor de tu santo fuego alumbramos nuestras tinieblas, y como buen adalid muéstranos en este ciego laberinto el mejor camino; corrige tú la falsedad de nuestros sentidos y, después de tantas vanidades y desatinos como pasan por nosotros, danos el verdadero y sustancial bien; haznos sentir aquellos espirituales olores que vivifican las virtudes del entendimiento y haznos también oír la celestial armonía de tal manera concorde, que en nosotros no tenga más lugar alguna discordia de pasiones; emborráchanos en aquella fuente perenne de contentamiento que siempre deleita y nunca harta, y a quien bebe de sus vivas y frescas aguas da gusto de verdadera bienaventuranza; descarga tú de nuestros ojos, con los rayos de tu luz, la niebla de nuestra ignorancia, a fin de que no precemos más hermosura mortal alguna y conozcamos que las cosas que pensamos ver no lo son, y que aquellas que no veíamos verdaderamente son; recoge y recibe nuestras almas, que a ti se ofrecen en sacrificio; abrásalas en aquella viva llama que consume toda material baja; por manera que, en todo separadas del cuerpo, con un perpetuo y dulce nudo se junten y se aten con la hermosura divina; y nosotros, de nosotros mismos enajenados, como verdaderos amantes, en lo amado podamos transformarnos y, levantándonos de esta baja tierra, seamos admitidos en el convite de los ángeles, adonde, mantenidos con aquel mantenimiento divino que ambrosía y néctar por los poetas fue llamado, en fin muramos de aquella bienaventurada muerte que da vida, como ya murieron aquellos santos padres, las almas de los cuales tú, con aquella ardiente virtud de contemplación, arrebataste del cuerpo y las juntaste con Dios.

[B. Castiglione, *Il Cortegiano*, IV, 57-59, 69-70, ed. Cian, Florencia, 1929, pp. 480-484, 495-498. Traducción castellana de Juan Boscán, Barcelona, 1534. Edición de R. Reyes Cano: Baltasar de Castiglione, *El Cortesano*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984, pp. 343-345, 353-355. (Hemos modernizado la ortografía.)]

3. La belleza universal (de los *Diálogos de amor*, de León Hebreo)

Una visión estética del universo concebido como *circulus amorusus* nos la ofrece, expuesta con rara energía, León Hebreo, animado totalmente por la doctrina platónica del Eros, donde todo es visto y entendido en términos de belleza. Contemporáneo de Leonardo y de Bramante, León Hebreo ve en Dios el artífice supremo del universo, el divino arquitecto que persigue un ideal de belleza (cf. C. Gebhardt, «León Hebreo; su vida y su obra», *Revista de Occidente*, julio de 1934, p. 17). Como observa De Ruggiero, «esta disposición estética, esencialmente contemplativa, era la más apta para hacer apreciable el arte de un Ariosto y de un Rafael». [Traducción del inca Garcilaso de la Vega.]

El uso de este vocablo hermoso cerca del vulgo es según el conocimiento que los vulgares tienen de la hermosura; que cosa sabida es que ellos no pueden comprender otra hermosura que la que los ojos corporales y los oídos comprenden; por lo cual creen fuera de ésta no haber otra hermosura, sino que es alguna cosa fingida, soñada o imaginada. Pero aquellos cuyos entendimientos tienen ojos claros y ven mucho más adelante que los corporales, conocen mucho más de la hermosura incorpórea que los carnales de la corpórea. Y conocen que la hermosura que se halla en los cuerpos es baja, poca y superficial en respecto de la que se halla en los incorpóreos; antes, conocen que la hermosura corpórea es sombra e imagen de la espiritual y participada de ella, y no es otra cosa que el resplandor que el mundo espiritual da al mundo corpóreo. Y ven que la hermosura de los cuerpos no procede de la corporeidad o materia de ellos; que, si fuera así, todo cuerpo y cosa material fuera hermosa de una misma manera, porque la materia y corporeidad es una en todos los cuerpos, o de los cuerpos el mayor fuera el más hermoso, que muchas veces no lo es, porque la hermosura requiere la medianía en el cuerpo; el mayor de los cuales, como el menor, es deforme. Y conocen que la hermosura viene en los cuerpos por la participación de los incorpóreos sus superiores, y cuanto faltan de la participación de ellos, tanto son deformes; por manera que la fealdad es lo propio del cuerpo y la hermosura es adventicia en él del espiritual, su bienhechor. A ti, pues, ¡oh Sofía!, no te basten los ojos corporales para ver las cosas hermosas; míralas con los incorpóreos y conocerás las verdaderas hermosuras que el vulgo no puede conocer; porque, así como los ciegos de los ojos corporales no pueden comprender las hermosas figuras y colores, así los ciegos de los ojos intelectuales no pueden comprender las clarísimas hermosuras espirituales ni deleitarse con ellas; porque no deleita la hermosura sino a quien la conoce, y el que no gusta de ella está privado de suavisima delectación (...). Sabrás que la materia, fundamento de todos los cuerpos inferiores, es de suyo fea y madre de toda fealdad en ellos; pero, formada en todas las partes por participación del mundo espiritual, se torna hermosa. Así que las formas, que como rayos del Sol descienden a ella del entendimiento divino y de la ánima del mundo o del mundo espiritual o del celestial, son las que le quitan la fealdad y le dan la hermosura. De manera que la hermosura de este mundo inferior viene del mundo espiritual y celestial, así como la fealdad y la grosería es propia en él de su deforme e imperfecta materia de que son hechos todos sus cuerpos.

[Leone Ebreo, *Dialoghi d'amore*, ed. Caramella, Bari, 1929, pp. 318 y ss. Traducción del inca Garcilaso de la Vega: León Hebreo, *Diálogos de amor*, Espasa Calpe, Madrid, col. «Austral», nº 704, pp. 274 y 276.]

4. La belleza divina (de *Il Raverta*, de Betussi)

Entre los innumerables escritos sobre el amor (cf. *Trattati d'amore del Cinquecento*, ed. Zonta, Bari, 1912), valga este bre-

ve pasaje de Betussi, que compuso su *Raverta* durante la primera mitad del siglo (1544) para para esclarecer una vez más aquella intuición estética del cosmos que traduce incluso lo divino en términos de belleza.

No hay ninguna duda (...) de que Dios no sea la suprema belleza, y, puesto que es el creador de todas las cosas, que no sea también el primer origen de su verdadera belleza. No hay ninguna duda de que, siendo Dios todo, y de que, estando contenido en él todo lo bueno y lo bello, no proceda de él la verdadera belleza; la cual no obstante es suya, y no se separa de él nunca, aunque sí se infunde entre nosotros. Y ahí está su suprema sabiduría, o intelecto, y mente ideal. Si es cierto que, si bien ella se deriva de él y de él depende, precisamente por eso hay que llamarla la primera y verdadera belleza divina. No obstante, Dios no es belleza primera, sino más bien origen y creador, sin ninguna dependencia de su verdadera propia belleza, la cual es su suprema sabiduría. Y no solamente se dirá que Dios es supremo sapiente, pues en Él está la primera sabiduría, sino que se lo llamará fuente y origen de aquella, y de todo, sin tener nada que lo preceda, ni origen, o principio que esté por encima del principio. Pues Dios no comenzó ni tendrá nunca final. De donde su sabiduría deriva de él y hace que todo sea bello. Y hay tres grados de belleza: el autor, la belleza misma, y el participante; se los llama lo bello bellificante, la belleza y lo bello bellificado. Bello bellificante es el padre, esto es, el Dios supremo autor y productor de la belleza, como de todo, del cual ella deriva. Está luego la belleza, la cual es su suprema sabiduría, constituida y figurada por el Hijo a la vez que por Él, pues son dos en uno. Bello bellificado es todo el mundo entendido por el espíritu, con lo que son tres cosas a la vez que una sola. Y este bello bellificado es Amor, esto es, el Espíritu Santo.

[Betussi, *Il Raverta*, Milán, 1864, pp. 57-58.]

5. Amor y conocimiento (Giordano Bruno)

Amor infinito que, con un impulso sin límites de heroico furor, deifica al hombre arrastrándolo a una búsqueda infinita: así es como Bruno sintetiza y concluye de manera admirable la visión de la potencia del hombre, de la infinitud del mundo, del amor que, anhelando la belleza del todo, es nudo universal de las cosas.

Esta verdad es buscada como cosa inaccesible, como objeto mudable a la vez que incomprensible. Pero a nadie le parece posible ver el Sol, al universal Apolo, luz absoluta como especie suprema y excelentísima

que es; pero si ve su sombra, su Diana, el mundo, el universo, la naturaleza, que está en las cosas, así como la luz que está en la opacidad de la materia, esto es, la luz en tanto que resplandece entre las tinieblas. De modo que, entre los muchos (...) que en esta selva desierta discurren, poquísimos son los que consiguen llegar a la fuente de Diana. Son muchos los que se quedan contentos con dar caza a las fieras salvajes y menos ilustres, mientras que la mayor parte no puede llegar a comprender, pues lanza sus redes al viento, con lo que se encuentra con las manos llenas de moscas. Son rarísimos, digo, los Acteones, aquellos a los que les es concedido poder ver a Diana desnuda, y que, invadidos de tal modo por la bella disposición del cuerpo de la naturaleza y absortos de tal modo por aquellas dos luces del genuino esplendor que son la bondad y la belleza divinas, llegan hasta el punto de ser convertidos en ciervo, de tal modo que no sean ya cazadores, sino caza. Pues el fin último y final de esta montería consiste en llegar a atrapar aquella presa selvática y fugaz por la cual el predador se convierte él mismo en presa, y el cazador se convierte en caza. Pues en todas las demás especies de montería, la que se hace respecto de las cosas particulares, el cazador consigue apresar para sí las demás cosas, absorbiéndolas con la boca de la propia inteligencia. Pero en aquella caza divina y universal llega a apresar de tal modo, que necesariamente él queda prendido, absorto, unido.

[Giordano Bruno, *De gli eroici furori*, II, 2; ed. Gentile, *Opere italiane*, vol. II, Bari, 1927, p. 472.]

6. Ideas de L. B. Alberti sobre la pintura

«El Renacimiento, también en las artes, se inicia en relación con la conciencia nueva creada por el humanismo toscano neoplatónico, que parte de las ideas agustinianas. A partir del momento en que el *novus ordo* se difundió desde Florencia por toda Italia (...) se fue afirmando con una idolatría de lo antiguo que, nacida no en Florencia sino en un ambiente erudito, en Padua, halla una encarnación excepcional en espíritus elevados como Alberti y Mantegna.» Así se expresa Salmi, «L'arte del Rinascimento», en *Atti del secondo convegno naz. di studi sul Rinasc.*, Florencia, 1940, p. 39. Después de la expresión de la estética neoplatónica, vemos aquí al Alberti de los tratados de pintura y de arquitectura, con su exaltación de lo antiguo.

Pero, después de que yo quedase recluso en esta patria nuestra, tan adornadísima en todas las cosas del arte, por un largo exilio, en el que nosotros los Alberti hemos envejecido, comprendí, gracias a muchos, pero sobre todo gracias a ti, Filippo, y a aquel escultor gran amigo nuestro, Donato, y gracias a aquellos otros: Nencio, Luca y Masaccio, que

había en todas las cosas alabadas un ingenio que no había de ocupar ningún lugar inferior a todos los que fueron en la antigüedad famosos en esas artes. Por lo tanto, me encaminé por la vía de nuestra industria y nuestra diligencia, pues está en el beneficio de la naturaleza y de los tiempos el poder conquistar algún tipo de alabanza y de virtud. Tengo que confesarte que, si a los antiguos, que tenían menos abundancia que nosotros de cosas en las cuales aprender y a las cuales imitar, les era menos difícil ascender al conocimiento de las artes supremas, nuestro nombre tanto más grande debe ser cuanto que nosotros, sin preceptores y sin ejemplo alguno, descubrimos artes y ciencias nunca oídas ni nunca vistas. Quién pudo haber que fuese tan duro y tan ciego que no alabase a Pippo el arquitecto, viendo esas construcciones tan grandes, erguidas hacia los cielos, tan amplias que podrían cubrir bajo su sombra todos los pueblos toscanos, hechas sin ayuda alguna de viguerías y sin abundancia de maderamen, con un arte cierto, si lo juzgo bien, pues en esos tiempos era imposible que se pudiesen hacer, y quizá entre los antiguos no se supo ni se conoció. Pero tus alabanzas y la virtud de nuestro Donato, y a la vez de los demás, que son para ellos vestimentas gratísimas, otro lugar habrá para recitarlas. Tú, entretanto, persevera en el hallar cosas que hacer de día en día, merced a las cuales tu ingenio maravilloso conquiste fama perpetua y renombre. Y si, mientras tanto, tienes algún tiempo libre, me gustará que veas esta obra mía sobre pintura que compuse, dedicándotela, en lengua toscana. Verás que tiene tres libros. El primero es todo él matemático y hace surgir de las raíces de la naturaleza este elegante y nobilísimo arte. El segundo libro pone el arte en manos del artista, distinguiendo sus partes y demostrándolo todo. El tercero instituye de qué manera puede y debe llegar a poseer el artista un arte perfecto y un conocimiento de toda la pintura.

[L. B. Alberti, *Il trattato della pittura*, ed. G. Papini, Lanciano, 1913, pp. 11-13.]

7. Pintura y literatura, según L. B. Alberti

Una vez más, Alberti con su descripción de la Calumnia de Apeles, que Botticelli evoca en una famosa pintura, renovado ejemplo de la colaboración entre artistas y escritores.

El oficio del pintor es así: describir con la línea y teñir con el color en cualesquiera tablas o muros dados, o superficies similares de cualquier cuerpo, de modo que, desde una cierta distancia y desde cierta posición, parezcan con relieve, de manera que parezcan tener cuerpo. El fin de la pintura es el siguiente: conseguir gracia, benevolencia y alabanzas, mucho más que riquezas, para el artífice. Y esto lo conseguirán los pintores cuando su pintura arrebatase los ojos y el ánimo de los que la miren. Cómo puede hacerse esto, lo diremos más abajo, cuando tratemos de la composición y de la recepción de las luces. Pero me gustaría, para

que el pintor pudiese obtener todas esas cosas, que fuese un hombre bueno e instruido. Todo el mundo sabe cuánto más vale la bondad del hombre que cualquier industria o arte para conquistar la benevolencia de los ciudadanos. Nadie duda tampoco de que la benevolencia de muchos ayuda en mucho al artista, tanto por lo que se refiere a la alabanza como a la ganancia. Y sucede con frecuencia que los ricos, movidos más por la benevolencia que por la maravilla que les causa el arte de los demás, antes recompensan a los que son modestos y buenos, dejando de lado a algún otro pintor que acaso es mejor en el arte pero que no es tan bueno en sus costumbres, ni más aún en su humanidad y en disposición. De ese modo, la benevolencia será una firme ayuda contra la pobreza, y las ganancias una óptima ayuda para aprender bien su arte.

Me parece bien que el pintor sea docto tanto como pueda en todas las artes liberales, pero mi primer deseo es que sepa geometría. Me gusta la sentencia de Pánfilo, antiguo y nobilísimo pintor, de quien los jóvenes nobles empezaron a aprender a pintar. Estimaba que ningún pintor podía aprender bien a pintar si no sabía mucha geometría. Nuestras enseñanzas, en las cuales se expresa todo el perfecto arte de pintar, serán entendidas muy fácilmente por el geómetra, mientras que, quien no sea instruido en geometría, no entenderá ni aquéllas ni ningún otro razonamiento sobre el pintar. Por lo tanto, afirmo que le es necesario al pintor saber geometría. Y le convendrá deleitarse con los poetas y con los oradores, pues éstos tienen muchos ornamentos en común con el pintor, y son abundantes en noticias sobre muchas cosas, y mucho contribuirán a la bella composición de la historia, de la cual toda la alabanza consiste en la invención. La invención tiene tal fuerza, que ella sola, sin la pintura, ya es grata. Deleita leer aquella descripción de la Calumnia, pintada por Apeles, tal y como Luciano la cuenta. Me parece que no estará aquí fuera de nuestro propósito narrarla con el fin de prevenir a los pintores sobre qué cosas han de vigilar en lo que se refiere a sus invenciones. Había en aquella pintura un hombre con sus orejas muy grandes, y junto al cual estaban dos mujeres, una a cada lado de él. Una se llamaba Ignorancia, y la otra la Sospecha. Luego, más allá, venía la Calumnia, una mujer bellísima para la vista, pero que parecía demasiado astuta por su cara; en una mano tenía una antorcha encendida, mientras que con la otra arrastraba tras de sí a un joven por los cabellos, el cual tendía sus manos hacia el cielo. Había además un hombre pálido, feo, sucio todo él, de aspecto feroz, como podría parecerlo quien en los campos de armas estuviese guerreando. El guiaba a la Calumnia y se llamaba Perversidad. Y había otras dos mujeres, compañeras de la Calumnia, que le aderezaban sus adornos y trenzas; una de ellas se llamaba Insidia y la otra Fraude. Detrás de éstas estaba la Penitencia con vestiduras funerarias que iba desgarrando ella misma. Y detrás seguía una joven, vergonzosa y púdica, llamada Verdad.

Si esta historia, con sólo contarla, ya deleita, piensa cuánta gracia y amenidad no habría de tener al verla pintada por la mano de Apeles.

[L. B. Alberti, *Il trattato della pittura*, III, ed. Papini, Lanciano, 1913, pp. 83-86.]

8. Alabanzas de la arquitectura (de *De re aedificatoria*, de L. B. Alberti)

Resulta difícil dar cuenta, con sólo un breve pasaje, de la extraña riqueza de *De re aedificatoria*. Y, con todo, en estas alabanzas a la arquitectura, ¿cómo no pensar en aquellos príncipes del Renacimiento entregados por entero al embellecimiento de sus ciudades con magníficos monumentos? ¿Cómo no recordar la obra de Lorenzo? *Curavit etiam, ut urbs aedificiis novis repletur atque ornaretur, quo tempore Platonis dictum verum apparuit affirmantis tales cives fore, qualis eorum est Princeps. Multi enim multa regia aedificia de Laurentii consilio extruxere*. Cf. N. Valori, *Vita Laurentii Med.*, ed. Galletti, Florencia, 1847, página 180.

¿Para qué recordar ahora los carros, los molinos, los graneros y las demás invenciones menores de esa suerte que todavía tienen una gran importancia en la vida de todos los días? Tampoco recordaré las masas de agua extraídas de profundas y escondidas cavidades, y dispuestas de manera variada y rápida para su utilización; ni los trofeos, ni los santuarios, las capillas, los templos y los edificios de ese género que la arquitectura ha hallado para el culto de la religión y para la utilidad del porvenir. Tampoco diré, finalmente, de qué manera, cortadas las peñas, agujereados los montes, rellenados los valles, vencidos los lagos y los mares, saneadas las marismas, construidas las naves, rectificadas los cursos de los ríos, adaptados los estrechos, fabricados los puentes y los puertos, no sólo se proveyó a la utilidad de los hombres, sino que se abrió además el camino a todas las provincias del mundo. Lo cual permitió que los hombres se intercambiasen, con ventaja recíproca, las mieles, los aromas, las gemas y los inventos, los conocimientos, todo aquello, finalmente, que contribuye al mantenimiento y a las comodidades de la vida.

Añadamos a esto las máquinas de guerra, las fortificaciones y todos aquellos hallazgos que sirven para defensa y aumento de la libertad, la potencia y la gloria de la patria, para extender y consolidar su poder. En efecto, si se pudiese preguntar, a aquellas ciudades que desde los tiempos más antiguos cayeron después de un asedio bajo la potestad de otras, quién las venció y sometió, creo que responderían que lo fueron por el arquitecto. Fácilmente, en efecto, habrían podido desafiar al enemigo armado, pero no habrían podido soportar durante largo tiempo la fuerza del ingenio, la mole de las obras y el ímpetu de las máquinas con las cuales el arquitecto las perseguía, las arruinaba, las aventajaba (...).

Y ahora basta sobre la utilidad de la arquitectura. En qué medida haya arraigado de manera gradual y profunda el ansia por construir, lo podemos ver de muchas maneras, pero sobre todo en esto, y es que no hallarás a nadie que, siempre que tenga medios para ello, no se entregue

completamente a la construcción de algo. Tampoco hallarás a nadie que, habiendo imaginado algo de arquitectura, no lo manifieste de buena gana y no lo difunda para la pública utilidad. Cuán a menudo sucede que, incluso ocupados en otra cosa, no podemos dejar de esbozar alguna construcción y, mirando las demás construcciones, no reflexionemos y hagamos consideraciones sobre sus dimensiones, examinándolas según nuestras capacidades, mostrando qué se puede sacar, qué se puede añadir o cambiar para que la obra llegue a ser más elegante. Si, pues, algo está bien hecho, y si está perfectamente terminado, ¿quién dejará de contemplarlo con suma satisfacción y goce? ¿Y hay que decir ahora cuánto la arquitectura no sólo es útil, no sólo alegra a los ciudadanos de la patria y de fuera de ella, sino cuán grandemente los honra? ¿Quién dejará de considerar como motivo de propia alabanza el construir? (...) La isla de Creta fue ennoblecida sobre todo por el sepulcro de Júpiter, y Delos no es tan célebre por el oráculo de Apolo como por la belleza de la ciudad y la majestad del templo. Así pues, en qué medida el construir haya podido contribuir a la autoridad del imperio y del nombre latino, no lo podré decir mejor de lo que lo muestran los sepulcros y las ruinas del antiguo esplendor que vemos por todas partes y que confirman muchas de las afirmaciones de los historiadores que, de otro modo, acaso nos hubieran parecido increíbles. Precisamente por eso Tucídides elogia la sabiduría de los antiguos, que adornaban sus ciudades con tal esplendor de edificios, que parecían mucho más poderosos de lo que eran. ¿Y cuál hubo, entre los mayores príncipes, que, entre los modos más eminentes que tenían para propagar su nombre en la posteridad, no haya considerado la construcción?

[Leon Battista Alberti, *De re aedificatoria*, Argentorati, 1541, cc. 1^o-2^o]

9. Antiguos y modernos en el arte (de la *Vida de Brunelleschi*, por Antonio di Tuccio Manetti)

Típica expresión de la idea de que el arte nuevo es una reviviscencia del antiguo, es el siguiente pasaje de Antonio di Tuccio Manetti, que en su *Vita del Brunelleschi* quiere explicar con exactitud «cómo se renovó este estilo de mampostería que se llama a la romana y a la antigua», en contraposición a los alemanes, que «se dicen modernos» (cf. Salmi, loc. cit., p. 37). El fragmento número 10, de Vasari, tiene un sabor análogo.

Y se fue a Roma, donde en aquel tiempo se podían ver en público bastantes cosas buenas (...). Y, mirando las esculturas, teniendo como tenía buen ojo y buena mente, como era sagaz en todas las cosas, vio el modo de construir muros que tenían los antiguos, y sus simetrías, y

le pareció comprender un cierto orden de los miembros y de los huesos muy evidente, como el que por Dios, respecto de grandes cosas, había sido creado, lo cual notó grandemente, y le pareció muy diferente de lo que se acostumbraba a hacer en aquellos tiempos (...). Concibió la idea de recuperar el modo excelente y de gran artificio que tenían los antiguos de hacer muros, y sus proporciones musicales, y buscó en seguida, poniendo su dinero, dónde se podían hacer sin falta (...).

El maestro Pagolo, matemático y médico de Pozzo Toscanelli, que trató con él durante más de cuarenta años, según decía, le atribuía esa virtud y esa práctica, amén de otras muchas excelentes virtudes y prácticas, cuanto menos. Porque, de crear por sí mismo tantas cosas, como había dicho el maestro Pagolo, no puede ser apto ni capaz cualquier artista. Se necesita una mente muy elevada, muy circunspecta y llena de diferentes cosas buenas, y para ello no es apto ni el bestial, ni el débil, ni el presuntuoso (...).

[Antonio di Tuccio Manetti, *Filippo Brunellesco*, ed. Holtzinger, Stuttgart, 1887, pp. 16-20.]

10. Influencia de los antiguos, según Vasari

A fin de que se conozca aún más claramente la cualidad del progreso que han hecho los artistas citados, no estará ciertamente fuera de propósito declarar en pocas palabras (...) de dónde nació esa verdadera bondad que, aunque los siglos antiguos la superaban, hace tan glorioso al tiempo moderno.

Fue pues la regla de la arquitectura, el modo de medir los restos antiguos, observando luego en las obras modernas la misma manera de construir las plantas que en los edificios antiguos. El orden consistió en diferenciar un género del otro y que a cada cuerpo le correspondiesen sus miembros, y que no se cambiasen entre ellos el dórico, el jónico, el corintio y el toscano. Fue universal la medida, tanto en la arquitectura como en la escultura, de hacer los cuerpos rectos, derechos y con los miembros organizados armónicamente; y lo mismo sucedió con la pintura. La intención fue la de imitar lo bello de la naturaleza en todas las figuras, tanto esculpidas como pintadas (...).

Estas cosas no las habían hecho Giotto ni aquellos primeros artistas, aunque habían ya descubierto los principios de todas esas dificultades; pero las habían aprovechado superficialmente, como en el dibujo, más verdadero de lo que era antes y más semejante a la naturaleza (...).

Aquel fin y aquella certeza que les faltaban no podían ponerlos en acto tan pronto (...). Muy bien lo hallaron después de ellos los demás, cuando vieron sacar de tierra ciertas antigüedades citadas por Plinio entre las más famosas: el Laocoonte, el Hércules y el gran Torso del Belvedere; así también la Venus, la Cleopatra, el Apolo y un número infinito de ellas. Y todas se muestran con una gracia elegantísima, tanto en sus dulzuras como en sus asperezas, con términos carnosos y extraídos de

las mayores bellezas de lo vivo (...) y ellas fueron la razón de que se abandonase una cierta manera seca, cruda y ruda (...).

[Vasari, *Le Vite, proemio alla parte terza*, ed. Milanese, Florencia, 1877, vol. IV, pp. 7-10.]

11. Las ideas de Leonardo da Vinci sobre el arte

Admirable expresión y celebración del arte pictórico llevada a cabo por quien, en la atmósfera del platonismo ficiniano, había comprendido el valor de la belleza y la fuerza creativa del arte, por medio del cual el hombre penetra, revive y hace suyo el espíritu que plasma la totalidad. «Necesidad constriñe a la mente del pintor a transmutarse en la propia mente de la naturaleza.»

Si despreciases la pintura, que es la única imitadora de todas las obras evidentes de la naturaleza, ciertamente despreciarías una sutil invención, la cual con filosófica y sutil especulación considera todas las cualidades de la forma: espacios y sitios, plantas, animales, hierbas y flores, las cuales están ceñidas de sombra, circundadas de luz y de sombra. Verdaderamente, ésta es una ciencia legítima e hija de la naturaleza, pues la pintura ha sido engendrada por la naturaleza (...).

La divinidad que posee la ciencia del pintor hace que la mente de éste se transmute en algo semejante a una mente divina, esto es, con la libre potestad de discurrir hacia la creación de diferentes esencias de animales diversos, plantas, frutas, países, campos, ruinas de montes, lugares terribles y espantosos, y que producen terror a quienes los miran, así como lugares placenteros, suaves y dilectos, con prados floridos, con diversos colores, con suaves pliegues ondulados, con suaves movimientos de vientos, mirando frente al viento que huye de ellos; ríos que descienden con los grandes impetus de los grandes diluvios de los altos montes, que surgen entre las plantas arrancadas de raíz, entre las peñas, la tierra y la espuma, arrojándose contra lo que se opone a su acción destructiva; y el mar, con sus tormentas, contiene y hace peleas con los vientos que combaten contra él, levantándose en alto con sus olas soberbias, y cae, deshaciéndose sobre el viento que las golpea en su base, y él, encerrándolo y encarcelándolo debajo de él, lo desgarrar y lo divide. Mezclándolo con sus turbias espumas, desahoga con él su irritada ira; alguna vez, superado por los vientos, el mar huye corriendo por las altas ribas de los promontorios vecinos, donde, superadas las cimas de los montes, desciende a los valles cercanos; una parte permanece presa de los furiosos de los vientos y otra parte huye de los vientos, volviendo a caer en forma de lluvia sobre el mar; otra parte aún desciende furiosamente desde los altos promontorios, arrojando fuera de él todo lo que se opone a su furia. Muchas veces choca contra la ola que viene hacia él y, chocando con ella, se levanta hasta el cielo, llenando el aire con una confusa y es-

pumosa niebla, la cual, trasladada por los vientos a las cimas de los promontorios, genera nubes oscuras que son presa luego de los vientos venedores (...).

[Leonardo da Vinci, *Trattato della Pittura*, en G. Fumagalli, *Leonardo, omo sanza lettere*, Florencia, 1938, pp. 235-237.]

12. Comparaciones entre las artes (Leonardo da Vinci)

Comparaciones entre las artes, de las que gustaba Leonardo, aunque siempre dispuesto a afirmar la preeminencia de la pintura. Miguel Ángel, en cambio, exclamaba (¿contra Leonardo?): «Aquel que escribió que la pintura era más noble que la escultura, si hubiese entendido así las demás cosas que escribió, las habría escrito mejor mi criada.» Cf. las notas de G. Fumagalli a los pasajes referidos en su bella antología de Leonardo, pp. 238 y ss.

La Pintura es una Poesía muda, y la Poesía es una Pintura ciega; tanto la una como la otra imitan tanto como es posible a la naturaleza en sus potencias; tanto con la una como con la otra se pueden demostrar muchas costumbres morales, como lo hizo Apeles con su Calumnia.

Aunque de la Pintura, puesto que sirve al ojo, sentido más noble, resulta una proporción armónica —así como de muchas y diferentes voces juntas al mismo tiempo resulta una proporción armónica que contenta de tal modo el sentido del oído, que los auditores se quedan con admiración arrobada, casi semivivos—, mucho más harán las bellezas proporcionadas de un rostro angelical puesto en pintura, de cuya proporcionalidad resulta un armónico concierto, el cual sirve al ojo en el mismo tiempo en que el oído tarda en experimentar la música; si tal armonía de las bellezas es mostrada al amante de aquello que tales bellezas imitan, no hay duda de que se quedará con admiración estupefacta y con un goce incomparable y superior al de todos los demás sentidos (...).

La Escultura con poco esfuerzo muestra lo que es. La Pintura parece algo milagroso en su hacer palpables las cosas impalpables, dar relieve a las cosas planas y hacer lejanas las cosas cercanas. En efecto, la Pintura está adornada con infinitas investigaciones, cosa que la Escultura no requiere (...).

El pintor debe ser solitario y considerar lo que ve, y hablar consigo mismo, eligiendo las partes más excelentes de cualquier cosa que ve, haciendo algo semejante a lo que hace el espejo, el cual se transmuta en tantos colores como tienen las cosas que se le ponen delante. Y, haciéndolo así, le parecerá que la naturaleza es cosa secundaria.

[Leonardo da Vinci, *op. cit.*; cf. G. Fumagalli, *op. cit.*, pp. 241 y ss.]

13. De las *Rime* de Miguel Ángel

Valga, entre los escritos de Miguel Ángel, este canto enaltecedor de la divinidad del arte, de la espiritualidad de lo bello, de la divina inspiración del artista.

*Per fido esempio alla mia vocazione,
Nel parto, mi fu data la bellezza,
Che d'ambo l'arti m'è lucerna e specchio:
S'altro si pensa, è falsa opinione.
Questo sol l'occhio porta a quella altezza
Ch'a pinger e scolpir qui m'apparecchio.
S'e' guidizi temerari e sciocchi
Al senso tiran la beltà, che muove
E porta al cielo ogni intelletto sano;
Dal mortale al divin no vanno gli occhi
Infermi, e fermi sempre pur là dove
Ascender senza grazia è pensier vano.*

Como fiel prenda de mi vocación,
en el parto me fue dada la belleza,
que de ambas artes me es luz y espejo;
si otra cosa se piensa, es falsa opinión.
Sólo el ojo me lleva a la altura
cuando me dispongo a pintar y a esculpir.

Es juicio temerario y necio
atribuir a los sentidos la belleza, que mueve
y lleva al cielo a todo intelecto sano;
de lo mortal a lo divino no van los ojos
enfermos, y se detienen siempre allí donde
ascender sin gracia es pensamiento vano.

[Michelangelo, *Rime*, 1st. Ed. It., Milán, sin fecha, p. 72.]

7. LA VIDA POLÍTICA

Si leemos la carta a Lorenzo el Magnífico antepuesta por Platina como prefacio a su tratado *De optimo cive*, encontramos, junto a la acostumbrada polémica contra el ascetismo de todos los tiempos y de todos los países en nombre de la vida social, la exaltación del *princeps*, del señor que domina y a la vez crea el Estado según sus designios. La capacidad de un individuo para vencer con su *virtù* las contingencias, la *fortuna*, a base de modelar a su modo las vicisitudes políticas: ahí tenemos el aspecto característico de la vida política del Renacimiento.

Los antiguos andamios que delimitaban a la vez que legitimaban la autoridad política de los individuos singulares, o se han desplomado ya, o están tambaleándose. El título imperial de los reyes alemanes ha perdido la fascinación de la herencia de César o de Trajano; ahora aparece como una usurpación, obra de «bárbaros». El César germánico está ahora desautorizado: «La investidura efectuada por un hombre que vive en Alemania —escribe Francesco Vettori—, y que de emperador romano no tiene más que el nombre, no tiene fuerza para transformar a un mercenario en un verdadero señor de una ciudad.» El señor se hace por *virtù* propia, no por la nobleza de la sangre, no por la autoridad conferida por los papas o los emperadores, sino por la fuerza que domina en la lucha, tanto si se impone con las armas del capitán de fortuna como si se manifiesta en la sutileza del cabecilla, del banquero hábil o del orador vigoroso.

Y los tiempos están maduros cuando florecen las «tiranías». En efecto, en las fieras disputas comunales, alimentadas por unas profundas desigualdades, se afirma, como «pacificador», el *tiranno*. Lo que hace es aniquilar las «libertades» y, a la vez, imponer cierta igualdad; favoreciendo y halagando a los más, consigue para sí las simpatías populares. Los Pazzi, que corrían en 1478 por las calles de Florencia gritando «¡Libertad!», fueron destrozados por el pueblo que aclamaba a Lorenzo, que «da el pan» y que, si bien quitó la libertad, también eliminó muchas «libertades» que no eran sino injustos privilegios. Se trata, como vemos, de un proceso que conduce hacia una igualdad civil que

era «condición previa para una futura libertad no fundada sobre el privilegio, sino sobre la igualdad de todos los ciudadanos». Pero esa libertad, una vez gustada, habría producido por ella misma una sed inextinguible que habría representado aquel mismo Estado que había de salir de esa crisis. Como observa Guicciardini con admirable agudeza al comparar el principado mediceo de Cósimo el Viejo con la situación florentina de 1512, tras la caída del Gran Consejo: «Habiéndose disfrutado del Gran Consejo, ya no se razona en términos de quitar o tener usurpado el gobierno por cuatro, seis, diez o veinte ciudadanos, sino por todo el pueblo; para él, es de tal modo el objetivo aquella libertad, que no se puede esperar que se le haga olvidar con todos los halagos, con todos los buenos gobiernos y exaltaciones del público de que los Médicis y otros poderosos han hecho uso.»

De todos modos, mientras que el tirano venía a ser a la vez el «pacificador» y el que eliminaba las desigualdades, podía en general gozar del favor popular; y, desvinculando su poder, con su fuerza, de cualquier otra autoridad limitativa, podía crear a su gusto su propia política, contenida dentro de los únicos confines de su propia fuerza. Y así es la historia del Renacimiento; está poblada por esas figuras geniales sobre las cuales las figuras de la antigüedad, exaltadas por los humanistas, ejercen una poderosa fascinación. Con frecuencia ellos mismos eran cultísimos y soñaban con repetir por su propia cuenta las hazañas de los héroes antiguos; y se rodeaban de escritores que los hicieran famosos, como lo eran aquéllos, y edificaban monumentos que los recordaran a las generaciones venideras. Al mismo tiempo, los historiadores, presa de la exaltación humana, ven «la historia, antes que nada, como avatar de individuos» (G. Volpe, *Il Medioevo*, op. cit., p. 481), exaltan a los nuevos personajes, a los que consideran semejantes, si hubiesen tenido un teatro más amplio para sus empresas, a los grandes de los antiguos tiempos. Así escribía Maquiavelo refiriéndose a Castruccio: «(...) y, aunque en vida no fue inferior a Filippo de Macedonia, padre de Alejandro, ni a Escipión de Roma, murió a la misma edad del uno y del otro; y no hay duda de que habría superado tanto al uno como al otro si, en lugar de Lucca, hubiese tenido por patria Macedonia o Roma» (Machiavelli, *Opere*, ed. cit., p. 763).

Los relatos históricos se pueblan de Aníbalas, de Escipiones, de Césares; aparece la costumbre de romanizar los nombres; tanto es así, que Biondo se lamentaría por las grandes dificultades que había para modificar algunos de ellos. «Ya no hay florentinos, ni milaneses, ni forliveses, ni napolitanos; ya no vemos más que senadores clásicos, patricios antiguos, hombres del or-

den ecuestre, lictores con las fasces, sacerdotes de Júpiter, estatuas casi imperiales o, cuanto menos, griegas y mitológicas» (G. Ferrari, *Corso sugli scrittori politici*, lec. VII, Milán, 1862, página 159).

Lo que sucede es que la antigua Roma, a la vez que proponía el ejemplo de César, sugería también el de Escipión; junto al príncipe que crea al Estado, está el héroe que ilustra y defiende al Estado bien ordenado y que se inclina con reverencia ante la majestad de la ley. Es una viva confrontación en la polémica humanística, que va desde la áspera invectiva de Poggio hasta la defensa que de César hace Guarino. Maquiavelo, en un famoso capítulo de los *Discorsi*, observa que ningún ciudadano querría que en su patria hubiese más Césares que Escipiones (*Discorsi*, I, 10; *Opere*, p. 74). En efecto, la fuerza individual del señor, al convertirse en arbitrio fuera de toda ley, en expresión no de la voluntad general, sino de su capricho, no instaura, en contra de toda usurpación moralista, la autonomía de una política provista de su propia moralidad, pues él es quien concreta la libertad de los ciudadanos según las leyes, precisamente, de la voluntad general. Pero, en contra del moralismo, surge en correspondencia un abstracto inmoralismo según el cual la política legitimaría todas las maldades, todas las acciones malas, perversas, e incluso las consideraría como algo necesario. Pues, por ejemplo, a la vez que Giovio justificaba con una apelación al César los homicidios y los perjurios de Gian Galeazzo —*regnandi causa iusiurandum omnino violandum (Vitae duodecim Vicecom. Mediolan. Principum*, Mediolani, 1630, p. 123)—, Guicciardini enseñaba que «no se puede mantener el Estado siguiendo la conciencia».

Maquiavelo sintió lo abstracto y lo frágil que era el Estado admirado y anhelado por el Renacimiento y recurrió a las buenas costumbres, a la buena educación, a la religión como instrumentos de mandato; pero sucedía que lo extrínseco de su visión naturalista de la propia religión y de los límites de su concepción política le obligaban a debatirse en un esfuerzo sin salida; el objeto de sus anhelos venía a ser la Roma de los Escipiones con las artes de Catilina. «Terrible contradicción interna: ¡con los medios de César Borgia quería ver fundado un orden social nuevo y estable!» (Dilthey, op. cit., I, p. 42; G. Gentile, *Studi sul Rinascimento*, Florencia, 1923, pp. 110 y ss., a propósito de los estudios de F. Ercole sobre Maquiavelo).

Tampoco estaba la solución, como lo creían algunos, en el puñal de Bruto. Con ello, un tirano era sucedido por otro tirano peor, y las propias «repúblicas» estaban muy lejos de realizar aquella «república bien ordenada» en la que Guicciardini habría

anhelado vivir. Los tiranicidios nacían con demasiada frecuencia de puras inspiraciones literarias y no proponían una renovación concreta, cuando, sin más ni más, como en el caso de los Pazzi, sólo tendían a la restauración de un predominio de grupos que ya por adelantado estaban en el poder, a la sustitución de unas familias por otras. O, más en concreto, en el de Savonarola, quien, mientras auspiciaba una renovación, una reeducación del pueblo, tenía la mirada dirigida a un ideal vivo, a Venecia.

Y, no obstante, a propósito de las «repúblicas» y de su libertad, ¡cuán agudas son las observaciones de Francesco Vettori, que no hallaba ninguna diferencia entre la tiranía de una oligarquía restringida y la de uno solo!

En realidad, la política del Renacimiento era una crisis profunda en la cual el «tirano» preparaba, con la destrucción de las viejas estructuras, una visión mundana del Estado y de su autonomía, y ponía el fundamento, aun haciéndolo con tal dureza, de nuevas formas. Duro trabajo, del cual, más que algunos tipos ideales susceptibles de ser exaltados, lo que quedó fue la utilidad de ciertas negaciones y el esplendor de ciertas figuras que verdaderamente fueron «humanísimas». Pero, frente a algunas exaltaciones repetidas con excesiva facilidad, lo que vuelve a la memoria son las palabras de Guicciardini: «La argamasa con la cual se construyen las murallas de los estados de los tiranos es la sangre de los ciudadanos; pero debería esforzarse cada cual para que en su ciudad no hubiese que levantar edificios así.»

1. Platina a Lorenzo de Médicis (de *De optimo cive*)

Bartolomeo Sacchi, conocido como Platina, historiador de los papas, arrestado en 1468 por una presunta conjura contra Pablo II, dedica, con esta carta a Lorenzo de Médicis, un pequeño tratado político del que era autor. Lo más interesante de él es esta carta, impregnada como está por el sentido pleno del valor de la vida civil y del ciudadano en contra del aislamiento y el ascetismo.

Prudentes por encima de todos me parecen, ¡oh Lorenzo!, los que han elegido para sí la vida civil. Ya pueden alabar los galos cuanto quieran a sus druidas, ya pueden los indios elogiar a los gimnosofistas, y los cristianos a los eremitas. Por mi parte, pienso que este mundo en que vivimos, que vemos así adornado y así coloreado, no tendría ninguna belleza si no estuviese habitado por hombres sociables. Pues son ellos quienes dividieron las provincias, quienes fundaron en lugares idóneos

las ciudades, los pueblos, las villas, las aldeas; quienes distinguieron a los hombres reuniéndolos en tribus y grupos, quienes pusieron a la cabeza de las familias al padre. Y, con el fin de que los que se habían agrupado viviesen bien y religiosamente, la vida civil fue sometida a la disciplina de leyes, primero por aquellos antiguos legisladores como Solón, Licurgo y Dracón, y luego sobre todo por Platón y Aristóteles, cuyos libros morales son particularmente ricos en doctrina civil. Ellos elogian ciertamente la vida privada, el espíritu contemplativo, y le atribuyen un placer seguro; pero aprecian hasta tal punto la vida civil, que en elogio de ella escribieron grandes volúmenes, cosa que ciertamente no habrían hecho si no hubiesen comprendido que esa clase de vida no fuese más fructífera, y que muchas razones había para ser preferida a la otra, estéril e inerte. En efecto, aquel que vive en soledad y contempla la naturaleza del mundo y de los dioses, sustrayéndose a los trabajos de los hombres y a los sagrados vínculos sociales, parece haber nacido más para sí mismo que para los demás. Es una cosa importante, sin duda alguna, contemplar a los dioses y hacer que nos sean propicios con oraciones y con votos, pero es grandísimo el fin al que nos impulsa la naturaleza, madre de todo. Nosotros, en efecto, como dice Cicerón, no hemos nacido sólo para nosotros mismos, sino que una parte de nosotros mismos reivindicamos para sí la patria, y otra parte a los amigos; y de ese modo no pueden satisfacer a eso aquellos que, retirándose en la soledad, se han separado de los hombres como si lo hubiesen hecho de todo el cuerpo. Es cierto que muchos, ya fuesen griegos o egipcios, se deleitaron en la contemplación y escribieron mucho a propósito de cosas ocultas y maravillosas, cosa que, por lo demás, afecta a muy pocos, pero yo admiro y alabo sobre todo a los romanos, quienes, dejando de lado la comodidad privada y los placeres del alma, escribiendo sobre las leyes y sobre las costumbres, siempre proveyeron al bien común del hombre.

[Platina, *De optimo cive*, en *Opera*, Colonia, 1526, s.n. de p.]

2. Del *Momus*, de Alberti

De estilo lucianesco, sin duda alguna, es el *Momus* o *De Principe*, que L. B. Alberti compuso después de 1443, quizá en contra del papa Eugenio IV y del cardenal Vitelleschi. Pero, a través de la reminiscencia clásica, está viva la idea de la actividad, de la *virtù*, única fuente de la dignidad de los hombres. Sigo aquí la versión de C. Bartoli, pues no he podido obtener el rarísimo texto latino. Cf. G. Mancini, *Vita di L. B. Alberti*, Florencia, 1911², pp. 263-264.

Habiendo entrado a la vez en mi barca el rey Megalofo y Pleniplusio, pregonero, comenzaron con agradabilísimas palabras a discutir so-

bre el tema. Pues aquél relataba las grandes y virtuosas cosas que él había hecho, y decía que era rey digno de todos los honores. En contra, respondía Plenipius: «Quiero, ¡oh Caronte!, que juzgues esto y que veas qué diferencia hay entre nosotros sobre aquello que convengamos. Yo fui hombre, y éste también fue hombre, en vista de que tú no naciste en el cielo, ¡oh Megalofo!, ni yo de un pedazo de madera; éste fue siervo público, y yo también público siervo. ¿Lo negarás? O bien di, verdaderamente, Megalofo, qué es ser rey. ¿No es ése cierto negocio público en el cual te es necesario, incluso en contra de tu voluntad, hacer lo que las leyes mandan? Fuimos pues semejantes e iguales, pues estábamos ambos sometidos a las leyes, a las cuales, si obedecemos, tanto tú como yo hacemos lo que se esperaba que hiciésemos. De este modo fuimos ambos siervos e iguales uno y otro. Y, si acaso somos desiguales, entonces yo soy más que tú. ¿En qué piensas haber sido más que yo? Tú dirás que has tenido un grado superior al mío. Pero veamos si la cosa es así. Quiero dejar de lado los placeres y las acciones, los deseos y las deliberaciones, de cuales cosas yo he tenido más facilidad y más comodidad, y más a tiempo y con mayor habilidad de la que has tenido; además de esto, dejemos de lado que muchos te han odiado y que tú habrás tenido miedo de muchos, y todas las cosas estaban en peligro. Yo no tenía ninguna de estas cosas que me contrariase, se me ofrecían muchas más cosas de las que tenía necesidad de hacer uso; en cambio, a ti siempre te faltaban muchas cosas que necesitabas. Si mediante el reino has conseguido acumular riquezas para ti, es que has ejercido pésimamente tu magisterio y te has comportado no como rey, sino como tirano; si las has acumulado por el bien público, entonces has hecho lo que se esperaba de ti. Pero ni siquiera esta gloria es tuya, sino que hay que elogiar a todos los ciudadanos y no a ti; los cuales, o bien las han obtenido mediante la guerra o las han aumentado mediante los dones.

Tú dirás: gracias a mi cuidado y diligencia he adornado la ciudad y el imperio, y mediante mis leyes he mantenido la paz, y mediante las órdenes que he dado la he sosegado, y con mi saber he aumentado la fama y la grandeza de mis ciudadanos. Pero nosotros, todas aquellas cosas que hemos hecho solos, las hemos hecho en vano. Pero, aquellas cosas que se han hecho mediante el concurso y la ayuda de la multitud, no veo según qué cuenta hemos de atribuirnoslas a nosotros solos.

Pero contemos cuál ha sido tu obra, y cuál la mía, en las obras realizadas. Tú, toda la noche, o bien dormías por haber bebido demasiado, o bien la pasabas en lujuria; yo, en cambio, estaba en vela vigilando y procurando que la ciudad no se incendiase, guardaba a los ciudadanos de los enemigos, y a ti mismo, para que no fueses oprimido por las insidias de los tuyos (...).

Pero ¿qué digo? ¿Has sido tú quien ha procurado el sosiego a los ciudadanos, cuando por culpa tuya han aparecido en la ciudad tan a menudo tan grandes motivos para tomar las armas y para establecer discordias? ¿Por culpa de quién, por las artes de quién, por los deseos de quién, las cosas públicas y las privadas, las sagradas y las seculares, están llenas de envidia, de discordia y de toda clase de bellaquería? Además de esto, ¿qué necesidad hay de que te entretengas contando las de-

más locas ostentaciones hechas en la administración del imperio, pues tienes para envanecerte el haber fabricado los templos, y los teatros, no para ornamento de la ciudad, sino por el desenfrenado deseo de gloria y por la loca voluntad de tener un nombre entre las generaciones que vendrán? ¿Qué estima tendremos nosotros de todas esas excelentes leyes tuyas a las que los pérfidos no obedecerán y que contra los buenos no había necesidad de hacer (...)»

[Leon Battista Alberti, *Del Principe*, libro IV, ed. Cosimo Bartoli, pp. 116-117.]

3. César y Escipión (de las cartas de Guarino)

Poggio, en una carta de 1435 al ferrarés Scipione Mainenti, arremetía contra César, degenerado asesino de la libertad romana, a la vez que exaltaba a Escipión. Guarino le respondió con dureza. Reproducimos aquí un pasaje de esta respuesta. Pero en la disputa entraron también Barbaro, Ciriaco d'Ancona y el veneciano Pietro dal Monte. Con todo, a pesar de las apariencias, no se trataba de un «ejercicio de ingenio». Alienta la contraposición entre el ideal de libertad republicana y el cesarismo. Ésta es la premisa de las vibrantes observaciones de Maquiavelo, que se refieren precisamente a César y a Escipión.

Tú me dirás que, una vez suspendidas las magistraturas, se le quitó al senado toda ocasión de hablar mientras todo estaba guiado por la voluntad de uno solo; que ya no había tiempo ni lugar, según había sido costumbre, para acusar y defender; y que aquella había sido la palestra y el terreno de lucha de la elocuencia; pues, como dice Cicerón, el honor alimenta las artes y todos están inflamados por el amor de la gloria [*Tusc.*, I, 4].

Si así lo piensas o lo dices, ¡oh carísimo Poggio!, o bien me engañas profundamente o bien te engañas. En efecto, acabada la guerra civil de César y Pompeyo, el Estado romano volvió hasta tal punto al orden antiguo, que no parecía haberse introducido ningún cambio en los juicios, en las leyes, en el senado. Lee a Plutarco, un historiador diligentísimo, cuyo conocimiento de la antigüedad es admirable. Al comparar la vida de Dión y de Bruto [cap. 2], se expresa así, al pie de la letra: «Mientras se constituía el poder de César, no fueron pequeñas las hostilidades ni los recelos de los adversarios; pero a quien le acogía se le imponían a la vez su nombre y su estima. No hizo ningún acto de crueldad, nada que fuese tiránico.» Verás precisamente que la cosa es así. Era mantenida la autoridad del senado, se conservaban los nombramientos ordinarios de los pretores, de los cuestores, de los censores, de los generales, de los cónsules. Mientras tú sostienes que por eso era disminuida la li-

bertad romana, o incluso que había muerto, yo sostengo que había aumentado y que era aún más vigorosa. Afirmando que los límites del imperio romano se habían extendido a lo largo y a lo ancho, y eso no lo digo por conjetura, sino por ciencia y con el testimonio de aquellos que transmitieron en las historias las gestas del pueblo romano. Habían sido sometidos los dacios, reducidas a provincias Germania, Panonia, Iliria, Dalmacia, África, Egipto [Svet, *Aug.*, 18, 21]. Desde los tiempos de César, a estas partes se extendió el Imperio Romano (...). Por eso, habiéndose mantenido el imperio, habiéndose incluso ampliado mucho, habiendo permanecido en la acostumbrada dignidad los poderes y las magistraturas, no faltando ni materia, ni honor, ni premios para las buenas artes y para los estudios liberales, que conocieron el máximo incremento, ya fuese por el propio César ya fuese por obra suya, no sólo no deberías llamarlo parricida de la lengua latina y de las artes, sino que, al contrario, debe ser exaltado e ilustrado en los escritos y en los discursos como padre de la lengua latina y de las artes (...).

Pero, extinguida la libertad, siguieron las obras infames de los emperadores. Fue una suerte indigna y lastimosa que a un imperio excelente y bellissimo le correspondiesen unos jefes abyectos y monstruosos. Pero ¿no vinieron luego muchísimos príncipes egregios, tanto desde el punto de vista del valor, de la prudencia, de la ciencia militar, de las empresas gloriosas, por los cuales el imperio fue extendido en gran manera y salvado a menudo de las devastaciones enemigas? A éstos, tú también los conoces bien. No hablaré, por consiguiente, de Octaviano, ni de Tito, ni de Trajano, ni de Antonino Pío, ni de Adriano, ni de Constantino, ni de Teodosio, ni de otros muchos. Pero, aun admitiendo que todos los Césares que siguieron al primero hubiesen sido sin excepción malvados y pésimos, ¿qué motivo habría para acusar a César?

[*Guarinus Veronensis cl. v. Poggio; Epistolario de Guarino Veronese*, ed. Sabbadini, vol. II, Venecia, 1916, pp. 226-229.]

4. César, según Maquiavelo

La vieja disputa humanística asume en las páginas de Maquiavelo una fuerza bien distinta, aunque éstas están también relacionadas en cierto modo con aquella disputa. Requisitoria fierísima contra el cesarismo, con aquel tremendo final que a G. Mazzoni (en el prefacio de la edición de las *Opere*, p. 441) le parecía una «risotada grotesca», pero que tiene toda la amargura de un sollozo por la muerta libertad italiana.

Que nadie se engañe por lo que respecta a la gloria de César, más aún oyendo cómo lo celebran los escritores. Pues los que lo alaban están corrompidos por su fortuna y amedrentados por la extensión de su im-

perio, el cual, siendo regido bajo ese nombre, no permitía que los escritores hablasen libremente de él. Si alguien quiere saber lo que los escritores libres dirían de él, que se fije en lo que dicen de Catilina. Y, tanto más reprobable es César, tanto más reprobable es lo que hizo, cuanto lo que quiso hacer fue el mal (...).

Considérense además quiénes llegaron a ser príncipes en una república. Cuántas más alabanzas merecieron, luego de que Roma llegase a ser un imperio, aquellos emperadores que vivieron sometidos a las leyes y como buenos príncipes, que los que vivieron al contrario. Así se verá cómo a Tito, a Nerva, a Trajano, a Adriano, a Antonino y a Marco no les eran necesarios los soldados pretorianos ni la multitud de las legiones para defenderlos a ellos, pues los defendían sobradamente sus costumbres, la benevolencia del pueblo, el amor del senado. Se verá también cómo a Caligula, a Nerón, a Vitelio y a tantos otros emperadores malvados no les bastaron los ejércitos orientales y los occidentales para salvarlos contra aquellos enemigos que habían generado sus costumbres, su mala vida. Y, si se considerase bien la historia de esos emperadores, habría enseñanzas suficientes para que cualquier príncipe viese cuál es el camino que conduce a la gloria y cuál es el que conduce a la reprobación, así como los que conducen a su seguridad o a su temor (...).

Considérese pues un príncipe de los que hubo entre Nerva y Marco, y compáreselo luego con los que había habido antes y con los que vinieron después. Luego elíjase como cuál de ellos se hubiese querido nacer o como cuál de ellos se quería ser considerado. Así se verá que, cuando gobierna alguno de los buenos, hay un príncipe seguro en medio de sus ciudadanos también seguros; se verá también lleno de paz y de justicia el mundo; se verá al senado con su autoridad propia y a los magistrados con los honores que les corresponden; se verá a los ciudadanos ricos gozar de las riquezas que tienen; se verán exaltadas la virtud y la nobleza; se verán por todas partes el sosiego y el bien; por otra parte, se verá que están extinguidos todos los rencores, todas las licenciosidades, corrupciones y ambiciones; se verá retornada la edad de oro, en la cual cada uno puede sostener y defender la opinión que quiera. Finalmente, se verá al mundo triunfante, lleno de reverencia y gloria el príncipe, y de amor y seguridad los pueblos. Si luego detalladamente se consideran los tiempos de los demás emperadores, se los verá atroces a causa de las guerras, llenos de discordia y de sediciones, crueles tanto en la paz como en la guerra; se verán tantos príncipes muertos por el hierro, tantas guerras civiles y tantas guerras externas; se verá a Italia afligida y llena de infortunios desconocidos hasta entonces; se verán arruinadas y saqueadas sus ciudades; se verá al Capitolio destruido por los propios ciudadanos, desolados los templos antiguos, corrompidas las ceremonias y llenas las ciudades de adulterios; se verá al mar lleno de naves con exiliados y a los escollos llenos de sangre; se verá cómo se realizan en Roma innumerables crueldades; se verá cómo son considerados pecados capitales máximos la nobleza, las riquezas, los honores del pasado y, sobre todo, la virtud; se verá cómo se premia a los calumniadores y cómo se corrompen los siervos en contra de su amo, y los libertos en contra del patrón; y se verá, en fin, cómo los que carecen de enemigos son oprimidos

por sus amigos. Y así se dará una perfecta cuenta de cuánto le deben, Roma, Italia y el mundo, a César.

[Machiavelli, *Discorsi*, I, 10; *Opere*, pp. 74 y ss.]

5. La génesis de la señoría de los Médicis, según Maquiavelo

El origen de la señoría, de la de Cósimo, es iluminado con toda claridad por Maquiavelo, a la vez que hace presente aquella fiera aversión suya hacia la tiranía, que la vestimenta del análisis no llega a encubrir.

Las ciudades, en especial las que no están bien ordenadas, las que se administran bajo el nombre de república, varían con frecuencia sus gobiernos y sus estados no por medio de la libertad y del sometimiento, como creen muchos, sino mediante el sometimiento y el libertinaje. Pues de la libertad sólo es celebrado su nombre por parte de los servidores del libertinaje, que son las gentes del pueblo, y por los servidores de la esclavitud, que son los nobles. No desea ninguno de ellos estar por debajo de las leyes ni de los hombres. Ciertamente es que, cuando sucede —y sucede raras veces— que, para la buena fortuna de la ciudad, surge en ella un ciudadano sabio, bueno y poderoso, que ordena leyes de tal modo que esos humores de los nobles y de las gentes del pueblo se apaciguan o de algún modo se restringen y ya no pueden hacer el mal, entonces sí se la puede llamar a esa ciudad libre, y a ese Estado lo podemos considerar estable y firme. Ese Estado, fundado sobre buenas leyes y buenas ordenaciones, no tiene ninguna necesidad de la *virtù* de un hombre que lo mantenga, mientras que sí lo requieren los otros. Muchas repúblicas antiguas, cuyos estados tuvieron una larga vida, fueron dotadas de leyes semejantes. Y están faltas de semejantes ordenaciones y leyes todas aquellas que con frecuencia han variado y varían su gobierno desde el Estado tiránico al licencioso, y de éste a aquél. En estos Estados, a causa de los poderosos enemigos que tiene cada uno de ellos, no hay ni puede haber ninguna estabilidad; de esas formas de gobierno, pues, una no gusta a los hombres buenos y la otra desplace a los sabios, una puede hacer el mal con facilidad y la otra el bien con dificultad, en una tienen demasiada autoridad los hombres insolentes y en la otra los necios. Y tanto la una como la otra requieren que sea mantenida por la *virtù* y la fortuna de un solo hombre, el cual, o bien puede desaparecer por la muerte, o bien, a causa de los quebrantos, convertirse en un inútil.

[Machiavelli, *Istorie fiorentine*, IV, 1; *Opere*, p. 472.]

Mucho se engañan los que esperan que una república pueda permanecer unida. No obstante, algunas divisiones perjudican a las repúblicas,

mientras que otras las benefician. Las que las perjudican son las que van acompañadas de facciones y sediciosos; las que las benefician son las que se sostienen sin facciones ni sediciosos. Puesto que el fundador de una república no puede evitar que haya en ella enemistades, si al menos habrá de procurar que no haya facciones. Pero hay que saber de qué manera adquieren reputación los ciudadanos en las ciudades, y que son dos: o por el camino de las cosas públicas, o siguiendo modos privados. Públicamente, se adquiere venciendo en una batalla, adquiriendo una tierra, haciendo una legación con circunspección y con prudencia, o aconsejando a la república sabia y felizmente. De manera privada, se adquiere beneficiando a tal o cual ciudadano, defendiéndolo de los magistrados, ayudándole con dinero, haciendo que consiga inmerecidamente honores y gratificando a la plebe con juegos y con mujeres públicas. Siguiendo este modo de proceder, nacen las facciones y los facciosos. Y tanto daña esta reputación como beneficia la otra, siempre que no esté mezclada con sediciones; pues aquélla se funda en el bien común, y no sobre un bien privado. Y, aunque entre los ciudadanos de este género no se puede evitar de ningún modo que haya odios grandísimos, no podrán, sin embargo, dañar a la república mientras no tengan partidarios que los sigan por utilidad propia. Antes al contrario, serán provechosos a la república, pues se hará necesario que, para vencer en sus competiciones, se consagren a la exaltación de aquélla y se observen particularmente de modo que no vayan más allá de los términos civiles. Las enemistades de Florencia siempre formaron facciones (...).

[Machiavelli, *Istorie fiorentine*, VII; *Opere*, pp. 561-562.]

Aquí hay que observar de qué manera unas obras que parecen piadosas, al no poderlas condenar de manera razonable, llegan a ser crueles. Son muy peligrosas para una república cuando no han sido corregidas en su momento. Y, para discurrir acerca de esto más en detalle, digo que una república no puede existir sin ciudadanos reputados, ni tampoco de ningún modo se puede gobernar bien. Por otra parte, la reputación de los ciudadanos es razón de la tiranía de las repúblicas. Y, si se quiere regular todo eso, hay que ordenar las cosas de tal modo que los ciudadanos tengan fama, pero por una reputación que beneficie, y no que perjudique, a la libertad de la república. Y, por tanto, hay que examinar los modos según los cuales adquieren reputación los ciudadanos. En efecto, hay dos: o públicos o privados. Los modos públicos de adquirir reputación consisten en aconsejar bien y actuar mejor en beneficio común. A esta clase de honor hay que abrirles el camino a los ciudadanos, y proponer premios tanto para los consejos como para las obras, de modo que reciban honores y satisfacción. Y, mientras estas reputaciones, adquiridas de este modo, sean genuinas y simples, nunca serán peligrosas. Pero si se adquieren siguiendo vías privadas, y éste es el otro modo al que nos referíamos, son peligrosísimas y perjudiciales en todo. Estos caminos privados consisten en hacer beneficios a este o aquel otro ciudadano privadamente, prestándole dinero, casándose con sus hijas, defen-

diéndolo de los magistrados y haciéndole favores privados semejantes a éstos. De este modo, los hombres se ensañan y adquieren ánimo, favorecidos por todo esto, para poder corromper lo público y forzar las leyes. Así pues, una república bien ordenada debe abrir los caminos, como decimos, a quien busca favores por los de lo público, y cerrárselos a quien los busca siguiendo los de lo privado. Esto es lo que vemos que hizo Roma, pues, para quien actuaba bien en beneficio de lo público, ordenó los triunfos y todos los demás honores que daba a sus ciudadanos. Y para perjuicio de quien bajo diversos aspectos buscaba hacerse grande por vías privadas, ordenó la reprobación. Y cuando esto no bastaba, por haberse cegado el pueblo por una especie de falso bien, instituyó al dictador para que, con brazo regio, hiciese volver al seno a quien hubiese salido de él, como lo hizo para castigar a Spurio Melio.

[Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, III, 28; *Opere*, pp. 239-240.]

6. Las ideas de Pío II sobre la señoría de Piccinino

Junto al poder obtenido, como en el caso de los Médicis, con artes sutiles, aquí vemos la señoría de los hombres de armas, de los capitanes de fortuna como Piccinino o Francesco Sforza, tan aborrecidos por Piccolomini y por Maquiavelo.

Italia, anhelante de novedades, no tiene nada fijo, no hay ningún reino en ella que tenga un origen antiguo; es fácil ver aquí a los siervos convertidos en reyes. En nuestros tiempos ha sido venerado como un rey Piccinino, hijo de un carnicero.

[Aen. Sylv., *Comment. in libros A. Panormitae*, I; *Opera*, fol. 475.]

7. Maquiavelo, sobre Francesco Sforza

Durante los tiempos de nuestros padres, Francesco Sforza, para poder vivir con todos los honores en tiempos de paz, no solamente engañó a los milaneses, cuyo soldado era, sino que además les quitó la libertad y se convirtió en su príncipe. Semejante a él fueron todos los demás soldados de Italia, que utilizaron la milicia para su arte particular; y, si no han llegado a ser, mediante sus maldades, duques de Milán, tanto más merecen ser reprobados (...). Desórdenes semejantes no nacen sino del hecho de que fueron hombres que hacían uso del ejercicio de la milicia con fines propios. ¿No tenéis un proverbio que refuerza mis argumentos y que dice: «La guerra hace ladrones, y la paz los ahorca»? Porque, aquellos que no saben vivir de otro ejercicio, y no hallan a nadie que

los ayude en ello, y no tienen tanta *virtù* como para poder conformarse con una cautividad honorable, se ven forzados por la necesidad a salir a los caminos, y la justicia se ve obligada a detenerlos.

[Machiavelli, *Dell'arte della guerra*, I; *Opere*, ed. cit., pp. 270-271.]

8. Las ideas de Francesco Vettori sobre la «tiranía»

La «tiranía», como afirmación inicial del Estado moderno, se manifiesta por todas partes durante el Renacimiento. Es interesante el análisis que hace Francesco Vettori de los principados y las repúblicas, pues sustituye la antítesis entre libertad republicana y despotismo principesco por otra antítesis, la que se establece entre un Estado bien ordenado, y por ello libre en la ley, y un Estado sin una ley igual para todos y, por consiguiente, siempre despótico.

(...) Hablando de las cosas de este mundo sin respetos vanos y diciendo la verdad, digo que, si se hiciese una de aquellas repúblicas escritas e imaginadas por Platón, o bien, como escribe el inglés Tomás Moro, se hubiese hallado una de ellas en Utopía, acaso de éstas sí podríamos decir que no tienen gobiernos tiránicos. Pero todas las repúblicas o príncipes de los que tengo conocimiento a través de la historia, o que yo mismo he visto, me parece que están dispuestos a la tiranía. No hemos de maravillarnos de que en Florencia se haya vivido tantas veces entre partidos y facciones, y que luego haya aparecido uno que haya llegado a ser el jefe de la ciudad, pues Florencia es una ciudad de muchos habitantes y donde hay muchos ciudadanos que querrían participar de los beneficios, y donde hay pocas ganancias para distribuir. De modo que siempre ha habido una facción que se ha esforzado en gobernar y en tener los honores y beneficios, mientras que la otra se ha quedado al margen viendo cómo se desarrollaba el juego. Y, para citar algún ejemplo y mostrar que, hablando sinceramente, todos los gobiernos son tiránicos, tomemos el reino de Francia y pongamos que hay en él un rey perfectísimo: no dejará de ser cierto que es una gran tiranía que los gentileshombres tengan las armas y los demás no las tengan; que no paguen ningún gravamen y todos los gastos corran por cuenta de los pobres villanos; que haya parlamentos en los cuales los litigios llegan a durar tanto, que en ellos los pobres no pueden hallar razón; que haya en muchas ciudades canonjías riquísimas de las cuales están excluidos los que no son gentileshombres. Y, aun así, el reino de Francia será considerado tan bien ordenado, tanto por lo que se refiere a la justicia como a todo lo demás, como pueda serlo cualquier otro entre los reinos cristianos. Y, para buscar un ejemplo de república, tomemos la de Venecia, que es la república que más ha durado entre todas aquellas de que se tiene noti-

cia. ¿No es una tiranía cabal que tres mil gentileshombres tengan sometidos a más de cien mil, y que a ningún hombre del pueblo le sea dado acceso a convertirse en gentilhomme? En contra de los gentileshombres, en las causas civiles, no se halla justicia; y, en las criminales, las gentes del pueblo son derrotadas y ellos quedan salvaguardados. Yo quisiera que me fuese mostrada qué diferencia hay entre un rey y un tirano. No creo que haya ninguna otra diferencia sino la de que, cuando el rey es bueno, puede ser llamado verdaderamente rey; mientras que, si no es bueno, debe ser denominado tirano.

De este modo, si un ciudadano toma el gobierno de la ciudad, ya sea por la fuerza o con ingenio, y es bueno, no se lo puede llamar tirano; y, si es pérfido, se le puede dar el nombre no sólo de tirano, sino de otra cosa que podemos considerar peor. Y, si queremos examinar bien cómo se han constituido los poderes de los reinos, encontraremos que todos han sido adquiridos por la fuerza o con arte. Tampoco quiero entrar en los reinos de los persas, ni de los medos, los asirios y los judíos; pero la república romana estaba ordenada tanto en la paz como en la guerra. Comenzaron Sila y Mario, que conducían ejércitos contra los enemigos externos, a medir sus fuerzas el uno contra el otro; Sila se mostró superior y mantuvo ocupada la ciudad tanto tiempo como quiso. César actuó de manera semejante, pues, de emperador del ejército, se convirtió en dictador y señor de Roma; y así han ido siguiendo los emperadores que podemos leer. Y al declinar el dominio romano, al haber trasladado Constantino la sede del imperio a Bizancio, surgieron en Italia muchos príncipes, tal y como se fue hallando ocasión para ello. Y para encubrir mejor el nombre del principado, se hicieron investir por un emperador que había en Alemania, el cual no tenía de emperador romano más que un vano nombre. Así pues, no se debe llamar tirano a un ciudadano privado cuando éste haya cogido el gobierno de su ciudad y sea bueno. Del mismo modo, no se debe llamar a nadie verdadero señor de una ciudad, aunque tenga la investidura del emperador, si es maligno y pérfido.

[Francesco Vettori, *Sommario della storia d'Italia dal 1511 al 1527*, ed. A. Reumont, *Archivio Storico Italiano*, VI (1848), apéndice, páginas 293-295.]

9. Disposiciones de Maquiavelo para instituir ejércitos ciudadanos

El peligro de los *condottieri* [capitanes de ventura] y la necesidad de la defensa animan este proyecto de leyes para la institución de milicias ciudadanas.

Habiendo considerado los magníficos y excelentes señores de qué manera, todas las repúblicas que en los tiempos pasados se sostuvieron y agrandaron, tuvieron siempre como fundamento principal dos cosas, esto es, la justicia y las armas, para poder refrenar y corregir a los súb-

ditos y para poder defenderse de los enemigos; habiendo considerado que vuestra república está bien instituida y ordenada por una buena y santa ley en lo que concierne a la administración de la justicia, y que sólo le falta proveerse bien de armas; habiendo conocido por larga experiencia, aunque también con gran peligro y pérdidas, qué poca confianza se puede tener en los hombres de armas extranjeros y mercenarios, pues, si son abundantes y valerosos, o bien son insoportables o bien sospechosos, y, si son pocos y poco valerosos, entonces no son de ninguna utilidad; juzgan conveniente armarse con armas propias y con sus propios hombres, de los cuales vuestro territorio abunda, de modo que fácilmente se podrá obtener el número de hombres bien cualificados que se designe. Y esos hombres, al estar bajo vuestro dominio, serán más obedientes; y si yerran, se los podrá castigar más fácilmente; y si adquieren méritos, se los podrá premiar con mayor facilidad; y estando siempre esos hombres armados y en casa, mantendrán siempre vuestro territorio seguro ante cualquier súbito ataque; y tampoco podrá ser hollado y robado por gentes enemigas tan fácilmente, como así ha ocurrido desde algún tiempo a esta parte con no poca infamia para esta república y gran daño de sus ciudadanos (...).

[Machiavelli, *Provvisioni per istituire Milizie Nazionali nella Repubblica Fiorentina*, I; en *Opere*, Florencia, 1820, vol. V, pp. 318-319.]

10. Retrato de Cósimo el Viejo (Maquiavelo)

Presentamos aquí una serie de retratos de «príncipes»: de Cósimo, de Alfonso de Aragón, de Lorenzo de Médicis, de Federico, duque de Urbino; de creadores de Estados que, según las palabras de los historiadores, aparecen claramente con las características de su obra y su época.

Fue Cósimo el ciudadano más considerado y renombrado de todos cuantos hombres, que no fuesen de armas, jamás tuviese no ya solamente Florencia, sino ninguna otra ciudad, tan lejos como se puede recordar. Pues no solamente superó a todos los demás de su tiempo en autarquía y riquezas, sino aun en liberalidad y prudencia. La cualidad que le hizo ser príncipe en su ciudad fue, entre todas las demás cualidades, la de ser generoso y magnificante, muy por encima de los demás hombres. Su liberalidad apareció mucho después de su muerte, cuando Piero, su hijo, quiso reconocer cuáles eran sus posesiones. No había en la ciudad ningún ciudadano, de los que tenían alguna calidad en la ciudad, a quien Cósimo no le hubiese prestado grandes sumas de dinero. Y muchas veces lo hacía sin ser requerido para ello; cuando se daba cuenta de la necesidad de algún hombre noble, lo ayudaba. Apareció su magnificencia en la cantidad de edificios que había edificado (...).

[Machiavelli, *Istorie fiorentine*, VII, 5; en *Opere*, p. 565.]

11. Liberalidad de Cósimo, según Vespasiano da Bisticci

Le oí decir a Cósimo que el mayor error que cometió fue el de no haber comenzado a gastar diez años antes, ya que, conociendo la naturaleza de sus ciudadanos, no habrían pasado cincuenta años sin que, ni de lo suyo ni de su casa, no hubiese de quedar nada, a no ser aquellos pocos restos que él había construido. Dijo: Me doy cuenta de que cuando muera, mis hijos se quedarán con necesidad mayor que la de los hijos de los ciudadanos que murieron en Florencia hace ya mucho tiempo. Pues sé que no he de tener el capelo de entonces más de lo que hayan tenido los demás ciudadanos. Dijo estas palabras porque conocía la dificultad que había en mantener un Estado tal como él lo había mantenido, teniendo tantas oposiciones de ciudadanos poderosos en la ciudad y que habían sido grandes como él en otros tiempos. Lo hizo con suma habilidad, para poderse mantener; y, todo lo que quería, siempre procuraba que pareciese proceder de los demás y no de él mismo, con el fin de huir de la envidia tanto como podía (...).

[Vespasiano da Bisticci, *Vite*, ed. cit. pp. 278-279.]

12. Alfonso de Aragón, según Pandolfo Collenuccio

Fue religiosísimo y, para las cosas del culto divino y las ceremonias y representaciones cristianas, asiduo y diligente, sin omitir cosa alguna que fuese pertinente para el ornato y la frecuencia del sacrificio. Estaba tan atento a estas cosas, que una vez, cuando el templo en el que se hallaba oyendo misa se movió peligrosamente a causa de un gran terremoto, mientras todo el mundo huía del derrumbamiento, él permaneció inmóvil; y cuando el sacerdote quiso apartarse del altar por miedo, él le hizo ser fuerte y quiso que continuase el sacrificio. Cuando, luego, le preguntaron la razón por la que su persona no se había movido en un peligro tan grande, respondió gravemente con aquella sentencia de Salomón en su *Eclesiastés*: *Corda regum in manu Dei sunt*. Tenía también por costumbre acompañar humildemente y con gran reverencia, a pie, la eucaristía en cualquier lugar que se hallase y si la transportaban por tierra. Fue muy templado en su vida, especialmente en el uso del vino, que no bebía, o que apagaba con mucha agua. Amaba la belleza, de la que decía que era un argumento de buenas costumbres, tal y como la flor es el argumento del fruto, siempre y cuando no se hiciese ninguna ofensa a la debida modestia. Fue liberalísimo en el dar, haciendo cuantiosísimos dispendios; tanto era así, que, oyendo un día recordar que el emperador Tito acostumbraba decir que le parecía que los días en que no había dado algo le parecía haberlos perdido, dio gracias a Dios diciendo que por esta parte no había perdido ni un solo día de su vida. Acostumbraba tener, para con los príncipes y las delegaciones que acudían a su corte, una grandísima magnificencia de honores y de dispen-

dios. Con muy mala voluntad daba sentencia de muerte a hombres y, siendo como era justísimo, nunca se complació con la sangre humana. A los hombres malvados y criminales y malhechores los tenía en sumo odio, y los dejaba a los ministros de justicia y a sus propios magistrados, los cuales mantuvieron en su tiempo la justicia con tanto rigor, que, a diferencia de la corrupción que hubo en tiempos anteriores, las cosas y las personas circulaban con toda seguridad. En las batallas era duro y terrible, pero, una vez terminada la lucha o alcanzada la victoria, bondadosísimo y humano, olvidaba todas las injurias, como si no hubiesen existido nunca (...).

Alfonso, en el aparato y ornamento de la casa y de su corte, era esplendísimo. Había en ella una cantidad increíble de colgaduras y cortinajes de bordados y seda, así como de vajillas de oro y plata. Amaba las gemas y piedras preciosas, que recogió por todo el mundo, coleccionado ejemplares de suma perfección. Y, aunque en todas estas cosas fuese suntuosísimo, rarísimamente, o nunca, adornaba su persona con vestidos preciosísimos o inusitados, pues sabía que no son los ornamentos exteriores del cuerpo los que hacen al rey diferente de los demás. Quiso que se celebrasen justas y espectáculos públicos de armas con gran magnificencia, siempre en su corte y en su tierra. Edificó en muchos lugares; y uno de los más famosos es el Castel Nuovo, al que dio aquella forma, aquella elegancia y aquella riqueza que hoy se ve; y el Castel de l'Ovo, el cual, siendo como era fortísimo por el lugar en que estaba construido, a la vez fue comodísimo para sus habitaciones reales. Amplió el muelle del puerto de Nápoles; secó las marismas que rodeaban la ciudad y que hacían que el aire fuese insalubre. Construyó naves de tamaño inusitado, las cuales en el mar no parecían navíos, sino castillos y ciudades.

Le gustaban sumamente la caza con perros y, sobre todo, la cetrería con halcones, y en ese ejercicio pasaba gran parte de su vida. Siendo como era belicoso y avidísimo de gloria, y por ello gran enemigo del ocio, durante el tiempo en que estuvo ausente del reino de Nápoles, por aquellas cosas que pasaron entre él y la reina Juana, hizo dos empresas por mar contra los infieles en Barbaria.

Fue gran amigo del estudio de las letras y decía que, al haber leído una vez en el prólogo que había escrito alguien que había traducido a lengua española el libro de Agustín, *La ciudad de Dios*, halló esta sentencia: «que el rey que no era letrado era un asno coronado». La autoridad de esta sentencia le entró de tal modo en el corazón, que decidió trabajar en las letras aunque estuviese muy lejos de ser un niño. Y es algo maravilloso, y que da que pensar, que en medio de tales agitaciones y perturbaciones por las guerras, y con tal variedad de fortunas que tuvo, y entre tantos asuntos como deben tratar los grandes señores, nunca dejó de lado las letras, nunca el oír discutir, nunca el diálogo de las letras, nunca dejó la doctrina ni el estudio (...). En todas sus expediciones y viajes, siempre llevaba consigo Tito Livio y los *Comentarios* de Julio César, y casi no dejó un solo día de leerlos. A menudo decía de sí mismo que, en las cosas militares y en las maniobras de las guerras, a él mismo le parecía que, comparado con César, era torpísimo y toseco. En tal

amor tuvo el nombre de César, que hacía buscar por toda Italia las medallas y las monedas antiguas donde estaba esculpida su efigie; y las tenía como algo sagrado y religioso en un arcón adornado, diciendo que con sólo mirarlo la parecía que se inflamaba en el amor a la virtud y a la gloria.

[Pandolfo Collenuccio, *Compendio de le istorie del Regno di Napoli*, VI, Bari, 1929, pp. 287 y ss.]

13. Lorenzo de Médicis (Guicciardini)

Lorenzo de Médicis, como es presentado en las *Storie fiorentine*, de Guicciardini.

Deseó la gloria y la excelencia más que ningún otro, en lo cual se le puede reprochar el haber tenido este apetito en demasía también en las cosas mínimas, de modo que no quería ser comparado ni imitado por ningún ciudadano en los versos, ni en los juegos, ni en los ejercicios, indignándose contra quien actuase de otro modo. También lo fue demasiado en las grandes, pues quiso compararse y contender con todos los príncipes de Italia, cosa que desagradó sobremanera al señor Ludovico. No obstate, *in universum*, este apetito fue laudable, y fue la razón que hizo que su nombre y su gloria fuesen celebrados en todas partes, incluso fuera de Italia, pues consiguió que, en sus tiempos, todas las artes y todas las virtudes fuesen más excelentes en Florencia que en cualquier otra ciudad. Especialmente para las letras, ordenó que se hiciese de nuevo una academia de razón y de arte en Pisa; y, al serle mostrado con muchos argumentos que no podían concurrir un número de estudiantes como en Padua y en Pavia, dijo que le bastaba con que el colegio de los lectores superase a los demás. Así dieron lección en él, en sus tiempos, con salarios magníficos, los más excelentes y más famosos hombres de Italia, no escatimando gastos ni trabajos para conseguirlo. Así fue como en Florencia florecieron los estudios de humanidades bajo el maestro Agnolo Poliziano, los de griego bajo el maestro Demetrio y, luego, Lascari, y los estudios de filosofía y de arte bajo Marsilio Ficino, el maestro Giorgio Benigno, el conde De la Mirándola y otros hombres excelentes. Dio la misma importancia a los versos en lengua vulgar, a la música, a la arquitectura, a la pintura, a la escultura, a todas las artes del ingenio y la industria, de modo que la ciudad era abundantísima en todas estas gentilezas; las cuales sobresalían tanto más cuanto que, siendo él universalísimo, podía juzgar sobre todas ellas y distinguía a los hombres de tal modo, que todos, para hacerse más agradables a él, porfiaban entre sí. Le ayudaba su infinita liberalidad, con la cual daba a los hombres valiosos las provisiones y les proporcionaba todos los instrumentos necesarios para su arte. Como cuando mandó hacer una biblioteca griega y mandó a Lascari, un hombre doctísimo que daba lecciones de griego en Florencia, a buscar hasta en la misma Grecia libros antiguos y buenos (...).

Y, aunque hay que concluir que bajo su mando la ciudad no estuvo en libertad, no por ello parece posible que hubiese podido haber un mejor tirano y más agradable. De él surgieron, por inclinación y bondad natural, bienes infinitos, y algunos males, por necesidad de la tiranía, pero tan moderados y limitados como lo permitía la necesidad, y poquísimos inconvenientes por voluntad y libre arbitrio. Y, aunque los que estaban sometidos a él se alegraron con su muerte, a los hombres del Estado, e incluso a aquellos que alguna vez habían recibido sus golpes, les desagradó bastante, pues no sabían a dónde habrían de ir a parar por la mutación de las cosas. También dolió mucho su muerte a los hombres universales de la ciudad, así como al pueblo menudo, el cual era mantenido por él continuamente en abundancia, en numerosos placeres, deleites y fiestas. Dio mucho que hacer a todos los hombres de Italia que sobresalían en las letras, en la pintura, en la escultura o en artes semejantes; pues, o bien los mantenía él con grandes emolumentos, o bien eran considerados con mayor reputación por los demás príncipes, que tenían que, si no los mimaban, se irían junto a Lorenzo.

[F. Guicciardini, *Storie fiorentine dal 1378 al 1509*, Laterza, Bari, 1931, pp. 75 y ss.]

14. Federico, duque de Urbino (Vespasiano da Bisticci)

Federico, duque de Urbino, según el vivo retrato que de él hizo Vespasiano da Bisticci.

Habiendo dicho ya hasta aquí algo de lo que hizo el duque de Urbino sobre el tema de la disciplina militar, y dejando la mayor parte de lo que se refiere a este tema para los que tendrán que escribir su historia, me parece que ahora me toca decir algo sobre la capacidad que tuvo con la lengua latina, poniéndola en conjunción con la disciplina militar. Pues es difícil para un capitán singular hacer bien los hechos de armas si no tiene la práctica de las letras como la tuvo el duque de Urbino, pues las cosas pasadas son ejemplos para las presentes. Y tiene una gran ventaja un capitán del ejército que sepa la lengua latina sobre los que no la saben, pues gran parte de sus hechos de armas los hacía a imitación de los antiguos y los modernos. A los antiguos los conocía por las lecturas de historia; a los modernos, por haber sido criado desde muy pequeño en los hechos de armas (...). Volviendo a las letras, el duque de Urbino tuvo un gran conocimiento de ellas, y no sólo de las historias de los libros de la Sagrada Escritura, sino que tuvo además un gran conocimiento de la filosofía (...). Siempre procuraba que su ingenio y su *virtù* anduviesen parejos, y aprender cada día nuevas cosas (...). Quiso adquirir conocimientos de arquitectura, y en su tiempo no hubo, no digo ya señores, sino particulares, que tuviesen tantos conocimientos como su señoría. Véanse, si no, todos los edificios que hizo hacer, de qué manera

observó el gran orden y medida de cada una de las cosas, y especialmente de su palacio. Tanto es así, que en su época no se construyó ningún edificio más digno, tan bien concebido y en que hubiese tantas buenas cosas como en aquél. Aunque hubiese arquitectos junto a su señoría, cuando tenía que edificar, primero escuchaba el parecer de ellos y luego su señoría daba las medidas y todo lo demás, y parecía, oyéndole razonar sobre esto, que la arquitectura fuese el arte principal que él hubiese ejercido jamás. ¡Tanto sabía razonar y poner en obra por medio de su consejo! No sólo fue apto para edificar palacios u otras cosas, sino que en su tierra se vieron muchas fortalezas construidas por orden suya según un modo nuevo y mucho más fuertes de como lo son las antiguas. Allí donde los antiguos las hacían hacer altas, su señoría las hizo hacer al contrario, más bajas, pues conocía que el ataque de las bombardas no las podía destruir. De modo que se muestra que, en arquitectura, su señoría había tenido una plena noticia (...). Se había deleitado mucho con la música y entendía muy bien el canto y los sonidos, y tenía una digna capilla de música donde había músicos muy entendidos, y había unos jóvenes hábiles como ellos que cantaban y hacían coro (...). Y, si hablamos de la escultura, diremos que tenía una grandísima noticia de ella. Póngase atención en las esculturas que hay en su palacio, en las que hizo hacer, y en cómo quiso los mejores maestros que había en su tiempo. Oyéndole hablar con uno de sus escultores, parecía que el arte fuese suyo, ¡de tal modo razonaba sobre escultura! Era entendidísimo en pintura. Al no hallar maestros a su gusto en Italia que supiesen dar el color en tablas al óleo, mandó buscarlos en Flandes (...). Volviendo al estudio de las letras, por donde habíamos comenzado, desde el papa Nicolás y el rey Alfonso hasta aquí el estudio de las letras y de los hombres singulares no ha tenido a nadie que haya dado más honores y premios para sus fatigas de lo que hizo el duque de Urbino para mantenerlos. Y no escatimó ningún gasto (...). Si queremos referirnos ahora a la medida en que tuvo en grandísima reputación a todos los escritores, tanto griegos como latinos, tanto sagrados como profanos, diremos que a él solo le bastó el ánimo para hacer lo que nadie había realizado desde hacía mil años, o más, hasta nuestros días, y fue el hacer una biblioteca, la más digna que nunca se haya hecho desde aquel tiempo hasta ahora (...). Finalmente, y puesto que ya hemos mencionado los hechos de armas, y luego las letras juntamente con las armas, de modo que, para hacer a un hombre excelente en la disciplina militar sin las letras, no puede haber la pericia que tuvo su señoría para conjuntarlas la una con la otra, si nos referimos ahora a la tercera condición unida a esas otras dos, diremos que es la de saber gobernar los Estados y las señorías, de modo que es raro que se hallen quienes tengan todas estas condiciones que en él se hallaron. Y, si hablamos del gobierno de sus súbditos y de su casa, su época no tuvo a nadie semejante. En primer lugar, haciendo que ese gobierno estuviese unido con la religión, pues aquél sin ésta no puede subsistir. Más aún, todo él era religiosísimo y observaba con sumo cuidado los divinos preceptos (...). Habiendo ya dicho algo sobre el gobierno de su casa, diremos también algo sobre sus súbditos. Se comportaba con ellos con tal humanidad, que no parecía que ellos fuesen súbditos,

sino hijos suyos. No quería que nadie hablase con su señoría por intermedio de ninguno de sus súbditos, pues a cualquier hora del día podían hablar con el señor mismo. Y a todos escuchaba con grandísima humanidad, y de este mismo modo les respondía, y nunca se cansaba (...). Iba con frecuencia a pie, por tierra; y acudía unas veces a una tienda y otras al taller de un artista, y les preguntaba cómo lo hacían y si les faltaba alguna cosa, y con tanta benevolencia, que todos le amaban como se ama al padre o a los hijos propios. Era algo increíble ver su gobierno; todos los súbditos estaban bien, y él los hizo ricos dándoles trabajo para construir todo lo que hizo. En su tierra y en su país, no se vio nunca a nadie que anduviese mendigando (...).

Usaba de esta inaudita humanidad suya no sólo con los de su tierra, sino con todos (...). Y así su humanidad contentaba a todo el mundo, tanto a los grandes como a los pequeños (...). Me dijo un día cuán humano ha de ser alguien que tenga un gobierno, tanto un reino como una señoría o una república o un Estado popular, todos, por grandes o pequeños que sean, pues, decía, eso era lo más importante que debía ser un señor. Y, si alguien hacía lo contrario, él lo censuraba. Y, si hubiese alguno que se excusase de ser humano por no habérselo dado la naturaleza, decía que tenía que hacer violencia y mudar la naturaleza, pues ninguna cosa tenía que ser más común a los hombres grandes que la humanidad. Tenía tanta fuerza, que de los enemigos hacía amigos. Y, al contrario, quien no era humano, cuando iba a hablarle, él no quería oír, o lo escuchaba de una manera que demostrase no lo estimaba, y de este modo, de amigo que era, lo convertía en enemigo, como vi que sucedió con muchos.

[Vespasiano da Bisticci, *Vite*, Florencia, 1938, pp. 101-115.]

15. Savonarola y la tiranía (del *Trattato del reggimento degli stati*)

Pero los esplendores de los *principi* no cegaron los ojos de Savonarola, quien vislumbró todos los peligros del gobierno personal, del despotismo. Savonarola se muestra inquieto por la situación política de su tiempo, aun cuando él, efficacísimo en la crítica, no supo, en verdad, proponer nuevos organismos capaces de salvar aquella situación.

Tirano es el nombre de un hombre de mala vida, y pésimo entre los demás hombres, que quiere reinar sobre todos los demás por la fuerza; y eso es aún más cierto para el que, de ciudadano que era, se ha convertido en tirano. Porque, en primer lugar, hemos de decir que es soberbio por querer alzarse por encima de sus iguales, incluso sobre aquellos que son mejores que él, sobre aquellos a los cuales más merecería ser sometido. Y, sin embargo, es envidioso y siempre se enristece por la gloria de los demás hombres, y más aún por la de los ciudadanos de su ciudad,

y no puede sufrir que se elogie a los demás, aunque muchas veces disimule y oiga con el corazón atormentado. Y se alegra por la ignominia del prójimo, pues querría que todos los hombres fuesen vituperados, siempre y cuando él solo permaneciese en la gloria. Y así, a causa de las grandes fantasías, tristezas y temores que siempre lo corroen por dentro, busca deleites como medicina para sus aflicciones; y de este modo raramente, o nunca, sucede que un tirano no sea lujurioso y esté inclinado a los deleites de la carne. Y, pues no puede mantenerse en su estado ni darse los placeres que desea sin una gran cantidad de dinero, se sigue que apetece de manera desordenada los bienes. De donde se sigue que todos los tiranos, como tales, son avaros y ladrones. No solamente roba el principado, que es de todo el pueblo, sino que, más aún, usurpa lo que es del bien común, además de las cosas que apetece y que quita a los ciudadanos particulares con argucias y siguiendo vías ocultas, y algunas veces manifiestas. De esto se sigue que el tirano tiene virtualmente todos los pecados del mundo. En primer lugar, porque tiene la soberbia, la lujuria y la avaricia, que son las raíces de todos los males. En segundo lugar, porque, habiendo puesto su fin en el estado que tiene, no hay cosa que no haga para poder mantenerlo. Y no hay mal que no esté dispuesto a hacer con el propósito de mantener su estado; la experiencia demuestra que el tirano no perdona nada para mantenerse en su estado, pero tiene en su propósito, o como hábito, todos los pecados del mundo. En tercer lugar, porque por su gobierno perverso se siguen todos los pecados del pueblo, mientras que él es deudor de todos esos pecados como si los hubiese cometido. De donde se sigue que todas las partes de su alma son depravadas. Su memoria siempre recuerda las injurias e intenta vengarse, y se olvida pronto de los beneficios que le hicieron sus amigos. Su intelecto siempre se afana en maquinan fraudes y engaños, y otros males; su voluntad está llena de odios y de deseos perversos; su imaginación, de representaciones falsas y malvadas; y todos los sentidos exteriores los emplea mal, o bien para sus concupiscencias propias o en detrimento y para escarnio del prójimo, pues está lleno de ira y desdén. Esto le sucede porque ha puesto su fin en el estado que tiene, y es muy difícil, si no imposible, mantenerlo durante mucho tiempo, pues nada que sea violento es perpetuo. De donde, buscando mantener por la fuerza lo que él mismo arruina, ha de permanecer muy vigilante. Y, siendo el fin malvado, es necesario que toda cosa que se ordena a ese fin sea mala. No puede nunca el tirano invocar, ni recordar, ni imaginar, ni hacer cosas que no sean malas; y si llega a hacer alguna buena, no la hace por hacer el bien, sino para conseguir fama y para hacerse amigos falsos para poderse mantener en aquel estado perverso. De donde se ve que es como un diablo, rey de los soberbios, que nunca piensa en nada que no sea el mal. Y si alguna vez dice alguna verdad, y si hace cosa alguna que tenga la especie del bien, lo ordena todo a un fin malo y en especial a su gran soberbia. Así el tirano, todos los bienes que hace, los ordena según su gran soberbia, en la cual intenta mantenerse por cualquier modo y por cualquier camino. Cuanto mejores costumbres muestra el tirano por fuera, tanto más astuto y malvado es, y tanto mayor y más sagaz es el diablo que lo domina, tal como éste

se transforma en el ángel de la luz para golpear con mayor fuerza.

También el tirano es pésimo en el gobierno, en el cual atiende principalmente a tres cosas. Primera, a que los súbditos no entiendan nada del gobierno, o poquísimas cosas y de muy poca importancia, con el fin de que no se conozcan sus maldades. Segunda, a buscar la manera de poner la discordia entre los ciudadanos, y no solamente en las ciudades, sino también en los castillos, villas y casas, y entre sus ministros, y también entre sus consejeros y sus familiares, pues, así como el reino de un rey justo y verdadero se conserva por la amistad de los súbditos, así la tiranía se conserva gracias a la discordia de los hombres, y el tirano favorece a una de las partes, la cual mantiene sometida a la otra y así hace fuerte al tirano. La tercera es que siempre intenta rebajar a los poderosos para estar él seguro, y así da muerte o hace que fracasen los hombres excelentes, ya sea por sus bienes, o por su nobleza, o por su ingenio, o por cualquier otra *virtù*. A los hombres sabios los mantiene sin reputación y los hace escarnecer para quitarles la fama con el fin de que no tengan seguidores. No quiere tener a los ciudadanos por compañeros, sino como siervos. Prohíbe las reuniones y las asambleas para que los hombres no se junten como amigos, por temor a alguna grave conjura contra él. Siempre se esfuerza en conseguir que los ciudadanos sean entre ellos lo más salvajes que se pueda, perturbando sus amistades y disolviendo los matrimonios y parentescos, queriendo hacerlos según su modo (...).

Procura que el pueblo esté ocupado en las cosas necesarias para la vida, pero lo mantiene en la escasez con gravámenes y gabelas. Y muchas veces, especialmente en tiempos de abundancia y de calma, lo ocupa en espectáculos y fiestas, de modo que piense en sí mismo y no en el tirano, y que del mismo modo los ciudadanos piensen en el gobierno de su propia casa y no se ocupen de los secretos del Estado, a fin de que sean inexpertos y no adquieran prudencia para el gobierno de la ciudad, para que así sólo quede él como gobernador y parezca el más prudente de todos.

En su gobierno quiere estar oculto, dando muestras por fuera de no gobernar y diciendo, y haciendo decir a algunos cómplices suyos, que él no quiere alterar el gobierno de la ciudad, sino tan sólo conservarlo. Con ello busca ser requerido como conservador del bien común y mostrarse benigno incluso en las cosas mínimas, concediendo alguna audiencia a niños y a niñas o a personas pobres, y defendiéndolas muchas veces incluso de las más insignificantes injurias. De este modo, de todos los honores y dignidades que se distribuyen entre los ciudadanos, él da muestras de ser su autor, y quiere que todos se lo reconozcan (...). De manera semejante intenta aparecer como religioso y atento al culto divino, pero sólo hace ciertas cosas exteriores, como acudir a las iglesias, hacer ciertas limosnas, edificar templos y capillas, o vestimentas y adornos, y otras cosas semejantes por ostentación (...). No deja que los tribunales ordinarios hagan justicia, para poder favorecer, o para dar muerte o someter, a quién a él le place. Usurpa el dinero del bien común para él y halla nuevos modos de gravar y extorsionar para reunir dinero con que alimentar a sus secuaces (...).

Ensalza a los hombres malvados, quienes sin su protección serían castigados por la justicia, y ello a fin de que lo defiendan y así defenderse a sí mismos. Y si alguna vez ensalza a algún hombre bueno, lo hace para demostrar al pueblo que es amante de las virtudes (...).

No se puede hacer ningún oficial que él no lo sepa o que él no quiera hacerlo; asimismo, no quiere que se nombren cocineros de palacio ni criados de magistrados sin su consentimiento (...). Quiere corromper con astucia todas las buenas leyes, pues son contrarias a su injusto gobierno, y continuamente dicta nuevas para su propósito (...). Es sumamente vindicativo y quiere vengar hasta las más pequeñas injurias con gran crueldad, para dar miedo a los demás, pues él tiene miedo de todo el mundo (...).

El tirano también quiere ser superior en todo, hasta en las cosas mínimas, como en el juego, en el hablar, en las justas, en hacer correr a los caballos, en la doctrina. Y en todas las cosas en que se establece alguna competencia, siempre quiere ser el primero. Y cuando no puede serlo por su *virtù*, busca ser superior con fraude y engaños (...).

En suma, bajo el tirano no hay nada estable, porque todo se rige bajo su voluntad, la cual no es dirigida por la razón, sino por la pasión, de modo que todos los ciudadanos están bajo el tirano en suspenso por su soberbia, todas las riquezas están en el aire por su avaricia, toda castidad y pudor de mujer están en peligro por su lujuria (...). Así, siempre busca corromper a la juventud y todo el buen vivir de la ciudad, como si fuese para él algo sumamente extraño (...).

[Savonarola, *Trattato del reggimento degli stati*, I, 2; *Scrittori politici*, Milán, 180, pp. 6 y ss.]

16. Alabanzas de Catilina, por Stefano Porcari

Puro romanticismo les ha parecido a algunos (cf. Toffanin, *Che cosa fu l'Umanesimo*, Florencia, 1929, pp. 101 y ss.) la exaltación de Catilina tal como se presenta a través de Salustio. Se trataba, una vez más, del amor a las libertades republicanas puesto en oposición, con un disfraz clásico, al surgimiento de la tiranía. Sobre la pertenencia a Stefano Porcari de los discursos atribuidos a Buonaccorso de Montemagno, cf. V. Rossi, *Il Quattrocento*, p. 151, y Pastor, *Storia dei Papi*, I, p. 756.

En este momento no se dirige nuestra oración a que tengáis misericordia de la vida de Catilina; pues, para aquellos que se oponen a la patria, es suprema misericordia darles una pena rápida y un suplicio repentino. Pero yo ruego de vosotros esta clemencia, padres conscriptos: que no abandonéis del todo mi inocencia y que, mientras defendéis la libertad, por la iniquidad de unos pocos no condenéis injustamente a

muchos sin culpa. Os demostraré, y declararé abiertamente, que la razón de todas esas cosas no fue la salud de la república, sino la amarga enemistad de nuestro cónsul; y que él, con tanto furor y tanta envidia había comenzado tanto crimen; y que había intentado cualquier cosa por avidez de poder y no por la conservación de vuestra libertad. Pero que durante los años pasados haya estado tan en contra de mí; cuánto me hayan perseguido sus inmoderadas animadversiones; con cuántas y cuán frecuentes villanías e injurias hemos tenido que convivir juntos, eso no lo contaré ahora, ¡oh quirites!, pues son en verdad cosas manifiestas para todos vosotros. Pero si estoy dispuesto a decir las cosas que, en los pasados comicios, luego que fuera designado cónsul, finalmente sin ninguna vergüenza y gran temeridad, divulgó: esto es, que demandaba al consulado no por ninguna otra cosa, sino por la muerte de Catilina.

[*Orazione* de Buonaccorso da Montemagno *in favore di L. Catilina*, en *Orazioni*, Nápoles, 1862, pp. 2-3.]

17. La conjura de Porcari, según L. B. Alberti

La breve narración de la *Epistola* de Alberti rodea de una dignidad clásica la infeliz tentativa de Stefano Porcari del día de la Epifanía de 1453. Por lo cual hay quien ha hablado de «degeneración supersticiosa y patológica de ideologías humanísticas normales» (Toffanin, *op. cit.*, p. 103), siendo así que allí sólo había un sueño, quizá ingenuo pero generoso, de libertad. «Así murió ese hombre honesto —escribe Infessura—, el amigo del bien y de la libertad de Roma (...) era su objetivo dar su propia vida por liberar a la patria de la esclavitud.» Cf. Pastor, *op. cit.*, I, pp. 518-519.

Comenzó a añorar la antigua gloria perdida de Roma, a maldecir contra la severidad excesiva de los tiempos, que no permitían que sin gran peligro saliese a la luz del día lo que en cada uno hubiese quedado de la pristina dignidad y virtud. Él, no obstante, no debía arrepentirse por no haber mostrado bastante a la patria y a sus conciudadanos que él sólo anhelaba la gloria de los suyos. Y no dudaba de que los presentes, que sabía que eran hombres fuertes, hubiesen deseado y pensado con frecuencia cosas dignas de los fuertes. Pero a los unos les faltó la ocasión, y los otros habían hallado obstáculos distintos, pues miraban más por los intereses privados que por los públicos. De todos modos, ahora era cierto que, comprendidas las cosas que se preparaban, nadie, ni los presentes ni aquellos a quienes hubiesen alcanzado sus claros consejos, habría disentido, mientras recordasen ser ciudadanos de Roma o, al menos, ser hombres (...).

Luego se quedó durante un rato en silencio y, mostrando en la cara, en el gesto, en los suspiros, los signos del mayor dolor, extendiendo la mano y mirando a su alrededor, preguntó si, entre tantos ciudadanos tan eminentes y de tan grandes méritos, había alguno que estuviese contento con la condición y el estado actuales de la patria, si había alguno que pudiese mirar sin llorar las miserias comunes. Preguntó también si la pobreza, la esclavitud, las injurias y los otros males de ese género, que ahora eran naturales y se habían hecho tolerables a causa de la costumbre, había que considerarlos como una riqueza, siempre y cuando fuese lícito permanecer en la patria entre las propias desventuras. Pero los que querían ser llamados religiosísimos habían hallado una nueva clase de crueldad: ya no era lícito ser ciudadanos; los inocentes eran proscritos, relegados, matados. Toda Italia estaba llena de una multitud de desterrados, Roma estaba vacía de ciudadanos. En Roma sólo se veían bárbaros. Y era considerado como un delito proclamarse amante de la patria. Y aquí, atacando duramente a las cabezas del Estado, repasando todos los capítulos de las acusaciones y las culpas, aumentó su ira y su indignación, mostrando de qué manera, casi todos los que pretenden ser venerados como divinidades, son sordísimos e innobilitados, pues por buenas cantidades de dinero cometen locuras de cualquier género, mientras que los ciudadanos dignos de mejor suerte viven precariamente. Pero la culpa de esa insoportable condición no era echada tanto sobre los demás como sobre ellos mismos, por estar permitiendo durante más tiempo aún esa desventura con su desidia. Tenían que recordar de una vez lo que puede el valor y cuánto cuesta no ser esclavos.

[L. B. Alberti, *De porcaria coniuratione, Opera inedita et pauca separatim impressa*, Florencia, 1890, pp. 259 y ss.]

18. De las *Depositiones Stefani Porcarii*

El siguiente documento, referido por Pastor, a la vez que muestra la ingenuidad de la tentativa de Porcari, presenta su sueño de libertad. La palabra «libertad», así como hubo de ser el signo de la sublevación, fue también su última palabra: «¡Oh pueblo mío!, hoy muere tu libertador.»

Entonces el propio señor Stefano confesó abiertamente (...), que, sin haber pedido ni obtenido la licencia del santísimo señor nuestro el papa, había vuelto desde Bolonia y había llegado a Roma para restituir la libertad de la ciudad. Había pensado tres vías para llevarlo a cabo. La primera consistía en ocupar el Capitolio reuniéndose con sus amigos y las demás personas; una vez tomado, recorrerían la ciudad gritando: «¡Viva la libertad!» El segundo procedimiento consistía en recorrer primero Roma con los susodichos cómplices, gritando del modo que se ha indicado, y luego ir a ocupar el Capitolio con sus secuaces, para dirigirse

finalmente desde allí hacia el palacio de nuestro santísimo señor el papa para pedirle que mandase junto a ellos a un prelado que fuese gritando por la ciudad, como ellos: «¡Viva la libertad!» El tercer modo era que primero irían al susodicho palacio de nuestro santísimo señor el papa con sus secuaces por la mañana del día de la fiesta de la Epifanía, en el cual el mismo papa tenía que celebrar en la iglesia de San Pedro, apoderarse así del susodicho papa con sus cardenales y prelados y obtener entonces la libertad y todas las demás cosas que quería. Y dijo que, entonces, a ellos no les había explicado de ningún otro modo la empresa, y que todos los que han sido recordados más arriba, así como otros que en aquel momento estaban presentes, habían alabado la empresa y se habían dispuesto a buscar amigos (...).

[*Depositiones Stefani Porcarii* (Roma, 7 de enero de 1453), en Pastor, *Storia dei papi*, tr. it. Mercati, Roma, 1925, vol. I, pp. 759-760.]

19. La confesión de Girolamo Olgiate

Corio, como acostumbra a hacerlo, refiere por extenso la característica confesión de Olgiato, de la cual sacamos los pasajes siguientes, donde su inspiración literaria, y su amor a la gloria, así como todos los motivos de su gesto desesperado, reviven de manera dramática.

Girolamo Olgiato (...), por sí mismo, hizo su propio proceso de esta guisa: Cola de Montani del Sagio, boloñés, hombre de ingenio elevado, era mi maestro de elocuencia en la época del comienzo del principado del señor Galeazzo Maria, duque de los milaneses. Pasando un día por la plaza del Arengo el duque con una gran séquito de señores, mirábamos el fastuoso cortejo desde la escuela mientras él pedía la espada al príncipe Gianfranco Pusterla, con espléndidos vestidos y otros ornamentos. Entonces Cola comenzó a insultar a Gianfrancesco y a otros muchos que, sin preocuparles en absoluto la *virtù* y la virilidad, afeminados, se complacían sólo en el lujo. Y, volviéndose a mí mientras decía tales cosas, me exhortaba no a seguirle, sino a comenzar a pensar en alguna empresa con ánimo resuelto y fortísimo, imitando los ejemplos de los muchísimos atenienses, cartagineses y romanos de los que decía que habían conseguido una gloria eterna actuando con fuerza por la patria. Así, al haberme repetido a lo largo de aquel día tales cosas mirándome fijamente, joven como era yo entonces, me mandó a casa fácilmente persuadido sobre lo que quería, y me prometió que me narraría muchas empresas bellísimas, «a fin de que —me dijo—, ¡oh Girolamo!, perseveres en silencio en el camino del valor y de la fortaleza del ánimo». Entonces yo tenía por ese maestro, y la sigo teniendo, una fe tan grande, que creía en sus palabras, por decirlo así, más que en el Evangelio (...).

También escribió el siguiente epigrama: «A aquél a quien no pudieran abatir mil falanges armadas, el duque Galeazzo Sforza, lo ha matado la mano derecha de un hombre cualquiera. Y, mientras caía en la nada, le quitaron los siervos que lo rodeaban, las riquezas, las armas, la ciudad. Con lo cual aparece claramente que no hay nada seguro para un tirano cruel. Así se ve lo que vale la fe en las cosas humanas.»

Dicho Girolamo, cuando el maestro de justicia comenzó a golpearlo en el pecho con el hierro, que cortaba mal, desmayándose del todo, se quedó como muerto. Sin embargo, recobrando por unos momentos el espíritu, pronunció las siguientes palabras: «Valor, Girolamo; el recuerdo de este acto permanecerá eterno. Dura la muerte, perpetua la fama.»

[Bernardino Corio, *Storia di Milano*, VI, 3, Milán, 1857, vol. III, pp. 304-313.]

20. La muerte de Pietro Paolo Boscoli (Lucca della Robbia)

No hay quien no recuerde, al narrar las conjuras del Renacimiento, el famoso grito de Boscoli: «¡Ay!, Luca, quitadme de la cabeza a Bruto», en el cual no hay una exaltación «pagana» fundida con el culto cristiano, sino un mito de libertad vivido profundamente.

Recuerdo cómo el día veintidós de febrero de 1512 [1513], un martes por la tarde, en tiempo de cuaresma, fueron condenados a muerte Agostino di Bernardo Capponi y Pietro Paolo di Giachinotto Boscoli, como conjurados contra la casa de los Médicis, por haber querido liberar a la ciudad y dar muerte a Giuliano, a Lorenzo y al señor don Giulio. Es lo que apareció en verdad en sus procesos. Estuvieron presos durante cuatro días; esto es, desde el día dieciocho, que era un viernes por la noche, hasta el martes dicho más arriba. Y el martes por la noche, sabiendo yo, Luca di Simone di Marco della Robbia, que ellos tenían que morir; llevado por una gran piedad a consolar cuanto pudiese a Pietro Paolo, con el que tenía una gran familiaridad; deseoso asimismo de conocer si él era tal como muchos de sus amigos y yo mismo lo habíamos juzgado, esto es, dotado de gran ánimo y de no menor prudencia y religión cristiana, estuve presente en el Bargello durante toda la noche, desde las dos hasta el momento de su muerte, que sucedió alrededor de las diez. Y, porque sabía que poseía un ingenio singular y tenía buenas letras, y que tenía bastante nervio en sus discursos, anoté con cuidado todas sus palabras, las preguntas y las respuestas, y las retuve en mi memoria. Y lo hice para que no se perdiese un ejemplo tan grande y tan singular de fortaleza y gallardía de ánimo después de la condena a un ciudadano tan bueno, noble y generoso, joven, de unos 32 años, rubio y bello y de aspecto amable, pero de vista corta. Y con el fin, digo, de que no se perdiesen tantos recuerdos, me he entretenido en poner por escrito lo que dijo durante esa noche (...) de lo cual se extrae una gran-

deza de ánimo, una piedad eminente para con la patria, la madre, los hermanos (...).

Y luego dijo: «¡Ay!, Luca, quitadme de la cabeza a Bruto, para que pueda pasar por este trance enteramente como un cristiano.» Y yo le dije: «Cuesta poco trabajo, si queréis morir cristiano. Además, ya sabéis que esas cosas de los romanos no han sido escritas desnudas, sino que han sido aumentadas con arte.» Y él respondió entonces: «Y, aunque hubiesen sido verdaderas, a mí, ¿qué me importa? En todo caso, su fin no es el verdadero.»

[Lucca della Robbia, *Recitazione del caso di Pietro Paolo Boscoli e di Agostino Capponi*, ed. F. L. Polidori, *Archivio Storico Italiano*, I (1842), pp. 275 y ss.]

21. De la *Apologia*, de Lorenzino de Médicis

Aquí, lo que vemos, no es una exaltación o unas exclamaciones retóricas, sino una lucidísima demostración que va siguiendo sus pasos inexorablemente. Se valore como se valore el estéril homicidio de Lorenzino, su *Apologia* sigue siendo un monumento admirable no sólo por su férrea lógica, sino por las ideas políticas que contiene. Matar al déspota, aunque cueste la vida, es el más doloroso pero también el más imperioso deber del ciudadano, pues el déspota, entre todos los enemigos internos y externos, es el más perjudicial. Quien lea la *Apologia* no puede dejar de reconocer en Lorenzino, junto a un esteta cautivado por imágenes antiguas, una pasión sincera y profunda.

Si yo tuviese que justificar mis acciones entre los que no saben qué cosa son la libertad o la tiranía, buscaría la manera de demostrar y probar con razones, pues hay muchas, de qué manera no deben desear los hombres nada con mayor fuerza que el vivir políticamente y, por consiguiente, en libertad, teniendo en cuenta que la organización política es más escasa y menos duradera en cualquier clase de gobierno distinto de las repúblicas. También demostraría de qué modo, siendo como es la tiranía totalmente contraria al vivir político, los hombres deben odiarla por encima de todas las cosas; opinión ésta que ha prevalecido tantas veces en ellos, que aquellos que han liberado a su patria de la tiranía han sido considerados casi tan dignos de honores como los edificadores de la patria. Pero, pues tengo que hablar a quien sabe por la razón y por la práctica que la libertad está bien y que la tiranía es el mal, presuponiendo ese universal, hablaré en particular de mi acción no para solicitar un premio o una alabanza, sino para demostrar que no solamente he hecho aquello a lo que está obligado todo buen ciudadano, sino que además yo habría cometido una falta contra mi patria y contra mí mismo si no lo hubiese hecho.

Pero a mí me parece que aquellos que, por estar mal informados o por cualquier otra consideración, dicen que he errado al matar a Alesandro, alegando las susodichas razones, demuestran estar muy mal informados de las leyes ordenadas contra los tiranos, así como sobre las acciones, que han recibido alabanzas, de los hombres que han matado hasta a sus propios hermanos por la libertad de la patria. Pues, si las leyes no sólo permiten, sino que obligan, al hijo a acusar al padre en el caso de que éste quiera convertirse en el tirano de la patria, ¿no estaba yo menos obligado a intentar liberar a la patria ya esclavizada con la muerte de quien, aun si hubiese pertenecido a mi casa, y no era así, a su modo hubiese sido bastardo y a cinco o seis grados de parentesco lejos de mí? Y, si Timoleón llegó a matar a su propio hermano para liberar a la patria, y fue tan alabado y celebrado por ello, y lo es aún, ¿por qué habrían de tener esos malvados autoridad para reprobarme?

Pero, en cuanto a dar muerte a alguien que confía en uno (lo cual no digo que yo haya hecho, pues lo que digo es que, si lo hubiese hecho, no habría errado; y, si no lo hubiese podido hacer de otro modo, lo habría hecho), yo les pregunto a éstos si, estando la patria oprimida por un tirano, llamarían a éste al combate, o si le darían primero a entender que lo quieren asesinar, o si pensarían en matarlo si supiesen que ellos también tendrían que morir, o bien si no intentarían matarlo con toda clase de engaños y todas las estratagemas, con tal de que él acabase muerto y ellos vivos. Por mi parte, pienso que no se apresurarían a matarlo de una manera ni de la otra; y que tampoco se puede creer que sea de otro modo, luego de haber reprobado a quien se decidió por aquel modo que estaba más a su alcance. Si ese consenso y esa ley que es sacratísima entre los hombres, la de no engañar a quien tiene confianza, fuese suprimida, creo que sería peor ser hombre que ser animal. Pues, en este caso, a los hombres les faltarían principalmente la fe en la amistad de la convivencia y la mayor parte de las cualidades que nos hacen superiores a los animales brutos (dejando de lado que éstos, en una parte de ellos, tienen más fuerza que nosotros, y más vida, y están menos sometidos a las circunstancias y las necesidades propias de los hombres). Pero no por ello vale la consecuencia de que esa fe y esa amistad hayan de ser observadas también con los tiranos. Pues, así como ellos pervierten y confunden todas las leyes y todas las buenas costumbres, también los hombres están obligados, contra todas las leyes y contra todas las costumbres, a quitarlos de la tierra; y, cuanto antes lo hacen, tanto más dignos de alabanza son.

Ciertamente, sería una buena ley para el tirano esa que quisiérais introducir, pero también sería mala para el mundo: la de que no debe dañarle ninguno de aquellos en los que él tiene confianza. Pues, de ser así, él se fiaría de todo el mundo, pues ya no podría, por el vigor de esa fuerza vuestra, ser dañado por nadie, y entonces ya no necesitaría guardianas ni fortalezas. Así que yo concluyo que los tiranos, sea cual sea la manera como se les dé muerte, bien muertos están.

[Lorenzino de Medici, *Apologia*, I, III, según el texto de Lisio reproducido por F. Ravello, Turín, 1926, pp. 204-205, 218-220.]

22. La *Synodus Florentina*, contra Sixto IV

Diferente de las demás, desde muchos puntos de vista, es la conjura de los Pazzi contra los Médicis. Notabilísimo es, con todo, el escrito conocido con el nombre de *Synodus Florentina* y dirigido contra Sixto IV, el cual arroja una luz peculiar tanto sobre la política pontificia como sobre el comportamiento de los florentinos. Se trata de un libelo violentísimo; tanto es así, que Fabroni, al publicarlo, sentía la necesidad de excusarse; y un editor más reciente, Walchmer, lo atenuaba sin más. Parece que el documento fue obra de Gentile Becchi, humanista afecto a los Médicis. Cf. Pastor, *op. cit.*, II, pp. 518-519.

El custodio del cielo ha abierto las puertas a todo el infierno y, con la cuerda con que el Señor arrojó a los mercaderes del templo, hizo un lazo para sus sicarios. El pastor corrompido ha perseguido a su rebaño sano (...). En una nueva infamia, que el Señor quiso revelar a todos los fieles por intermedio de nosotros, Sixto vino al redil florentino por un camino que no era el de la puerta: mediante el homicidio del cordero inocente Giuliano de Médicis, al que, como a un ladrón y a un salteador de caminos, degolló ante el altar del Señor (...). Y todo eso lo hizo además durante la solemnidad de la misa, mientras el sacerdote cogía el cuerpo de Cristo, para traicionar y hacer traidor junto a él también a Cristo, del cual dice ser vicario. Y grita en sus condenas: «¡Oh dolor!, han ahorcado al arzobispo»; al arzobispo, que nunca fue cristiano; al arzobispo, que maquinó la sublevación, que ocupaba el palacio público, que habría colgado a los priores de la patria libertad si éstos no se hubiesen defendido. Excomulga al magnífico Lorenzo, ciudadano santísimo, porque no permitió que lo degollasen como a su hermano, y excomulgó a los señores de la ciudad porque no se dejaron arrojar por la ventana. ¡Oh excomunión excomulgada! ¡Oh maldita maldición de condenadísimo juez! (...) Pero ¿qué tienen que hacer con el papa los florentinos, en estas cosas que no son espirituales? ¿Y cuándo y con qué alforjas sacó esa arrogancia, la de pretender él, religioso, apoderarse de la república de Florencia? (...) Así sucedieron las cosas, lectores cristianos; por tal causa, en ese orden, por esos medios, se intentó la ruina de Florencia. De ese modo, Sixto siguió a aquel «que vino para que ellos tuviesen la vida, y para que la tuviesen más abundante». Una sangre que había adquirido grandes méritos en la religión cristiana, fue vertida por el príncipe de esa religión; la Iglesia fue violada por el sumo sacerdote. Y para que nadie pueda ignorar todo eso, o pueda excusarlo, lo confirma a guerra abierta, y a la conjura iniciada le hace seguir la promulgación de las condenas. Imita en esto a aquella mujerzuela que, habiéndosele llevado el viento la peluca, para cubrirse con el vestido descubrió el trasero (...). ¿Quién no se da cuenta ahora de que el viejo loco, al procla-

mar esas condenas que dictó, intentó quitar una marca con una mancha, intentó lavar el fango con estiércol? ¿Habría algún fiel que no se indigne por una maquinación tan malvada, que no se vea inducido a procurar la salvación de nuestro peligro? No para la causa de Cristo, sino para la causa de Dios, sirven las llaves que tienen la potestad de cerrar y de abrir (...). Dice haber oído que con Lorenzo estaban algunos cómplices. Que pregunte a su cardenal de San Giorgio, en Velabro, si había cómplices, o si no era todo un pueblo el que en aquel tumulto tendía sus espadas contra él. Que pregunte si era el pueblo, o bien unos cómplices, los que le dieron libertad; si se vio a una parte de la ciudadanía, o si fue toda la que se insurreccionó contra los parricidas y a favor de Lorenzo; si fue una muchedumbre de cómplices o de chiquillos la que arrastró por la ciudad el cadáver de Pazzi, quien, mientras moría, encomendó su alma al demonio; y de quién era aquel grito en coro: «¡Muera el papa, mueran los cardenales; viva Lorenzo, que nos da el pan!» Grito a duras penas refrenado por esos cómplices (...). Fue ciertamente muy grande el número de los cómplices que, mientras Pazzi clamaba por la libertad, proclamando que habían muerto Giuliano y Lorenzo, que Palazzo estaba en manos de los vencedores, no dejó que nadie lo siguiese, ni siquiera sus parientes. Fue bien benigna aquella tiranía que, una vez muerta, halló más defensores que secuaces halló la libertad viva y victoriosa (...).

Pero el buen pontífice escribió en su condena que él mandó a sus milicias con el fin de conservar la paz en Italia. ¿Era la paz de Italia o bien su turbación? ¿O la llegada de los turcos, con la caída de la ciudad de Florencia, y la perturbación de toda la cristiandad? ¿Están en paz los venecianos que durante tanto tiempo combatieron contra los turcos en defensa de toda la cristiandad? ¿Qué les hace venir desde el muro de Jerusalén en ayuda de los aliados? Es el buen oyente del espíritu profético: «Tú serás socorrido por el huérfano.» ¿Quién intenta implicar en las guerras al duque de Milán, que es aún un niño? ¿Acaso los florentinos están aliados con aquellos que excitan a los turcos contra los cristianos, quienes devastan sus campos, incendian sus ciudades, oprimen a su pueblo?

Ahora se entiende lo que la Iglesia vendía. Tenía con qué poder excusar la simonía, contra los mantenedores de la fe, contra el huérfano y la viuda, contra los que siempre habían tomado el partido de la Iglesia. Creíamos que había cometido todas las infamias. Le quedaba la de poderse mostrar en esta santa obra. Llama paz a la guerra, este vicario nuestro de la verdad, pues él todo lo ha trastocado, y todo lo entiende en el sentido opuesto (...).

[A. Fabroni, *Laurentii Medicis Magnifici Vita*, Pisis, 1784, vol. II, pp. 137 y ss.]

8. POLÉMICAS SOBRE LA IGLESIA DE ROMA

La nueva investigación filológica, aplicada a las cuestiones religiosas, tuvo que realizar una doble tarea, y de este modo adoptó un doble punto de vista: en primer lugar, fue el arma con que se combatieron los fundamentos mismos de las pretensiones políticas de la Iglesia; y sirvió, en segundo lugar, para asestar un golpe a su pretensión de ser la única depositaria de una interpretación definitiva e inexpugnable de la palabra de Dios, y, por ende, mediadora necesaria entre el hombre y Dios.

Las dos actitudes, una más directamente política, la otra más destacadamente religiosa, estaban por lo demás conectadas por la raíz. Ambas provenían del mismo movimiento de renovación cultural y, siguiendo caminos diferentes, tendían al mismo resultado: eliminar de la Iglesia las pretensiones de universalidad de carácter temporal, con el fin de instaurar una religión del espíritu absolutamente interior que pusiese en contacto a Dios y al hombre sin necesidad de intermediario alguno. Actitud que corresponde a la deseada *pax fidei*, sueño que tenían a la vez los filósofos y los hombres de Iglesia.

Se trata, pues, de una reforma espiritual y moral que tenía que apartar a la Iglesia de Cristo de las luchas terrenales y abrirla, regenerada, a todos los hombres de buena voluntad. Purificación, tanto de la cabeza como de los miembros singulares, que tenía que eliminar fingimientos, hipocresías y bajezas, pero sobre todo aquellos intereses mundanos que, de manera fatal, iban desgarrándola y comprometían, en la pretensión de potestades terrenales, la efectiva universalidad de su valor.

Las dos corrientes que han sido distinguidas en el movimiento religioso italiano (cf. D. Cantimori, *Eretici italiani del Cinquecento*, Florencia, 1939), crítica una de ellas, que culmina en Valla, y espiritual la otra, propia de los grupos platónicos florentinos, eran ambas expresión, por caminos diferentes, de la misma exigencia, y coincidían, en el fondo, en los mismos ideales. Pues la crítica de Valla, si bien por una parte intentaba eliminar la laicización de la Iglesia, aspiraba con ello, sobre todo, a convertirla en una Iglesia verdaderamente espiritual. El opúsculo sobre la

donación constantiniana exalta, contra una Iglesia corrompida e inmersa en las luchas políticas, una Iglesia como guía verdaderamente espiritual. La polémica antimonástica escarnece la hipocresía en nombre de la interioridad. Las notas críticas sobre el Nuevo Testamento le quitan a la Iglesia la pretensión de ser la intérprete definitiva de la Escritura. Lucha contra la laicización, polémica contra la hipocresía, revisión de la interpretación bíblica: todo esto conduce hacia una única meta: la interioridad de la fe, la íntima relación con Dios. No era otra cosa lo que querían y pensaban los platónicos en su búsqueda de una universal *religio abdita*. Una vez más, por tanto, hallamos la apelación a la interioridad, a la espiritualidad, que caracteriza todos los aspectos del Renacimiento.

Por otra parte, la Iglesia misma y los pontífices favorecían de manera diferente esas aspiraciones. La política romana, sujetándose a las vicisitudes italianas, absorbiendo todo el nacionalismo del principio del Quattrocento, haciendo suya la polémica contra los «bárbaros» y, aún peor, endureciéndose luego en la defensa de los derechos de un principio regional, revelaba cada vez mejor el contraste entre la universalidad de la Idea cristiana y los deberes asumidos de tanto en tanto por el Estado pontificio. Este tema, que Valla saca a la luz del día de manera elocuente en su famoso opúsculo, retorna continuamente en la polémica antipapal, y lo hallamos subrayado con fuerza en la carta enviada por los florentinos a Sixto IV después de la conjura de los Pazzi y la condena pontificia por el asesinato del arzobispo Salviati.

En esa misma época, las ideas del Renacimiento, coordinándose con unos motivos ya intensamente activos no sólo en los círculos de los filósofos, sino también en la tradición popular, iban dibujando cada vez mejor aquella paz religiosa, aquella concordia de los espíritus anhelantes de Dios, más allá de cualquier disenso por la diferencia de fórmulas y de ritos. La unión de la Iglesia griega con la latina, aunque dictada por exigencias contingentes, y por eso precisamente poco fecunda, parecía preludiar unas mayores conquistas. ¿Por qué seguir destrozándose mutuamente en lugar de formar comunidad en un pacífico amor a Dios? ¿Por qué el sultán no puede volver a llevar a una religión única a sus súbditos, restableciendo la paz sobre un mundo regenerado? ¿No se reducen en el fondo las diferencias a antítesis rituales, a exterioridades, esto es, al terreno exclusivo de los hipócritas?

El espíritu del Renacimiento, penetrando con su sentido terrenal en los claustros y las iglesias, aumentaba de otra manera la discordia entre una exterioridad no sentida y una costumbre fre-

cuentemente relajada. Se ofrecían nuevas armas para la polémica contra el vivir corrompido de los religiosos en nombre de una interioridad verdaderamente sentida. La reforma moral se convertía en un argumento más para una religión del espíritu. Pico de la Mirándola coincidía con Savonarola en un único deseo de regeneración y de interiorización de la fe. El lenguaje del intransigente dominico expresaba las necesidades de los pensadores del grupo platónico y en torno a él se apretaban hombres, como Benivieni, embebidos en las ideas más características del humanismo.

Como vemos, todo concurría, aunque por caminos diferentes, hacia el mismo fin: la eliminación de las pretensiones temporales de la Iglesia y la instauración de una religión universal del espíritu, con la definitiva condena de todas las hipocresías.

El problema religioso del Renacimiento no consiste, pues, en la antítesis entre un «paganismo» renaciente y un cristianismo en lucha con él. No hay, como pretende Pastor, dos renacimientos, armados el uno contra el otro, cristiano uno y pagano el otro. Tampoco hay, hablando propiamente, un Renacimiento cristiano, preocupado sólo por la restauración de la fe, en contraste con las corrientes heréticas y racionalistas. El Renacimiento sintió vivo el problema religioso, comprendió y revivió el sentido humano del cristianismo; por ello, entró en lucha contra la Iglesia mundana y corrompida, no obstante predicar el ascetismo, la negación de la vida y de los valores. De esta contradicción, más que una crítica, hizo una sátira en su incesante invectiva contra los hipócritas, negadores, de palabra, de la vida, que es santa, y dispuestos a gozar de todo cuanto en la vida es más bajo y más vil.

Pero, si en eso no había paganismo, no había tampoco un espíritu mojigato. «¿Paganismo? No —responde Gentile—. El humanismo, como tal, no es pagano; y tampoco es cristiano en el sentido de Pastor.» El Renacimiento tuvo la religión de la humanidad; y, así como el hombre busca en su intimidad a Dios y no es concebible sin Dios, su religión fue la religión del hombre-Dios, del hombre que en sí reconquista de manera perenne aquel Dios que le fue dado. Y combatió por esta fe en contra de quien insensibilizaba con unas fórmulas inertes la vida del espíritu, en contra de quien renegaba del espíritu en la hipocresía de una letra muerta sin resonancia en la práctica de lo acostumbrado.

El final de las últimas pretensiones eclesiásticas de un dominio mundano venía a fundirse con la aurora de una pujante restauración de la religión del espíritu.

1. Luigi Marsili a Guido di Tommaso Neri (20 de agosto de 1375)

Estamos en el período de Aviñón, y Marsili, admirador de Petrarca, uno de los maestros más queridos del primer humanismo, muy amado por los florentinos, impulsor de los convenios de Sancto Spiritu, lanza sus invectivas contra las costumbres corrompidas del clero, contra los cardenales «avaros y disolutos», y entrevé proféticamente el desarrollo que habían de tener las iglesias nacionales.

(...) Mire quien quiera en las iglesias de Roma, no digo ya si los altares están cubiertos, pues el polvo los cubre más que cualquier otro recubrimiento de los hechos ex profeso para los altares; no digo ya si en los altares se ofician o se cantan las horas, sino si acaso tienen techumbre, puertas o cierres. Y esto es así porque a los gastos desordenados de Aviñón no les bastan las ofrendas a san Pedro y san Pablo, ni bastarían las que reunió Crespo en Lidia, ni lo que César donó en Roma, o lo que en ella destruyó Nerón (...). ¿Que sucederá si Florencia confía en los curas? Pues que seremos esclavos y, además, que luego nos excomulgarán; y especialmente a quien tenga una bella mujer u otra pariente cuya custodia le corresponda, si no finge dormir cuando quieran su restitución. Y estas cosas sobre las que discurro no proceden sino de lo verdadero; y, si hay dudas para alguien, tenemos a los que han estado en Aviñón, pues ellos lo saben con certeza (...). Cristo los mandó a predicar, y ¡ay de quien no los recibiese! Pero en el Evangelio no hallo que los mandase a enseñorearse. Y, a quien pueda ser libre, san Pablo le dice que ha de buscar ser libre antes que siervo. Y es cierto que, si una gran soberbia no los tuviese en esclavitud dentro de sí mismos, no habría en ellos tanto odio para con la libertad de los hombres. Pero sólo el vicio de la soberbia no admite que haya pares. Si yo estuviese en un lugar donde la fuerza no venciese a la razón, creería vencer el pleito fácilmente no fiándome tanto de su ignorancia, la cual es tan grande, que bastaría por sí sola para derrotarlos, sino teniendo confianza en Dios y en la verdad, que son una misma cosa. Y, si en la batalla de las espadas no vence Limogia a todo el mundo, en la de la Escritura será pronto aventajado.

[Luigi Marsili a Guido di Tommaso Neri, París, 20 de agosto de 1375; ed. en F. Selmi, «Documenti cavati dai trecentisti circa al potere temporale della Chiesa», *Rivista Contemporanea*, vol. XXX (1862), páginas 121-122.]

2. Del opúsculo de Valla sobre la donación constantiniana

El opúsculo de Valla sobre la donación constantiniana, extendido rápidamente durante la primavera de 1440, no necesita pre-

sentación. Valla lo redactó también en defensa de su protector Alfonso de Aragón, mantenedor del concilio de Basilea contra Eugenio IV, alidado de Renato de Anjou. Por otra parte, las pretensiones pontificias habían sido ya discutidas por Nicolás de Cusa. Sea como fuere, en la obra de Valla alienta un espíritu crítico vivo y apremiante que, así como pronuncia una requisitoria contra las pretensiones temporales de la Iglesia, cada vez más ligada a una política terrenal, termina exaltando su significado espiritual.

Sé que lo que se espera es oír qué culpa atribuyo a los pontífices romanos. Grande es, ciertamente, ya sea por ignorancia supina, ya sea por una inmensa codicia, esa esclavitud de los ídolos; o podría ser también por la vanidad de mandar, que siempre va acompañada por la crueldad. Desde hace algunos siglos, éstos, en efecto, o bien no comprendieron que la donación de Constantino es inventada y falsa, o bien ellos mismos la falsifican; a menos que los más modernos, siguiendo en el engaño los pasos de los más antiguos, la hayan defendido como verdadera sabiendo que era falsa, cubriendo de vergüenza la majestad del pontificado, cubriendo de vergüenza la memoria de los antiguos pontífices, cubriendo de vergüenza la religión cristiana y profanándolo todo con destrucciones, ruinas y delitos. Dicen que Roma es suya, que el reino de Sicilia y el de Nápoles son suyos, que toda Italia es suya, amén de la Galla, España, Alemania y Bretaña; finalmente, que suyo es todo Occidente. Todas esas cosas estarían contenidas, efectivamente, y punto por punto, en la hoja de la donación. ¿Son pues todas tuyas, oh sumo pontífice? ¿Piensas volver a llevártelas todas? ¿Quieres dejar sin ciudad a todos los reyes y príncipes de Occidente, u obligarlos a pagarte tributos anuales? Yo, en cambio, consideraría más justo que fuese lícito que los príncipes te despojasen de todas las tierras que tienes. En efecto, tal como demostraré, esta donación, de la cual los sumos pontífices quieren que provenga su derecho, fue igualmente ignorada por Silvestre y por Constantino. Pero, antes de llegar a la refutación del escrito de donación, su único apoyo, que no sólo es falso, sino que también es torpe, conviene que comience un poco más lejos. Y diré, antes que nada, que Constantino y Silvestre no estuvieron en condiciones, uno de querer dar, de poder dar con derecho, de tener como propio poder el de dar esas cosas a alguien; y el otro, de querer aceptar, de poder aceptar con derecho. En segundo lugar, aun cuando esto no fuese así, que si es verísimo y clarísimo, demostraré que ni éste aceptó ni aquél dio la posesión de cosas que se dicen dadas, puesto que siempre estuvieron bajo el imperio de los césares. En tercer lugar, demostraré que Constantino no dio nada a Silvestre, sino al pontífice precedente, que precisamente le había bautizado, y que los dones fueron pequeños, los suficientes para que el papa pudiese vivir. En cuarto lugar, es falso que el documento de la donación se halle entre los decretos o que haya sido extraído de la historia de Silvestre, pues no se halla ni en aquella ni en otra historia; y en todo ello se contienen cosas contradictorias, imposibles, necias, bárbaras y ridículas.

las. Hablaré además de la donación simulada o insubsistente de otros césares. Y, finalmente, añadiré que, incluso si admitimos que Silvestre hubiese poseído eso, aun así, ya sea que él mismo o cualquier otro pontífice haya sido desprovisto de la posesión, después de tanto tiempo no lo puede pretender ni por derecho humano ni por derecho divino. Y, más aún, las cosas que el sumo pontífice tiene no podían convertirse en posesión legítima por ningún tiempo (...).

Sería muy largo enumerar las ciudades que un día el pueblo romano liberó después de habérselas arrancado a los enemigos. Baste pensar que Tito Flaminio ordenó que Grecia entera fuese libre y que gozase de sus propias leyes, mientras que antes había estado sometida a Antioco. El papa, en cambio, como es fácil verlo, acecha cada día la libertad de los pueblos. Por eso mismo éstos, a su vez, cada día, si pueden hacerlo, se rebelan. Y si algunos una vez, por su voluntad espontánea, cosa que puede suceder, amenazados por algún peligro, aceptaron el gobierno papal, no se debe creer que aceptasen con ello volverse esclavos, sin poder sacudirse nunca el yugo, de modo que ni sus hijos fuesen más libres que ellos. Esto, en efecto, hubiese sido sumamente inicuo.

Espontáneamente, sumo pontífice, nos acercamos a ti para que nos gobernases, espontáneamente ahora nos volvemos atrás para que no nos gobiernes ya por más tiempo; y si acaso te debemos alguna cosa, echemos la cuenta del debe y del haber. Pero tú pretendes gobernarlos contra nuestra voluntad, como si fuésemos niños; a nosotros, que acaso podremos gobernar más prudentemente que tú. Añadamos a esto las ofensas que con tanta frecuencia se le hacen a este pueblo por parte de ti o de tus magistrados. Llamamos a Dios por testigo, y la injuria nos obliga a la rebelión, como sucedió una vez a Israel contra Roboam. ¿Cuál fue la ofensa, como parte de nuestra desgracia, para tener que pagar tributos demasiado pesados? ¿Qué sucedería si quisieses desangrar nuestro Estado? Pero si lo has desangrado. ¿Despojar las Iglesias? Las has despojado. ¿Ultrajar a las doncellas y las madres? Las has ultrajado. ¿Ensangrentar la ciudad con luchas civiles? La has ensangrentado. ¿Debemos soportar todo eso, o más bien, puesto que tú has cesado de ser padre, hemos de olvidar nosotros el ser hijos? Sumo pontífice, este pueblo te invocó como a un padre o, si lo prefieres, como a un señor, no como a enemigo y verdugo. Tú no quieres ser padre, ¡oh señor!, sino enemigo y verdugo. Nosotros, aunque podríamos hacerlo por espíritu de venganza, en cambio, pues somos cristianos, no imitaremos tu crueldad y tu impiedad, y no empuñaremos contra tu cabeza la espada vengadora; pero, una vez que te hayamos depuesto y te hayamos alejado, adoptaremos a otro padre y otro señor. Los hijos pueden huir de los malos padres aunque los hayan engendrado, ¿y no podremos hacerlo contigo, que no eres un verdadero padre, sino un padre adoptivo, y que nos tratas pésimamente? Cuidate tú de las obras sacerdotales y no pongas tu sede en país septentrional, arrojando aquí y allá rayos y truenos sobre este y los demás pueblos. Pero ¿para qué decir más en un argumento tan claro?

No sólo sostengo que Constantino no hizo un don tan grande como ése, no sólo que el pontífice romano no podía tener derecho a ello, sino

también que, incluso admitiendo ambas cosas, cualquier derecho hubiese quedado extinguido por los delitos de los poseedores, cuando vemos que la ruina y la devastación de toda Italia y de otras muchas provincias se derivó de esa última fuente. Si amargo es el manantial, amargo es el riachuelo; si la raíz está corrompida, también están corrompidas las ramas; si la parte es impura, todo es impuro. Y así, viceversa, si amargo es el riachuelo, habrá que cerrar la fuente; si las ramas están marchitas, el vicio está en la raíz; si todo es impuro, hay que rechazar la parte. ¿O es que acaso podemos conservar con derecho el principio del poder papal, del que vemos que es la causa de tantos crímenes, de tan grandes males de todo género? Por eso digo y grito —pues, en efecto, no tendré miedo de los hombres, por la fe que tengo en Dios— que no hubo ninguno durante los días de mi vida que se mostrase, en el sumo pontificado, como un fiel y sabio administrador. Sumo pontífice que está tan lejos de dar alimento a la familia de Dios, que incluso la devora como si fuese alimento y pan. Es el papa quien lleva la guerra entre los pueblos que están en paz y quien siembra la discordia entre los príncipes y las ciudades. Es el papa quien codicia los bienes ajenos y quien consume los propios; como le dijo Aquiles a Agamenón, «rey devorador de pueblos». No sólo trafica el papa con el Estado, cosa que no se atrevería a hacer un Verres, un Catilina, un estafador cualquiera, sino también con la Iglesia y con el Espíritu Santo, cosa que indignaría al mismo Simón el Mago. Y, si es advertido por ello, y si algún hombre honesto se lo reprocha, él no lo niega, sino que lo confiesa abiertamente, gloriándose de ello. En efecto, le es lícito hacer extorsión de cualquier modo, a quien lo ocupa, sobre el patrimonio dado por Constantino a la Iglesia, como si, al recuperarlo, la religión cristiana debiera ya ser feliz, y no, en cambio, más oprimida aún por todos los crímenes, las infamias, las concupiscencias; si es que acaso aún puede ser más oprimida y si queda aún lugar para algún crimen. Y, además, para recuperar las otras partes de la donación, despilfarra el dinero extorsionando con malos modos a la gente honrada, mantiene ejércitos de infantería y de caballería que asuelan todos los lugares mientras Cristo muere de hambre y de frío en tantos y tantos millares de pobres. Y no comprende, delito infame, que, mientras él intenta arrebatarse a los seglares sus cosas, ellos a su vez son inducidos por el pésimo ejemplo, empujados por la necesidad, si acaso no hay verdadera necesidad, a usurpar las cosas de la Iglesia.

No hay pues en ningún lugar religión, ni santidad, ni temor a Dios; y, cosa horrible de referir, los truhanes hallan en el papa una excusa para toda clase de crímenes. En efecto, en él y en sus compañeros está el ejemplo de todos los delitos, de modo que, con Isaías y con Pablo, podemos decir al papa y a los que le rodean: Vosotros blasfemáis contra el nombre de Dios y contra las gentes. Vosotros, que enseñáis a los demás, no os enseñáis a vosotros mismos. Vosotros, que predicáis que no hay que robar, saqueáis; vosotros, que abomináis de los ídolos, cometéis sacrilegio; vosotros, que os gloriáis de la ley y del pontificado, en la prevaricación de la ley ultrajáis a Dios, pontífice verdadero. Pues si el pueblo romano, por excesivas riquezas, hizo que se perdiera la verdadera romanidad; si Salomón, por la misma causa, cayó en la idolatría por el

amor a las mujeres, ¿no debemos concebir que les haya sucedido lo mismo al sumo pontífice y a los demás clérigos? ¿Y habremos de creer luego que Dios permitió que Silvestre aceptase la fuente del pecado? No dejaré que a un hombre santísimo se le haga esta ofensa; no permitiré que a un óptimo pontífice se le haga el ultraje de decir que aceptó imperios, reinos, provincias, cosas a las que suelen renunciar todos los que quieren ser clérigos. Pocas cosas poseyó Silvestre, y pocas poseyeron los demás santos pontífices, cuyo aspecto era sacrosanto incluso para los enemigos, como el pontífice León, que aterró y quebrantó el ánimo del rey bárbaro, a quien las fuerzas romanas no habían podido ni golpear ni quebrantar. Pero los sumos pontífices actuales, rodeados de placeres y de riquezas, parecen preocuparse sólo por estas cosas, de modo que, tanto como los antiguos fueron sabios y santos, éstos son impíos y necios, y superan con todo género de infamias los méritos eminentes de aquéllos. ¿Qué cristiano podría soportar con serenidad todas estas cosas?

Pero yo, en este mi primer discurso, no quiero exhortar a los príncipes y a los pueblos a encerrar al papa, que se agita en una loca carrera, obligándolo a quedarse dentro de los límites que le corresponden. Sólo quiero que sea amonestado para que quizá hoy ya convencido de la verdad, se retire espontáneamente de la casa ajena y vuelva a su casa, desde las olas agitadas y desde las fieras tempestades al puerto. Pero, si se niega a hacerlo, entonces pasaremos a otro discurso mucho más duro. ¿Si se pudiese —no anhelo más que esto, y especialmente si ocurre por consejo mío—, si se pudiese ver un día al papa siendo sólo el vicario de Cristo, y no también de César! Que se deje de oír la horrible noticia, la de que la Iglesia combate contra la Iglesia, contra los perusinos, contra los boloñeses. Pero no es la Iglesia quien combate contra los cristianos, sino el papa, pues la Iglesia combate en los cielos contra el espíritu del mal. Entonces al papa se le llamará santo padre, padre de todos, padre de la Iglesia, y ya no suscitará guerras entre los cristianos, sino que, si los demás las suscitan, él las pacificará con la censura apostólica y la majestad pontificia.

[Laurentius Valla, *De Constantini donatione*, ed. de W. Schwahn, Lipsiae, 1928, pp. 3-5, 78-82.]

3. Erasmo a Cristoforo Fisher, sobre las *Annotazioni* de Valla

La filología de Valla no se limita a la crítica de las pretensiones temporales de la Iglesia. Penetra hasta la interpretación escritural, sosteniendo con la ciencia el derecho a examinar los textos sagrados. En esta carta de prefacio que Erasmo antepuso a las agudísimas notas al Nuevo Testamento escritas por él, se revela como la base de la crítica bíblica renovada.

Es una temeridad insoportable, dirán los teólogos, que un gramático, después de haber importunado todas las disciplinas, no detenga su pluma petulante ni siquiera ante las Sagradas Escrituras (...). No obstante, no creo que la teología, reina de todas las ciencias, deba considerarse indigno que la sirviente gramática le tienda las manos y le presente la debida reverencia. Si bien la gramática es, en efecto, inferior a algunas en dignidad, en cambio es más útil que ninguna otra. Se ocupa de cosas mínimas, pero sin las cuales nadie llegó a ser grande. Discute sobre minucias, pero que conllevan consecuencias serias (...). Oigo que algunos dicen que los antiguos intérpretes, doctos en tres lenguas, explicaron suficientemente lo que era necesario. Pero, en primer lugar, yo prefiero ver con mis ojos antes que con los ojos de los demás. En segundo lugar, por más cosas que hayan dicho, no hay duda de que dejaron muchas para los que vinieran después. Y, por lo demás, ¿crees que es necesaria poca habilidad en las lenguas para comprender lo que dicen? Y, finalmente, cuando te encuentres con los viejos libros, en cualquier lengua, adulterados como están, ¿a quién te dirigirás?

[*Epistola Christophoro Fischero*; L. Valla, *Opera*, Basilea, fols. 802-803.]

4. Carta de Poggio Bracciolini a Leonardo Bruni sobre la muerte de Jerónimo de Praga

Poggio describe el fin de Jerónimo de Praga, y en sus palabras no sólo vive una admiración totalmente humanística para con el héroe que recuerda a los antiguos: está también, de una manera más o menos consciente, la contraposición entre aquel que sabe morir por su fe y los «hipócritas» que lo condenan.

Pocos días después de mi retorno a Constanza se comenzó a discutir públicamente la causa de Jerónimo de Praga, de quien decían que era herético. He decidido referirte este particular, ya sea por la gravedad del acontecimiento, ya sea, sobre todo, por la elocuencia y la doctrina del hombre. Confieso no haber visto nunca a nadie que, especialmente en una causa capital, se acercase más que él a la elocuencia de aquellos antiguos a los que tanto admiramos. Era algo admirable ver con qué acentos, con qué elocuencia, con qué argumentos, con qué aspecto, con qué rostro, con qué confianza, respondía a los adversarios y, en suma, defendía su causa. Tanto es así, que hay que deplorar que un ingenio tan noble y tan excelente se entregase a la herejía, si es que acaso es cierto eso de lo cual lo acusan (...). Cuando, finalmente, le permitieron hablar, dijo: «Sé, ¡oh doctísimos hombres!, que muchos, siendo excelentes, sufrieron cosas indignas por su virtud, arruinados por falsos testimonios, condenados por tribunales inicuos.» Y, comenzando, recordó a Sócrates, quien, condenado injustamente por sus conciudadanos, no quiso

huir, aun cuando podía, para quitarles a los hombres el temor por las dos desventuras que parecen ser las más duras: la cárcel y la muerte. Habló luego de la prisión de Platón, de Anaxágoras y de las torturas de Zenón, de las injustas condenas de los gentiles, del fin de Rutilio, del de Boecio, y de los que Boecio recuerda (...). Finalmente, alabó a Juan Hus, condenado a la hoguera, llamándole bueno, justo y santo, y en nada merecedor de aquella muerte. Y, alabando a Juan Hus, dijo que no había sostenido nada en contra de la Iglesia, sino contra el abuso de los curas, contra la soberbia, el fasto y la pompa de los prelados. En efecto, y puesto que los patrimonios eclesiásticos se debieron antes que nada a los pobres, a los peregrinos, al establecimiento de las iglesias, a aquel hombre bueno le había parecido indigno que fuesen despilfarrados en meretrices, en banquetes, en perros, en caballos, vestidos y otras cosas indignas de la religión de Cristo (...).

Su voz era suave, clara, sonora, acompañada con dignos ademanes oratorios, expresando indignación o suscitando lástima, pues, con todo, él buscaba y deseaba obtenerlas. Estaba impávido, intrépido, no sólo despreciando a la muerte, sino deseándola, y tanto, que se hubiera dicho que se trataba de un segundo Catón. ¡Oh hombre digno entre los hombres de eterno recuerdo! No intento alabarlo por lo que le oí decir en contra de la Iglesia, sino que admiro su doctrina, su elocuencia, su suavidad en el decir y su agudeza en las respuestas (...). Con el rostro sereno y con aspecto calmado, se enfrentó a la muerte, no tuvo miedo de la hoguera, no de la clase de tormento, no del tránsito. Ningún estoico fue nunca con tanta serenidad a la muerte (...). Mientras ardía la hoguera, comenzó a cantar un himno que sólo el humo y las llamas pudieron interrumpir (...). Y, cuando el lictor quiso encender la hoguera a espaldas de él, para que no lo viese, exclamó: «Ven y enciéndelo ante mis ojos.» Si hubiese tenido miedo, nunca hubiese llegado hasta ahí, desde el momento en que podía huir. Así ardió aquel hombre, ilustre más allá de cualquier creencia (...). Ni aquel famoso Mucio dejó quemar su mano con la serenidad con que él dejó quemar su cuerpo. Ni con tanta soltura bebió Sócrates el veneno como él fue hacia la hoguera.

[Poggius *Leonardo Aretino*; en *Poggii Opera*, Argentorati, 1511, páginas 114 v., 116 r.]

5. Del *Pontifex*, de L. B. Alberti

El *Pontifex* es uno de los más famosos diálogos de Alberti, en el cual su religiosidad totalmente interior se opone a las tradicionales prácticas del culto, que le parecen irrisorias exterioridades. Pues la religión es para él «culto del espíritu, que (...) construye para sí, con voluntad de sapiente juicio, de resignación, la vida que el hombre debe vivir sobre la tierra». Cf. V. Rossi, *Il Quattrocento*, p. 143.

¿No conviene acaso que, antes que nada, el pontífice sea religioso? En efecto, no consigo comprender lo que la religión pueda tener en común con un general o con un rey. Allí hay guerra, aquí hay paz; allí hay rapiña, aquí limosnas; allí hay hierro, aquí humildad; allí hay perfidia, aquí fe suprema; allí hay violencia, aquí justicia, piedad, caridad. A menos que, quizás, para comenzar por el rey, consideres que en los pontífices sea regia la costumbre de hacerse adorar como dioses, adornados con una larga vestimenta femenina, a la manera de los lujuriosísimos y afeminadísimos reyes de Babilonia; y no menos vergüenza y odiosa impudicia es para aquellos que no impiden que dure más tiempo, para todos los aduladores que, con gran celo, ofrecen tales homenajes. O, acaso, sea propia del general la costumbre de andar con paso grave en cuadrado y con un largo séquito, teniendo por todos los lados a acompañantes y vestidos, en lugar de con el yelmo, con la mitra y con las ínfulas adornadas con florecitas, con los labios apretados, con la mirada torva, cabalgando con el cuello rígido y sin moverlo; el hecho de llevar, en lugar de la coraza, bajo la toga, aquella suprema vestimenta blanquísima y sutilísima, tejida de viso, que, haciendo una comparación, pues no la quieren como signo de dignidad, sino casi como un transparente ornamento femenino, graciosamente podríamos llamarla *supparum* [ropa interior]. Finalmente, ¿los llamaremos acaso reyes y duques porque salen a paseo adornados con cosas graciosísimas? Y a ellos mismos, si alguna vez, por interés, deben examinar causas de perjurios, de usuras, de testamentos, de matrimonios, de terrenos y de templos, ¿quién, siendo así, los considerará como verdaderos magistrados? (...). Y ¿para qué muchas palabras? Sólo por la superstición usurpan el nombre de religiosos.

[L. Alberti, *Pontifex*, en *Opera inedita et pauca separatim impressa*, Florencia, 1890, pp. 73-75.]

6. Galateo, en contra de los monjes

Galateo, amigo de los humanistas napolitanos, de confesión griega, defensor de la autenticidad de la donación constantiniana en una epístola a Julio II, no ahorró en repetidas ocasiones los ataques, violentísimos, contra los eclesiásticos corrompidos, que constituyen, como dice Pastor (*op. cit.*, vol. III, p. 101), «vivas insolencias». Al *Eremita*, diálogo particularmente rico, se refirió Gothein (*op. cit.*, pp. 174 y ss.), subrayando, además de los ataques a las costumbres de los eclesiásticos, la crítica llevada al corazón mismo de la autoridad eclesiástica. «El más ardiente luterano no habría pensado de otra forma.» El fragmento que reproducimos es mucho menos conocido, pero no por ello menos significativo de su actitud, a la vez tan religiosa y tan polémica.

(...) Y diré de nuestros fariseos, como dice Lactancio de los filósofos de su tiempo, que su religión no quita los vicios, sino que los esconde, y que todo el asunto y el misterio de la religión están en la barba, en el palio, en las túnicas y en los vestidos, de tan variados y tan diversos colores, que cuando van en procesión parece que estemos viendo las divisas de un campo de gentes de armas y las insignias militares. No puedo hacer sino alabar en esto la simplicidad griega, que tiene una sola orden de sacerdotes y una sola religión, la del gran Basilio. La vanidad latina halla cada día nuevas órdenes, nuevas vestimentas y nuevas fantasías de vivir, como si por una sola religión no se pudiese entrar en el reino de Dios: *Unus Deus una Fides*. ¿Para qué tantas variedades de sectas, que ahora han conducido nuestra fe a sediciones y facciones, como las de los güelfos y los gibelinos? Unos son devotos de un orden, y otros de otro. Que cada uno examine su conciencia y vea si digo verdad o no; y si, por no callar la verdad, alguien me considera maldiciente, entonces tendrá que decir lo mismo de los santos profetas, de los filósofos y poetas, y antes que nada de Nuestro Señor, y así se acusará él mismo del pecado que reprende en los demás. Bien dice Tulio: *Desinant igitur maledicentem appellare vera dicentem* (...).

¿No es una cosa para morir el ver la ignorante hipocresía y presuntuosa audacia de frailecillos abrazando no sólo el cuidado de las ánimas, sino también el gobierno del mundo? Ya empiezan los monjes a ser embajadores, gobernadores de los reinos, mientras que apenas saben partir el pan en el refectorio; los frailes intervienen en grandes asuntos; con su mediación se hacen la paz, la guerra o las treguas; con su mediación se arreglan las discordias de los grandes señores. Y se ha convertido ya en opinión del pueblo, nacida de la verdad y sin intervención de autores, que el mundo se ha de perder por los frailes y los curas, y que ya estamos muy cerca de ello. ¡Oh siglos infelices!, pues han llegado al gobierno hombres que no saben gobernarse ni a sí mismos; que son ignorantes, indoctos, aduladores, hipócritas; que siempre recitan aquel verso: *Placebo domino in regione vivorum*. Y luego, cuando estén al otro lado, dirán: *Displacebo domino in regione mortuorum*. Todos los pecados que se hacen suceden por consejo o por misión o por consentimiento de estos hipócritas. Váyanse los frailes en mala hora a sus celdas y escuchen al gran Antonio. Como el pez fuera del agua, así es el monje fuera de la celda, el fraile fuera del claustro: no puede hacer ni pensar bien. Cuando alguien quiere hacer una cosa inicua solapadamente y de modo que parezca justa, la trata según lo haría un fraile, cubriendo su malicia con la santidad de aquellas condenadas capas bajo la sombra de las cuales muchos son los que esconden sus vicios. Convéncete: ¿a quiénes verás mantener conversaciones más estrechas o, como ellos dicen, devociones con esos santurrones, sino a los usureros, los injustos, los usurpadores de los bienes ajenos, los devoradores del pueblo que, como dice el proverbio, roban al puerco y dan los pies por amor a Dios; esto es, llenan el vientre a los frailes, les dan túnicas, hacen bellos cálices, las capillas adornadas y los ornamentos de las iglesias, como dice Virgilio, de las vísceras y de la otra sangre de los miserables, y hacen partícipe a Dios de sus rapiñas? Conozco a muchos, tanto de éstos como de aque-

llos, a los que dejo en lo blanco del papel con el fin de que lo lea quien tenga buena vista. Pero gritaba el buen Platón: *Alii Deos esse negant, alii res humanas curare non putant, plurimi vero, et pessimi, vilibus hostiis et blanditiis conciliare sibi eos existimant, ut impune libeat grandem pecuniam extorquere*. Y después de la necesaria y no menos larga digresión, volvamos a nuestro propósito. Todos los hombres, como dije, se lamentan por el siglo en que viven. Yo, por arreglar las cuentas de los demás, digo que nunca hubo mejores hombres y tiempos, esto es, siglos de oro, sino en el presente. Vemos que el mundo es todo él de oro: oro se viste, oro se calza, en oro se bebe, en oro se come, en oro se duerme, de oro son los ceñidores, de oro se encadena el cuello, de oro se cubre la cabeza, oro resplandece en los templos, en los teatros, en las plazas y hasta en las tabernas. No hay cosa hoy que sea tan preciada como el oro, que tiene sometidas a todas las virtudes. El oro es estimado y adorado. *Omnia per ipsum facta sunt*. Al oro obedecen todas las cosas, el oro hace que lo derecho parezca torcido y que lo torcido parezca derecho, el oro domina la servidumbre de las leyes, el oro hace sumos a los pontífices, el oro hace a los ricos, el oro da los honores, los magistrados, los títulos, las mitras, el oro hace a los vicarios, el oro hace a los priores, los ministros, los guardianes, el oro da el paraíso, el oro vence a la fortaleza, el oro expugna el pudor, el oro abate los altos castillos, el oro abre las fortalezas inexpugnables, el oro busca los ojos de aquellos que son considerados sabios y no lo son.

[Antonio de Ferraris, detto il Galateo, *Esposizione del Pater Noster*, en *Collana di Scrittori di Terra d'Otranto*, vol. IV, Lecce, 1868, pp. 195 y ss.]

7. Masuccio Salernitano, en contra de los religiosos

Si, después de Boccaccio, la crítica contra el clero llega a ser un motivo común en la novela, en Masuccio, en cambio, adquiere una determinación vivísima y, a la vez, la sistematización de un tratado. Obsérvese el pasaje de la novela 49, donde, a la baja moral del papa, desprovisto de todo respeto por la propia fe, se le opone la elevación del sultán y de Federico II. Cf. Gothein, *op. cit.*, pp. 145-147.

[Jesús], no queriendo dejar ninguna parte por demostrar del verdadero afecto de su caritativo amor, queriendo volver al Padre, de donde había venido, dejó con amplísima potestad al glorioso pontífice san Pedro como vicario suyo, y después de él a todo el clero sacerdotal sucesivamente, como comisarios suyos que nos puedan y quieran dar, siempre que nosotros lo queramos así, la misma ciudad del paraíso. Pero lo que se debe considerar con mayor admiración es la infinita paciencia del creador Dios, al tolerar algunos de los citados comisarios sobre la tierra, quienes con la dicha autoridad confiesan, venden como cosa propia, a

quienes creen comprarlo, el paraíso y, según la posibilidad del comprador y la cantidad del dinero, les dan un puesto más o menos alto junto a la gran majestad de Dios, sin hacer distinciones entre uno y otro, ya sea homicida o criminalísimo por cualquier otro vicio, ya sea un hombre modesto y honrado con una vida buena y morigerada, con tal que sus avaras manos sean untadas con moneda.

[Masuccio Salernitano, *Il Novellino*, X, ed. Settembrini, Nápoles, 1874, p. 120.]

8. Masuccio Salernitano establece una comparación entre el papa, el emperador y el sultán

Puesto que no habría de poder, ni con la lengua ni escribiendo con la pluma, censurar la mencionada malignidad del pasado papa, cuando el reprochable vivir de los modernos nos da de ella testimonio todos los días, he decidido callar del todo tanto sobre los antiguos como sobre sus sucesores, teniendo en cuenta que sería un trabajo vacío y para nada necesario declarar ante unos pocos particulares aquello que es universalmente manifiesto. Pero, imponiéndome a mi mismo un perpetuo silencio sobre ello, no sólo callaré sobre sus malvados y enormísimos vicios, realizados tanto públicamente como en privado, y sus oficios, beneficios, prelaturas y sombreros de púrpura que venden en subasta cuando mueren, sino que incluso no voy a hacer ninguna mención del mandato del príncipe san Pedro, del cual ya se ha hecho el trueque convenido. Por lo cual no se me ocurre nada sino, como cristiano digno, suplicar continuamente a la gran majestad de Dios que no se fije en la vida corrupta y depravada de esos pastores, sino en la firme creencia y la oración simple de las ovejas. Y nosotros, confirmándonos con la integridad y la perfección de la verdadera fe de Cristo y tomando ejemplo de las acostumbradas virtudes del moro sultán y del emperador cristianísimo, se las podemos comunicar a los demás y recomendarlas como loables y dignas.

[Masuccio Salernitano, *Il Novellino*, XLIX, ed. cit., pp. 517-518.]

9. Savonarola, en contra del clero corrompido

Y aquí está Savonarola con su sueño de una reforma moral de la Iglesia que la purifique en sus costumbres sin afectar a su esencia. La condena del clero indigno y, a la vez, de la corrupción introducida por el fanatismo de lo antiguo y por la nueva vida, resuena de manera elocuentísima en los sermones del dominico.

Vete a Roma y por toda la cristiandad: en las casas de los grandes prelados y de los grandes maestros no se atiende sino a la poesía y al

arte oratoria. Ve, y luego mira: los hallarás con los libros de humanidades en las manos, deseosos de saber, con Virgilio, Horacio y Cicerón, cómo regir las almas. ¿Querrás ver que la Iglesia nos gobierna por la mano de astrólogos? Y no hay prelado ni gran maestro que no tenga alguna familiaridad con algún astrólogo que le prediga la hora y el punto en que él tiene que cabalgar o hacer alguna otra cosa o quehacer. Y no se saldrían esos grandes maestros ni un solo paso fuera de la voluntad de los astrólogos. Nuestros predicadores también han abandonado la Sagrada Escritura y se han entregado a la astrología y la filosofía, y aquélla la predicán sus paganos y la hacen reina. Y a la Sagrada Escritura la utilizan como sirvienta, pues ellos predicán la filosofía para parecer doctos y no porque les sirva para exponer la Sagrada Escritura. Así es como están hechas las columnas de nuestra Iglesia. El santuario y el coro son de madera porque en el estado de las vírgenes y de las viudas no hay devoción ni amor por la gracia. Las pocas vírgenes que hay ahora en la Iglesia son vírgenes fatuas cuyas lámparas están sin aceite porque tienen, sí, la virginidad del cuerpo, pero con frecuencia no la de la mente, y están yermas de devoción. La nave de esta nuestra Iglesia, esto es, el estado conyugal, no está embalsamada, sino llena de polvo, de afectos terrenales, pues sólo piensan en los bienes; y está aun totalmente sucia por las porquerías que se hacen en el estado matrimonial. No tiene puertas esta nuestra Iglesia, esto es, no se ven ya prelados y pastores buenos, no hay predicadores que prediquen la verdad; de modo que en esta nuestra Iglesia entra indiferentemente quien quiere, y está llena de bestias y animales selváticos.

Sólo hay una cosa en este nuestro templo que nos deleite bastante, y es que está todo pintado y lleno de oropeles. Así nuestra Iglesia tiene por fuera muy bellas ceremonias para solemnizar los oficios eclesiásticos, con bellos paramentos, con muchas colgaduras, con candelabros de oro y plata, con unos cálices tan bellos, que es todo majestuoso. Ves allí a aquellos grandes prelados con bellas mitras de oro y piedras preciosas en la cabeza, con los báculos de plata. Los ves con aquellas bellas casullas y capas pluviales de brocado, en el altar, cantando las bellas vísperas y las bellas misas lentamente, con tan bellas ceremonias, con tantos órganos y cantores, que quedas estupefacto; y te parecen esos hombres de gran gravedad y santidad, y no crees que puedan errar, sino que cuanto dicen y hacen debe ser observado como el Evangelio. ¡Así es como está hecha la moderna Iglesia! Los hombres se apacientan con estas ramas y se alegran con esas ceremonias (...).

[Savonarola, *Pred. nell'Avvento del 1493*, en *Prediche e schitti* a cargo de M. Ferrara, Milán, 1930, pp. 95 y ss.]

10. Del sermón de Savonarola sobre Aggeo (1 de noviembre de 1494)

¡Oh sacerdotes!, oíd mis palabras; ¡oh presbíteros, oh prelados de la Iglesia de Cristo!, dejad los beneficios, que no podéis tenerlos con justi-

cia; dejad vuestras pompas y vuestros convites y vuestros banquetes, los cuales hacéis con demasiado esplendor; dejad, digo, vuestras concubinas y vuestras danzas, pues es tiempo, digo, de hacer penitencia, pues se acercan grandes tribulaciones por medio de las cuales Dios quiere reconciliarse con su Iglesia. Decid vuestras misas con devoción, pues de otro modo, si no queréis entender lo que quiere Dios, acabaréis perdiendo vuestros beneficios y vuestra vida.

¡Oh monjes!, dejad las superfluidades de las vestimentas y de la plata, y de tanta abundancia de vuestras abadías y beneficios; entregaos a la simplicidad y trabajad con vuestras manos, como lo hacían los antiguos monjes, vuestros padres y vuestros antecesores; de otro modo, si no lo hacéis voluntariamente, tiempo llegará que lo tendréis que hacer por fuerza.

¡Oh monjas!, dejad también vuestras superfluidades; dejad vuestras simonías cuando aceptéis a las monjas que vienen a quedarse en vuestros monasterios; dejad tanto aparato y tanta pompa cuando se consagren vuestras monjas; dejad los cantos figurados; llorad, digo, más aprisa vuestros defectos y vuestros errores; porque os digo que viene más aprisa el tiempo de llorar que el de cantar y hacer fiestas, porque Dios os castigará si no cambiáis de vida y de costumbres (...).

¡Oh lujuriosos!, vestíos con cilicios y haced penitencia, pues buena falta os hace. Y, puesto que tenéis las casas llenas de vanidad y de figuras y cosas deshonestas, y libros malvados, y el *Morgante*, y otros versos contra la fe, traédme los para hacer con ellos una hoguera y un sacrificio a Dios.

[Savonarola, *Sopra Aggeo*, 1 nov. 1494; en *Prediche italiane ai Fiorentini*, vol. I, Venecia, 1930, pp. 15 y ss.]

11. Carta de Savonarola a los soberanos, en contra de Alejandro VI

Frente a las obras de Alejandro VI, Savonarola se dirige al emperador y a los diversos soberanos para reunir un concilio que elimine el escándalo. No es muy diferente de las demás cartas que insisten, todas ellas, en la próxima «renovación» de la Iglesia.

Habiendo Dios establecido hacer en la tierra justicia y misericordia, y por tanto castigar la abominación que reina en su templo, y restituir a la Iglesia su antigua dignidad expulsando de ella a los pésimos ministros, y convertir para sí a los infieles con una santa iluminación; habiéndose dignado elegirme a mí, indigno como soy, para revelar todo eso, no he cesado, desde hace ocho años, en el corazón de Italia, como la fama lo ha difundido ampliamente, de invocar a los pecadores a la penitencia y de anunciar la ira amenazante de lo alto (...).

El Señor, irritado por el hedor intolerable, no ha concedido que la Iglesia tuviese pastor. En efecto, afirmo, en el verbo del Señor, que ese

Alejandro VI no es de ningún modo un pontífice ni puede ser admitido al pontificado. Pues, además de la execrable culpa de la simonía, con la cual se apoderó de la mitra gracias a un mercado sacrilego y con la cual cada día ofrece a los compradores los sagrados beneficios (no citaré culpas evidentes), en primer lugar proclamo y afirmo, con certeza absoluta: que él no cristiano, que, no creyendo en ningún Dios, sobrepasa todos los excesos de infidelidad y de impiedad. Y otros vicios escondidos, execrables ante todo el mundo, los revelaré a su tiempo y lugar. Esto me ha mandado que hiciese el Señor.

Por ello, de parte de Dios omnipotente, del cual, ¡oh serenísimo César!, has obtenido la alteza de este imperio, te invito, te invoco, entre los demás defensores del mundo cristiano, a que, deponiendo toda incertidumbre, toda discordia terrenal, convoques en un lugar libre y adecuado un solemne concilio para acudir activamente en socorro de la perjudicial ruina de las almas y de la nave de Pedro. Si no lo haces así, no evitarás una culpa gravísima y la indignación del Señor.

Estas mismas cosas, por orden de Dios, las he escrito al cristianísimo rey de los francos, al sagrado rey de España, de Inglaterra y de Hungría, a fin de que todos, de común acuerdo, se muevan a hacerlo por la salvación común.

[Savonarola, *Le lettere*, ed. Ridolfi, Florencia, 1933, pp. 205-207.]

12. Retrato de Savonarola, por Guicciardini

Pocas opiniones tan certeras como ésta podemos hallar sobre la dimensión de Savonarola. Incluso Guicciardini, que ciertamente no tiene nada de proclive al fanatismo, reconoce que, en cualquier caso, el fiero fraile fue un hombre de una estatura excepcional.

Así murió vituperablemente fray Girolamo Savonarola, del que no estará fuera de propósito hablar de manera más prolija sobre sus cualidades. Pues, en nuestra época, ni nuestros padres ni nuestros abuelos vieron jamás a un religioso tan bien instruido con muchas virtudes, ni con tal crédito y autoridad como hubo en él. Hasta sus adversarios confiesan que fue doctísimo en muchas facultades, especialmente en filosofía, la cual la poseía tan bien y la hacía valer de tal modo para sus propósitos como si él mismo la hubiese hecho. Pero sobre todo era docto en Sagradas Escrituras, en lo cual se cree que no haya habido durante siglos un hombre parecido a él. Fue entendidísimo no sólo en las letras, sino también en las cosas factibles en el mundo, en los universales, de los cuales entendió mucho, como en mi opinión lo demuestran sus sermones. En este arte superó en mucho a los demás de su época, demostrando una elocuencia nada artificiosa ni forzada, sino natural y fácil. Consiguió tal audiencia y crédito, que fue una cosa admirable, habiendo

predicado durante tantos años seguidos no sólo la cuaresma, sino muchos días festivos del año ante una ciudad llena de ingenios sutilísimos, y también importunos, y donde los predicadores, aun siendo excelentes, más allá de una o dos cuaresmas suelen ser fastidiosos. Estas virtudes fueron en él tan claras y manifiestas, que están de acuerdo en ello tanto sus adversarios como sus partidarios y secuaces.

Pero, donde hay diferencias de opinión, y disputas, es en la bondad de su vida. En ella hay que observar que, si hubo algún vicio, no fue otro que el de aparentar, causado por la soberbia y la ambición. Cualquiera que observase su vida y sus costumbres con detalle, no halló ni el mínimo vestigio de avaricia, ni de lujuria, ni de ninguna otra inclinación o fragilidad, sino, al contrario, una demostración de vida religiosísima, llena de caridad, llena de oraciones, llena de observancia, no en la corteza, sino en la médula del culto divino. Pero, en el examen que se pudiese hacer de él, aunque los calumniadores con habilidad lo buscasen, no se pudo hallar en este respecto nada que notar, ni el mínimo defecto. Las obras que compuso sobre la observancia de las buenas costumbres fueron santísimas y admirables, de modo que en Florencia jamás hubo tanta bondad y religiosidad como en sus tiempos. Después de su muerte, esa bondad y religiosidad se perdieron de tal modo, que se puso de manifiesto lo que había sido introducido y mantenido por él. Ya no se jugaba en público y en las casas con temor. Las tabernas, que suelen ser lugar de reunión para una juventud corrompida y con toda clase de vicios, estaban cerradas. La sodomía se había extinguido, y estaba muy mortificada. Los niños eran criados casi todos con mucha honestidad y estaban reducidos a una vida santa y morigerada; y, estando por obra de él bajo el cuidado de los frailes dominicos, frecuentaban las iglesias, llevaban los cabellos cortos y perseguían con piedras e insultos a los hombres deshonestos y jugadores, y a las mujeres con vestidos demasiado lascivos. Los jóvenes iban, durante el carnaval, recogiendo dados, cartas, disfraces, pinturas y libros deshonestos, y los quemaban públicamente sobre la plaza de la Señoría, haciendo primero en ese día, que solía estar lleno de mil iniquidades, una procesión con mucha santidad y devoción. Los hombres mayores, entregados todos a la religión, a las misas, a las vísperas, a las prédicas, se confesaban y comulgaban con frecuencia. Y el día de carnaval se confesaba un número grandísimo de personas; se hacían muchas limosnas, se hacían muchas caridades. Animaba todos los días a los hombres a que, abandonando las pompas y las vanidades, se conformasen con una simplicidad de vida religiosa y de cristianos. A tal efecto, dispuso leyes sobre los ornamentos y las vestimentas de las mujeres y los niños, las cuales fueron tan combatidas por sus adversarios, que nunca llegaron a debatirse en el consejo, excepto las referentes a los niños, y aun éstas no se observan. Gracias a sus sermones, muchos se hicieron frailes de su orden, gentes de todas las edades y de toda condición, bastantes jóvenes nobles y de las primeras familias de la ciudad, y bastantes hombres de edad avanzada y de gran reputación: Pandolfo Rucellai, que pertenecía al Consejo de los Diez y había sido designado orador ante el rey Carlos; el señor Giorgio Antonio Vespucci y el señor Malatesta, canónigos de Santa Liberata, hom-

bres buenos, con mucha doctrina y gravedad; el maestro Pietro Paolo da Urbino, médico famoso y de buenas costumbres; Zanobi Acciaiuoli, doctísimo en las letras griegas y latinas; y muchos otros como ellos. De tal modo que no había en Italia un convento semejante. Él, de este modo, dirigía a los jóvenes en los estudios no sólo latinos, sino también griegos, y también hebreos, esperando que llegarían a ser el ornamento de la religión. Y, habiendo sido tan provechoso para con las cosas espirituales, no fueron menos las obras que hizo en el estado de la ciudad y para el beneficio público.

Expulsado Pedro y constituido el parlamento, la tierra quedó muy quebrantada, y los amigos del viejo estado en tal clamor y peligro, que, no bastando para su defensa Francesco Valori y Pietro Capponi, era imposible que no fuesen saqueados en gran número, lo que hubiese sido para la ciudad una gran calamidad, pues eran muchos hombres y muy sabios y muy ricos y de grandes familias y parentescos. Una vez hecho esto, nació la desunión entre los que mandaban, como se vio entre los veinte, y se dividieron, pues había muchos que tenían casi igual condición y todos querían para sí el principado. Se siguieron mudanzas y parlamentos, expulsiones de ciudadanos y más de un cambio, y tal vez una vuelta violenta de Pedro, con un extremado exterminio y ruina de la ciudad. Él solo detuvo este ímpetu y movimientos, introdujo el Consejo Grande, y así puso freno a todos los que querían llegar a ser grandes. Él propuso el llamamiento a la señoría, que fue un freno para conservar a los ciudadanos. Hizo la paz universal, lo cual no fue sino quitar la ocasión de castigar al estado de los Médicis bajo el aspecto de buscar las cosas viejas.

Estas cosas constituyeron sin duda alguna la salvación de la ciudad y, como él mismo decía con gran verdad, de utilidad tanto para los que mandaban de nuevo como para los que anteriormente habían mandado. Fueron, en efecto, sus obras tan buenas, y más aún, se verificó alguna de sus predicciones, que muchos han creído luego ampliamente que fue enviado de Dios y profeta, a pesar incluso de la excomunión, la condena y la muerte. Yo mantengo mis dudas, y no tengo aún una opinión resuelta en ningún punto, y me la reservo, si es que vivo tanto, hasta el tiempo en que todo se habrá de esclarecer. Pero si concluyo lo siguiente, y es que, si él fue bueno, entonces hemos visto en nuestro tiempo a un gran profeta. Y, si fue malo, entonces hemos visto un hombre grandísimo, pues, aparte de las letras, si llegó a saber simular tan públicamente y durante tantos años una cosa tan grande y sin que se le descubriese jamás una falsedad, habremos de confesar entonces que tuvo un juicio, un ingenio y una invención profundísimos.

[F. Guicciardini, *Storie fiorentine*, ed. cit., pp. 156-159.]

13. Guicciardini, en contra de los «curas»

El desprecio por las costumbres del clero no podía sugerir palabras más lapidarias que éstas, de Guicciardini, quien, aunque

no estaba desprovisto de sentido religioso, fue un implacable crítico de las costumbres de los eclesiásticos y un feroz escarnecedor de los «curas».

No sé de nadie a quien le desplazan más que a mí la ambición, la avaricia y las molicies de los curas. Pues todos y cada uno de estos vicios en sí son odiosos, pues todos juntos y cada uno en particular convienen muy poco a quienes hacen profesión de vida dependiente de Dios; y también porque son vicios contrarios, tan contrarios, que no pueden estar juntos a no ser en un sujeto muy extraño. No obstante, el favor del que he gozado por parte de varios pontífices me ha obligado a amar por mí mismo su grandeza. Si no hubiese sido por ese respeto, habría amado a Martín Lutero como a mí mismo, no para liberarme de las leyes dictadas por la religión cristiana como se las suele interpretar y entender, sino para reducir a esa caterva de malvados a sus debidos términos, esto es, a quedarse o bien sin vicios o bien sin autoridad.

[F. Guicciardini, *Ricordi*, ed. cit., p. 290.]

14. Epigrama de Sannazaro contra Alejandro VI

Rara ferocidad es la que alcanzan para con los pontífices los epigramas de Sannazaro; tanto es así, que a veces la decencia no permite referirlos. De algunos de ellos, no obstante, se ha dicho que quizá han estado en el origen de las habladurías sobre las peores fechorías de Alejandro VI.

Quizá no sepas de quién es esta tumba.

Párate, caminante, no te pese.

El nombre que ves, Alejandro, no es

del Magno, sino de este que,

presa de una libidinosa sed de sangre,

arruinó a tantas ciudades ilustres

y a tantos reyes, que asesinó a tantos señores

para engordar a sus hijos.

El mundo entero devastó, extenuó, arruinó,

con rapiña, hierro y fuego;

pisoteó las leyes humanas, las leyes divinas

y al mismo Dios.

.....
Y, aun así, en la ciudad de Rómulo, por once
años fue pontífice.

Ve, pues, y recuerda a Nerón, a Calígula
y al torpe Heliogábalo;

y te baste, ¡oh caminante!, más no permite la decencia.
Imagina y sigue tu camino.

[Sannazaro, *Epigramm.*, lib. 11, 19; Amstelaedami, 1728, páginas 239-240.]

15. Epigrama de Sannazaro contra Julio II

Pudiendo tomar el nombre de los osos maternos,
nuestro Ciego prefirió ser León.

¿Qué tienes tú en común con el León, tú, Topo?

Un noble enojo no cabe en animal torpe.

Busca, busca asemejar, en ardor, al León:

no te deja tu padre lobo, ni tu madre osa.

Debes pues elegir otro nombre, Ciego;

aunque fueses entero, no podrías ser León.

[Sannazaro, *Epigramm.*, lib. 11, 57; ed. cit., pp. 252-253.]

16. Epigrama de Sannazaro contra León X

Si acaso buscáis por qué en la hora extrema los sacramentos
no pudo tener León: los había vendido.

[Lib. III, p. 271.]

9. ASPECTOS Y FORMAS DE VIDA

El pleno sentido de la vida mundana, el «descubrimiento» de la alegría de existir, había de traducirse naturalmente en una mudanza consistente en un refinamiento exquisito de las costumbres y de los hábitos. Fue como la desaparición de un velo que cubría las cosas de este mundo; fue un amor profundo de belleza y de gracia, un anhelo por desarrollarse y por ser que inviste poco a poco cada uno de los sectores de la vida y se refleja en el mundo circundante. Se viaja, y sobre todo se viaja con ojos nuevos. ¿Quién no siente, aún hoy, un vivo placer al leer los vivaces cuadros de Poggio, o la finura descriptiva de los *Comentarii* de Eneas Silvio? Países, espectáculos naturales, costumbres, se animan; y, así como los pintores pueblan sus telas con magníficos paisajes, los escritores los pintan con sus palabras. Cuando sucede, como en el caso de Leonardo, que el pintor y el escritor se identifican, en las notas del viajero vemos ya las fantasías del artista. «En cabeza de la Voltolina están las montañas de Borme, terribles, siempre llenas de nieve: aquí nace armiño.» Y en el Códice Atlántico leemos: «En Valsasina, entre Vimognio e Introbio, a mano derecha, entrando por el camino de Lecco, se encuentra la Tresa, río que cae desde una altísima peña y, al caer, entra bajo tierra, y allí acaba el río. Tres millas más allá se encuentra el edificio de la veta del cobre y de la plata, junto a una tierra llamada Pra Santo Petro, así como vetas de hierro y cosas fantásticas. La Grigna es la montaña más alta que hay en estas tierras, y es pelada.»

Cambia el ánimo con el cual se contempla la naturaleza, y las maravillas descubiertas incitan a buscar otras nuevas. Los jardines, como el mediceo, en Careggi, descrito por Braccesi, se convierten en verdaderas colecciones de plantas raras, y los ricos señores tienen pequeños zoológicos.

El habitáculo humano se transforma. Leonardo sueña con su ciudad racional, con caminos inferiores para el tráfico y superiores para pasear, aireados, luminosos, con la admirable perfección de un establecimiento higiénico. No basta, como dirá Della Casa, la bondad, es necesaria la hermosura; es también la gracia

y la *humanidad* que Castiglione soñaba para su hombre mundano.

La vida se va haciendo refinada, lujosa: vestidos espléndidos, perfumes, rebuscadas exquisiteces. Se sobrepasan los límites, tanto, que llegan a hacerse necesarias y siempre más frecuentes las leyes suntuarias. Las mujeres entran de lleno en la vida, cultas, refinadas, elegantísimas.

Las cortesanas añaden con frecuencia a sus melindres una cultura preciosa; saben discurrir y discutir doctamente, saben escribir cartas elegantes y apasionadas. Son espléndidas las fiestas, las procesiones; complicadas y maravillosas, las máquinas, en las que trabajan diseñadores como Leonardo.

Los italianos miran aún con desprecio a los «bárbaros» extranjeros, que no sólo no tienen un espíritu cultivado, sino que tampoco saben disfrutar de la vida, cuidan poco su persona, los vestidos y las costumbres, y son groseros y nada refinados en el uso de las riquezas. A esos hombres, civiles hasta el decadentismo, que frotaban con ungüentos perfumados incluso a sus cabalgaduras, todo les parecía tosco y desagradable. Y, naturalmente, el lujo y el rebuscamiento impulsaban a todos los excesos. No nos cansamos de deplorar la «hoguera de las vanidades» de Savonarola, pero no se deberían olvidar tampoco ciertas exageraciones de la moda. No sólo las señoras se teñían el cabello y la cara, sino hasta los párpados y los dientes; los mismos hombres no evitaban a veces competir en ello con las mujeres.

Pero, junto a la degeneración de una civilización refinadísima, tampoco faltan expresiones de amoralidad, de crueldad, de cinismo. Burckhardt, dedicado por entero a describir al hombre del Renacimiento como el héroe que se coloca más allá de cualquier ley, hallaba ahí una de las características más notorias de la época. Eran, al contrario, las consecuencias de un individualismo acentuado, de la reacción contra normas tradicionales; eran las inevitables contradicciones de una época que edificaba un mundo nuevo.

No eran luces, sino sombras de una fúlgida luz.

1. Descripción de un baile de disfraces (Niccolo Loschi a Francesco Loschi)

Se trata de la descripción de un baile de máscaras organizado en Ferrara durante el carnaval de 1434 por el humanista siciliano G. Marrasio, quien quiso reproducir en él todas las divinidades del mundo clásico.

Ante los demás caminaba Apolo, ceñido de rayos, con un vestido dorado hasta los pies, digno del dios: seguro que te habría parecido el mismo Apolo. Seguía Baco, con paso trabajoso, «que ni los pies ni las manos parecían ejecutar su deber» [Terent., *Eun.*, IV, 5,3], como dice el cómico, llevando en la mano un tirso de largos cuernos. Decían que así se había disfrazado Marrasio. Luego venía Esculapio, con su barba blanquísima. Luego merecía la pena ver al furioso Marte, empuñando la espada y echando chispas en las armas junto con Bellona. Detrás venía Mercurio, con alas en los pies. Asustados, todos los pájaros huían al ver avanzar a Priapo (...). Y no faltaba Venus, bellísima, llevando en la mano un fruto de oro. Junto a su madre estaba Cupido, y no era en nada diferente de como lo figuran los poetas, y agitaba dardos de plomo y de oro. Seguían luego las locas Furias, que llegaban a asustar a algunos. Luego, Cloto, Laquesis y Atropos, las cuales, si hemos de dar crédito a la leyenda, hilan la vida humana. Hércules, vestido con la piel de un león y mostrando en la mano una clava, llevaba, arrastrándolo, a Cerbero, el de las tres cabezas. Y había muchos otros que sería ocioso mencionar.

[R. Sabbadini, *Biografia documentata di G. Aurispa*, Noto, 1891, pp. 182-183.]

2. Hallazgo del cuerpo de una niña romana (del diario de Giacomo Pontani)

Uno de los hechos que más impresionaron a la imaginación popular y mostraron el culto exaltado por las cosas antiguas fue el hallazgo del cuerpo de una niña romana. Se produjo una peregrinación, casi en tropel, hacia el Palazzo dei Conservatori, y fue tan grande, que Inocencio VIII hizo sacar el cuerpo de noche y sepultarlo fuera de la Puerta Pinciana. Cf. Pastor, *op. cit.*, vol. III, pp. 244-246.

El día 18 [de abril de 1485] fue hallado en una casa de Santa Maria Nuova, encima del Campo di Bove, un cuerpo entero en una pila de mármol. El día 19, martes, fue llevado dicho cuerpo a la casa de los conservadores, y acudía tanta gente a verlo, que parecía la procesión del perdón. Fue puesto en una caja de madera y estaba descubierto.

Era un cuerpo joven, aparentaba tener unos quince años, no le faltaba miembro alguno y tenía los cabellos negros como si hubiese muerto muy poco antes. Estaba cubierto por una mixtura de la que se decía que lo había conservado, con los dientes blancos, la lengua, las cejas. No se sabe con certeza si fue varón o hembra. Muchos creen que debió de morir hacia el año 170.

[Notarius de Nantiporto (Giacomo Pontani), *Diarium Romanum*, en Muratori, *Rer. Ital. Script.*, III, 2, 1094.]

3. Cortesanos en la corte de Urbino (de *El Cortesano*, de Baltasar de Castiglione)

Gentileza en las costumbres y un sentido exquisito de la medida dominan en el tratado de Castiglione. Ofrecer en un breve pasaje los motivos más característicos, sería imposible. Valga, sin embargo, para dar sólo una idea, esta presentación de las reuniones en casa del duque de Urbino, tan rica en perfecta *cortigiana* [cortesía].

(...) Procuraba sobre todo que su casa estuviese siempre llena de caballeros principales y valerosos, con los cuales muy familiarmente trataba, gozando de la conversación de ellos, y en todo esto no era menor el placer que él daba que el que recibía, por ser muy docto en la lengua latina y en la griega, y tener, juntamente con la afabilidad y buena conversación, mucha noticia de muchas cosas. Y, además de esto, tanto la grandeza de su corazón lo encendía, que, aunque él no pudiese con su persona ejercitar las cosas de caballería (como en otro tiempo había hecho), a lo menos holgaba en extremo de verlas ejercitar a otros; con buenas palabras, ahora corrigiendo y ahora alabando a cada uno según los méritos, claramente mostraba cuán grande juicio fuese el suyo en semejantes ejercicios. De esto procedía que, en justas, en torneos, en saber menear un caballo y en jugar toda suerte de armas, y asimismo en fiestas, en burlas, en música y, finalmente, en todas las cosas convenientes a caballeros de alta sangre, cada uno se esforzaba de mostrarse tal cual convenía a compañía tan escogida. Repartíanse, pues, todas las horas del día en honrados y deleitosos ejercicios. Mas, porque el duque, por su dolencia, solía ordinariamente irse a echar temprano, todos tenían por costumbre ir en aquella misma hora a los aposentos de la duquesa Elisabetta Gonzaga, donde hallaban siempre a Emilia Pia, la cual, por ser de tan vivo ingenio y buen juicio como sabéis, parecía maestra de todos en dar a cada uno el seso y el arte y el valor que convenía.

Así que, juntados los unos y los otros, nunca faltaba buena conversación entre ellos, así en cosas de seso como en burlas, y cada uno en su semblante venía lozano y alegre, de tal manera que por cierto aquella casa se pudiera llamar la propia casa de la alegría. Yo no creo que jamás en otro lugar tan perfectamente como en éste se viese cuán grande fuese el deleite que se recibe de una dulce y amada compañía. Porque, dejando aparte la honra que era para cada uno de nosotros servir a tal señor como el que arriba dije, a todos en nuestros corazones nacía un extraño contentamiento cada vez que delante de la duquesa veníamos, y parecía que ella era la que a todos nos tenía, en una conformidad de amor, juntos y atados, de suerte que nunca concordía de voluntad o amor de hermanos fue mayor que el que allí era entre nosotros. Lo mismo se hallaba entre aquellas señoras que allí estaban, con las cuales teníamos una suelta y honesta conversación, porque cada uno podía sentarse y hablar y burlar y reír con quien le parecía. Pero, era tanto el acatamiento que se

tenía a la duquesa, que la misma libertad era un muy gran freno, y no había ninguno de nosotros que no tuviese por el mayor placer de todos servirla, y por el mayor pesar enojarla.

[B. Castiglione, *Il Cortegiano*, ed. Cian, Florencia, 1929, pp. 17 y ss. Traducción de Juan Boscán, ed. cit., pp. 81-82.]

4. El ideal de la *grazia*, según G. Della Casa

Es el ideal griego de lo bello y de lo bueno introducido en la vida, en las costumbres, en los comportamientos. *Grazia e leggiadria* («gracia y donaire») son los términos ideales a los que el hombre debe tender, tanto en la vestimenta como en el cuidado de la persona. Observaba con finura Burckhardt que «la gentileza de la vieja Europa difícilmente se alejará de las (...) prescripciones» de Galateo.

No se debe (...) el hombre contentar con hacer las cosas buenas, sino que debe procurar hacerlas también donosas. Y donosura no es otra cosa que algo así como una luz que resplandece por la conveniencia de las cosas que están bien compuestas y bien divididas la una respecto de la otra y todas juntas. Sin esa medida, ni el bien es bello, ni la belleza es placentera. Y, así como los manjares, por más sanos y saludables que fuesen, no gustarían a los invitados si no tuviesen ningún sabor, o si lo tuviesen malo, así son alguna vez las costumbres de las personas, que, aunque no tengan nada en sí mismas que sea nocivo, no dejan de ser insípidas y amargas si otro no las condimenta con esa dulzura que se llama, si en eso llevo razón, gracia y donaire (...).

Conviene pues que las personas cortesanas tengan muy en cuenta esta medida, la que te he dicho, en el andar, en el estar, en los actos, en el porte, en el vestir, en las palabras, en el silencio, en el reposar y en el trabajar. Pues no se debe adornar el hombre como lo haría una mujer, de modo que el ornamento fuese uno y que a la vez la persona fuese otra. Es lo que veo que hacen algunos que tienen los cabellos y la barba rizados con un hierro caliente, y la cara, el cuello y las manos desgastados y tan estropeados, que desconveniente a cualquier mujercita, incluso a cualquier meretriz, quien tiene más preocupación por despachar su mercancía y venderla a buen precio. No se debe oler mal ni oler bien, de modo que el gentil no huela a maleante, ni que del varón provenga olor de mujer o de meretriz (...). Tus ropas conviene que sean según la costumbre de los demás de tu tiempo y de tu condición, por las razones que he dicho más arriba. Pues nosotros no tenemos en nuestras manos el poder cambiar las costumbres según nuestro sentido, sino que el tiempo las crea y las consume a su vez. Puede pues muy bien cada cual adaptar la costumbre común. Pues si tienes por ventura las piernas muy lar-

gas y se llevan los vestidos cortos, podrás hacer tus vestimentas no de las más cortas, sino de las menos. Y si alguno las tuviese demasiado delgadas o extremadamente gruesas, o quizá torcidas, no deberá hacerse las calzas de colores muy encendidos ni muy pálidos, para no invitar a los demás a mirar su defecto. Ninguna de tus túnicas debe ser muy hermosa ni muy guarnecida, de modo que no se pueda decir que llevas las calzas de Ganimedes o que te hayas puesto a hacer de Cupido. Pero, sea como sea, debe estar adaptada a la persona y quedarte bien, de modo que no parezca que te hayas puesto las ropas de otro. Y, sobre todo, debe convenir a tu condición, de modo que el clérigo no vaya vestido de soldado ni el soldado de juglar (...).

[G. Della Casa, *Il Galateo ovvero de'costumi*, Giunti, Florencia, 1598, pp. 96-100.]

5. Descripción del jardín de Careggi (Alessandro Braccesi)

El señor Alessandro Braccesi (1445-1503), notario y hombre político florentino, fue un elegante poeta del grupo de los humanistas del entorno de los Médicis. En esta excelente poesía lírica en latín, dirigida a Bernardo Bembo, describe el jardín de la villa de Careggi, transformado por Lorenzo en un verdadero jardín botánico.

No fue tan grande un día la gloria del jardín de las Hespérides, ni, por más que se fabule, la de los jardines del rey Alcinoos, ni la del jardín colgante de la fuerte Semíramis, o del que dicen que cuidó Ciro, como grandes son la gloria, la excelsa fama, la nobleza, el nombre, el cultivo y el honor del jardín de nuestro Lorenzo. Aquí están el pálido olivo, consagrado a Minerva, el mirto, a Venus, y el roble, a Júpiter. Aquí, ¡oh alto álamo!, está tu fronda, con la cual ciñó su honorable cabeza el héroe de Tirinto. Está también el plátano, tan rico de amplias ramas, que cubre con su vasta sombra el suelo. Aquí está, siempre verde, el laurel amadísimo de Febo, con el cual los poetas ilustres se ciñen las doctas sienes. Aquí se eleva el gran ébano que Roma nunca había visto antes del triunfo de Mitridates. Están el pimentero, el clavel y la albahaca, el nardo balsámico, el bálsamo, la mirra, el loto, la achicoria, la canela, el cedro y la caña perfumada. Aquí la tierra produce también el incienso sabeo, consagrado a los dioses, y produce el cítiso, famoso por las alabanzas de Antioco. Están el abeto, el pino, el boj y el verde ciprés; aquí crecen la encina, el roble, el pino, el alerce, el alcornoque, el quejigo, el haya, el carpe, el acebo, el fresno y todas las plantas del bosque. Aquí están los olmos, los sauces, los brezos, la delicada retama, el ligero saúco, el arbusto rojo, el cornejo, el lentisco, la fresa (...). Pero ¿por qué insistir aún, querido Bembo? Está plantado en este jardín todo lo que tienen los venecianos, todo lo que produce Toscana. En este jardín se

dan todos los frutos y verdean todas las hierbas. Aquí se puede sentir el perfume de todas las flores; aquí, si quieres, hallas todas las plantas de huerto.

[Alessandro Braccesi a Bernardo Bembo, *Descriptio horti Laurentii Medici*, en G. Roscoe, *Vita di Lorenzo de' Medici*, trad. italiana, Pisa, 1799, vol. III, apéndice, pp. LXXVI-LXXVIII.]

6. Reglamento milanés, de 1498, contra el lujo

He aquí dos ejemplos de leyes suntuarias, indicios del lujo de la vida del Renacimiento. Los hemos elegido entre otros muchos, pero el segundo es especialmente curioso y característico.

Ninguna mujer, casada o soltera, haciendo excepción de las esposas de los senadores, de los condes, de los marqueses, de los barones, de los caballeros, de los doctores, tanto en derecho como en medicina, o de los licenciados en el estudio general, debe llevar ni atreverse o presumir llevar sobre su persona o alrededor de ella (...) perlas, en los bordados o de otra forma, ni collares de oro o dorados, ni broches, ni piedras preciosas, engarzadas o no, haciendo excepción de las de los anillos en los dedos, bajo pena de pérdida de tales objetos (...).

Nadie, hombre o mujer, exceptuando aquellos que estén comprendidos en el estatuto adjunto, debe llevar como ornamento de su persona vestidos de brocado, paños de oro y plata, vestidos bordados (...). Las mujeres de los nobles, de los comerciantes y de los causídicos (...) pueden llevar cualquier clase de vestidos de seda, siempre que no estén adornados con oro, plata o bordados, salvo en las mangas (...).

[Regolamento milanese del 1498, en E. Rodocanachi, *La femme italienne à l'époque de la Renaissance*, París, 1907, p. 358.]

7. Ordenanza de 1558 en Pistoia

Capítulos sobre las vestimentas y los adornos de las mujeres de Pistoia:

Considerando que en nuestra ciudad, por muchos, extraños y raros accidentes, en diversas ocasiones se ve que, uno más que el otro, van faltos de sustento y de riqueza, y que una de las causas principales son los gastos superfluos y exorbitantes sin consideración ni distinción, como los que se hacen para el ambicioso y soberbio vestir y adornarse de las mujeres, de lo que resulta que muchos jóvenes se resisten a tomar mujer, a no ser que se dé una dote considerable, de modo que las dotes con frecuencia superan los bienes y el patrimonio de los maridos, y los padres o hermanos de la joven se quedan pobres y desnudos (...).

A las mujeres de la ciudad de Pistoia y a las demás que allí habiten y en su distrito (...) no les será lícito llevar como adorno más perlas que las engarzadas en anillos en los dedos (...) y no podrán llevar en la cabeza sombreros incluso de terciopelo, sino sólo un gorro de terciopelo o de otro paño sin cordones o trenzas de plata y de oro y sin penachos o puntas de oro u otros ornamentos similares (...) ni guantes recamados en oro y plata (...) y en las orejas no llevarán pendientes (...) ni joyas buenas o falsas (...). No podrán llevar vestidos turcos de ninguna clase, ni batas o capas de paño de Lucca o de grana (...).

[Ordenanza de 1558, en E. Rodocanachi, *La femme italienne à l'époque de la Renaissance*, París, 1907, p. 359.]

8. Un matrimonio en la casa de los Strozzi (de las cartas de Alessandra Macinghi Strozzi)

Ejemplo de un matrimonio del siglo xv lo constituyen estas bodas de Caterina, hija de Mateo Strozzi y Alessandra Macinghi Strozzi, con Marco di Parente Parenti. Para constituer una dote, los padres depositaban en el monte de las dotes una suma que, después de algunos años, al casarse la hija, se retiraba aumentada. Si la joven moría antes, el padre recibía sólo la mitad de la dote. Alessandra, anticipándose, corría el riesgo de perderla en caso de muerte.

Pues si yo no hubiese tomado ese partido, no se casaba este año. Pero quien toma mujer quiere dinero. Y no hallaba quien quisiera esperar tener la dote en 1448, y parte en 1450, y dándole ahora estos 500, entre dinero y regalos de boda, me tocarán, si ella vive, los de 1450. Y este partido lo hemos adoptado para lo mejor, pues tenía dieciséis años y no era cuestión de esperar más en casarla. Se habría hallado el modo de ponerla en un estado superior y de mayor gentileza, pero con mil cuatrocientos o mil quinientos florines. Ésta era nuestra inquietud, y no sé cómo se hubiese podido contentar la chica; pues, exceptuando el matrimonio, no hay nada que pueda dar contento sin actuar de forma contraria al deber. Y yo, teniéndolo todo en cuenta, decidí acomodar bien a la niña sin mirar tanto. Y me parece que es cierto que así estará bien, como una niña de Florencia. El suegro y la suegra están contentos con ello, y no piensan sino en darle contento. ¡Oh!, y no te digo nada de Marco, el marido, que siempre le dice: «Pide lo que quieras.» Y, cuando se casó, le cortó una túnica de tafetán aterciopelado carmesí; y cosió la tela por sí mismo; y es el paño más bello que hay en Florencia; lo compró en una tienda. Se hizo una guirnalda de plumas con perlas, de ochenta florines. Y el adorno de abajo, formado por dos trenzas de perlas, de sesenta florines o más. De modo que, cuando salga a la calle, llevará

puestos más de cuatrocientos florines. Y manda hacer un terciopelo carmesí para hacerlo con las mangas anchas, forrado de marta, para cuando se case. Le hace una bata de color rosado, recamada de perlas. Y no puede cansarse de hacerle cosas; pues es bella, y querría que pareciese serlo más, pues verdaderamente no hay en Florencia otra que esté hecha como ella, y tiene todas las gracias, según la opinión de muchos. Que Dios le conceda salud y gracia durante largo tiempo, como yo lo deseo.

[Alessandra Macinghi Strozzi, *Lettere*, I, ed. C. Guasti, Florencia, 1877, pp. 4-6.]

9. La quema de las vanidades

Después de los fastos de la Florencia de los Médicis, aquí vemos los *bruciamenti delle vanità* («la quema de las vanidades»), organizados por Savonarola, indignado contra los aspectos más frívolos del Renacimiento.

En lugar de la execrable festividad del diablo (...) ordenó que, a las 21 horas del maldito día de carnaval, se hiciese lo siguiente: que se fabricase una gran cabaña en la plaza de la Señoría con todos los instrumentos diabólicos, esto es, con todas las vanidades y lascivias y cosas deshonestas reunidas durante el año por los niños, en sacrificio a Dios y en olor de santidad; fue edificado de esta forma por los artesanos carpinteros, los cuales se pusieron conjuntamente al trabajo para esa construcción. Cogieron un árbol y lo alzaron en medio de la plaza de la Señoría; su altura era de treinta brazas florentinas, y en su cima hincaron unos maderos que iban hasta el suelo y se separaban de las raíces en el suelo en un espacio de ciento veinte brazas, a modo de una pirámide. Encima de las tablas, desde el suelo hasta la cima, había quince escalones, debajo de los cuales, en el espacio vacío, había una gran cantidad de haces de brezo y otra leña combustible, con pólvora de bombardas, para que ardiese más de prisa. Tenía ese edificio ocho caras alrededor en redonda, y cada una de ellas tenía quince escalones. Encima de esos quince escalones se habían puesto y colocado todas las vanidades y lascivias de las mujeres, así como pinturas y esculturas deshonestas, instrumentos de juego, libros de poetas latinos y tanto en latín como en lengua vulgar, y todas las cosas deshonestas para leer, instrumentos para tocar música con sus libros, máscaras y todas las maldiciones del carnaval.

Con un arte admirable y variedad estaban dispuestos de este modo: en los escalones había paños extranjeros preciosos, pintados con figuras bellísimas con mucha impudicia, de modo que parecía una tienda de pintor; encima de esas telas había figuras esculpidas de mujeres antiguas bellísimas y de hermosura excelente, romanas y florentinas, realizadas por grandes maestros de la escultura, como Donatello y otros parecidos. En otro escalón había tableros, planchas para imprimir cartas, dados,

triumfos; y, en otro, instrumentos musicales con sus libros, como, por ejemplo, arpas, laúdes, cítaras, dulzainas, cornamusas, cimbalos, cornos; y, en otro, las vanidades de las mujeres, pelucas, velos, botellas de colorete, alisadores, espejos, perfumes, polvos de arroz, musgo y cosas similares; y, sobre todo, libros de poetas y de todas las lascivias, en latín y en lengua vulgar, Morganti, Spagne, Petrarca, Dante, el *Decamerón* de Boccaccio y cosas deshonestas parecidas; y, sobre otro, barbas, máscaras, cabelleras y todos los instrumentos diabólicos propios de aquel tiempo (...). Y todo aquel triunfo fue quemado con muchas alabanzas de todo el pueblo, mientras las llamas ascendían al cielo, en honor a Dios y para ignominia de Satanás y confusión de sus miembros.

[*La vita del Beato Ieronimo Savonarola scritta da un anonimo del sec. XVI e già attribuita a Fra Pacifico Burlamacchi*, Florencia, 1937, cap. XL, pp. 130-132.]

10. El concubinato en Roma (del *Diario* de Infessura)

Ciertamente, no faltan documentos sobre las costumbres de Roma durante el siglo XV. Son interesantes estas notas de Infessura, aun cuando, como sostiene Pastor, no sea digna de crédito la que se refiere al pretendido decreto de Inocencio VIII sobre el concubinato (cf. Pastor, *op. cit.*, vol. III, pp. 259-260). Según Pastor, la bula habría sido obra de unos falsarios.

Entre los demás acontecimientos a los que nos podemos referir en estos tiempos, está que el reverendo padre vicario de Roma y del distrito, queriendo, como conviene a un hombre recto, cuidar de los corderillos del rebaño que le está encomendado, hizo un edicto en el cual prohibía a los laicos y a los clérigos de toda condición, bajo pena de excomunión y de la pérdida de los beneficios, tener concubinas pública o secretamente. Decía, en efecto, que esto era algo que se volvía en perjuicio de la ley divina, y que era contrario a la honestidad sacerdotal. Eran muchos los que las tenían, casi todos, tanto los grandes prelados como los clérigos, y por ello no se consideraba que viviesen bien cuando la fe y la devoción de los laicos disminuían.

Habiendo oído esto el papa, llamando a su presencia al obispo vicario, después de haberlo reprendido vivamente por tal interdicto, se lo hizo retirar inmediatamente, diciendo que no había que hacer esa prohibición. Por eso la vida de los sacerdotes y de los hombres de la curia ha llegado a ser tal, que raramente se halla alguno que no tenga una concubina, o al menos una meretriz, para gloria de Dios y de la religión cristiana. Y es quizás por ese motivo por lo que el número de meretrices públicas es en Roma, según datos dignos de todo crédito, de seis mil ochocientas. Y eso sin contar las que viven en concubinato, o las que

no ejercen en público, sino privadamente, en grupos de cinco o seis; y cada una tiene uno o más alcahuetes. Considérese pues cómo se vive en Roma, donde está el centro de la religión, y que dice ser la ciudad santa.

[S. Infessura, *Diario*, ed. Tommasini, Roma, 1890, pp. 259-260.]

11. De la bula de León X contra los duelos

La afición por los espectáculos cruentos, que no era rara durante el Renacimiento, así como la costumbre del duelo de honor, provocaron esta bula de León X, de 19 de agosto de 1519. Cf. F. R. Bryson, *The sixteenth-century Italian Duel*, Chicago, 1938.

Puesto que, según hemos sabido, desde hace algún tiempo muchos barones, señores temporales y otros, y sobre todo súbditos de la Iglesia romana, han llegado a mostrarse tan dispuestos a combatir en duelo, de modo que casi cada día se ven por todas partes combates de esta clase, y puesto que los susodichos señores y capitanes de armas no sólo no dudan en invitar a hacerlos, sino que además los incitan preparando en sus territorios y jurisdicciones lugares adecuados para celebrarlos, ofreciendo espectáculos de sangre ante multitudes de personas (...).

[*Bullarum (...) amplissima collectio*, III, 3, Roma, 1743, pp. 467 y ss.]

12. Un banquete de Gian Galeazzo Visconti (de *L'istoria di Milano*, de B. Corio)

Ésta es la lista de los manjares del banquete ofrecido con motivo de la concesión del título ducal a Gian Galeazzo Visconti, referida, junto con detalles de los agasajos, por Corio.

(...) Se ofreció agua para las manos, con preciosos olores, y luego siguieron los servicios, acompañados todos con sonidos de trompa y de otros instrumentos diversos. El primero de ellos fue:

Mazapán y tortas de piñones tostadas con las armas del serenísimo emperador y las del nuevo duque, en tazas de oro, con vino blanco. Luego, pollos con salsa morada; uno por plato. Y pan dorado.

Luego dos cerdos grandes, tostados, y dos terneros también tostados.

Luego trajeron unos platos grandísimos de plata, y en cada uno de ellos había:

dos pedazos de ternera,
cuatro pedazos de carnero castrado,
dos pedazos de jabalí,
dos cabritos enteros,
cuatro pollos,
una longaniza
y salsa blanca como acompañamiento. Vino griego.

Luego trajeron otros platos de tamaño semejante con:

cuatro pedazos de ternera asada,
dos cabritos enteros,
dos liebres enteras,
seis grandes pichones
y cuatro conejos.

Además de:

cuatro pavos cocidos y rellenos
y dos osos tostados con sabor a limón. Vino ligero.

Luego trajeron otros magníficos platos de plata con cuatro faisanes en cada uno de ellos, rellenos, a los que siguieron:

cuencos grandes de plata con un ciervo entero tostado,
un gamo también tostado y dos corzas con gelatina.

Luego platos, como los citados, con gran número de codornices y perdices con salsa verde.

Luego trajeron tortas de carne tostadas con peras cocidas.

Luego se dio agua para las manos, preparada con delicados olores, a la cual le siguieron:

tortas de piñones en forma de pez, plateadas,
y panes plateados. Malvasía.

Luego:

limones almibarados, plateados, en tazas,
pescado asado, con salsa rosa, en platos de plata,
y pasteles de anguilas plateados.

Luego trajeron grandes platos de plata con lampreas y gelatina plateada. Truchas grandes, con salsa negra, y dos esturiones plateados.

Luego fueron servidas grandes tartas plateadas. Y
almendras frescas,
melocotones
y diferentes confites de formas variadas.

Y, finalmente, una vez terminada la comida, fueron llevados a la mesa ciertos vasos de oro y plata con muchos broches, collares, anillos y muchos trozos de paño de oro y seda, con algunos otros de púrpura. Todo ello fue obsequiado por el ilustrísimo duque según la categoría de los señores. Se refiere que estas cosas tenían el valor de más de treinta mil florines oro. Además, fueron conducidos cincuenta corceles con las sillas altas y cubiertas de seda, que fueron regalados al lugarteniente del emperador, a sus barones y a otros señores, por mandato del excelente duque. Y luego todo el día se consumió en bailes, pantomimas y cantos suavisimos.

[B. Corio, *L'istoria di Milano*, IV, Padua, 1646, pp. 539 y ss.]

13. Episodios de la ferocidad de Giovanni Maria Visconti (de *L'istoria di Milano*, de B. Corio)

No faltan ciertamente ejemplos de los horribles excesos atribuidos al poder de los «tiranos», sobre todo en la historia de los Visconti. Pero de la necia ferocidad de Giovanni Maria es típica, más aún que el horrible delito narrado más abajo, la prohibición dada a su pueblo no sólo de discutir, sino incluso de nombrar la paz y la guerra.

Hizo proclamar que, bajo pena de la horca, nadie había de nombrar ya la paz ni la guerra; y ordenó además que los sacerdotes, en la misa, en lugar de decir *pacem*, dijese *tranquillitatem*. Luego, siendo presentado al citado duque un hijo de Giovanni da Pusterla, que tenía doce años, ocurrió esta maravilla, o milagro, de que, poniendo los perros junto al niño para que lo despedazaran, el niño se echó al suelo pidiéndole misericordia, el cual, encarnizándose más, le mandó un perro ferocísimo, llamado «el Guerzo», custodiado por Squarza Giramo, bastante más cruel que aquél contra la sangre humana, y por sugerencia del cual el príncipe hacía herir a muchas personas por medio de los dientes de sus perros. Habiendo pues soltado de la perrera a ese perro, así que hubo olido al niño, se apartó. Pero el príncipe, no perdiendo por ello su innata crueldad, empezó a amenazar a Squarza de que lo haría ahorcar por el cuello, con lo cual le trajo una perra, llamada «Sibilina», e igualmente esa perra no quiso molestar al niño, que continuamente pedía perdón. Pero Giovanni Maria, más obstinado en su furor, mandó al malvado perrero que degollase al inocente chiquillo. Y, habiendo obedecido aquél, tampoco los perros quisieron probar su sangre. Y de este modo hacía morir a algunos. Y tanto se deleitó en esta inaudita crueldad, que hasta por la noche andaba por la ciudad con Girolamo, el inventor de tanta maldad y favorecido por él por tan horrendos crímenes, buscando sangre humana como buscan los cazadores en el bosque las despiadadas fieras.

[B. Corio, *L'istoria di Milano*, V, Padua, 1646, p. 595.]

14. Supersticiones de Filippo Maria (de la *Vita*, de Decembrio)

Se ha hablado mucho y con frecuencia de las creencias astro-lógicas del siglo xv. Políticos, hombres de letras, filósofos, pontífices, todos ellos creían en la astrología, y no porque viesen en ella una ciencia, o por amor a la ciencia en general, sino por una fe profunda en el determinismo estelar. Pero, entre los supersticiosos, entre los que más lo fueron, estaba ciertamente Filippo

Maria, que hacía cortar todos los serbales de su jardín por miedo a su maléfico influjo.

Creía hasta tal punto en el juicio y en la ciencia de los astrólogos, que llamó junto a sí a los más reputados de ellos y todo lo hizo siguiendo su consejo. Tuvo primero junto a sí a Pietro da Siena y a Stefano da Faenza, doctos ambos en aquel arte. Durante los últimos días de su principado hizo uso de la obra y del consejo de Antonio Bernardigi, alguna vez también de Luigi Terzaghi y a menudo de Lanfranco da Parma. Y, entre los médicos, tuvo a Elia, hebreo que profesaba el arte de la adivinación. Elegía, según se lo indicaban, los días para la guerra y para la paz, y los que eran más aptos para el viaje o para el descanso. Pero nunca hubo ninguna luz que fuese contraria al retorno a la ciudad. Cuando proyectaba algo grande o grave, los consultaba, y tenía fe en ellos incluso para las más pequeñas cosas; y eso no sé que se hiciese por vanidad, o por convicción, o si había sido inducido a tanta credulidad por algún otro motivo. En efecto, se dice que, inducido a la creencia en la necesidad fatal, pensaba que todas las cosas le sucedían por un destino, y decía por eso que a menudo las cosas no suceden según los propósitos de uno. Cuando tenía que salir en una nave, difería el viaje durante varios días; luego, como si hubiese abandonado todas las reflexiones, iba hacia la nave como atónito y presa de la estupefacción; y lo mismo hacía si tenía que salir a caballo. Si la Luna estaba en conjunción con el Sol, solía esconderse en las habitaciones interiores de la casa y, guardando un admirable silencio, mantenía lejos de sí a los magistrados, y los suyos no daban, mientras tanto, respuesta alguna. Lo mismo hacía en la oposición de los dos astros, pero en un grado mucho menor, de modo que, a aquellos que le pedían con mayor insistencia una respuesta, les decía: «Espera un poco, te responderé». En la biblioteca de Pavia tenía una esfera que era, entre todas las de nuestro tiempo, maravillosa y casi divina, construida por el insigne astrónomo Giovanni da Padova, en la cual se veían los movimientos de los siete planetas, y que tenía siempre dispuesta para esos oráculos.

[Pier Candido Decembrio, *Vita Philippi Mariae Vicecomitis*, LXVIII; en Muratori, *Rerum Ital. Script.*, XX, 1.017.]

15. Bula de Inocencio VIII contra las brujas

Sobre la bula contra las brujas de Inocencio VIII, de 5 de diciembre de 1484, se ha discutido mucho. Por más que se quiera defender al papa de la acusación de haber causado los horrores de los procesos por brujería, es indudable que la creencia en la brujería estaba muy difundida y que el pontífice mismo lo admitió. Por lo demás, lo confirman hombres superiores, como Gian

Francesco Pico della Mirandola, sobrino del famoso Giovanni, que en su tratadito se decide por la existencia de fenómenos de brujería.

Ha llegado recientemente a nuestro oído, no sin un grave dolor para Nos, que en algunas regiones de la Germania superior, en las provincias de Maguncia, Colonia, Tréveris y Bremen, en las ciudades, lugares y diócesis, muchas personas de ambos sexos, olvidando su propia salvación, apartándose de la fe católica, tienen relaciones con demonios incubos y súcubos, y que con sus encantamientos, fórmulas, conjuros y otras nefastas supersticiones y sortilegios, excesos, crímenes y delitos, hacen de tal suerte que perezcan, sean ahogados y mueran los partos de las mujeres, los fetos de los animales, los frutos de la tierra, la uva de las viñas, los frutos de los árboles, los hombres, las mujeres, el ganado, los animales de todo género, los viñedos, los árboles frutales, los prados, los pastizales, el trigo y los demás productos de la tierra; y a los hombres, a las mujeres y al ganado golpean y atormentan con terribles dolores y desgarros tanto internos como externos. E impiden que los hombres procreen, que las mujeres conciban, que hombres y mujeres puedan unirse conyugalmente; la misma fe que adquirieron en la fuente bautismal, la reniegan sacrilegamente; y cometen y realizan otros muchísimos crímenes, excesos y delitos bajo la instigación del enemigo del género humano, sin temor por sus almas, para ofensa de la divina majestad del Señor, para escándalo de muchos y dando un ejemplo pernicioso (...). Por tanto, Nos, queriendo apartar de en medio todos los obstáculos que de algún modo puedan retrasar la ejecución de los deberes de los inquisidores, de modo que la mancha de la maldad herética y de los demás excesos de tal género no difunda su veneno en daño de los inocentes, queriendo proveer con remedios oportunos como es nuestro deber, impulsados por el mayor celo para con la fe, de modo que las provincias, ciudades, diócesis, tierras y lugares mencionados más arriba, y en las partes recordadas de la Germania septentrional, no queden privadas del debido oficio inquisitorial, hemos establecido que los propios inquisidores puedan proceder a las inquisiciones de este género y puedan corregir, encarcelar y castigar a esas personas por los excesos y los delitos enumerados más arriba.

[*Bullarum (...) amplissima colectio*, III, 3, Roma, 1743, pp. 191 y ss.]

10. RETRATOS Y RECUERDOS

Burckhardt dedicó un capítulo entero de su famoso libro a las biografías y autobiografías del Renacimiento. En el interés por esta clase de literatura veía un aspecto típico de la época y, en general, del pueblo italiano. «Entre los italianos, ese estudio de los rasgos característicos de los hombres más importantes es una tendencia prevalente, y esto es precisamente lo que los distingue de los demás pueblos occidentales, en los cuales no se halla nada semejante, o bien sólo por casualidad y en circunstancias realmente extraordinarias. Ese sentido tan desarrollado de la individualidad no puede tenerlo, en general, sino quien surge de una raza que esté dotada naturalmente para ello y que haya llevado el desarrollo del individuo hasta la última perfección» (*op. cit.*, vol. II, p. 61).

Dejando aparte la última conclusión de Burckhardt, ligada a su interpretación del Renacimiento, es innegable que la exaltación del valor del hombre y de su obra se concretó en una atención más viva para con los hombres singulares en los cuales esa humanidad se desplegaba y exaltaba. El Medioevo había conocido ciertamente individualidades de excepción, y en ocasiones el individuo se había inclinado a describir la riqueza de su vida interior o las alternativas vicisitudes de sus casos; el de Abelardo y Eloísa es uno de esos casos. Pero ésta era más bien la excepción que la regla. A esas expresiones singulares de la fuerza del ánimo, la atención no se había dirigido a propósito; más que el artista, lo que contaba era la obra. El Renacimiento, en cambio, atiende a la persona que hace, que actúa, que cae y triunfa, que sufre y goza. Así, el escenario del mundo se puebla con figuras poderosas que permanecen vivas para nosotros en las páginas de los historiadores.

No se trata de vicisitudes de instituciones impersonales. Un vivo haz de luz es proyectado hacia quien permanecía antes envuelto en las sombras. Tras las máscaras se entrevén las caras. Y los hombres, salidos con su persona viviente a la plena luz, gozan de ese renombre terrenal, perciben el sentido de la ciudad humana, de la supervivencia mundana que constituye la gloria. En

sus vidas toman las actitudes que les harán ser considerados bajo el aspecto de héroes; buscan a quien los exalte; y ellos mismos se exaltan, ellos mismos escriben sus avatares. Y en ocasiones consiguen alzarse el monumento más bello a sí mismos en la narración de su vida.

Pero ese retorno a sí mismo, esa meditación sobre los hombres, agudiza la sensibilidad, habitúa al análisis psicológico, da a comprender el mundo interior. Esas investigaciones sobre los movimientos anímicos, que la meditación medieval, fuesen cuales fuesen sus propósitos, había alimentado en tal proporción, van como laicizándose, de modo que se van dedicando cada vez más a una curiosa descripción del comportamiento humano sin propósitos moralistas o de edificación.

Se presentan así, ante todo el mundo, en las cornisas de los edificios suntuosos, de las ciudades orgullosas, mercaderes, hombres de armas, hombres de letras y príncipes representados amorosamente, como los hombres reales en los cuales el hombre divino, exaltado como un sublime nudo del todo, vive y se realiza.

En ellos palpita la historia misma del Renacimiento; la nueva intuición, la nueva civilización, se encarnan en estas figuras universales, como las de Alberti o Leonardo, poderosas como la de Lorenzo, exquisitas, singulares o acaso rudas y toscas.

En los textos que siguen predomina Florencia, con sus monumentos, con sus comerciantes que dejan consignados en los libros de recuerdos su bravura financiera, su fe, su existencia humilde a la vez que grande, su apasionado amor por su arte y por su ciudad. Cuando llegan a ser príncipes, mantienen todavía las cualidades de sólida sabiduría de sus padres: violentos en las luchas, enamorados de lo bello, conscientes del poder del dinero, trafican en sus tiendas, meditan sus filósofos, tratan con sutileza los asuntos del Estado, salen al campo de batalla a defender a la patria, se matan y matan en nombre de la libertad.

Hubo quien despreció al mercader que ceñía la espada para defenderse; pues bien, Paolo Giovio, al gentilhomme Maramaldo, soldado de profesión, le antepondría Ferruccio, salido de su tienda para ir al campo de batalla. Pero Sasseti les echará en cara Cincinato y los antiguos romanos. Los florentinos se proclamaban abiertamente hijos y herederos de Roma. «Ser florentino significa ser, por naturaleza y por ley, ciudadano romano, y por consiguiente ser libre y no esclavo.» Sólo Florencia, «verdadera flor y selectísima porción de Italia, rica en bellezas artísticas y naturales, próspera para los comerciantes, grande por los ingenios elegidos que crecen en ella», conserva lo que significan Ro-

ma y el concepto de romanidad. Así se expresa Salutati en la *Invectiva in A. Luschum* (cf. L. Borghi, «La concezione umanistica di Coluccio Salutati», en *Annali R. Scuola Normale Sup. Pisa*, 1934, p. 473). También se expresa así Goro Dati, hombre de negocios atento no menos que entusiasta exaltador de su patria.

Sólidos comerciantes, pioneros de la industria y del comercio, cultos, dispuestos a emprender viajes, a pasar incomodidades, a correr peligros, acogidos en todo el mundo, como lo requerían sus riquezas y su habilidad, rudos y parciales por sana pasión política, se reconocieron con maravillada complacencia en los grandes hombres de la edad áurea de Roma y de Atenas, en los héroes que, desde los trabajos del campo, se iban a las disputas del foro y a los peligros de las batallas.

Hijos de los banqueros, de los artesanos, de los mercaderes del último Medioevo, conciudadanos de Dante, en la ciudad embellecida por Giotto, habiendo madurado los frutos fecundos de la civilización medieval, en una nueva lozanía vital, se proclamaron orgullosamente compañeros, en los cielos de la gloria, de los clásicos redescubiertos; y, sobre los vestidos gastados en los despachos y en las tiendas, les gustaba ponerse vestimentas reales y curiales, togas y armaduras, a la vez que en las antiguas ideas hallaban alimento fecundo para los nuevos ideales.

Transfigurando la antigüedad renacida, dieron una gracia nueva a su madurez, que ya era bastante rica; sin renunciar a ninguna de sus conquistas, volvieron más profunda la conciencia de sus lejanos orígenes, y aumentó su orgullo por una historia cuyo sentido finalmente llegaban a comprender.

Lo que fue llamado descubrimiento de la antigüedad, fue también y sobre todo descubrimiento de sí mismos, descubrimiento de la humanidad del hombre en la riqueza de su historia, en lo concreto latente de su ámbito. Ese descubrimiento lo ofrecieron al mundo en la armonía de lo nuevo y lo antiguo, conciliados y comprendidos en la gracia inimitable con que Brunelleschi levantaba la cúpula de Santa Maria del Fiore pensando en la estructura de Roma, o con que Botticelli hacía inclinarse ante el Niño Jesús a Cósimo el Viejo mientras, alrededor de la cabaña del Redentor, se alzaban arcos y columnas clásicos.

Por esta su manera de compenetrarse los siglos XIV y XV, por esa continuidad en la más espléndida renovación, Florencia llegó a ser la ciudad del Renacimiento. Por ello, de sus bellezas, de sus hombres, hablarán una vez más estos pasajes. Esperamos que se pueda dar al menos un tenue resplandor de aquella que fue su gran luz.

1. Florencia en el siglo XIV (Giovanni Villani)

La Florencia del siglo XIV, en la cual había de echar raíces el Renacimiento, se nos aparece en toda su riqueza y pujanza en las páginas de Villani, y con aquellas características que, acentuadas, volvemos a hallar en los historiadores del siglo siguiente.

(...) Y otras dignidades y magnificencias de nuestra ciudad de Florencia no hay que dejar de tenerlas en el recuerdo, para dar noticia de ellas a los que vendrán después de nosotros. Estaba muy bien dispuesta por dentro, y había muchas casas hermosas, y continuamente en esos tiempos se estaba edificando, mejorando los trabajos para hacerlos acomodados y ricos, poniendo por fuera bellos ejemplos de todas las mejoras. Iglesias catedrales, iglesias de frailes de todas las reglas y magníficos monasterios; además de eso, no había ciudadano del pueblo, o grande, que no hubiese edificado en el campo una posesión grande y rica, con una morada muy rica y bellos edificios, y mucho mejor que en la ciudad. Y en esto todos contendían, y por los gastos desordenados eran tenidos por locos. Y era una cosa tan magnífica de ver, que los forasteros que no estaban acostumbrados a Florencia, viniendo de fuera, los más creían, por los ricos edificios y bellos palacios que había en tres millas alrededor de la ciudad, que estaban ya en ella, como en Roma; sin contar los ricos palacios, torres, patios y jardines cerrados más grandes que en la ciudad, y que en otros países los hubiesen llamado castillos. En suma, se consideraba que en torno de la ciudad, en seis millas alrededor, había tantos ricos y nobles edificios, que dos Florencias no tendrían tantos.

[Giovanni Villani, *Cronica*, XI, 94, ed. Palmarocchi, en *Cronisti del Trecento*, Milán, 1935, p. 363.]

2. La bancarrota de los Bardi (G. Villani)

Aquí vemos, incluso en medio de la bancarrota, la orgullosa afirmación del poder financiero de las grandes compañías florentinas, «columnas» de la cristiandad.

En dicho año 1345, durante el mes de enero, quebraron los de la compañía de los Bardi, los cuales habían sido los mayores mercaderes de Italia (...). De ello vino que otras muchas compañías menores y personas particulares que tenían lo suyo en manos de los Bardi, y de los Peruzzi y otros que quebraron, quedaron arruinados y por esta razón quebraron (...). Y de este modo se perdió y quedó nuestra república desprovista de toda potencia, de modo que no quedaron casi subsistencias

para nuestros ciudadanos, a no ser las de algunos comerciantes o prestamistas, los cuales, con su usura, consumieron y atesoraron para sí la miseria repartida de nuestros ciudadanos y personas del distrito.

(...) Por esta falta y por los grandes gastos de la comunidad en la guerra de Lombardía, mucho faltó del poder y del estado de los mercaderes de Florencia y de toda la comunidad, y las mercaderías y todas las artes quedaron arrasadas, y se llegó a un estado miserable (...). Pues, por haber quebrado las dos compañías citadas, que eran como dos columnas y por su potencia, cuando estaban en buenas condiciones, impulsaban con su tráfico una gran parte de las transacciones de los cristianos, y daban casi la subsistencia para todo el mundo, todos los demás mercaderes se hicieron sospechosos y de poco crédito. Y, por esas razones y por otras (...), nuestra ciudad de Florencia recibió una gran sacudida, quedó en un malísimo estado y de esas adversidades no curó hasta mucho tiempo después.

[Giovanni Villani, *Cronica*, XII, 55; XI, 88; ed. Palmarocchi, *op. cit.*, pp. 375, 463.]

3. Riqueza de Florencia (Matteo Villani)

Incluso entre los lamentos del cronista, la prosperidad admirable de Florencia, en la cual se apoyará la nueva civilización del Renacimiento, aparece con toda claridad.

Se consideraron, por aquellos pocos discretos que permanecieron en vida, muchas cosas; pues, por la corrupción del pecado, todas fallaron en las previsiones de los hombres, sucediendo como por maravilla lo contrario. Se creyó que los hombres a los que Dios, por una gracia especial, había mantenido en vida, habiendo visto el exterminio de sus prójimos y oído de todas las naciones algo semejante, habían de llegar a más y ser humildes, virtuosos y católicos, que se guardarían de la iniquidad y del pecado, y estarían llenos de amor y caridad el uno con el otro. Pero ahora, habiendo cesado la mortalidad, aparece lo contrario; pues los hombres, siendo ahora pocos y estando en la abundancia gracias a las herencias y las sucesiones en los bienes terrenales, olvidando las cosas pasadas como si no hubiesen sucedido, se han entregado a la más indecente y deshonesta vida, mucho más de cuanto lo habían hecho antes. De modo que, ociosos como estaban, caían disolutamente en el pecado de la gula, hacían banquetes, acudían a las tabernas, se deleitaban con manjares delicados, jugaban e incurrian sin freno en la lujuria, hallando, en los vestidos, extraños y desusados modos y maneras deshonestas, cambiando continuamente las formas de los atavíos. Y el pueblo menudo, hombres y mujeres, por la extremada abundancia que se hallaba en las cosas, no quería trabajar en los oficios acostumbrados. Querían para su vida los más caros y más delicados manjares, se casaban por codicia,

vistiendo las sirvientes y las mujeres villanas con todos los vestidos bellos y caros de las mujeres difuntas honradas (...).

Durante ese año [1353] hubo una carestía general (...), y hay que observar que, una carestía tan grande y tan desacostumbrada, el pueblo menudo de Florencia no llegó a tomarla en cuenta. Eso sucedió porque todos eran ricos con sus oficios, ganaban codiciosamente y, cuanto más dispuestos estaban a comprar y a consumir las mejores cosas, a pesar de la carestía, más daban, para ser más que los ciudadanos más ricos y más antiguos. Éstas son cosas para nada convenientes y que maravillan al contarlas, pero que se veían continuamente; de ello podemos dar claro testimonio (...).

[Matteo Villani, *Cronica*, I, IV; III, LVI; cit. en A. Saponi, *Studi di storia economica*, Florencia, 1940, p. 391.]

4. La corrupción en Florencia (G. Cavalcanti)

Historiador extraño, original, poderoso en sus retratos, efícastimo en las presentaciones, también Giovanni Cavalcanti critica a la gente nueva y la corrupción de las costumbres. Obsérvese el gran orgullo que siente por su Florencia, así como la vivacidad de estos esbozos de hombres y de acontecimientos de su tiempo. Cf. V. Rossi, *Il Quattrocento*, pp. 187-188.

Si alguien preguntase qué es el hombre, no se podría responder con una palabra más precisa que ésta: es una fiera insaciable, y, cuanto más tiene, más quiere tener. Nunca pone término a la magnitud del poder, el cual sin riqueza no se puede tener (...). Las adversidades de las repúblicas redundan en la adquisición de virtud por los ciudadanos; pero entendido que es por los ataques procedentes de fuerzas extranjeras, no por las enemistades ciudadanas. Pues por las tendencias de esa clase enflaquecen los ciudadanos en los ingenios para la defensa. Esto se puso de manifiesto cuando Gian Galeazzo tenía sus grandísimas fuerzas, con las cuales nos produjo varias veces miedos inciertos; aunque, en aquellos tiempos tan peligrosos, nuestra Florencia florecía en hombres ilustres. Pero, una vez muerto el enemigo, extinguidas la virtud y la fama de nuestros ciudadanos, dignos de toda alabanza, los padres hacían progresar a sus hijos sólo en rapiñas y en frases injuriosas. Yo vi al padre escatimar el pan, y hoy a los hijos sobreabundar en las riquezas sin haber visto nunca ríos extranjeros ni haber hollado tierras lejanas (...). Y todos estos descarrios hechos así proceden de las riquezas mal guardadas. A los que las custodiaban les iban dejando de interesar aquellas cosas que el bien vivir les niega. Pues son gentes advenedizas, que no es que tengan amor por la república de otros, sino que no lo tienen ni por sus

propias cosas; y a tanto alcanza su amor cuanto alcanza su ganancia. Pietro Guicciardini envenenó a su hermano y provocó la injusta muerte de su sobrino; su hijo cogió la bolsa del cuñado de la hermana y fue decapitado. Y, así, todo era avaricia, injuria, maldad, rapiña, lascivia y todos los accidentes que niega el bien vivir político; y con todas las excesivas delicadezas, los espléndidos banquetes y vestimentas riquísimas. El otro hijo va vestido de seda, mientras que el padre nunca llevó camisa blanca (...). Con todas esas abominaciones, no se halla en las crónicas ni en los recuerdos de los antiguos que la desventurada república hubiese estado nunca tan mal gobernada. ¿Qué amor por la república se puede esperar que tenga quien tuvo como principio de la felicidad ciudadana a los enemigos de la república? Véase el caso de Andrea Spinelli, quien, por haber hecho suyo el dinero de la comunidad, fue obligado varias veces a meterse en las oscuras tinieblas de las cuevas de Fiésole. Esta familia Spinelli obtuvo la ciudadanía, en mil trescientos cuarenta y dos, del duque de Atenas. Spinello se llamaron en su origen, y la madre fue lavandera de la corte ducal. Gracias a esta circunstancia materna, al hijo, que estaba trabajando con un peletero, lo metió en la corte para que se ocupara de los vestidos de pieles del duque. Y así, de peletero que era, llegó a tomar las armas y el duque le otorgó el león. Así que no os quejéis, ciudadanos antiguos, si lo que decís que es vuestro es de otros, puesto que os habéis hecho compañeros de los que fueron hechos señores por vuestros enemigos.

[G. Cavalcanti, *Storie fiorentine*, Florencia, 1867, pp. 255-257.]

5. Descripción de Florencia (Goro Dati)

En los nueve libros de su historia de Florencia compuesta en forma de diálogo, Gregorio di Stagio Dati (1363-1435) narra las guerras contra Visconti y contra Pisa. Pero lo que más interesa son las digresiones, las orgullosas descripciones de su ciudad, que iba como floreciendo. De ellas entresacamos los dos pasajes que vienen a continuación.

La ciudad está bien amurallada, con piedra viva y fuertes torres en los muros; tiene diez puertas abiertas y tres con hierros, muy grandes, con antepuertas alrededor, de modo que cada una de ellas parece un bello alcázar. Las calles, en el interior, son rectas y largas, y todas ellas abiertas y con salida. El cerco de la ciudad mide, por la parte de fuera, siete millas. El camino que va de una parte a otra es recto, por medio del terreno, y tiene dos millas de largo. Hay una calle que atraviesa a otra formando una cruz en medio de la ciudad, esto es, en el mercado viejo, y de una parte a la otra mide lo mismo; y hay además otras que también en línea recta van de un lado al otro. Casi por el centro de la

ciudad pasa el río Arno; en el comienzo del río, en la parte del mediodía, hay muchos molinos de maravillosa belleza, de mampostería. Dentro de la ciudad hay cuatro puentes, todos de sillares de piedra gentilmente labrada, y entre ellos hay uno sobre el cual, a ambos lados, hay bellísimas tiendas de artistas construidas con sillares, de modo que no parece que sea un puente sino sólo en medio de él, donde hay una plaza que deja ver el río a ambos lados. Al final de la ciudad, en la parte de tramontana, hay sobre el río, dentro de la ciudad, muchos otros molinos, tantos, que entre todos molerían casi tanta harina como la que se necesita en la ciudad, la cual necesita cada día cien moysos.

Casi en medio de la ciudad, en una gran plaza, está el palacio de la vivienda y residencia de los señores priores, todo de piedra, de una fortaleza y belleza maravillosas, alto de setenta brazas; encima del balcón corrido de ménsulas y almenas, hay una construcción en piedra, alta por encima del palacio de setenta brazas, sobre la cual hay una hermosa galería corrida, cubierta y con almenas; y sobre ella están las campanas del Municipio, esto es, la campana grande, que pesa veinticuatro mil libras, y que no la hay semejante en el mundo, la del Consejo y la del Reloj, que se oyen por toda la ciudad cuando dan las horas del día y de la noche. Junto a dicho palacio están dos bellos edificios en los cuales están, en uno, el capitán y, en el otro, el ejecutor, que son dos regidores venidos de fuera. Junto a ellos está una gran casa con un gran patio, donde hay siempre muchos leones que crían casi cada año; cuando salí de Florencia, había veinticuatro entre machos y hembras.

En la plaza del Palacio hay un magnífico y gran portal, todo de sillares labrados hasta el suelo, con cuatro arcos de una notable belleza, apoyados en tres columnas de sillares labrados con leones y otros relieves admirables. No muy lejos del palacio de la Señoría está el palacio del Podestà, que es algo muy señorial, todo de piedra tallada, con una calle alrededor, y debajo de él está la cámara del tesoro comunal. Los que tienen haberes y entradas de dichos bienes comunes, y salidas y débitos que la comunidad tiene con sus ciudadanos en depósito, allí se les dan a dichos ciudadanos las provisiones de dicho dinero.

Cerca del palacio está la plaza de los Priores, a unos quinientos pasos más o menos. Allí hay un oratorio de admirable belleza, todo él de sillares de piedra biselados, construido sobre pilares de piedra y arcos con admirables tallas de piedra. Por la parte de fuera de dichos pilares, hay metido un santo tallado en mármol, otro de alabastro y otro de bronce, de admirable belleza. Sobre dicho oratorio hay ménsulas con arquiteos, en cada uno de los cuales hay pintado un angelillo de colores diferentes. Por dentro está todo historiado con figuras maravillosas, con infinitos tragaluces y ventanas con cristales tallados con historias diversas y maravillosas. Dentro del oratorio hay una capilla, toda labrada en mármol, en que está la imagen de Nuestra Señora, por la cual el pueblo tiene una grandísima devoción; no se hallaría algo semejante aunque buscásemos por todo el mundo.

Junto a ella y a cincuenta pasos, está la iglesia del Duomo, esto es, de San Juan Bautista, redonda, de ocho caras, cubierta toda ella, por fuera, de mármol blanco y negro, y por dentro adornada con historias

de mosaico; tanto es así, que en el mundo no se hallaría nada tan maravilloso y bello.

Junto a dicho Duomo, hay en medio una plaza donde está la iglesia de Santa Maria del Fiore, llamada por muchos Santa Reparata porque en el lugar donde fue fundada hubo una iglesia de dicho nombre. Ésta es la iglesia catedral, donde se trabajaba continuamente, pues aún no estaba terminada; por fuera es toda ella de mármoles blancos y negros, y de pórfido, con figuras talladas en mármol de admirable belleza; por dentro es toda de piedra trabajada con arcadas sobre columnas fortísimas, de sesenta y seis pasos de ancho y doscientos cuarenta pasos de largo. Esta iglesia, en belleza y magnitud, está por delante de todas las demás que se hallan en el mundo o que se recuerden. Tiene un campanario todo él trabajado en mármol y pórfido, con tallas de figuras y de historias; es de cuatro caras y cada una de éstas tiene veinticinco brazas, de modo que su perímetro es de cien brazas; su altura es de ciento veinte brazas. Quien no lo ve, no puede imaginar tanta belleza.

Luego hay tantas iglesias bellas y maravillosas, que sería demasiado largo enumerarlas; su grandeza y su belleza son algo increíble. Mayor aún es el muro de las iglesias de San Francisco y Santo Domingo, que sería como el muro de una ciudad de las importantes.

¡Tantos monasterios, tantos hospitales hay! Y cada uno de ellos, por sí mismo, ya sería una cosa admirable y digna de ser notada por su belleza. No te podré contar el número de los palacios de los ciudadanos, pues no hay en el mundo palacios reales que los superen. Toda la ciudad es bella y está adornada con bellas casas, y las calles están empedradas con piedras planas y parejas, y siempre está más limpia que en otros lugares. Las casas tienen habitaciones maravillosas y arcadas bajo tierra para guardar el vino durante el año, con pozos de aguas perfectísimos, de tal modo contruidos que se puede sacar agua hasta desde lo más alto de la casa. Por fuera, cerca de los muros de la ciudad, hay bellísimas residencias de ciudadanos con jardines adornados, de admirable belleza. El campo está lleno de palacios y residencias nobles; y hay tantos ciudadanos, que parece una ciudad. Está lleno de infinitos y fuertes castillos, con sus muros de piedra, con miradores maravillosos. Por esta razón, estarás de acuerdo en que es el país más fructífero del mundo, donde nacen cosas mejores que en ningún otro lugar.

[Goro Dati, *Istoria di Firenze dall'anno 1380 all'anno 1405*, Florencia, 1735, pp. 108 y ss.]

6. Prosperidad de Florencia (Goro Dati)

Las guerras pasadas han requerido un gran gasto (...) y, si no hubiesen ocurrido, quizás los florentinos no se hubiesen ejercitado en las ganancias como lo han hecho. La necesidad los ha obligado a ello. Quizá, por ventura, hubiesen hecho otras cosas, malos gastos, más de lo que tienen; pero, por su necesidad, se han guardado de hacerlo. Por lo que

se refiere al porvenir, te digo que en poco tiempo hubiesen llegado a estar llenos de oro si no hubiesen tenido que gastar en la guerra, ganando como acostumbran hacerlo, teniendo mayores entradas y dejando de malgastar lo sobrante. Por el bien que yo les deseo, ruega a Dios que les conceda el saberse moderar y regular, y no hacer empresas contra los demás que puedan desplacer a Dios. Y, pues a ellos no se les puede hacer la guerra, que no busquen hacerla a los demás. Y que en los gastos internos, del vestido y la ornamentación, y de la comida y demás cosas, que no gasten tan extraordinariamente y despilfarrando tanto, que a Dios le pueda desplacer o disgustar. Creo que serán prudentes y que tomarán el camino de en medio.

(...) Dios es aquel que, mediante su gracia y por las plegarias de la gloriosa Virgen María, de cuya memoria se hace mención mucho más en Florencia que en todas las tierras del mundo, y por las plegarias del señor san Juan Bautista, campeón y abogado de esta ciudad, gobierna y dirige el estado y su gobierno, y da a los hombres las virtudes por su gracia y como premio. Para que puedas entenderlo claramente, te diré que esa ciudad está dotada de la virtud activa, la cual actúa en muchas cosas de las que hemos hecho mención particular en este tratado y muchas veces. La virtud dispone, como lo hacía Marta, con cuidadosa solitud, las cosas que la prudencia muestra. Pero dicha ciudad no está menos singularmente dotada de la virtud contemplativa, la cual se acerca más a Dios Señor, como lo hacía María Magdalena, y ésta con el ardor de la caridad, estando unida con Dios y Dios con ella, hace que él guarde y conserve dicha ciudad. Hablaremos primero de la vida activa. Y, puesto que el orden hace entender mejor las cosas, empezaremos por un principio que nos conducirá más rápidamente a verlo todo con conjunto.

El orden de la ciudad está dividido principalmente en cuatro partes que se llaman barrios. Cada barrio está dividido en cuatro estandartes, lo que hace en total dieciséis.

(...) Luego está el orden de las artes (...). El primero es el arte de los jueces y los notarios, el cual tiene un procónsul por encima de sus cónsules, y se gobierna con gran autoridad, y puede decirse que es el tronco de la razón de toda la notaría que se ejerce por toda la cristiandad, donde han estado los grandes maestros, autores y componedores de ella. La fuente de los doctores en leyes es Bolonia, y la fuente de los doctores de la notaría es Florencia. Luego está el arte de los mercaderes, que comercian al por mayor fuera de Florencia, de modo que ninguna otra ciudad podría contar tantos como los hay en esa ciudad.

El tercer arte es el de los cambistas, y se puede decir que el arte de cambiar, por todo el mundo, está casi todo él en manos de florentinos, pues por todas las buenas ciudades en que se comercia tienen agentes que cambian.

El cuarto es el arte de la lana. Más paños y más finos saben hacer en Florencia que en ningún otro lugar, y sus maestros son grandes y buenos, ciudadanos honrados y hábiles.

El quinto es el arte de la seda, y de los paños de oro y seda, y de los orfebres. En estas artes se trabaja noblemente, en especial con los paños.

El sexto es el arte de los farmacéuticos, y de los médicos, y de los buhoneros, y es grande en número de personas.

El séptimo es el de los peleteros.

[Ibidem, pp. 131 y ss.]

7. De Florentia, de Pandolfo Collenuccio

Los párrafos que siguen los hemos extraído del poemita de Pandolfo Collenuccio, *Florentia* (cuyo original está en latín). En los versos correspondientes se describe de manera muy precisa la Florencia de los Médicis, con sus hombres y sus monumentos.

Con tales auspicios, y de tan alto origen, alza feliz al cielo tu cabeza excelsa, Florencia, y con tantos favores de los celestes florece admirablemente, con tu bello nombre adornando la bella Italia, mientras tú, pacífica vencedora, nos guías a todos con la paz.

Tan espléndidamente se alzan en ti los grandiosos templos de los dioses y las excelsas moles de las santas estancias; así los palacios contruidos con lujo real; así, fundados por el trabajo de un gran rey, los muros, las anchas calles y los soberbios puentes.

¿Para qué recordar el fértil suelo, los dones que la naturaleza concedió a los lugares felices, las aguas salúferas, los meses fecundos, la suavidad del clima? ¿Cantaré las colinas ricas en frutos y fecundas por todas partes, la tierra pedregosa cultivada por el perseverante colono, o bien las ciudades pretoriales de amplios tejados, y las torres y villas espléndidas que altas se yerguen? Viéndolas un caminante extranjero desde lo alto de una Peña, podría creer que ve en lontananza los campamentos de un rey asirio. ¿Cantaré el suelo variopinto, o las Cícladas, esparcidas alrededor en el mar, o los campos floridos bajo las pequeñas ciudades?

¡Recuerde yo la ciudad rica de tan ilustres ciudadanos, admirables por sus riquezas, por su ingenio, hombres graves por sabiduría y por sentimiento, que tratan las cosas públicas y a la vez solícitamente sacuden los ocios del pueblo!

Crece en ti una juventud fecunda cultivadora del docto hablar, una multitud expertísima en derecho, que goza en el foro, que es hábil para determinar la medida de lo que es justo, para resolver las dificultades de las leyes. Algunos indagan las causas de las cosas, y los misterios escondidos a los ojos de los hombres. En ellos, en alto discurso, resuena continuamente Platón, y el sublime escolar del pensamiento. Añádele las artes innumerables, presididas por el alto Apolo, que Palas concede ge-

nerosamente como dones, y que desde pueblos lejanos vienen a admirar y a investigar.

¿Callaré sobre vosotros, mis poetas? En un concilio tan grande de dioses, ¿no recordaré a las dulces musas? ¿Qué ciudades hubo jamás, hasta las más lejanas regiones, qué ciudades hubo con una suerte tan feliz, con los astros tan propicios? Me parece que aquí se han trasladado los laureados del bosque Cirreo, y las cien ondas cantadas por los poetas, pues aquí han emigrado las almas de Esmirna y de Manto, y hasta el mismo coro Aonio. Ni la tierra de Rómulo ni las moradas de Célope podrían prometer nada mejor. Tú sola reúnes todas las doctrinas, que al hombre le ofrecen los griegos unidos con los Ausonios. Ni siquiera si, con nueve voces y otras tantas lenguas, cantasen por mí las musas y me ayudasen con ritmos y versos, ni aun así, ¡oh Florencia, muy querida por los dioses!, conseguiría celebrar tus dones a pleno canto.

[Pandolfo Collenuccio, *Florentia, en Operette morali, poesie latine e volgari*, ed. Saviotti, Bari, 1929, pp. 107-109.]

8. Recuerdos de un mercader (Goro Dati)

Dati, comerciante y magistrado, revela con frecuencia, en las notas de su diario, algunos de los aspectos más característicos de aquella típica conexión entre actitudes prácticas y preocupaciones profundamente espirituales que con tanta frecuencia hallamos en estos geniales hombres de negocios del siglo XV.

Como quiera que por nuestros pecados estamos en esta misera vida sujetos a muchas tribulaciones de ánimo, y a muchas pasiones corporales; y si no fuese por la ayuda de la gracia de Dios, que es condescendiente con nuestra debilidad por su misericordia, mostrando a nuestro intelecto lo que debemos hacer y sosteniéndonos, cada día pereceríamos; viendo que ya he pasado inútilmente desde mi nacimiento cuarenta años con poca obediencia a los mandamientos de Dios, y no fiándome de poder por mí mismo llegar al término que se debe, pero para comenzar paso por paso, hoy propongo y delibero observar de ahora en adelante una cosa, y es que, para siempre, nunca y en ningún día de fiesta solemne y mandada por la santa Iglesia debo estar en la tienda, ni esforzarme en hacer ningún ejercicio, ni consentir ni mandar a los demás para que hagan para mí trabajos por la ganancia o por utilidad temporal, con una salvedad, y es que, si alguna vez fuese muy necesario, cada vez que lo hiciese estaría obligado a dar a los pobres de Dios en limosna un florín de oro. Y esta escritura la hago para tenerlo mejor en la memoria, y para mi confusión si llegase a hacer lo contrario.

[Goro Dati, *Il libro segreto*, ed. Gargioli, Bolonia, 1896, pp. 68-69.]

9. Giovanni Argiropulo en Florencia (Vespasiano da Bisticci)

Vespasiano da Bisticci, con su ingenua prosa, traza un eficaz cuadro de la sociedad florentina, de sus hombres y sus actitudes características. En los pasajes que vienen a continuación, se muestran algunos aspectos interesantes de las vidas de Sacchetti, de Manetti, de Acciaiuoli.

El señor Giovanni Argiropulo era peregrino en esta patria, pues había perdido la suya. Franco [Sacchetti] le ayudaba bastante en sus necesidades y le mandaba a casa, cada año, grano y vino después de la cosecha, y con frecuencia iba a su casa por ver si le hacía falta algo, para poder ayudarle. A éstos se los llama liberales, a los que ayudan a los hombres dignos, como lo era el señor Giovanni. No se llama liberales a los que son pródigos y dan sus bienes a quien los merece poco, a la gente de vida malvada y pésimas costumbres (...). Diré aquí cuánta fuerza puede tener la virtud en cada cosa. Había nacido, entre los dos citados más arriba, un vínculo de amor tan grande, que se podía decir que había varias almas en un solo cuerpo. Éstos son los frutos de las verdaderas amistades. Era tal la conjunción de la amistad de tantos hombres dignos, que raro era el día en que no se encontrasen, pues tal era la semejanza de sus costumbres. Habían adquirido en la ciudad una grandísima reputación y querían pocas cosas, ya fuese para ellos o para sus amigos, que ellos no hubiesen ya obtenido (...). Gran elogio merece en Florencia quien vive de lo suyo y es ajeno a todo contrato malo, y lleva una vida honestísima, y da buen ejemplo como él, que no hubo jamás un hombre que le oyese decir nada que pudiera ser digno de reprensión.

Honró a su patria, y a sí mismo, tanto dentro de la ciudad como fuera de ella. En las magistraturas que tuvo, fue amigo de todos los hombres cultos y de buenas costumbres, y siempre los favoreció allí donde fuera que estuviese. Fue muy amado por Cósimo de Médicis y por su hermano Lorenzo, y por fray Ambrogio degli Agnoli, por el señor Lionardo d'Arezzo, por el señor Carlo d'Arezzo, por Niccolò Niccoli y por el señor Giannozzo Manetti, y por todos los hombres dignos que la ciudad tenía en aquel tiempo. Esclareció con su muerte a todos los que eran de la opinión de que era rico, porque se conoció que era lo contrario. Éstos son los ciudadanos que merecen elogios en una república, los que hacen circular los bienes que les legaron sus antepasados, no los que dejan un tesoro infinito que reúnen por todos los medios que pueden, sin respeto alguno por lo universal ni por lo particular.

[Vespasiano da Bisticci, *Vite*, Florencia, 1938, pp. 508-509.]

10. Giannozzo Manetti (Vespasiano da Bisticci)

El señor Giannozzo Manetti (...) fue doctísimo en las lenguas latina, griega y hebrea, fue un grandísimo filósofo, tanto natural como moral,

y fue un magnífico teólogo en nada inferior a ninguno de los de su época. Aprendió la lengua hebrea, que le pareció facilísima, sólo con el fin de saber bien los textos de las Sagradas Escrituras. Solía decir que tenía tres libros en la cabeza, por tanto como los frecuentaba: uno eran las *Epístolas* de san Pablo, el otro era *De civitate Dei* de san Agustín, y el otro, entre los gentiles, la *Ética* de Aristóteles (...).

Conquistó el señor Giannozzo para sí y para su casa una grandísima reputación, y obtuvo todas las dignidades de la ciudad, y ejerció muchas en las cuales consiguió grandísimo honor. Así lo hizo en todas las magistraturas que tuvo, como la del Collegio, y otras dignidades donde tenía compañía, pues siempre quería demostrar que nadie podía más que él. Él, con esa humanidad que le era propia, siempre podía todo lo que quería, y nunca habrían hecho nada sin su parecer (...).

Tenía una memoria eterna, y todo lo tenía en la mente. Apreciaba mucho el tiempo, y no lo perdía ni una sola hora, a pesar de todas las ocupaciones que tenía, tanto por la república como para sí mismo. Solía decir que, del tiempo que tenemos en esta vida, habrá que dar razón al final, en un momento. Para ello se basaba en un texto del Evangelio que dice: No te irás de aquí, esto es, de esta vida, hasta que no hayas dado razón de la más pequeña monedilla, *id est*, del menor pecado. Dios omnipotente hace como un maestro de transacciones que, dándole dinero al cajero, se lo hace registrar, y luego quiere ver en qué lo ha gastado. Así, el Dios omnipotente, del tiempo que ha dado a los hombres, quiere ver, cuando se van de esta vida, en qué lo han gastado, hasta un parpadeo. Condenaba a los hombres ociosos, que no tienen ninguna *virtù* y gastan el tiempo inútilmente (...).

Había (...) sido mandado Niccolò Piccinino por el duque Filippo, en favor de la santa Iglesia, y en contra del duque Francesco, y cada día perdía una tierra, y difícil era que pudiese tener tiempo de huir de sus enemigos. Pasaba una vez el señor Giannozzo junto al campo de Niccolò Piccinino y, por no tener salvoconducto, le fueron quitados ocho caballos en los que iba una parte de su equipaje. Llegó al duque Francesco y le contó al señor Agnolo [Acciaiuoli] lo que le había sucedido. El señor Agnolo le dijo que conseguiría devolvérselo, pues podía hacerlo por la mediación de Roberto dal Monte Alboddi. Le rogó que le escribiese, y que lo hiciese así, pero él no quiso hacerlo. El señor Giannozzo dijo: «Quiero intentar escribir a Niccolò Piccinino y espero recuperarlo todo.» Le escribió una carta muy digna, en alabanza de su excelencia, explicando que lo había hecho por su propia gloria y no por la ganancia. La mandó con uno de los suyos y con la recomendación de que se la diese en mano a Niccolò Piccinino. Al llegar al campo con la carta, no le halló, y lo esperó hasta que llegó. Cuando llegó, desmontó del caballo y se apoyó en un venablo que llevaba; tomó la carta en la mano, se la dio a un canciller para que se la leyese y estuvo escuchándola con grandísima atención. Una vez que fue leída, ordenó que quien la había traído fuese alojado, y luego le dijo que al día siguiente por la mañana le fuese a encontrar. Por la mañana volvió junto a él, y éste le hizo restituir todas las cosas, y escribió una carta de respuesta a la suya. Maravilláronse el duque Francesco y el señor Agnolo por la humanidad demos-

trada por Niccolò Piccinino; el señor Giannozzo, riéndose con el señor Agnolo, les dijo: «¿Veis? ¿Quién ha tenido más fuerza, vuestra amistad con Roberto o mi carta a Niccolò Piccinino?»

[Vespasiano da Bisticci, *op. cit.*, pp. 354-355, 467-475.]

11. Donato Acciaiuoli (Vespasiano da Bisticci)

Donato perteneció a la facción de los Neri del señor Donato Acciaiuoli, familia nobilísima, como ya se dijo. Cuando Donato llegó a la edad de la discreción, comenzó a trabajar en las letras latinas y tuvo como preceptor al señor Iacopo da Lucca, que luego llegaría a ser cardenal de Pavia. Comenzó Donato en su tierna edad a adquirir los hábitos de la virtud, y en la ciudad era considerado, por sus loables costumbres, como un espejo para todos, tanto para los jóvenes como para los demás. Siendo como era de ingenio muy dispuesto y muy diligente, pues nunca perdía ni una hora de tiempo, en un brevísimo tiempo obtuvo un fruto grandísimo en la letras latinas. A todas estas condiciones, Donato les añadía el tener un aspecto maravilloso, de modo que, cuando pasaba por la calle, lo miraba maravillada la gente. Con todo esto, reunía todas las partes que se requieren en un hombre dignísimo. Tenía una gracia admirable en la conversación con todo el mundo, y había pocos que hablasen con él y no quedasen muy amigos. Era humildísimo y pacientísimo con todo el mundo, muy moderado en el hablar. Nunca lo vio nadie jurar, ni blasfemar, ni alterarse con nadie. Era elocuentísimo en su hablar, de no muchas palabras, ni superfluas, sino moderadísimo, inteligentísimo; no fingía ni disimulaba; nunca se le oyó decir mentiras, era enemigo de ellas. A todas estas condiciones les añadía la de amar y temer a Dios por encima de todas las cosas, y tenía una grandísima reverencia por la religión cristiana. Al haberse quedado muy jóvenes, Piero y él, sin padre y con grandes bienes de fortuna, no obstante con su diligencia pusieron sus haberes en un lugar donde se conservasen, según su condición, de modo que pudiesen vivir como gentileshombres. Donato era liberalísimo y subvenía a las necesidades de aquellos que sabía que lo necesitaban. Era muy inclinado a la piedad y la clemencia. Era muy universal con todo el mundo; la soberbia y el fasto eran ajenos a él (...).

No dejaré pasar la ocasión de indicar dos condiciones de su continencia. Nunca hubo nadie que, hasta que tuvo mujer, allí donde la llevase, ni después, lo viene nunca cogerle la mano o hacer ningún acto que no estuviese lleno de honestidad. La segunda condición es que nunca hubo nadie que lo viese coger a sus hijos al cuello o en los brazos, ni besarlos o tocarlos, sólo para conservar la continencia y la autoridad con sus hijos, con el fin de mantener la reverencia y la reputación. Durante toda su vida, desde que fue niño hasta que murió, no hubo nunca nadie más grave ni más comedido que él; por su naturaleza, superó y venció todos los apetitos bestiales y desordenados de la carne. No dejó

pasar nunca ni un momento en el que no estuviese componiendo, o estudiando, ora en los cuidados de la familia, ora por el bien de la república, pues en ambas se ocupaba bastante tiempo.

[Vespasiano da Bisticci, *op. cit.*, pp. 371-372.]

12. Pippo Spano (Jacopo di Poggio Bracciolini)

Filippo Scolari, *ispàn* (conde) de Tremesvár (de aquí el nombre de Pippo Spano), hombre de armas y estadista bastante conocido en la corte de Hungría, revive para nosotros en el espléndido retrato que de él hizo Andrea del Castagno. Pippo Spano fue el transmisor, en aquellas lejanas tierras, de la nueva civilización del Renacimiento.

Dicen de él que es de forma mediana, con ojos negros, con el pelo blanco, cara alegre y muy parecida a la de alguien que se ríe, con un cuerpo delgado y de buena salud; sólo que durante los últimos años de su vida fue atormentado por la gota. Usó la barba larga y los cabellos largos hasta los hombros, según es costumbre entre aquellas gentes. Sus vestidos eran largos hasta el suelo y siempre eran de seda. Tuvo una gran elocuencia y un genio fácil. Además de la lengua florentina y la húngara, sabía bien la alemana, la polaca y la bohemia (a la que llaman *sclavina*), y la lengua valaca (nombres bárbaros); las conocía tan bien, que cada una de ellas parecía la suya propia. Tuvo una mujer bárbara, húngara de nación, de estirpe nobilísima; y en dote recibió el castillo de Ozora, que era riquísimo (...).

En el comer y el beber, según la cualidad del aire, fue muy continente; más continente aún en la lujuria. Tanto era así que, estando en la Magna y en extremo peligro de su vida, los médicos le prometieron la salud inmediata si quería usar del coito; pero él, con ánimo firme, se negó a hacer tal cosa. Dijo que era mucho mejor morir honradamente, que vivir como los animales en la lujuria y el vicio. Tuvo una gran clemencia y liberalidad. No tuvo a nadie que estuviese como guarda de su cuerpo, ni nadie que le hiciese de secretario. Tuvo tal amabilidad y humanidad, que muchas veces fue reprendido por sus amigos por tener poca consideración por su dignidad. Su casa estaba adornada con un aparato y una suntuosidad reales; todo resplandecía de oro y plata; gobernaba a su servidumbre con tales costumbres, que se podía sacar de ahí ejemplo de todas las virtudes. Durante el resto del tiempo, cuando no tenía la molestia de las guerras, se dedicaba a la caza como recreo de su alma.

[*Vita di Messer Filippo Scolari, cittadino fiorentino per soprannome chiamato Spano, composta e fatta da Jacopo di Messer Poggio e di latina in fiorentina tradotta da Bastiano Fortini, Archivio Storico Italiano*, IV, 1 (1843), pp. 176-178.]

13. Leon Battista Alberti

Leon Battista Alberti no necesita ninguna presentación. En los dos pasajes que siguen quedan expuestas claramente sus múltiples actividades, su interés por todo, dirigido a todo. Y aparece vivamente esta típica afirmación humana propia del siglo XV.

Ya desde niño, en todas las artes que convienen a una persona educada con liberalidad, estuvo tan bien cultivado, que en verdad no podía ser considerado el último entre los más sobresalientes de su época. En efecto, se dedicó del todo a las armas, a los caballos, a la música, a las letras, a los estudios de las artes liberales, al conocimiento de las cosas más raras y más difíciles. En una palabra, estudió y meditó sobre todo lo que se puede adquirir. Para no hacer mención de lo demás, intentó hacerse un nombre incluso en la pintura y la escultura, y a tal efecto quiso que no se le pasase nada por alto, para no incurrir en la desaprobación de los buenos. Su ingenio fue tan versátil, que era apto para todo tipo de artes liberales. Por ello, nunca le vencían el ocio ni la pereza, ni jamás, en sus acciones, era presa del fastidio.

Se solía decir que en las letras había probado incluso lo que en los hombres se considera como la saciedad de todo. En efecto, tanto se deleitaba en ellas, que a veces le parecían gemas espléndidas y perfumadas; y difícilmente el hambre o el sueño podían separarlo de los libros. A veces, en cambio, los mismos caracteres se deformaban ante su vista, de modo que parecían escorpiones, y entonces no podía sufrir ninguna otra cosa menos que los libros. Así, cuando los estudios de letras se le hacían desagradables, se dedicaba a la música y la pintura, o a los ejercicios gimnásticos. Se ejercitaba con la pelota, con el venablo, en la carrera, en el salto, en la lucha, y se divertía especialmente en las ascensiones a la montaña. Todo eso lo hacía más por la salud que por juego o por placer. Desde muy joven sobresalió en las justas de armas, y saltaba a pies juntos por encima de los hombros de hombres puestos de pie (...).

Aprendió la música sin la ayuda de ningún maestro, y sus obras fueron muy apreciadas por músicos doctos. Practicó siempre el canto, pero sólo en su casa, o bien en el campo, con su hermano y sus parientes. Se deleitaba tocando el órgano y era considerado entre los más hábiles en este instrumento. Ayudó a algunos músicos dándoles consejos. Cuando llegó a la edad madura, dejando de lado todo lo demás, se dedicó enteramente a los estudios literarios. Estudió derecho canónico y derecho civil; y se dedicó a ello con tal asiduidad, que por el cansancio se puso gravemente enfermo.

[*Leonis Baptistae Alberti Vita*, en Muratori, *Rerum Ital. Scriptores*, vol. XXV.]

14. Poliziano elogia a Alberti

Leon Battista, florentino, de la eminente familia de los Alberti, hombre de ingenio elegante, de grandísima agudeza, de doctrina exquisita, que dejó a la posteridad muchas obras, compuso diez libros sobre la arquitectura y los corrigió, y repasó, y ya estaba a punto de publicarlos, dedicándotelos a ti, cuando la muerte lo hizo suyo. Su hermano Bernardo, hombre sensato, que te ama mucho, para hacer a la vez homenaje a la memoria y la voluntad de tantos escritores, y a ti mismo, a quien mucho te debe, te ofrece, ¡oh Lorenzo!, estos libros, compulsados con el original y reunidos en volumen.

Él quería que yo exaltase el don y al donador. Pero consideré que no debía hacerlo en absoluto, para no disminuir con mi incapacidad los méritos de una obra tan ilustre y de un hombre tan grande. En efecto, la obra conseguirá por sí misma, cuando sea leída, un elogio mucho mayor del que yo podría obtener con mis palabras. Las alabanzas del autor no podrían estar contenidas dentro de los límites de una carta, ni de un discurso que yo pudiese sostener. Él conoció, en verdad, todos los monumentos literarios, aun los más remotos, y todas las doctrinas, aun las más escondidas. No tengo certeza sobre si había contribuido más a la oratoria o a la poesía, si había sido un escritor más profundo o más elegante. Examinó los restos de la antigüedad tan profundamente, que captó y tomó como ejemplo todos los hallazgos de la arquitectura antigua. Así, no sólo investigó muchas máquinas y mecanismos, sino que también lo hizo con admirables estructuras de edificios. Fue considerado, además de eso, un óptimo pintor y escultor. Por esto, porque alcanzó en todo tal perfección que raramente unos pocos la obtienen en una sola cosa, yo, como Salustio de Cartago, prefiero callar sobre él antes que hablar de él de manera inadecuada.

[Poliziano, carta-prefacio de *De re aedificatoria*, de L. B. Alberti.]

15. Juan de Médicis (G. Cavalcanti)

Con la extraña y rebuscada prosa de Cavalcanti, tenemos aquí el testamento espiritual de Giovanni de Médicis, referido por una persona que tenía un afecto y una devoción profundos para con los Médicis. Su esplendor en los hábitos y su magnífica liberalidad caracterizaban ya la obra de esos mercaderes que habían de llegar a ser príncipes famosos.

Dos ratones, uno blanco y otro negro, habían roído las raíces del manzano que había alimentado el óptimo ciudadano Giovanni de Médicis, y empezó a doblar con fuerza su copa hacia el duro suelo. Por

esta enfermedad conoció Giovanni que su vida necesitaba reducir con agua los humores húmedos y fúlgidos, devolver las carnes a la tierra, y así el calor, con las cosas secas, devolver al fuego. Por todas esas cosas conoció Giovanni que se disponía al tránsito, mandó llamar junto a sí a sus hijos Cósimo y Lorenzo, delante de su madre y de otros nobles ciudadanos, y les habló así: «Queridísimos hijos míos, ni yo ni nadie que nazca en este mundo debe sentir el dolor de partir de los cuidados mundanos para pasar al descanso eterno (...). Considero cuán alegremente, con la palma de la victoria, se hace el último paso desde la vida mortal a la inmortal. Os dejo infinitas riquezas, las que mi fortuna me ha concedido y vuestra buena madre, con mi trabajo, me ha ayudado a mantener. Os dejo la mayor herencia que tenga ningún otro mercader de la provincia de Toscana. Vosotros os quedáis con el aprecio de todo buen ciudadano y con la multitud del pueblo, pues siempre han elegido a nuestra familia como estrella polar. Si vosotros no mudáis las costumbres de vuestros mayores, siempre os hará el pueblo donadores generosísimos de su dignidades. Y, para que esto no suceda de otro modo, actitud de manera que seáis misericordiosos para con los pobres, benignos y amables con los acomodados, y, en sus adversidades, solícitos en ayudarlos con todas vuestras potencias (...).

[Giovanni Cavalcanti, *Istorie fiorentine*, V, 3, Florencia, 1838, vol. 1, pp. 262-263.]

16. Cósimo de Médicis (F. Guicciardini)

Murió alrededor de esa época, esto es, en el año 1464. Cósimo de Médicis había estado durante muchos años en casa, enfermo de gota, y, no obstante, no había interrumpido nunca el gobierno de la ciudad. Dejó dicho a su muerte que no hiciesen exequias suntuosas, y así se cumplió. Pero si le fueron dados todos los honores que puede dar una ciudad libre a un ciudadano; y, entre otras cosas, fue llamado, por público decreto, padre de la patria. Fue considerado un hombre prudentísimo; y fue riquísimo, más que ningún otro ciudadano privado de los que se podía tener noticia en aquella época. Fue muy generoso, especialmente en el edificar, no como ciudadano, sino como un rey. Edificó su casa en Florencia, San Lorenzo, la abadía de Fiésolo, el convento de San Marco, Careggi, y, fuera de la patria, en muchos lugares, incluso en Jerusalén. Y sus edificios no sólo eran riquísimos y muy costosos, sino que también estaban contruidos con suma inteligencia. Por lo grande que fue, pues durante unos treinta años gobernó la ciudad, por su prudencia, su riqueza y su magnificencia, adquirió tal reputación, que acaso desde la decadencia de Roma hasta su época ningún ciudadano privado había tenido nunca tanta. Y, en todas estas cosas, vivía en su casa como particular, civilmente, cuidando además de sus posesiones, que eran infinitas, y de su comercio, en el cual tuvo tales éxitos que no hubo ningún

hombre que no tratase con él, ya fuese como compañero o como gobernador, y que no se enriqueciese.

[F. Guicciardini, *Storie fiorentine*, ed. Palmarocchi, Bari, 1931, páginas 11-12.]

17. De los *Ricordi*, de Lorenzo de Médicis

De los enormes dispendios realizados por los Médicis para mantener su prestigio, para embellecer Florencia, para construir, para adquirir antigüedad, hallamos indicaciones frecuentes en los recuerdos de Lorenzo, donde vemos también la nueva consideración del dinero, que vale cuando es atesorado liberalmente y no cuando lo es inútilmente.

Una gran cantidad de dinero encuentro que hemos gastado desde el año 1434 hasta aquí. Como aparece en un cuaderno en cuarto de folio, desde dicho año 1434 hasta todo 1471 se ve una suma increíble, porque asciende a 663.755 florines entre gravámenes, limosnas y tributos, sin contar los demás gastos. No quiero lamentarme por ello, porque, aunque algunos preferirían tener una parte de ese dinero en la bolsa, yo considero que es un gran esplendor para nuestro Estado, y me parece bien empleado, y estoy por todo ello muy contento.

[Lorenzo il Magnifico, *Ricordi*, ed. Bellorini, Turín, 1922, páginas 31-32.]

18. La muerte de Lorenzo (de la carta de Poliziano a Antiquario)

No requiere presentación esta celeberrima carta, en la cual están retratadas las últimas horas del Magnífico, así como las figuras de sus amigos, y su famoso encuentro con Savonarola, que fue narrado de manera tan diferente por los amigos de los Médicis (por ejemplo, Poliziano) y los biógrafos secuaces de Savonarola (por ejemplo, Gian Francesco Pico).

Durante cerca de dos meses, Lorenzo de Médicis había sufrido aquella clase de dolores que, por afectar a los cartilagos de las vísceras, se llaman hipocondríacos. Esos dolores, que a pesar de su violencia no son mortales para nadie, sin embargo, por ser muy agudos, son considerados con justicia molestísimos. Pero en Lorenzo, no sé si por una fatalidad o por la incapacidad de los médicos, sucedió que, a la vez que se le curaban los dolores, comenzó a padecer una fiebre insidiosísima, la cual, difundiéndose poco a poco, penetró no solamente en las venas y

las arterias como las demás, sino también en los miembros, las vísceras, los nervios y e incluso los huesos y la médula. Una fiebre que luego, habiéndose extendido sutilmente, a escondidas y, como quien dice, a paso ligero, al comienzo permaneció casi inadvertida, y, cuando luego se mostró con toda su violencia, por no haber sido curada como hubiese debido serlo, debilitó y abatió al enfermo de tal modo, que desfalleció no sólo como si le hubiesen abandonado las fuerzas, sino como si todo su cuerpo se hubiese consumido. Por eso, a una edad aún joven, mientras yacía en la villa de Careggi, de improviso desfalleció hasta tal punto, que no quedó ya ninguna esperanza para su salvación. Y él, que siempre estaba atentísimo, así lo comprendió, y quiso entonces llamar antes que nada al médico del alma, con el cual, según el rito cristiano, quiso confesar todos los pecados de su vida.

Varias veces seguidas oí contar al confesor, maravillado, no haber oído jamás nada tan grande ni tan increíble, por la manera en que Lorenzo, sereno y dispuesto ante la muerte, impertérrito, había recordado el pasado, había proveído a las cosas presentes y había pensado con gran religiosidad y sabiduría en las cosas futuras. En medio de la noche, mientras descansaba y meditaba, le fue anunciado que había llegado el sacerdote con el sacramento. Entonces exclamó: «Lejos de mí permitir que mi Jesús, que me creó, que me redime, venga hasta esta habitación. Sacadme de aquí lo más aprisa que podáis, os lo ruego, levantadme para que pueda ir al encuentro del Señor.» Y, diciéndolo, se levantó cuanto podía, sustentando con el ánimo la debilidad del cuerpo, y entre los brazos de sus sirvientes salió al encuentro del sacerdote hasta la sala donde, cayendo de rodillas, suplicando y llorando, exclamó: «Tú, justísimo Jesús, ¿te has dignado venir a visitar a este siervo tuyo tan indigno? Pero ¿por qué he dicho siervo? Enemigo más bien, e ingratisimo; pues, colmado por ti con tantos beneficios, nunca escuché tus palabras y tantas veces ofendí a tu majestad. Por eso, por el amor con que has abrazado a todo el género humano, cuando viniste desde el cielo hasta nosotros, cuando te hiciste revestir con nuestra humanidad, cuando te dispusiste a afrontar el hambre, la sed, el frío, el calor, los trabajos, las injurias, las ofensas, las calamidades, hasta sufrir la muerte en la cruz, por ese amor te ruego, Jesús salvador, y te suplico, que no mires mis pecados, y que, cuando esté ante tu tribunal, al cual veo que voy muy aprisa, no sean castigados mi culpa ni mis engaños, sino que sean perdonados por los méritos de tu crucifixión. Valga, valga para mí aquella sangre tuya preciosísima, ¡oh, Jesús!, que vertiste en el sublime altar de nuestra redención para devolver a los hombres su libertad.» Cuando, entre sus lágrimas y las de todos los presentes, hubo dicho todas estas cosas y otras más, el sacerdote ordenó finalmente que fuese levantado y devuelto a su cama, para que con mayor facilidad le fuese administrado el sacramento. Y él, después de haberse opuesto un poco, sin embargo, para no ser poco respetuoso con el sacerdote, obedeció las repetidas exhortaciones y, lleno entonces de santidad y solemnemente, con una majestad casi divina, recibió la sangre y el cuerpo del Señor. Luego, alejados los demás, se dispuso a consolar a su hijo Pedro para que soportase serenamente todo lo que fuese necesario, pues no le habría de faltar la ayuda del cie-

lo, aquella ayuda que a él nunca le había faltado en tantas y tan variadas vicisitudes, siempre que fuese virtuoso y buscase la sabiduría que, bien administrada, genera acontecimientos felices.

Luego que hubo permanecido unos instantes inmerso en la meditación, y alejados los demás, llamó junto a sí a su hijo y le dio muchas enseñanzas, preceptos y adiestramientos que nunca fueron conocidos; aunque, por lo que oímos, estaban todos llenos de una singular sabiduría y santidad. Referiré aquí el único que pude llegar a conocer: «Los ciudadanos —dijo—, ¡oh Pedro mío!, sin duda te reconocerán como a mi sucesor. No tengo ningún temor de que tú no tengas que gozar en este Estado de la misma autoridad de la cual yo he gozado hasta hoy. Pero, puesto que, como dicen, cada Estado es un cuerpo con muchas cabezas, y puesto que no se puede complacer a todos, recuerda que has de seguir, entre la variedad de las opiniones, la que te parezca más honesta, y atiende más bien la opinión general antes que la singular.» Luego dispuso su funeral, que quiso que fuera hecho según el ejemplo del de su tío Cósimo, esto es, del modo que conviene a un ciudadano privado. Llegó entonces de Pavia vuestro Lázaro, médico habilísimo por lo que tengo entendido, el cual, aun habiendo sido llamado demasiado tarde, para no dejar nada por intentar, preparaba preciosísimos remedios con toda clase de gemas y de perlas disueltas. Preguntó entonces Lorenzo a su séquito —pues algunos de nosotros, en efecto, ya habíamos sido admitidos ante su presencia— qué era lo que estaba haciendo el médico, y qué preparaba. Y cuando le respondí que estaba preparando un ungüento para calentarle las entrañas precordiales, él, con una voz bastante clara, sonriéndome como solía hacer siempre, me dijo: «¡Ay de mí, oh Angelo!» Y, alzando con dificultad los brazos, que casi ya no tenían fuerza, me tomó las manos entre las suyas. Me vinieron entonces lágrimas y sollozos; había estado intentando ocultarlos girando la cara hacia otro lado mientras él seguía serenamente estrechándome las manos. Pero, cuando se dio cuenta de que yo estaba siendo dominado por el llanto, lentamente y casi a escondidas, las soltó. Y yo entonces corrí llorando a la estancia de al lado, y, por así decirlo, solté las riendas a mi dolor y a mis lágrimas. En seguida volví, no sin haberme enjugado los ojos como pude. Él, así que me vio, y me vio en seguida, me llamó de nuevo junto a sí y me preguntó con mucha suavidad qué era lo que estaba haciendo Pico della Mirandola. Le respondí que se había quedado en la ciudad por miedo a incomodarlo viniendo. «Pero yo —dijo—, si por mi parte no temiese que ese viaje le había de causar pesar, desearía verlo y hablar con él por última vez antes de dejaros para siempre.» «¿Quiere —le repondí— que lo haga venir?» Y él dijo: «Lo más aprisa que sea posible.» Yo lo hice pues llamar y él llegó, se sentó y yo mismo me senté en las rodillas de Lorenzo para oír mejor su voz, que ya se iba apagando. ¡Dios mío, con cuánta gentileza, casi diría con qué ternura, lo acogió! Le rogó, antes que nada, que lo perdonase por haberlo obligado a cansarse de aquella forma. Pero eso lo atribuyó a su amor y su benevolencia, pues se enfrentaba con la muerte con mejor voluntad después de haber saciado sus ojos moribundos con la vista de su amigo queridísimo. Inició entonces un discurso amable y familiar, como solía hacerlo.

Y, aún haciendo bromas con nosotros, mirándonos a los dos, dijo: «Quisiera al menos retrasar esta muerte hasta que hubieseis terminado vuestra biblioteca.» Al cabo de un momento, cuando Pico apenas se había ido, entró Gerolamo da Ferrara, hombre eminente por doctrina y santidad, ilustre predicador de la doctrina celestial. Entró en la habitación y lo exhortó a que tuviese fe; y él le respondió que la tenía firmísima. Le dijo luego que se propusiese vivir en lo sucesivo con mucha virtud; y él le respondió que ciertamente lo habría hecho con gran celo. Finalmente, lo exhortó a que, si fuese necesario, acogiese la muerte con resignación. «Nada podrá ser para mí más dulce —exclamó—, si está establecido así por Dios.» Y ya se iba el fraile cuando Lorenzo dijo: «¡Ah, padre!, dame la bendición antes de alejarte de nosotros.» Y así, de acuerdo con él, inclinando la cabeza y el rostro, y tomando una actitud de gran piedad, respondía a sus palabras y rezos según el rito, de memoria, sin turbarse por el dolor de los acompañantes, que ahora ya era evidente y tampoco intentaban esconder. Hubieses dicho que la muerte pesaba sobre todos los demás, y no sobre Lorenzo. Así él, el único entre todos, no daba ningún signo de dolor, de agitación o de afán, sino que conservaba hasta el último suspiro la fuerza de ánimo que le era habitual, así como su firmeza, su equilibrio, su dignidad. Los médicos, sin embargo, estaban aún alrededor de él, y, para que no pareciese que no hacían nada, lo torturaban con mucho afán. Lorenzo dejaba que hiciesen todo lo que quisiesen, no porque le quedase alguna esperanza de vivir, sino para no herir, ni aun ligeramente, a nadie, mientras que él estaba a punto de morir. Y hasta tal punto se mantuvo fuerte hasta el último momento, bromeando sobre su propia muerte, que, cuando alguien le trajo la comida, al preguntarle si le gustaba, respondió: «Tanto como podría gustarle a un condenado a muerte.»

Después de lo cual, habiendo abrazado afectuosamente a todos y pidiendo perdón por las molestias de que hubiese podido ser causa por su enfermedad, quedó totalmente absorto en la extremaunción y las devociones del alma que se separaba de él. Comenzó luego a recitar el Evangelio, en el lugar donde se narran los tormentos de Cristo, y daba muestras de recordar las palabras y casi todos los versículos, unas veces moviendo los labios en silencio, otras elevando los ojos apagados, y alguna vez haciendo gestos con los dedos. Al fin, mirando fijamente a un crucifijo de plata, espléndidamente adornado con perlas y piedras preciosas, murió besándolo.

Fue un hombre nacido para cosas tan grandes, y en la variación alternativa de la fortuna se mantuvo hasta tal punto sereno, tanto en las vicisitudes adversas como favorables, que no se podría decir que se hubiese mostrado más calmado o más comedido en la felicidad o en la desgracia. Tuvo tan gran ingenio, y tan versátil y agudo, que, mientras los demás consideran que deben alardear por ser excelentes en una sola cosa, él se distinguía por igual en todas. En efecto, creo que nadie ignora que la probidad y la justicia habían elegido como morada queridísima, y como templo suyo, el corazón y el ánimo de Lorenzo de Médicis. Y cuán grandes fueron su sociabilidad, su cordialidad, su afabilidad, lo demuestra el amor excepcional que tuvo para con todo el pueblo, para

con los ciudadanos de toda clase. Pero, entre todas esas dotes, sobresalían su liberalidad y su magnificencia, las cuales lo habían elevado hasta la altura de los dioses con una gloria inmortal. Por otra parte, no hacía nada por amor a la fama y el renombre, sino que todo lo hacía por el amor que tenía hacia la *virtù*. ¡Con qué solicitud eran tratados los hombres de letras, cuánto honor y cuánto respeto tributaba a todos! ¡Cuánto trabajo y cuánto cuidado puso en buscar por todo el mundo y adquirir libros latinos y griegos! ¡Cuánto dinero gastó para ello! Así pues, no sólo nuestro tiempo, sino este mismo siglo y la posteridad misma, han sufrido un gran daño por su muerte.

[Lorenzo il Magnifico, *Ricordi*, ed. Bellorini, Turin, 1922, páginas 31-32.]

19. Francesco Ferruccio (F. Sassetti)

Estamos ya en la agonía de la libertad, de la grandeza florentina. Pero vemos bien, en Ferruccio, en qué medida revive, en su sentido más verdadero, lo que de más vivo había en la historia de la ciudad. Estas páginas constituyen la introducción a la biografía que, de ese capitán florentino, escribió Filippo Sassetti.

No hay ninguna sentencia más verdadera que la que resuena en boca de todo el mundo: que, de un inconveniente que nazca, se siguen muchos otros. Ya fue una loable costumbre entre los romanos que los ciudadanos de la república, liberados de los trabajos de la guerra, cumplieren en la patria sus propios ejercicios; y que, dejando de tanto en tanto sus oficios, volviesen a guerrear. Tampoco era considerado vil en los ejercicios obedecer a quien, sacado del arado, era elegido capitán general. Tampoco se despreciaba a los hombres valerosos por volver a cultivar sus campos una vez que habían dejado su mando. Esta costumbre desapareció completamente cuando Octaviano Augusto tomó en las manos el timón del mundo. Siendo, como era, un inseguro príncipe absoluto de aquel pueblo feroz que tanto había amado la libertad para construir un sólido fundamento para su imperio (sabiendo además que los pueblos muchas veces desean por encima de todo lo que es causa de su ruina), corrompió con la suavidad del ocio el ánimo de los ciudadanos romanos, tan feroces como eran, y, liberándolos de los trabajos de la guerra, les quitó la esperanza de volver a ver el rostro de la libertad, así como los privó de la gloria que el mundo les había concedido. Esa gloria pasó a las gentes que fueron elegidas por él para mantener firme el imperio. De esto vino que, al cabo del tiempo, el imperio pasó, de las manos de aquellos que por la fuerza o el engaño lo habían tomado, a personas que no eran merecedoras de ello por ninguna virtud propia, concedido por la voluntad mudable de los ejércitos bárbaros, en los cuales había permanecido el poder de las armas. A causa de esto, al cabo de

poco tiempo ocurrieron las invasiones de aquellas gentes septentrionales que durante tanto tiempo infamaron la provincia de Italia. Al haber disminuido en ellos aquel valor que por dos veces había contenido el ímpetu de los galos, que había destruido a los cimbrios que venían a invadirla; y al no estar regido el imperio por hombres valerosos, sino por fieras torpes y abominables que no tenían poder, ni saber, ni voluntad para defenderla, fue ocupada en gran parte por los godos, los vándalos y los lombardos. De ese yugo finalmente se escapó, pero no por su propia *virtù*, puesto que fue liberada de esa esclavitud por las armas de los franceses, una primera y una segunda vez. De tal modo que, durante largo tiempo, las ciudades de Italia vieron solamente las armas de los bárbaros, los cuales, luego, según la variedad de los accidentes, atraídos ora por este príncipe, ora por esta república, atentos como estaban a la soldada y no a la gloria, no dejaron de su milicia ni un solo vestigio. De lo cual se siguió que, al no combatirse ya por la libertad y la grandeza de la patria, sino por el pequeño estipendio, sólo se hacían soldados los hombres ociosos y los que no estaban contentos con su estado; los que deseaban cosas nuevas, se revestían con las insignias militares. Y fue tan observada esta mala costumbre, y lo sigue siendo aún, que entre los soldados de hoy en día sería tenido en muy poca estima quien, dejando el oficio que estuviera ejerciendo, se fuese a la guerra. Y quien, dejando la guerra, volviese a su ejercicio sería considerado e insultado como cobarde. Así, se sabe por Paolo Giovio, historiador moderno, que Fabrizio Marimondo, gentilhomme napolitano y uno de los coroneles de los ejércitos imperiales, había reprochado a Francesco Ferruccio, gentilhomme florentino, haber llegado a ser, de mercader que era, general de los ejércitos. Le fue reprochado como infamia a Ferruccio el haber abandonado el comercio por la libertad de la patria y haber obtenido virtuosamente, en la guerra, los grados más prestigiosos de la milicia. Y se le reprochó a Fabrizio que considerase un honor supremo el servir para conquistar la libertad de los florentinos.

[F. Sassetti, *Vita di Francesco Ferrucci*, in *Lettere*, ed. E. Camerini, Milán, s.f., pp. 378-388.]

20. Testamento de Filippo Strozzi

Después del tiranicidio de Lorenzino, el suicidio de Strozzi. Allí, Bruto; aquí, Catón. Guicciardini había teorizado el suicidio por la libertad; Strozzi aplica y ejecuta esa teoría. Es el último resplandor de aquella gran luz mientras la renovación cultural iba ya estancándose y perdiendo, en la aridez gramatical, su originaria potencia.

DEO LIBERATORI

Para no llegar a caer en poder de mis malignos enemigos, entre los cuales, además de ser torturado injusta y cruelmente, podría ser obligado de nuevo, por la violencia del tormento, a decir alguna cosa en perjuicio del honor de los parientes inocentes y de mis amigos, como ha sucedido durante estos días con el desventurado Giuliano Gondi, yo, Filippo Strozzi, he decidido, del modo que puedo, aunque me parezca una dura consideración para con mi alma, extinguir mi vida con mis propias manos. Encomiendo mi alma a Dios, suma misericordiosa, rogándole humildemente que, si no dispone darle algún otro bien, que al menos le dé el mismo lugar donde están Catón de Útica y otros semejantes hombres virtuosos que han tenido un fin como éste.

Le ruego a don Juan de Luna, castellano, que mande extraer mi sangre después de que haya muerto, que haga hacer con ella un embutido y lo mande a Cibo Cardenal a fin de que se sacie con la muerte de aquel de quien no se pudo saciar cuando estaba en vida, pues no le falta sino eso para llegar al pontificado, al que tan deshonestamente aspira. Le ruego que haga sepultar mi cuerpo en Santa Maria Novella, junto al de mi mujer. Y, si no puede ser, estará donde me metan. Les ruego a mis hijos que observen el testamento que hice en Castello y que está en poder de Benedetto Ulivieri, excepto el artículo sobre Bandino; y que satisfagan también al señor Juan de Luna por las muchas atenciones recibidas de él y por los gastos que ha hecho por mí, sin que yo le haya satisfecho nunca por cosa alguna. Y a ti, Cesare, te ruego con toda reverencia que te informes mejor de los modos de la pobre ciudad de Florencia, considerando mejor de lo que has hecho el bien de ella, a no ser que tu finalidad sea la de arruinarla.

*Philippus Strozza, iamiam moriturus.
Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.*

[Roscoe, *Vita di Lorenzo de' Medici*, Pisa, 1816, IV, pp. LXV-LXVI.]

ÍNDICE

Advertencia	7
Introducción	11
Bibliografía	19
 1. EL ANUNCIO DE LA RENOVACIÓN	21
1. La magnificencia de Roma (carta de Petrarca a Giovanni Colonna)	25
2. De la <i>exhortatio ad transitum in Italiam ad Carolum quartum Romanorum regem</i> , de Petrarca	25
3. Cola di Rienzo a Carlos IV (julio de 1350) ..	26
4. La <i>renovatio Urbis</i> (Cola di Rienzo a los romanos, enero de 1343)	27
5. Petrarca a Cola di Rienzo (<i>Famil. rer.</i> , VII, 1) ..	28
6. Exhortación de Petrarca a Cola di Rienzo (junio de 1347)	29
7. Cola di Rienzo proclama el resurgimiento del Imperio Romano (1 de agosto de 1347)	30
8. Carta de los florentinos a los romanos (de Coluccio Salutati, 4 de enero de 1376)	31
9. Carta de los florentinos a los romanos (de Coluccio Salutati, 27 de mayo de 1380)	33

2. EL RESURGIMIENTO DEL MUNDO ANTIGUO	35
1. Las ruinas de Roma (de <i>De varietate fortunae</i> , de Poggio Bracciolini)	38
2. Carta de fray Giocondo a Lorenzo de Médicis	39
3. Poggio Bracciolini anuncia a sus amigos florentinos el descubrimiento de los códices del monasterio de San Gall	41
4. Del canto de Cristoforo Landino, por Poggio Bracciolini	42
5. La biblioteca de Nicolás V (de la <i>Vita di Niccolò V</i> , por Giannozzo Manetti)	43
6. Lapo de Castiglionchio al cardenal Giordano Orsini	44
7. Del prefacio a la <i>Italia illustrata</i> , de Flavio Biondo	45
8. La nobleza de la lengua latina (del prefacio a las <i>Elegantiae</i> , de Valla)	46
9. Retrato de Niccolò Niccoli (de las <i>Vite</i> de Vespasiano da Bisticci)	48
10. Elogio de los humanistas por Pío II	48
11. Eficacia educativa de los antiguos (Poggio, <i>Epist.</i> , I, XIII)	49
3. ANTIGUOS Y MODERNOS. ITALIANOS Y «BÁRBAROS»	51
1. De la <i>Vita del Petrarca</i> , de Leonardo Bruni	54
2. La conciencia de la renovación en las <i>Vite</i> de Vespasiano da Bisticci	55
3. Invectivas de Campano contra los «bárbaros»	56
4. Campano en Alemania	57

5. Críticas de Niccoli a los poetas en lengua vulgar (del <i>Dialogus ad Petrum Paulum Istrum</i> , de Bruni)	57
6. Defensa de Dante por Cino di Francesco Rinuccini	58
7. Los antiguos y los modernos (del diálogo de Benedetto Accolti, <i>De praestantia virorum sui aevi</i>)	59
8. L. B. Alberti defiende la lengua vulgar (del proemio al libro III de <i>Della famiglia</i>)	62
9. Roma pagana y Roma cristiana (de <i>Roma Instructa</i> , de Flavio Biondo)	63
10. La conciencia del Renacimiento en Pío II (<i>Ep.</i> 119)	63
11. Alabanzas a la imprenta, por L. B. Alberti	64
12. El descubrimiento del Nuevo Mundo (Egidio da Viterbo a Julio II)	64
13. Marsilio Ficino, en alabanza a su tiempo	65
4. LA NUEVA CONCEPCIÓN DE LA VIDA	67
1. Alabanza al hombre por Giovanni Pico della Mirandola	70
2. <i>De la potencia del hombre</i> , de T. Campanella	71
3. La naturaleza del hombre (de <i>De sensu rerum et magia</i> , de Campanella)	73
4. Los <i>studia humanitatis</i> (de las <i>Epistole</i> de Bruni)	76
5. L. B. Alberti elogia a las letras	77
6. <i>Virtù</i> y fortuna en L. B. Alberti	78
7. De la dedicatoria de <i>De hominibus doctis</i> , de P. Cortese	80

8.	<i>Virtù</i> y fortuna según Maquiavelo	81
9.	<i>Virtù</i> y fortuna según Guicciardini	81
10.	<i>Virtù</i> y nobleza en el <i>Trattato di nobiltà</i> , de Buonaccorso da Montemagno).....	82
11.	Los escritores donadores de gloria (de Poggio Bracciolini).....	82
12.	Una vez más, sobre la función de los literatos según Poggio	83
13.	De la epístola de Lorenzo de Médicis a Federico de Aragón.....	84
14.	La actividad económica en el <i>Libro della vita civile</i> , de Palmieri.....	86
15.	La avaricia, según Poggio Bracciolini (de <i>De avaritia</i>).....	87
16.	El hombre de letras, ciudadano del mundo (de las <i>Epistole</i> de Poggio)	88
17.	Pontano, en contra de la esclavitud	89
α 18.	Ideas de Leonardo da Vinci sobre la ciencia .	89 c
19.	Ideas de Leonardo da Vinci sobre la esencia de la naturaleza	90
20.	Erudición y conocimiento científico (de las <i>Lettere</i> de Campanella)	91
21.	La religiosidad de Niccoli (de la <i>Vita</i> , por Vespasiano da Bisticci)	91
22.	Nicolás de Cusa y la <i>pax fidei</i>	92
23.	La oración de Traversari en pro de la unión de las iglesias griega y latina	93
24.	De la carta de Pío II al sultán para que éste se convierta	94

25.	La nueva educación y Vittorino da Feltre (de la <i>Vita</i> escrita por Vespasiano da Bisticci).....	95
26.	La nueva educación, según Rabelais	96
5.	EL MUNDO DE LOS HOMBRES	99
1.	Alabanzas a la vida activa (de las <i>Epistole</i> de Salutati)	103
2.	Vida activa y vida contemplativa (de las <i>Epistole</i> de Salutati)	105
3.	Alabanza del matrimonio (de las <i>Epistole</i> de Salutati)	108
4.	Elogio al matrimonio, por Marsilio Ficino...	110
5.	Dante, ideal de vida (de la <i>Vita</i> de Bruní)...	112
6.	La vida civil, según Matteo Palmieri	113
7.	Dante, maestro de la vida, según Palmieri...	115
8.	De la oración fúnebre de Alamanno Rinuccini, por Matteo Palmieri	116
9.	El suicidio por amor a la libertad, según Guicciardini	117
10.	Pontano alaba el trabajo (de <i>De fortitudine</i>) .	119
11.	De <i>Agenoria</i> , de Pandolfo Collenuccio	120
12.	Del <i>Filotimo</i> , de Pandolfo Collenuccio	121
13.	Giordano Bruno y el mito de la edad de oro (de la <i>Expulsión de la bestia triunfante</i>)	122 α
14.	Del uso de la riqueza (de <i>Della famiglia</i> , de Alberti)	124
15.	Los peligros de la miseria (de los escritos latinos de Alberti)	125
16.	Ideas de san Bernardino sobre la riqueza	126

17.	La limosna, según Giovanni Dominici	127
18.	La educación profesional, según G. Dominici	127
19.	Consejos prácticos de L. B. Alberti	128
20.	De <i>Monito ai Guinigi</i> , de Giovanni Sercambi	130
21.	Del <i>De Magnificentia</i> , de Pontano	131
22.	Observaciones económicas de Agostino Nifo	131
23.	La circulación del dinero, según Bernardo Davanzati	132
24.	La historia, según L. Valla	133
25.	La historia, según Poliziano	134
26.	Del prefacio de Platina a las <i>Vidas de los pontífices</i>	135
27.	La importancia de la historia y la dignidad de lo histórico (de la dedicatoria de la <i>Storia fiorentina</i> , de Varchi)	136
28.	Alabanzas de la historia que hace Gianmichele Bruto	138
29.	«Veritas filia temporis» (de la <i>Cena delle Ceneri</i> , de Giordano Bruno)	139
6.	EL CULTO A LA BELLEZA	141
1.	Que la belleza es cosa espiritual (de Marsilio Ficino)	142
2.	Sobre la naturaleza de Amor, según B. Castiglione	143
3.	La belleza universal (de los <i>Diálogos de amor</i> , de León Hebreo)	147
4.	La belleza divina (de <i>Il Raverta</i> , de Betussi)	148
5.	Amor y conocimiento (Giordano Bruno)	149

6.	Ideas de L. B. Alberti sobre la pintura	150
7.	Pintura y literatura, según L. B. Alberti	151
8.	Alabanzas de la arquitectura (de <i>De re aedificatoria</i> , de L. B. Alberti)	153
9.	Antiguos y modernos en el arte (de la <i>Vida de Brunelleschi</i> , por Antonio di Tuccio Manetti)	154
10.	Influencia de los antiguos, según Vasari	155
11.	Las ideas de Leonardo da Vinci sobre el arte	156
12.	Comparaciones entre las artes (Leonardo da Vinci)	157
13.	De las <i>Rime</i> de Miguel Ángel	158
7.	LA VIDA POLÍTICA	159
1.	Platina a Lorenzo de Médicis (de <i>De optimo cive</i>)	162
2.	Del <i>Momus</i> , de Alberti	163
3.	César y Escipión (de las cartas de Guarino)	165
4.	César, según Maquiavelo	166
5.	La génesis de la señoría de los Médicis, según Maquiavelo	168
6.	Las ideas de Pío II sobre la señoría de Piccinino	170
7.	Maquiavelo, sobre Francesco Sforza	170
8.	Las ideas de Francesco Vettori sobre la «tiranía»	171
9.	Disposiciones de Maquiavelo para instituir ejércitos ciudadanos	172
10.	Retrato de Cósimo el Viejo (Maquiavelo)	173

11. La liberalidad de Cósimo, según Vespasiano da Bisticci.....	174
12. Alfonso de Aragón, según Pandolfo Colenuccio	174
13. Lorenzo de Médicis (Guicciardini)	176
14. Federico, duque de Urbino (Vespasiano da Bisticci).....	177
15. Savonarola y la tiranía (del <i>Trattato del reggimento degli stati</i>)	179
16. Alabanzas de Catilina, por Stefano Porcari ..	182
17. La conjura de Porcari, según L. B. Alberti ..	183
18. De las <i>Depositiones Stefani Porcarii</i>	184
19. La confesión de Girolamo Olgiate	185
20. La muerte de Pietro Paolo Boscoli (Luca della Robbia).....	186
21. De la <i>Apologia</i> , de Lorenzino de Médicis ...	187
22. La <i>Synodus Florentina</i> , contra Sixto IV	189
 8. POLÉMICAS SOBRE LA IGLESIA DE ROMA.....	191
1. Luigi Marsili a Guido di Tommaso Neri (20 de agosto de 1375).....	194
2. Del opúsculo de Valla sobre la donación constantiniana	194
3. Erasmo a Cristoforo Fisher, sobre las <i>Annotazioni</i> de Valla	198
4. Carta de Poggio Bracciolini a Leonardo Bruni sobre la muerte de Jerónimo de Praga	199
5. Del <i>Pontifex</i> , de L. B. Alberti	200
6. Galateo, en contra de los monjes	201

7. Masuccio Salernitano, en contra de los religiosos	203
8. Masuccio Salernitano establece una comparación entre el papa, el emperador y el sultán .	204
9. Savonarola, en contra del clero corrompido .	204
10. Del sermón de Savonarola sobre Aggeo (1 de noviembre de 1494)	205
11. Carta de Savonarola a los soberanos, en contra de Alejandro VI	206
12. Retrato de Savonarola, por Guicciardini	207
13. Guicciardini, en contra de los «curas»	209
14. Epigrama de Sannazaro contra Alejandro VI.	210
15. Epigrama de Sannazaro contra Julio II.....	211
16. Epigrama de Sannazaro contra León X	211
 9. ASPECTOS Y FORMAS DE VIDA	213
1. Descripción de un baile de disfraces (Niccolo Loschi a Francesco Loschi)	214
2. Hallazgo del cuerpo de una niña romana (del diario de Giacomo Pontani).....	215
3. Cortesanos en la corte de Urbino (de <i>El Cortesano</i> , de Baltasar de Castiglione)	216
4. El ideal de la <i>grazia</i> , según G. Della Casa...	217
5. Descripción del jardín de Careggi (Alessandro Braccesi)	218
6. Reglamento milanés, de 1498, contra el lujo .	219
7. Ordenanza de 1558 en Pistoia	219
8. Un matrimonio en la casa de los Strozzi (de las cartas de Alessandra Macinghi Strozzi)	220

9.	La quema de las vanidades	221
10.	El concubinato en Roma (del <i>Diario</i> de Infesura)	222
11.	De la bula de León X contra los duelos.....	223
12.	Un banquete de Gian Galeazzo Visconti (de <i>L'istoria di Milano</i> , de B. Corio).....	223
13.	Episodios de la ferocidad de Giovanni Maria Visconti (de <i>L'istoria di Milano</i> , de B. Corio)	225
14.	Supersticiones de Filippo Maria (de la <i>Vita</i> , de Decembrio).....	225
15.	Bula de Inocencio VIII contra las brujas	226
10.	RETRATOS Y RECUERDOS.....	229
1.	Floencia en el siglo XIV (Giovanni Villani) ..	232
2.	La bancarrota de los Bardi (G. Villani)	232
3.	Riqueza de Floencia (Matteo Villani)	233
4.	La corrupción en Floencia (G. Cavalcanti) ..	234
5.	Descripción de Floencia (Goro Dati)	235
6.	Prosperidad de Floencia (Goro Dati)	237
7.	De <i>Florentia</i> , de Pandolfo Collenuccio	239
8.	Recuerdos de un mercader (Goro Dati).....	240
9.	Giovanni Argiropulo en Floencia (Vespasiano da Bisticci)	241
10.	Giannozzo Manetti (Vespasiano da Bisticci) ..	241
11.	Donato Acciaiuoli (Vespasiano da Bisticci)...	243
12.	Pippo Spano (Jacopo di Poggio Bracciolini) .	244
13.	Leon Battista Alberti	245
14.	Poliziano elogia a Alberti	246

15.	Juan de Médicis (G. Cavalcanti)	246
16.	Cósimo de Médicis (F. Guicciardini)	247
17.	De los <i>Ricordi</i> , de Lorenzo de Médicis	248
18.	La muerte de Lorenzo (de la carta de Poliziano a Antiquario).....	248
19.	Francesco Ferruccio (F. Sassetti)	252
20.	Testamento de Filippo Strozzi	253